mí
IGLESIA
duerme!

Un Libro no Apto Para Católicos Satisfech

Una añoranza de Otro Cristianismo

Mi Iglesia Duerme

Salvador Freixedo S.J.



CALLE 28 Nº 355, VILLA NEVAREZ, RIO PIEDRAS, PUERTO RICO 00927

DEDICATORIA

Ofrezco modestamente esta edición a la Jerarquía Católica con el deseo de que comprendan el crucial momento en que se ecuentra el pensamiento religioso del hombre actual.

Salvador Freixedo

PROLOGO A LA 9a EDICION

Han pasado siete años desde que escribí este libro.

Cuando lleno de angustia, encerrado en la estrechez de mi cuarto, dictaba ante una grabadora todos los pensamientos que luego constituirían el libro, no sospechaba que éste habría de tener la enorme repercusión que tuvo no sólo en las vidas de muchas personas sino también en la mía propia.

Durante estos últimos tres años, tras haberse agotado la última edición, me he negado tenazmente, a pesar de las sugerencias de muchos amigos, a hacer reimpresión alguna del libro. Era como revolver una vieja herida aparte de que mis ideas andaban ya muy lejos de donde estaban en el momento en que escribí el libro.

Sin embargo hoy, después de siete años y después de ocho ediciones en las que prácticamente no había añadido nada, me he parado para hacer una especie de recapitulación de todo lo sucedido y para echar una mirada panorámica sobre lo que ha acontecido en aquella Iglesia a la que yo entonces veía dormida, y sobre mis propias ideas y sentimientos acerca de ella.

¡Cuánta sinceridad había en mí en el momento en que hice todas aquellas amargas críticas! ¡Y cuánta preocupación hay hoy al ver que muchas de aquellas predicciones han ido resultando ciertas, y al ver por otra parte el gran vacío que reina en las almas y en las mentes de muchos cristianos que ya han descubierto lo que yo etonces descubrí, pero que no han encontrado aún la solución a muchas de sus dudas!

El que haya leído lo que desde entonces he escrito y en particular el que haya leído mi libro "El Diabólico Inconsciente" se dará cuenta del largo camino que he recorrido en mi continua búsqueda de eso que el hombre llama Dios.

El prolongado monopolio acerca del más allá que la teología cristiana tuvo por siglos, ya no es admitido por la inteligencia del hombre moderno, que ha descubierto muchas grietas en la doctrina con la que se presentaba ese "más allá".

Hoy vemos por todas partes un sinnúmero de escuelas y de grupos religiosos o cuasireligiosos que pretenden encontrar lo que ya no encuentran dentro de la vieja Iglesia. Hoy vemos un Cristo anunciado en las carteleras de los teatros, que se diferencia bastante del Cristo clásico presentado por la teología y los predicadores; hoy hay cientos de miles de personas que se reunen a orar, pero su oración no sigue las pautas tradicionales ni siquiera muchas veces se dirige al mismo fin a que se dirigían los que antes se reunían para orar.

La humanidad sigue buscando a Dios, o dicho en otras palabras, sigue buscando lo trascendente, el misterio de "la otra vida". Sigue dándole vueltas al eterno problema del bien y del mal y a la realidad o irrealidad de la pervivencia después de la muerte. Pero sigue buscando que es en definitiva la esencia de la religión: Buscar lo trascendente: Qué soy, quién soy; de dónde vengo y a dónde voy. O mejor dicho, de dónde me han traido y a dónde me llevan.

La razón de muchas de estas crisis de hoy es que el hombre de finales del siglo XX ha descubierto que la imagen de Dios que le habían presentado, es en buena parte falsa.

El Dios vengador, el Dios iracundo, el Dios que deja morir de hambre a millones de personas, el Dios en cuyo nombre se hacían guerras y se conquistaban imperios y continentes, el Dios cuya fe era extendida por la espada y defendida con las hogueras, el Dios que se gozaba en la pompa de sus representantes, el Dios que 'inspiraba' a sus profetas a que maldijesen y anatematizasen a los que no pensaban igual, el Dios que nos imponía la cruz y el sufrimiento como el único medio de llegar a El, el Dios que tenía infiernos eternos para castigar a esta pobre sombra que se llama hombre, ese Dios es una especie de insulto a la inteligencia humana. Ese Dios no tiene una explicación lógica... Ese Dios se está muriendo actualmente en la conciencia de los hombres de hoy.

Esta es, ni más ni menos, la esencia de la famosa teología de "la muerte de Dios" que hace unos cuantos años sacudió la conciencia de los cristianos pensantes y desató olas de indignación y protesta entre los que no fueron capaces de entender de qué se trataba.

El nuestra generación ha caido en la cuenta de que Dios no puede ser así y por eso se ha lanzado a buscarlo por otros caminos. La mente del hombre de hoy está haciendo un enorme esfuerzo por concebir una imagen de Dios que esté mas de acuerdo con la realidad; una idea en la que Dios no esté tan humanizado y tan distorsionado.

No se puede negar que dentro de la Iglesia ha habido en estos últimos años más esfuerzos por la renovación de los que había habido en siglos. Los teólogos han dado pasos enormes de avance y en muchas ocasiones han

llegado a extremos en los que no se hubiera podido soñar.

Pero el pensamiento de la Iglesia está encerrado en una especie de camisa de fuerza de la que le es ya imposible liberarse. Dos mil años de teología son una carga demasiado pesada para poder hoy librase de ella sin más ni más.

Cuando el teólogo de hoy, con una mente mucho más libre, lee lo que sus antecesores dijeron 'infaliblemente' se da cuenta de que el pensamiento cristiano se halla ante un dilema difícil: o sigue fiel a cosas que la mente del hombre de hoy ya no puede admitir, o arremete contra la "infalibilidad" y contras las alegadas "inspiraciones" del Espíritu Santo. Y en cualquiera de las dós alternativas la que sale mal parada es la credibilidad del cristianismo como cuerpo de doctrina.

Por otro lado cuando en la era de las comunicaciones por satélite descubrimos que en otros continentes, millones de otros seres han desarrollado unas creencias y ritos que si bien son totalmente diferentes de los nuestros, siguen sin embargo en el fondo ciertas idénticas pautas inconscientes, empezamos a sospechar que el fenómeno religioso no es todo él tan sobrenatural como pensábamos y que la mente humana tiene mucho que ver en todo ello.

La parapsicología esta ayudando enormemente a descubrir los oscuros límites entre lo natural y lo sobrenatural, pero hay mucha gente que incómoda y aun atemorizada ante los modernos e increibles descubrimientos prefieren no enterarse de ellos, negarlos y tachar de locos a los que se dedican a su investigación.

¡Qué pena nos da el oir a muchos profesionales de la religión, repetir todavía cada domingo -sea en el púlpito o en la radio-televisión- las mismas viejas prédicas, presentadas a veces con un ligero 'make-up' rejuvenecedor y encubridor de arrugas!

Pero el problema del cristianismo, lo mismo que el de las demás religiones, no está en la piel sino en las entrañas.

Si tuviésemos unas jerarquías religiosas que no estuviesen tan incapacitadas para ver la hondura del problema, irían a la raiz del mismo y se dejarían de ponerles parches y remiendos a unas creencias y ritos que ya se desgarran por todas partes.

Y para no repetir lo ya escrito, permítame el lector esta cita de mi libro "El Diabólico Inconsciente":

" ¿Nos encontramos entonces asistiendo a la agonía de las religiones?

" Sí y no. Las religiones como cuerpos cerrados de doctrinas y como maestras de ritos y costumbres con los que alcanzar casi exclusivamente la salvación del alma, están llamadas a desaparecer y todo el resquebrajamiento que en ellas estamos viendo no es más que un síntoma de esto.

" Pero si consideramos la religión como una búsqueda, como una constante pregunta que le hacemos a la vida y a nosotros mismos acerca del más allá; si más que creencias o ritos fomentamos en nuestra alma una obediencia fiel a las pautas que la razón y la misma vida nos trazan, desarrollando todo un orden de valores que nos espiritualice y nos haga dignos de avanzar en esta misteriosa ascensión hacia eso que llamamos Dios, entonces la religión de ninguna manera desaparecerá.

" La proliferación actual de mil grupos cuasireligiosos (Círculos de Yoga, Cienciología, Espiritismo Rosacruces, Fe Baha'i, Teosofía, Autorealización,

Subud, Unity etc.) nos dice que el espíritu humano no deja de buscar la manera de ponerse en contacto con lo trascendente. Lo busca en muchas ocasiones por caminos equivocados que no llevan a fin ninguno, produciendo en los "fieles" una nueva desilusión.

" Pero, tal como dijo Cristo, "el que busca encuentra" (mat. 7,8); aunque aparentemente no obtenga resultado ninguno en sus indagaciones en esta vida, su espíritu se habrá hecho acreedor a una respuesta clara en el momento oportuno.

" El verdadero 'espíritu religioso' radica mucho más en ese afán de superación y de búsqueda de lo trascendente, que en la mera admisión de un credo conocido a medias y en la práctica de unos ritos superficiales."

El verdadero peligro del momento actual, no sólo de consecuencias religiosas sino también sociales, es que ante el derrumbe de las creencias clásicas, los líderes religiosos apenas si tienen nada nuevo y válido que poner en su lugar.

El vacío que nuestra generación siente en el alma lo intenta llenar con cosas enajenantes (drogas, alcohol) o con deportes y espectáculos ingeridos en forma masiva, o simplemente lo deja sin llenar sintiendo entonces ese vacío y esa angustia que se han convertido en las enfermedades típicas de nuestro tiempo.

La religión ha intentado en demasía buscar pautas valores y destinos fuera de nosotros mismos, de nuestro mundo y de nuestras propias vidas. Pero si bien es cierto que la religión ha hecho demasiado hincapié en esos valores y pautas sobrehumanos (y a veces inhumanos) también es cierto que en su seno contiene muchos valores auténticos, que están de acuerdo con la naturaleza del hombre y del mundo en que vivimos. En esos valores es en los que ahora tendría la religión que insistir elevándolos al rango de mandamientos y dándoles una perspectiva justa dentro del indudable orden del universo.

Y ya que la religión no lo hace, la mente de cada hombre tiene que encontrar otras causas y otras razones de ser de la existencia humana, diferentes de las que hasta ahora le había presentado la religión, pues vamos viendo que éstas no explican suficientemente el misterio de la vida y el cosmos.

Las jerarquías religiosas, si no estuviesen tan atadas por intereses creados, deberían reconocer que el tinglado dogmático es en buena parte una elaboración de la mente humana, fruto de dos mil años de darle vueltas a cosas que no puede comprender.

Y una vez que hubiesen reconocido esto, deberían honestamente hacer una reevaluación de todas nuestras creencias para dejar de lado todo lo que haya sido elaborado por la mente del hombre y para hacer hincapié en los 'dogmas que nos dicta y nos impone la vida.

Porque la vida es la auténtica "revelación" de Dios.

Como el lector puede ver, mi mente no se halla hoy precisamente en el mismo punto en que se hallaba cuando escribí este libro. Partiendo de aquellas verdades de entonces, he seguido buscando "la gran verdad" que es como el fundamento y la otra cara de la vida.

Ojalá que estas líneas les sirvan como punto de partida a muchos lectores para que se embarquen sin miedos en la gran aventura de buscar el origen y el destino de sus existencias.

San Juan
PUERTO RICO
1976

LISTA DE OBRAS DEL P. FREIXEDO

40 CASOS DE INJUSTICIA SOCIAL
(Examen de Conciencia para Cristianos Distraidos).

MI IGLESIA DUERME
(Un Libro NO APTO para Católicos satisfechos).

EXTRATERRESTRES Y CREENCIAS RELIGIOSAS
(Cuando los OVNIS aterrizan los Dogmas Vuelan).

EL DIABOLICO INCONSCIENTE
(Parapsicólogía y Religión...Mitos Nuevos contra Mitos Viejos).

AMOR, SEXO, NOVIAZGO, MATRIMONIO e HIJOS
(5 Realidades en Evolución)

NOVENA EDICION

Impreso en Puerto Rico
Por
Ramallo Bros. Printing
Calle Duarte 227
Hato Rey, Puerto Rico

INTRODUCCION

La Iglesia avanzó durante siglos, solemnemente por un amplio camino, que poco a poco se ha ido estrechando y actualmente no es más que un callejón sin salida. Esta frase puesta aquí al principio del libro, podrá parecerle irreal a más de uno; y ciertamente no es fácil ver su veracidad a simple vista, sobre todo para los cristianos que no estén muy acostumbrados a reflexionar sobre los problemas de la vida y de la fe, ni a traducir las inequívocas señales de los tiempos. Sin embargo, este callejón sin salida en el que vemos a nuestra Iglesia, se está convirtiendo para muchos cristianos de vanguardia en una verdadera obsesión, al ver que Ella, impulsada por la inercia y por la ceguera de muchos de los que la conducen (a pesar de las voces de alerta de algunos miembros de la jerarquía), sigue avanzando ignorante de que no hay salida por el camino que lleva. La única salida es pararse a tiempo y dar marcha atrás. Pero, excepto en pequeñas minorías, no lo está haciendo.

Todo este libro no es más que un esfuerzo por hacer comprender a los cristianos de buena fe la realidad de esta afirmación; para animarlos a que, en lo que esté en sus manos, frenen este avanzar ciego y ayuden a poner a la Iglesia, por lo menos a la Iglesia en la que ellos son ministros—sus familias, su trabajo, su ambiente—en el camino recto.

Permítaseme poner al principio de él lo que el teólogo Hans Küng puso como epílogo al suyo «Estructuras de la Iglesia» [1].

«Existió un tiempo en la historia de la Iglesia, en que la finalidad de la teología consistió en mantener las estructuras de la Iglesia. Esta finalidad era necesaria. Hoy en día, la finalidad de la teología, debería consistir en restituír a las estructuras originales el libre juego que las vicisitudes del tiempo han dejado en la penumbra y el olvido. Esto es también necesario. Hay libros que cierran la puerta a los problemas y hay libros que abren la puerta a los problemas. Cerrarles la puerta puede ser más consolador. Abrírsela es más fecundo y, por otra parte, es más difícil Ya que quien no quiere atascarse ante un callejón sin salida no debe darse por satisfecho con gestiones rutinarias. A veces necesita emprender alguna cosa por cuenta propia, algo poco habitual y audaz a fin de lograr una feliz solución. Un esfuerzo semejante sólo puede ser un intento y no está exento de peligro. Nadie se da más cumplida cuenta que quien ha conquistado su terreno palmo a palmo. Si sólo se tratara de ciencia teológica, el embite no merecía la pena. La necesidad de la Iglesia en las exigencias del momento actual, reclama, sin embargo, que de una manera prudente y consciente, se le preste el servicio que tiene derecho a esperar de un teólogo.»

Hans Küng, como buen teólogo, le ha prestado ese servicio a la Iglesia lanzando nueva luz sobre toda la estructura conciliar, y «abriendo la puerta a los problemas»—con generosidad, audacia y no sin peligros, como él mismo dice—al hacerle con libertad de espíritu ciertas observaciones al Concilio y al dar en diversas ocasiones la voz de alarma ante posiciones falsas, o callejones sin salida. Yo disto mucho de ser teólogo. Pero también es hora de que en la Iglesia dejen de tener voz únicamente los jerarcas y los teólogos. Es este uno de los graves errores que, por tiempo, hemos padecido. Yo quiero alzar mi voz, mi modesta voz de soldado de fila, de militante de base, de hombre de acción; una voz que representa a los miles de hombres que, en la base del Pueblo de Dios, sin defender, ni interpretar, ni investigar, ni a

[1] *Estructuras de la Iglesia.* Editorial Estela, Barcelona, 1965.

veces comprender las estructuras, se limitan a padecerlas. Esos hombres también tienen algo que decir en la Iglesia, ya que, considerados en conjunto, son, después de Cristo, la parte más importante de la Iglesia. Si ésta tiene derecho a exigir de un teólogo (y el teólogo tiene el deber de dárselo) el estudio de nuevas salidas a la luz de las Escrituras y de la sana tradición, también tiene derecho a exigir de un soldado de fila (y éste el deber de dárselo) nuevas salidas a la luz del Espíritu que se manifiesta con no menos fuerza en las almas de los fieles. Eso pretendo hacer con toda modestia en este libro, que no será precisamente para abrir ni para cerrar puertas a ningún problema. Los problemas ya hace tiempo que han entrado en la Iglesia. Pretendo proyectar un poco de luz sobre ciertos problemas prácticos, para hacer resaltar un poco más su deformidad, y para que al verlos más claramente, se decidan a ponerle remedio aquellos en cuyas manos está. Y ojalá que, en algún caso, puedan ayudar mis pobres reflexiones a que por lo menos alguien, aunque sólo sea privadamente, encuentre algún principio de solución.

El teólogo parte de la reflexión basada en la historia y en la Escritura; yo he partido también de la reflexión, pero basada en la acción y en la agonía que siempre ha supuesto, y especialmente supone en estos tiempos, el extender y hacer vivir el mensaje del Evangelio en el mundo. Esa resistencia sorda, tan humana, por otra parte, que uno encuentra en los corazones de los hombres, y esa inflexibilidad y dureza granítica que se encuentra en ciertas estructuras eclesiales o sociales, lo hace a uno pararse a reflexionar para ver qué es lo que no está funcionando bien.

Esta misma actitud de reflexión, en grande, es la que ha tenido la Iglesia en el Concilio Vaticano II. Por primera vez en la historia, un Concilio ha enfocado toda la problemática mundial y se ha echado sobre sus hombros la angustia de los tiempos por los que atraviesa la humanidad. El Concilio, en algunos de sus más importantes documentos, ha puesto el dedo en algunas llagas que hasta ahora, como en la parábola del Samaritano, habían sido ignoradas, so capa de tener que hablar de otros «problemas teológicos» de mayor importancia. Y la Iglesia jerárqui-

ca en pleno, al aprobar ciertos decretos, ha sentido por fin, oficialmente en sus manos, la sangre y el pus de las llagas de este mundo. Los padres conciliares han hecho bajar la mente de la Iglesia de aquellas alturas olímpicas en las que durante los primeros siglos discutió sobre la persona, las naturalezas de Cristo, y todas las demás disputas cristológicas y de aquellas otras no menos abstrusas sobre la gracia y la justificación del Concilio de Trento, a los problemas no tan «teológicos» pero sí mucho más humanos de la superpoblación, del hambre, de la emigración, del coloniaje y de la injusticia social.

Sin embargo, el valor del Concilio no estuvo, para mí, tanto en las cosas que me dijo, cuanto en el hecho de que me despertó de una especie de sueño, me despertó a la realidad de que se podía pensar fuera del estrecho marco escolástico de la teología tradicional, en el que fui formado, rígido, y en muchos aspectos, totalmente inadecuado para nuestros tiempos. Mi mente, desde entonces, comenzó a expandirse y a vislumbrar nuevos horizontes.

Han pasado unos cuantos años ya desde el comienzo del Concilio. Lógicamente uno debería creer que el panorama, a estas alturas, habría cambiado bastante en la Iglesia; pero, desgraciadamente, no es así. En una mirada de conjunto, la Iglesia oficial sigue todavía avanzando por el callejón sin salida en que está metida. El panorama en las reuniones internacionales y en ciertas revistas de avanzada sí está cambiando notablemente (lo mismo que ciertas innovaciones, practicadas las más de las veces «al margen de la ley» por cristianos desesperados al ver que las cosas no cambian), pero en la mayoría de las diócesis y parroquias el panorama «oficial» sigue siendo tan cerrado como antes. La barca de Pedro está anclada. Nuestros patrones de conducta, nuestra moral, nuestra concepción de Iglesia, toda nuestra estructura eclesial, es, prácticamente, la misma de principios de siglo, y en muchos aspectos, la misma de hace varios siglos. Nuestro catecismo está empezando a cambiar, pero únicamente en las mentes de los técnicos y de los que se han preocupado por este campo particular. Pero en las

mentes de la inmensa mayoría del laicado y del clero, tal como lo reflejan las predicaciones dominicales, nuestro catecismo, nuestro dogma, nuestras creencias y su expresión, son exactamente las mismas que eran hace varios siglos.

Hace bastantes años, gracias a la JOC (Juvetud Obrera Cristiana), y gracias a aquel carismático hombre, hijo de un minero, llamado José Cardijn, pude comprender un poco mejor lo que era la verdadera Iglesia; pude entrever todo aquel espíritu que luego floreció abiertamente en el Concilio Vaticano II. Y hace quince años que estoy tratando, con todas mis fuerzas, de extender y dar a conocer este mismo espíritu entre mis hermanos. Sin embargo, después de todo este tiempo, tengo la amarga impresión de que he estado hablándole a una pared; de que he estado predicando en el desierto. Todas estas ideas encuentran una sorda resistencia, a veces francamente abierta. Al cabo de años de tratar inútilmente de penetrar las existentes estructuras y viendo cómo lo poco que se sigue edificando se edifica sobre los mismos carcomidos cimientos, uno comienza a sentir el cansancio, un desánimo profundo que le nace a uno en el corazón, al ver que la Iglesia va dejando de ser la luz del mundo y la sal de la tierra. Y de seguir así, en nuestra sociedad al menos, dentro de unos años la Iglesia será pisada por los hombres «como una sal que perdió su sabor» [2].

He llegado a la conclusión de que hace falta un sacudimiento violento. Cuando queremos despertar a alguien que duerme profundamente, hay que sacudirlo con violencia. Y si acecha algún peligro habrá, incluso, que llegar a algo doloroso para que acabe de despertar, para que caiga en la cuenta del peligro en que está. Y ese es, ni más menos, el actual estado de la Iglesia. Muy graves peligros nos acechan, no sólo a la Iglesia, sino a la humanidad entera. La necedad de los hombres tiene pendiente sobre nuestras cabezas una guerra atómica para la que nos preparamos concienzudamente día a día, gastando en ello miles de millones de dólares, que sacudirá, no sólo nuestras vidas sino nuestras creencias. El mundo entero está en convul-

[2] *Mt* 5, 13.

despreocupa del acá, de gente que, en vez de avanzar, prefiere seguir tumbada, durmiendo...

Se me dirá: La Iglesia está alerta. La Santa Sede se pronuncia frecuentemente sobre los problemas candentes de la humanidad—prueba de ello es el viaje de Pablo VI a las Naciones Unidas—; la Iglesia tiene un cuerpo de doctrina social; muchos sacerdotes han participado activamente en la lucha contra la discriminación racial, etc. Todo eso es cierto. Pero no hay que olvidarse que la Iglesia no es sólo el Papa, ni tales o cuales sacerdotes, ni una «doctrina» social, ni siquiera las conclusiones avanzadas de algún congreso católico; la Iglesia está compuesta por millones de hombres con unas vidas concretas. Y la vida de todo ese conjunto que constituye la Iglesia, está muy lejos de estar de acuerdo con la doctrina. Mucho me hizo pensar el periodista que en una rueda de prensa ante la televisión me dijo una vez: «Ustedes los católicos son la única sociedad que no son lo que son, sino que son lo que dicen que son.»

Yo quisiera que este modesto libro fuese una sacudida, aunque pueda parecer un poco violenta, para ayudar a que mi Iglesia despierte.

Yo sé que muchos se escandalizarán; pero me preocupa menos el escándalo que estos muchos puedan padecer, que el gran escándalo que ya están padeciendo hace años, muchísimos más, y que, de hecho, escandalizados, aburridos, decepcionados, le han vuelto las espaldas a la Iglesia o la contemplan con ojos de tristeza al ver que se va convirtiendo en una anciana soñolienta.

¿Quiénes son los «muchos» que «se escandalizarán»? Son, en su mayoría, aquellos a los que «la Iglesia» les ha dedicado lo mejor de sus esfuerzos. Son aquellos para los que «la Iglesia» ha tenido misas y para los que «la Iglesia» ha tenido sacramentos, y colegios y universidades. Son, también, aquellos que nunca han tenido la audacia de cuestionarse, ni de preguntar, ni de rebelarse contra nada, sino que han preferido seguir, dócilmente, en el rebaño. Cierto que la docilidad a veces conlleva sacrificios; pero también es cierto que le libra a uno de la

terrible angustia de pensar, de tomar decisiones, de rebelarse contra el mal, y de enfrentarse consigo mismo y con su conciencia. «Los muchos» que se escandalizarán, son aquellos que no quieren que las cosas cambien en la Iglesia, porque a ellos les va bien. «Los muchos» que se escandalizarán serán, con frecuencia, aquellos que han llegado a una tal deformidad de conciencia, que son capaces ya de comulgar con ruedas de molino, admitiendo, sin sublevarse, absurdos tan inadmisibles como el de que cualquier pensamiento admitido contra el sexto mandamiento, es un pecado mortal, y, por tanto, conlleva una pena de infierno eterno. (He tenido profesores de Moral que enseñaban que el sacerdote, que al rezar su breviario, o al decir su misa, omitiera conscientemente, varias palabras del Canon o de los Salmos, cometería pecado mortal, siendo, por tanto, reo del infierno si la muerte lo sorprendía con ese pecado.) A mí, francamente, no me interesa ni me extraña que se escandalicen ante este libro, hombres que tienen una tal deformidad de mente como para ser capaces de admitir semejante aberración.

Pero contra estos «muchos» que se escandalizarán, yo sé que habrá «muchísimos» que se alegrarán infinito de que alguien se haya atrevido a hablar, de que alguien diga públicamente lo que ellos llevan en el secreto de sus conciencias, pero que por una formación deforme no se atreven a pensar o no se atreven a proclamar en voz alta. Yo sé que habrá muchísimos que leerán este libro y descubrirán en él una cara nueva de esa Iglesia que ellos creían dormida y completamente desligada de los problemas de este mundo. Además, el escándalo no lo doy yo, ni lo damos los que como yo nos atrevemos a hablar; el escándalo lo da, actualmente, la Iglesia jerárquica que duerme cuando los demás se afanan, que está tranquila cuando los demás se angustian, que se viste de pompa cuando las gentes no tienen casas para vivir.

No me da miedo este escándalo porque es farisaico. Sucede con él lo mismo que con la violencia que tan preocupados tiene hoy a los que hasta ahora habían vivido bien acomodados. Las clases pudientes sudamericanas y los blancos sureños de los

Estados Unidos, por ejemplo, «se escandalizan» ante la violencia «violenta» practicada actualmente por los oprimidos, y gritan a los cuatro vientos que no se puede tolerar la implantación de la violencia en la vida de las naciones. Pero no caen en la cuenta de que la violencia no es implantada ahora por los oprimidos. La violencia «suave», la violencia «civilizada», la implantaron ellos hace ya muchos años; la institucionalizaron con leyes. Cuando se mata a uno de un disparo o cuando se quema un establecimiento, se hace un acto de violencia «violenta», ante el que fácilmente «nos escandalizamos»; pero cuando se impide, año tras año, votar a los negros, cuando no se legisla para que los salarios dejen de ser unos salarios de hambre; cuando se hace la vista gorda ante la falta de viviendas y se gasta ese dinero en obras suntuarias, cuando los gobiernos y las clases pudientes prefieren ver a los indios analfabetos y desnutridos, cuando los pobres no tienen cama en ningún hospital, cuando en las industrias se ganan cantidades fabulosas y se escamotea después el tributo fiscal, todos estos son actos de violencia «suave», «hechos según la ley». Actos que, por ordinarios y por constitucionales, no escandalizan ya a nadie, ni siquiera, muchas veces, a los mismos que los padecen. Es una muerte lenta por envenenamiento en que las personas y los pueblos no caen en la cuenta de que los están matando poco a poco. Sin embargo, esta violencia «suave» es mucho más culpable que la otra, porque no va contra una persona o un establecimiento en particular, sino que va contra todo un pueblo, haciendo, no en un momento, sino a lo largo de los años, miles y miles de víctimas.

Los otros «muchos» que se van a escandalizar con este libro, es hora ya de que se escandalicen con algo, a ver si así salen de su burguesía espiritual, endulzada con comuniones y anestesiada con limosnas a los pobres; a ver si así, al menos, comienzan a pensar y a caer en la cuenta de la triste cosa en que hemos convertido a la Iglesia de Jesucristo, que fué creada para ser luz de todos los hombres, y que se ha convertido en penumbra para que unos pocos privilegiados duerman una tranquila siesta, y en tinieblas para la inmensa mayoría del pueblo.

El escándalo no lo daré yo; el escándalo está ya establecido en el mundo con nuestra práctica caricaturesca del Evangelio.

Escándalo ciertamente es, para muchos que no creen, nuestra vida de cristianos satisfechos, que con unos cuantos ritos, más los nueve Primeros Viernes, estamos seguros de que tenemos asegurado el reino de los cielos. Escándalo es, sobre todo, ver cómo los cristianos no aman; ni se aman entre sí ni aman a los que no son cristianos. Y escándalo es, especialmente, el ver cómo los que de entre ellos son ricos, no aman a los que son pobres. Los primeros han construido un injusto sistema económico que es como una inmensa maquinaria para fabricar una minoría de ricos y millonarios, a costa de las grandes masas depauperadas. Un sistema económico en el que los ricos se hacen más ricos, y los pobres cada día son más pobres; en donde todo está motivado por el afán de lucro; en donde se ha normalizado la explotación del hombre por el hombre, en donde, mientras millones mueren cada año por no comer suficiente, unos pocos mueren por comer demasiado; mientras millones sufren de desnutrición, unos pocos sufren ante el temor de engordar; un sistema en el que se ha sustituido la gracia de Dios por los billetes de Banco. Escándalo es ver cómo los poderosos han construido un sistema social, aliado del económico, en donde unos tienen, necesariamente, que servir a los otros, en donde la mayoría del pueblo no tiene ocasión de aprender a leer, porque el dinero lo gastan los grandes en sostener los ejércitos con los que luego matan en las calles a los pobres que se sublevan. Escándalo es ver nuestro sistema de castas; esta sociedad de lobos, donde los poderosos aplastan a los débiles, los ricos les roban a los pobres, y los jerarcas se pastorean a sí mismos. Hemos desarrollado, a lo largo de los años, una sociedad cristiano-alcohólica en la que millones de bautizados se emborrachan proletariamente de desesperación y de asco de vivir, mientras una minoría ahoga elegantemente en Scotch su aburrimiento, pagando por cada trago lo que uno de sus hermanos parias gana después de trabajar diez horas. Escándalo monstruoso es el que dan a los pueblos paganos del mundo, los pueblos cristianos; pueblos cristianos son los que han conquistado el mundo entero por la

fuerza. Pueblos cristianos son los que han abusado, por siglos, de los pueblos atrasados, convirtiéndolos en sus colonias, sin ayudarlos a progresar más que en lo que les convenía. Pueblos cristianos son los que tienen acaparado, para una minoría, el 80 por 100 de las riquezas del mundo. Pueblos cristianos son los que editan y extienden por el mundo entero la pornografía. Pueblos cristianos son los clientes, casi exclusivos, de las drogas narcóticas. Pueblos cristianos son los que, a lo largo de los años, han convertido la guerra en el más criminal y más lucrativo de los negocios del orbe [4]. La practicamos entre nosotros, y se la imponemos a los que no nos han hecho nada.

Ese es el gran escándalo que, por siglos, «los cristianos» venimos dando a los pueblos no cristianos. Y por eso nos odian; y por eso ni los chinos, ni los indios, ni los árabes, ni los pueblos negros de Africa, paganos en su inmensa mayoría, quieren oír el mensaje evangélico que algunos cristianos queremos predicarles. Más de dos mil millones de hombres no quieren oír hablar de Cristo, porque los cristianos, con nuestros sistemas criminales y nuestras vidas concretas, hemos desacreditado nuestra doctrina. ¿Con qué desfachatez les vamos a predicar, después de haberles robado, de haberlos golpeado, de haberlos «colonizado», de haberlos hecho unos esclavos de nuestra economía? ¡Qué bien nos podría repetir San Pablo: «El nombre de Cristo es blasfemado por vuestra causa»!

«Este pueblo de Dios, extendido por toda la tierra, no ha comprendido que había de ser el fermento de santidad en las naciones en las que se halla inserto. No ha sabido reprimirse y ha aullado con los lobos, ha balado con los corderos, ha bendecido las armas de los césares, se ha aprovechado del «cochino dinero» fruto de las esclavitudes económicas y sociales, ha edificado teologías para justificar el acaparamiento de tierras y de bienes, ha divinizado la propiedad. Se ha puesto al mismo nivel ambiguo, por no decir más, de las «autoridades civiles y militares», satisfecho de llevar condecoraciones, galones y cintajos que le ataban cual cadenas a un mundo pervertido. Ha deseado los apoyos, fuente de privilegios pronto considerados como derechos. Ha inventado una pobreza que no es la de los pobres. Se ha servido del dinero para establecer un poder triunfalista. La lista de los adulterios del Pueblo de Dios se haría interminable» [5].

[4] Si el conflicto del Vietnam acabase repentinamente, supondría un desastre económico para miles de empresas en unas cuantas naciones.

Este es el escándalo que, en grande, hemos dado los cristianos: lo mismo los protestantes, que los ortodoxos, que los católicos. Por eso no temo dar escándalo. El escándalo, en el mundo cristiano, es una institución; porque nuestras vidas, inconscientemente, al ser una grotesca caricatura del Evangelio, son un completo escándalo. Y si nadie nunca da la voz de alarma corremos el peligro de seguir escandalizando al mundo y de seguir, aun inconscientemente, haciendo mofa en nuestra vida diaria y en nuestras instituciones, del Evangelio. Yo quiero ayudar, con este modesto libro, a que despierten todos los que tienen que despertar, sobre todo, aquellos que tienen más responsabilidad. Porque los pueblos «se pudren por la cabeza» y por eso hace falta hablarle claramente a la gente «bien colocada» para que sacudan su modorra. Porque se está haciendo tarde...

A algunos podrá parecerles que mis palabras contradicen a las promesas de Jesús de que estaría con nosotros hasta el fin de los tiempos [6]. Pero hay que caer en la cuenta que Jesús prometió ésto de una manera general. No dijo que estaría con nosotros aquí o allá. No dijo que su Iglesia tiene que estar necesariamente en este país o en el otro. No dijo que su Iglesia había de tener necesariamente la estructura actual. Y, por otra parte, su Iglesia no es únicamente la jerarquía; su Iglesia es todo el Pueblo de Dios, somos todos. Y bien puede pasar, que a buena parte de la jerarquía, como le sucedió a la hebraica, se le apague la lámpara entre las manos, sin que por ello salgan fallidas las palabras de Jesús. El Pueblo de Dios sostendrá entonces la lámpara, como tantas veces en la historia ha sucedido. Recordemos los cinco mil obispos que había en el norte de

[5] F. BERTRAND DUCLOS, O.F.M.: *Los cristianos en la violencia*. Nova Terra. Barcelona, 1968.

[6] *Mt* 16, 18.

Africa en tiempos de San Agustín. Y recordemos los tres mil obispos que llegó a haber en el Asia Menor. ¿Qué queda hoy de toda aquella Iglesia? Prácticamente, nada. Uno de los últimos grandes templos católicos de Africa del Norte, la bella catedral de Cartago, fue regalada por Juan XXIII al Gobierno de Túnez ¡para hacer de ella un museo! Porque la Iglesia de Túnez se había convertido en eso, en un museo. Y yo creo firmemente que si la Iglesia, Pueblo de Dios, no despierta y aviva su luz y alumbra a los hombres de este siglo, los hombres ya no acudirán a ella para alumbrar el camino de sus vidas.

Muchos buenos cristianos muy allegados al templo y muchos párrocos creen que la Iglesia todavía tiene fuerza; que la Iglesia todavía es oída. No caen en la cuenta de que siempre, alrededor del templo, hay un mundo artificial. En los países cristianos nunca falta gente para llenar un templo, siempre hay gente alrededor del párroco, y si éste no es inteligente, se hará la impresión de que el pueblo está a su alrededor. Pero la realidad es que en muchísimas parroquias del mundo, el 80 por 100 de los católicos no acude al templo, no se interesan por la llamada «vida parroquial». Cuántos párrocos hay que creen que porque lo dijo él en el púlpito el domingo, ya con eso se enteró todo el pueblo, y no caen en la cuenta de que, frecuentísimamente, las cosas que él dice en el púlpito no las oyen ni los mismos que están en el templo.

La Iglesia local cada vez se convierte más en un ghetto; únicamente los iniciados en este ghetto saben lo que pasa allí; conocen de las fiestas en la escuela parroquial, de los cambios en el culto, etc. Pero en realidad la masa del pueblo vive ajena a todas estas cosas.

Una última palabra. No quisiera que este libro pudiera interpretarse como una rebelión contra la Iglesia. Jamás. Tengo un concepto claro de lo que es Iglesia. La Iglesia, fundamentalmente, es Cristo, rodeado de un pueblo que le sigue. No la identifico con los errores que pueda cometer este o el otro, aunque esté constituido en jerarquía. Yo soy parte de esa misma Iglesia.

Este libro es, sencillamente, un grito de dolor, nacido de mi amor a la Iglesia. Es un grito de angustia al ver que mi Madre la Iglesia, duerme cuando el mundo más la necesita. Es una llamada anhelante a la Iglesia jerárquica para que no deje que se apague su luz. Sí, es un grito de rebeldía contra ciertos elementos dañinos dentro de la Iglesia; un grito acusador contra todos los que abusan de su poder; un grito contra los perezosos que, por no pensar, por no cambiar, por no esforzarse, prefieren que las cosas sigan como van, aunque vayan mal. Es un grito contra todos los dormilones que descansan en su burguesía espiritual y material, y que serán doblemente culpables si, además de dormilones, son pastores. Es un grito de rebeldía contra los rutinarios y contra los tradicionalistas que defienden lo viejo aunque ya no sirva; contra los que defendieron el Latín hasta última hora, cuando ya no lo entendía nadie, y que ahora siguen defendiendo otras cosas que ellos tienen también por sagradas y que son igualmente incomprensibles para el hombre de hoy; contra los que defienden aún vestimentas y ceremonias que ya no se sabe lo que significan; contra los que se oponen al uso del pan en la Eucaristía cuando lo que actualmente usamos, prácticamente es un producto de confitería, contraviniendo arbitrariamente las palabras de Jesucristo. Es un grito de rebeldía contra los rigoristas que siguen enviando al infierno eterno a cualquiera que se descuide, impulsado por una humana pasión, de la cual, fundamentalmente, uno no es culpable, ya que vinimos al mundo con ellas. Es un grito de rebeldía, en fin, contra todos aquellos que quieren hacer de la Iglesia una propiedad privada, una pieza de museo, una droga tranquilizante.

Sí, yo confieso que este es un libro adolorido ante tanta incomprensión como he encontrado a lo largo de los años—sobre todo por parte del clero y de la jerarquía—al querer sacar a la Iglesia de su letargo y hacer de ella algo vivo y algo encarnado en los hombres.

Ojalá que estas páginas logren más de lo que han logrado mis palabras.

Capítulo I

LA IGLESIA Y SU MENSAJE

Unas ligeras reflexiones para aquellos que todavía siguen identificando a la Iglesia con el templo, con Roma, con el clero, o con las leyes eclesiásticas. Inconscientemente, la mayoría del pueblo cristiano sigue cometiendo este grave error.

Sin embargo, *la Iglesia es, fundamentalmente, un pueblo penetrado de un espíritu*. Un pueblo ordinariamente pobre, angustiado, que lucha por subsistir, y que busca afanosamente el camino hacia Dios al ver que esta tierra es, querámoslo o no, morada de paso. Un pueblo que, por siglos, trata de penetrar en el terrible secreto del más allá. Un pueblo penetrado, imbuido de un espíritu: el espíritu de Cristo, de las mil formas en que Cristo se hace presente. Un Cristo que es luz para la inteligencia, un Cristo que es fuerza para la voluntad, un Cristo que se hace presente en el amor hacia los demás, un Cristo que es Fe, Esperanza y Caridad, que nos da fortaleza para oponernos a las injusticias dondequiera que las veamos y que, al mismo tiempo, nos da espíritu de mansedumbre y de tolerancia para sobrellevar tantas cosas adversas como tenemos que encontrar en el mundo; un Cristo, sobre todo, que difunde amor en todas las cosas, para todas las gentes, y en todos los momen-

tos. Ese es el espíritu que tiene que penetrar a este pueblo para hacer de él el Pueblo de Dios, la Iglesia que Cristo quería. Repitamos, pues, que la Iglesia es, o tiene que ser, un pueblo cuya alma es Cristo.

¿Es esto lo que tienen en su mente la mayoría de las gentes cristianas cuando hablan de la «Iglesia»? ¿Se dan cuenta de que ellos son esa Iglesia? ¿Se dan cuenta de que la Iglesia no es la Santa Sede, ni siquiera un grupo de obispos, sino que es todo el Pueblo de Dios obrando conforme al espíritu de Cristo que lo anima?

San Pablo nos habla del «depósito de la fe» en poder de la Iglesia. Hemos tomado demasiado al pie de la letra la comparación y tenemos en realidad «el agua que salta hasta la vida eterna» [1] de que nos habló Jesús, guardada como en un depósito, sin permitir que se derrame sobre el mundo. Al lado de este recipiente, lleno de la gracia que nos regaló Jesús, está la arena seca del mundo esperando por esa agua de gracia que no le acaba de llegar porque nosotros la guardamos demasiado. Cuánto mejor sería que nosotros derramásemos esa agua sobre la sedienta arena del mundo. Veríamos cómo el agua iba desapareciendo. Pero ¿desaparececía en realidad? No; estaría allí oculta, empapando la arena y dándole capacidad germinal para que puedan, en su seno, desarrollarse las semillas. Hoy por hoy, el agua está en el depósito, conservándose a sí misma pero sin fecundar al mundo que está sediento de ella. Si la Iglesia se derramase sobre el mundo, si los cristianos empaparan con su mensaje vivido y predicado, todas las estruc uras de la sociedad, la Iglesia dejaría de tener aire triunfal que ahora tiene de gran institución, pero el mundo empezaría a dar los frutos que ahora no da, precisamente, porque está seco. Por desgracia, hoy hay muchos que no quieren que la Iglesia se derrame sobre el mundo y pierda ese aire triunfal, porque lo consideran de la esencia de ella, y hay muchos que se escandalizan al verla despojarse de esos prestigios y dignidades externas que tanto daño le hacen. Y sin embargo, esa Iglesia humilde al servicio de los hombres, sin estructuras externas a la vista y sin estar erguida como una institución rival de las otras instituciones de la sociedad, cada día más fuertes, será la única capaz de hacer penetrar eficazmente el Mensaje en el seno del mundo. La otra, la externa, la de los grandes edificios, la que no se quiere «perder» en la arena y prefiere conservarse a sí misma pura y sin mezclar, no hará germinar semilla ninguna, como no hace germinar semilla ninguna el agua pura, si no está mezclada con la tierra. Esa es, precisamente, la Iglesia que está actualmente en un callejón sin salida.

[1] *Jn* 4, 14.

CUAL ES EL MENSAJE

¿Cuál es, en definitiva, el mensaje fundamental que la Iglesia tiene para presentarle a la humanidad? El mensaje es muy sencillo, y, al mismo tiempo, de una trascendencia enorme. Pero sucede con él lo mismo que con esas imágenes de los retablos barrocos: que es tal la ornamentación del retablo, es tal la abundancia de columnas salomónicas, de angelitos músicos, de símbolos bíblicos y de fronda vegetal, que a duras penas puede uno ver cuál es la imagen. Es tal el barroquismo de nuestro dogma que a duras penas podemos distinguir lo esencial de lo accidental, y, con frecuencia, en vez de venerar la imagen, estamos venerando una columna retorcida con formas humanas, pensando que veneramos la imagen. En la mente de muchísimos cristianos, igual importancia tienen la devoción a María que el infierno, que la presencia real de Cristo en la Eucaristía, el purgatorio, la Santísima Trinidad, o el poder del agua bendita. El primer error es atribuírles igual importancia. Y el segundo sería el creer que cualquiera de estas creencias es primaria o fundamental en el mensaje de la Iglesia.

El mensaje fundamental que la Iglesia tiene para decirle a la humanidad entera, es que el Creador que hizo la tierra con todas sus maravillas y con todos sus misterios, el Creador que hizo el cosmos con toda su infinidad, ese mismo Creador, por Su Voluntad, es Padre nuestro, y al serlo es la solución al pri-

mer gran problema que todo hombre tiene en el fondo de su corazón: el misterio de su existencia, el misterio del más allá, la orfandad que en lo profundo de su alma siente todo hombre al pensar en su vida después de la muerte. Ese Padre quiere tener con nosotros verdaderas relaciones de padre a hijo. Y esto doblemente, primero porque nos creó con amor de padre, y, segundo, porque nos envió a su Hijo para que fuese hermano nuestro. De ahí se deriva, inmediatamente, otra enorme verdad: que todos los hombres somos hermanos y que, por tanto, el amor tiene que ser la única gran ley universal de la cual se deriven todas las demás leyes.

Pero la Iglesia hace siglos que tiene este gran mensaje envuelto en una paja religiosa de minidogmas y preceptos que le quitan por completo su brillo y lo desacreditan ante las mentes de la humanidad.

A los que ya estamos dentro, la Iglesia tiene muchas otras cosas íntimas y profundas que decirnos, pero para el mundo, para la inmensa mayoría de los hombres que cubren la tierra, éste es el primer gran mensaje que hay que darle, y para muchos, el único mensaje: mientras no lo admitan, es inútil querer hablarles de otras cosas más íntimas. Y la dificultad está en que se lo presentamos todo mezclado y confundido. Empezamos queriéndolos llevar a misa—ese es casi el único método pastoral en los pueblos cristianos, pero ya descristianizados—, en vez de enseñarles que Dios es nuestro Padre. En vez de ensancharles a los pueblos del mundo el corazón con tan increíble realidad, nos hemos empeñado hasta ahora en romanizarlos, en hacerles creer en el fuego del purgatorio, y en acomplejarlos con el temor de que si se rebelaban contra el pescado algún viernes, podían perderse eternamente, etc. Si la Iglesia le hubiese dicho a la humanidad entera únicamente esta gran verdad: que Dios nos ama como a hijos, y que lo fundamental que El exige de nosotros es el amor filial y fraterno, aunque no le hubiese dicho nada más, ya hubiese cumplido, en gran parte, con la labor profética que Dios le asignó en este mundo. Pero, hoy día, para la inmensa mayoría de la humanidad, somos un grupo de fanáticos intransigentes que a duras penas empezamos a abrirnos a los demás. Y, sin embargo, el espíritu de Cristo que anida en el laicado, en el clero y en la jerarquía, sigue luchando por abrirse paso, por hacerse oír. Y se da el caso curioso de un Teilhard de Chardin que, mientras sigue siendo objeto de escándalo para muchos de los importantes en la Iglesia, está haciendo que el Mensaje sea una respuesta para muchos espíritus, está atrayendo a las mentes más avanzadas, está haciéndoles «simpática» la faz de la Iglesia a muchos científicos que hace muchos años se habían alejado de ella, por no estar de acuerdo con su barroquismo, con su medioevalismo, y con su enajenamiento de los verdaderos problemas de la humanidad. Urge que la Iglesia purifique sus dogmas de toda la hojarasca que se les ha ido añadiendo a lo largo de los siglos, urge que les sacuda el polvo de dos milenios. Urge darle brillo a los verdaderos dogmas, y urge relegar, a meras creencias, cosas que hoy tenemos en el pedestal de dogmas.

REINTERPRETACION DEL EVANGELIO

Creo que una de las tareas más importantes que hay que realizar hoy en la Iglesia, es una fundamental exégesis de los Evangelios. La primero de todo, habrá que hacer una buena traducción de ellos, acomodada a nuestro tiempo y a nuestro lenguaje; el pueblo no comprende hoy muchas cosas del Evangelio tal como están expresadas. Después habrá que ver qué quiso Cristo decir, y qué añadieron por su cuenta los apóstoles para acomodar las enseñanzas de Cristo a su tiempo (y que nosotros hoy, erróneamente, creemos que pertenecen a la esencia del Mensaje); cuál es la recta interpretación de frases que, hoy día, tal como están enunciadas en el Evangelio, ya se nos hace muy difícil de admitir. Tómese, por ejemplo, la frase: «El que creyere y se bautizare, se salvará; el que no creyere, se condenará» [2]. ¿Qué quiso decir, realmente, Cristo? Porque tal como está enunciado no podemos admitirlo hoy. Si un hom-

[2] *Mc* 16, 15-16.

bre, con su mejor voluntad, oye el mensaje que la Iglesia tiene que decirle (y mucho peor si está mezclado con su buena dosis de adulteración), y honradamente pensando, cree que no puede admitirlo, ¿será por ello enviado al fuego del infierno? ¿A un fuego eterno? ¿Es eso lo que significa condenarse? ¿Qué es lo que Cristo realmente quería decir cuando decía: «El que creyese...»? ¿Y qué es lo que hay que creer? ¿Todo lo que nos enseñen? Y aunque así fuere, si un hombre, después de meditar concienzudamente, de investigar, de orar, realmente no llega a convencerse, ¿sería por eso condenado? ¿No iría ésto contra la esencia misma de la racionalidad humana? ¿No iría contra la idea básica del decreto del Concilio Vaticano sobre la libertad de conciencia? ¿No iría contra el gran dogma de la paternidad divina? ¿Qué padre, en este mundo, haría semejante cosa? «Si vosotros—como dijo Jesús—siendo malos, les dais cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre que está en el cielo...» [3].

Permítaseme citar aquí a Adolfs, quien proyecta nueva luz sobre el mismo tema que estamos tratando:

«... el anuncio del mensaje ya no es adecuado. Esta es la conclusión a que han llegado tres importantes teólogos, cada uno por camino distinto. Y cada uno ha intentado, además, ofrecer una solución. Pero es dudoso que hayan llegado a la médula del problema. ¿No es el anuncio del Evagelio la misión específica y primaria de la Iglesia? ¿No será el carácter conservador de las instituciones eclesiásticas el motivo por el cual la predicación (y la teología) se ha vuelto ininteligible en el mundo moderno y secular? Lo que surge una y otra vez de los trabajos de los teólogos que hemos venido discutiendo (Bultmann, Tillich y van Buren) es que la Iglesia no debería, en nombre de la ortodoxia, continuar presentando lisa y llanamente sus viejas y tradicionales enseñanzas, sino que, consciente de su misión, como de algo que debe aplicarse a todas las edades en continuidad y discontinuidad con el pasado, debería reinterpretar el mensaje cristiano para cada nueva generación...

[3] *Mt* 7, 11.

»La predicación y la promulgación del Evangelio constituyen una enorme tarea para la Iglesia y exigen, constantemente, que recurra al límite de sus fuerzas. Pero hasta el presente, la Iglesia siempre se ha considerado a sí misma un "depósito de la fe" al que consideraba como una especie de tesoro al que había que guardar en la caja fuerte y al que había que custodiar cuidadosamente con el resultado de que su enseñanza adquirió un carácter transhistórico y absoluto, y que el Evangelio terminó por interpretarse en modo tal que resultó asociado a un período ya superado de la historia. La enseñanza de la Iglesia marcha a destiempo con la edad moderna porque la forma misma de la Iglesia es una supervivencia de épocas pasadas» [4].

LA ENCICLICA «HUMANAE VITAE»

Leemos en los documentos del Concilio:

«Cristo, profeta grande, cumple su misión profética, no sólo a través de la jerarquía, sino también por medio de los laicos a quienes, por ello, constituye en testigos y les ilumina en el sentido de la fe y la gracia de la palabra, para que la virtud del Evangelio brille en la vida cotidiana, familiar y social» [5]. Por eso, ¿no hay algo de pecado contra la Iglesia en la encíclica papal «Humanae vitae», donde tajantemente se prohíben los medios «artificiales» anticonceptivos, cuando sabemos perfectamente que el Pueblo de Dios anhelaba un cambio y aún sigue anhelándolo, en esta disciplina?

Documentos solemnes, de la jerarquía y, en particular, de la Santa Sede, sobre todo cuando se trata de asuntos que, aunque tengan su implicación religiosa, no se refieren directamente ni se derivan del Mensaje fundamental de la Iglesia, son los que confunden la mente del pueblo, ya que al ver éste que también

[4] R. ADOLFS: *La Iglesia es algo distinto*. Edic. Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1967.

[5] Concilio Vaticano II: *Constitución Dogmática sobre la Iglesia*, número 35.

se exige para ellos obediencia, comienzan a no saber qué es lo principal y qué es lo secundario en las cosas que la Iglesia enseña.

Reflexionemos un poco sobre la encíclica «Humanae vitae» que aunque directamente no viene al caso en este capítulo, sin embargo, por ser este documento presentado por el Magisterio como algo importante dentro de la Iglesia, y por ser esto mismo causa de gran confusión en las mentes de miles de católicos, se convierte en el caso típico que veníamos tratando. Permítame el lector extenderme un poco acerca de él, y antes que nada explicar por qué me atrevo a no estar de acuerdo con la encíclica.

La Iglesia no es una sociedad fundada hace unos cuantos años. Tiene muy cerca de dos mil años y, por ello, tiene una historia que es para nosotros una gran ayuda para llegar a comprender la esencia de ella. Es una verdadera lástima que los cristianos no conozcan mejor la historia de su Iglesia, pues con ello se evitarían muchos errores en la comprensión y concepción de nuestra Iglesia actual. En las páginas de la historia de la Iglesia, mezclados con terribles equivocaciones, abusos y herejías, encontrarían innumerables hechos maravillosos, manifestación clara del espíritu de Dios viviendo entre los hombres, que les darían más comprensión y amor hacia esta Madre Iglesia a la que pertenecen. Guiados por esta historia, reflexionaremos un poco sobre el papel que, a lo largo de los siglos, ha tenido la autoridad jerárquica y en particular el Sumo Pontífice.

Está fuera de toda duda que una encíclica no es infalible. Así lo han demostrado fehacientemente muchas encíclicas a lo largo de la historia. En ellas se han defendido verdades relativas, aceptables en una determinada época de la historia, pero que con el correr de los años se han hecho inadmisibles. El Papa, según se nos enseña, es únicamente infalible cuando habla ex-cátedra, como pastor supremo, queriendo imponer la fe a todo el Pueblo de Dios y únicamente en materia de fe y costumbres. (Cuál es esta materia de fe, y sobre todo, qué se entiende por «costumbres», es otro problema muy complicado

que nos llevaría demasiado lejos. Pero, por supuesto, que la infalibilidad pontificia en lo que se refiera a «costumbres» es tan limitada que a duras penas encontrará asidero para poderla aplicar.) En los últimos siglos, la Iglesia, a través de los Sumos Pontífices, ha hablado en poquísimas y muy solemnes ocasiones, infaliblemente.

Ahora bien, admitido que una encíclica no es infalible y que por tanto puede estar equivocada, habrá que ver qué autoridad tiene la jerarquía para imponerla a las conciencias de los fieles. No negamos que el Sumo Pontífice, y dígase en su tanto de los obispos, tienen autoridad para exponer la doctrina y aun pedir de sus súbditos el asentimiento. Pero frente a este derecho inherente a su cargo, se alza, por parte de los súbditos, el derecho a usar su propia inteligencia, que será, en defintiva, el último juez para la admisión o no admisión de una doctrina. Si alguien ve claramente como absurdo alguna doctrina sostenida por una autoridad superior, está obligado a resistirse a admitirla, pues de no hacerlo, estaría traicionándose a sí mismo al asentir a un error. Eso es, en el fondo, lo que se llama libertad de conciencia, defendida por el último decreto del Concilio Vaticano II.

Antes de pasar a ver si la doctrina de la «Humanae vitae» es errónea o no, por lo menos para nuestros tiempos, convendría que examináramos qué nos dice la historia a propósito de errores que los Papas puedan haber cometido cuando sin hablar ex-cátedra defendieron en documentos solemnes doctrinas que se referían a la fe o a las «costumbres».

UN POCO DE HISTORIA

¿Ha habido algún Papa, a lo largo de la historia, que cuando enseñaba como pastor universal, aunque no queriendo hablar ex-cátedra, se haya equivocado o por lo menos haya hablado con menor exactitud? Sí los ha habido y no pocos. Dejando a un lado la famosa cuestión de si el Papa Liberio (352-366) incurrió o no incurrió en herejía (cosa a la que hay que concederle muy poca importancia), podemos, sin hacer grandes investiga-

ciones, poner una lista de Papas que han cometido deslices doctrinales, más o menos serios, en el desempeño de su ministerio. Citemos sólo aquellos que explícitamente enseñaron o escribieron cosas que, hoy por lo menos, no podemos admitir como verdades aunque nacieran de la buena fe y de un espíritu piadoso y celoso de la pureza de la doctrina: San Víctor I (189-199); San Zósimo (417-418); Honorio I (625-638); Juan XXII (955-964); Gregorio VII (1073-1085); Gregorio IX (1227-1241); Inocencio IV (1243-1254); Bonifacio VIII (1249-1303); Nicolás V (1447-1455); Calixto III (1455-1458); Pío II (1458-1464); Sixto IV (1471-1484); Julio II (1503-1513); Paulo IV (1555-1559); Gregorio XVI (1831-1846); Pío IX (1846-1878); Pío X (1903-1914).

Indudablemente que si se hiciese un estudio a fondo se podrían añadir a esta lista unos cuantos nombres más de Papas que han sostenido doctrinas que al paso de los tiempos han resultado ser más o menos erróneas. Sus errores variarán mucho: desde el monotelismo en que cayó Honorio (anatematizado y condenado por su nombre en no menos de tres concilios generales), y desde la excomunión que San Víctor lanzó contra la Iglesia de Asia por celebrar «erróneamente» la fiesta de la Pascua (excomunión que fue levantada inmediatamente por su sucesor), hasta las falsas enseñanzas de Juan XXII acerca de la espera obligatoria de todos los justos para entrar en el reino de los cielos hasta después del juicio final—enseñanza que fue reprobada con una definición solemne por su inmediato sucesor Benedicto XII—, o las condenaciones en el syllabus de Pío IX y Pío X de ciertos aspectos del «modernismo» que hoy son ya auténticas manifestaciones del espíritu moderno. Baste lo dicho para caer en la cuenta de que los Papas, aun asistidos por el Espíritu Santo de una manera especial, distan mucho de ser infalibles en sus manifestaciones ordinarias de Magisterio.

Cuando una enseñanza papal tiene contra sí a gran parte de la Iglesia—y este es el caso que actualmente tratamos—es de todo punto necesario que cada uno use su inteligencia, ayudada por la oración, para ver el alcance y darle el verdadero

valor a las enseñanzas pontificias. En otra parte de este libro decimos que es muy dudoso que la verdad pueda estar en una sola persona aunque ésta sea el jefe supremo, cuando todo el cuerpo de la Iglesia se opone a semejante «verdad». Más tarde veremos hasta qué punto el sentir de la Iglesia es común en cuanto al control de la natalidad. De lo que sí estamos seguros es de que la Iglesia no está indefensa ante el Papa y no se entrega con las manos atadas a la posible arbitrariedad de ningún Sumo Pontífice. De hecho, oficialmente, se admite que un Papa puede caer en herejía, y de ello es buena prueba el mismo Derecho canónico al admitir entre las causas por las que el Papa puede perder su ministerio, es decir, sus plenos poderes de gobierno el hecho de caer en herejía. De la misma manera que la Iglesia tiene la obligación de mantener su unidad con el Papa, el Papa está obligado a mantener su unión con la Iglesia. Küng dice que un Papa que se separara, debido a un cisma, de la Iglesia Universal, perdería su ministerio. Un Papa que excomulgara a la totalidad de la Iglesia, se excomulgaría a sí mismo de la Iglesia. No sería a la Iglesia sino a él mismo a quien colocaría en la ilegalidad. No tenemos que olvidarnos nunca de que las promesas del Señor y en defintiva todo Su Amor es para la Iglesia universal y no para la persona del Papa, y en tanto es para el Papa en cuanto éste lo hará extensivo a toda la Iglesia, de suerte que de no ser así, Dios preferirá a toda la Iglesia por encima de un Sumo Pontífice en particular. Suárez ha escrito muy clara y valientemente sobre todo este problema del enfrentamiento del Papa con la Iglesia. Dice que en un conflicto entre la Iglesia universal y un Papa hereje, la Iglesia tiene perfectamente el poder, e incluso el deber, de oponerse a ese Papa, porque es totalmente inimaginable que la verdadera fe pueda estar nunca presente en un sólo miembro, es decir, en el Papa, mientras toda la Iglesia universal se encuentra en la herejía. Y nos llega a decir que «cuando el Concilio debe reunirse para un asunto que atañe de una manera especial al propio Papa, y éste se opone de alguna manera a que se celebre, entonces el Concilio podría convocarse ya sea por el Colegio de cardenales, ya sea por el Episcopado unánime; y en el caso en que el Papa inten-

tara un Concilio semejante, no sería necesario obedecerle, porque, en tal caso, actuaría en nombre de su poder pastoral supremo en detrimento de la justicia y del bien común» [6].

Para ayudar a que salgan de su error todas aquellas almas piadosas, pero ignorantes, que identifican omnímodamente la persona del Sumo Pontífice con Dios, expondremos aquí unos cuantos hechos históricos, que no por conocidos dejan de ser verdad y de dar fuerza al argumento que más tarde expondremos.

Ateniéndonos a los finales del siglo IX y todo el siglo X, el siglo negro del papado, podemos presentar el siguiente cuadro pontificio:

Mientras en el siglo XIX hubo solamente seis Papas (y ocho en el XVIII) en el siglo X, debido al caos reinante y a las frecuentes deposiciones por la fuerza, el número de Papas legítimos llegó a veinticinco. En poco más de un siglo murieron asesinados, por lo menos, siete Papas, y no precisamente como mártires, sino en venganza por abusos que habían cometido o por ambiciones políticas de sus rivales. Cuatro de los Sumos Pontífices mandaron matar a sus inmediatos antecesores para subir ellos al trono pontificio. Uno, el portugués Formoso, a pesar de ser él muy recto, era tan odiado por su sucesor Esteban VI, que fue desenterrado nueve meses después de muerto, juzgado «corpore presente» y declarado antipapa, fue arrastrado su cuerpo en putrefacción por las calles de Roma y arrojado al Tiber. Un Papa, Juan XI, hijo de los amores sacrílegos del Papa Sergio y de la diabólica Marozia, llegó al trono pontificio porque su madre hizo prender y luego morir por asfixia en el castillo de Santángelo al Papa Juan X. Un nieto de esta misma mujer fue impuesto en el trono pontificio; se llamó Juan XII, fue electo cuando tenía dieciocho años y fue en extremo vicioso. Benedicto IX fue elegido cuando tenía doce años de edad. Bonifacio VII robó todo el oro y plata que pudo de los tesoros vaticanos y huyó a Grecia donde vivió bastantes años licenciosamente; cuando se le acabó el dinero volvió a Roma, logró deponer y encarcelar al Papa entonces reinante, lo dejó morir de hambre en Santángelo y se proclamó de nuevo Papa. Eran tales sus desmanes que la turba se amotinó, lo estranguló y lo arrastró desnudo por las calles de Roma. Gregorio VI fue—admitido por él mismo—un Papa simoníaco. Benedicto VI fue degollado en la cárcel por el hermano del Papa anterior. Trece Papas no llegaron a estar en la Sede Pontificia un año. Hubo años en que pasaron por la cátedra de San Pedro tres Papas distintos. Y todo esto ¡en un solo siglo!.

[6] *De Fide Theologica, Diputatio X*. De Sumo Pontífice, VI Opera Omnia). París, 1858; pags. 12-317 y sigs.

Si bien es cierto que todos estos hechos hoy llenan de horror a nuestra mentalidad civilizada, tan distante de los bárbaros métodos de aquellas épocas, sin embargo, aunque con caracteres más de acuerdo con su siglo, pero no menos nefastos para la Iglesia (y un fruto de ello fue la escisión protestante), vemos reaparecer este mismo espíritu mundano en muchos Papas de los siglos XV, XVI y XVII: Un lujo y una fastuosidad desmesuradas, costumbres nada austeras y un abierto politiqueo alrededor del «trono». Pero justo es confesar que, entremezclados con este tipo de Papas, había entonces hombres grandes y santos que llevaban la tiara con toda dignidad.

Lejos de mi el querer desprestigiar al papado, pero también lejos de mí una mente angélica que me impida ver la realidad y perder la perspectiva histórica de las instituciones y personas de este mundo. He querido hacer esta larga digresión para que caigamos en la cuenta de que todos estos Papas, a los que tales cosas vemos haciendo y diciendo a lo largo de la historia, no eran menos Papas que los nuestros actuales ni tenían menos asistencia del Espíritu Santo; ni obraban, muchos de ellos, con menos reflexión y consejo antes de hacer y decir cosas que luego resultaban erróneas o menos oportunas. Estamos muy seguros que un Paulo IV, hombre recto y extremadamente austero, no se lanzó a la guerra contra Felipe II de España, en defensa de los Estados Pontificios, sino después de un maduro examen de las razones que le asistían. Pensando él que por ser

la posesión por parte de la Santa Sede, de los Estados Pontificios, algo de derecho divino (primer error), era lógico el defenderlos por las armas (segundo error), y fácil el expulsar rápidamente de ellos al rey de España (tercer error). La aplastante derrota que el católico rey de España le infligió (por supuesto, muy bien aconsejado por Melchor Cano, los dos Soto, y los mejores teólogos de entonces), probablemente debió hacer sospechar al Papa, que la «inspiración» del Espíritu Santo no había estado muy acertada en este caso particular; y no sólo eso, sino que, probablemente, tuvo también el Papa su pequeña tentación contra la Providencia de Dios al ver que Este se despreocupaba tanto de «sus Estados» dejando que se los arrebatase un intruso. Hoy, libres por completo de pasión, y juzgando la historia con ojos puramente críticos, vemos que se equivocaba Pablo IV al pensar que los Estados Pontificios eran de «derecho divino» (error que también cometió explícitamente Pío IX), vemos que obraba muy poco evangélicamente al lanzar hombres a la muerte por defender un pedazo de terreno, y vemos, por fin, que «la inspiración» que tuvo para el cálculo del resultado de la guerra deja al Espíritu Santo muy mal parado como estratega. Si extremamos la inspiración del Espíritu Santo en todos y cada uno de los actos y enseñanzas de los Sumos Pontífices, y si en cada una de sus disposiciones vemos una asistencia especial de Cristo, estamos admitiendo algo muy peligroso: No tendremos más remedio que admitir que ni el Espíritu Santo ni Cristo han tenido, a lo largo de la historia, un papel muy brillante como consejeros. Ahí está toda la historia del papado y aun de la Iglesia para probarlo. No negamos una asistencia especial, pero afirmamos que el margen de error es todavía muy grande, ya que Dios rige principalmente al mundo, incluida su Iglesia, a través de las inteligencias de los hombres.

Con este marco histórico, podremos tratar más libremente, y a fondo, el debatido problema del contro artificial de la natalidad. Con el miedo subconsciente de caer en herejía o en pecado mortal por no obedecer las directrices pontificias, y más aún por oponerse públicamente a ellas, no se puede discurrir tranquilamente ni ponderar en su valor los argumentos en pro y en contra. Todo el marco descrito en los párrafos anteriores tiene por fin sacudir ese miedo subconsciente.

PRENOTANDOS DE LA ENCICLICA

Examinemos con detención la encíclica. En uno de sus primeros párrafos nos habla el Papa de la competencia del Magisterio. Es un poco sintomático que el Papa se haya preguntado si el Magisterio tiene o no competencia sobre este asunto. Hasta ahora el Magisterio de la Iglesia había sido poco escrupuloso en este particular y había dictaminado sobre muchos asuntos sin preguntarse mucho si caían o no bajo su competencia [7].

Pero parece que los años y el irreversible proceso de desacralización y secularización, le van enseñando a la jerarquía de la Iglesia a ser un poco más circunspecta en cuanto al campo de su competencia. Dice el Papa: «Ningún fiel querrá negar que corresponde al Magisterio de la Iglesia el interpretar también la ley moral natural. Es, en efecto, incontrovertible... que Jesucristo, al comunicar a Pedro y a sus apóstoles la autoridad divina y al enviarlos a enseñar a todas las gentes sus mandamientos, los constituía en custodios e intérpretes auténticos de toda ley moral, es decir, no sólo de la ley evangélica sino también de la natural, expresión de la voluntad de Dios, cuyo cumplimiento es igualmente necesario para salvarse.»

Nosotros creemos que no es tan seguro que «no haya ningún fiel que quiera negar competencia al Magisterio» en esta materia; si no de una manera absoluta, por lo menos no falta quien le niegue competencia para imponer, bajo pena de pecado, disciplina ninguna en este campo. Es indudable que el matrimonio, con todos sus actos, tiene unas leyes internas acerca de las cuales, si el Magisterio tiene cosas que decir, los hombres,

[7] El erróneo aserto medieval «Prima Sedes a nemine iudicatur» (La Santa Sede no es juzgada por nadie), tan presente en la mentalidad canónica eclesiástica, llegó a hacerse funesto a lo largo de los siglos.

sobre todo, aquellos que viven en matrimonio, tienen también muchas cosas que decir, y creemos que tampoco faltarán quienes opinen que la competencia del Magisterio en esta materia es muy limitada, reduciéndose únicamente a los principios generales, pero sin el derecho de llegar hasta las últimas consecuencias, sin olvidarnos de que en la interpretación de la llamada ley natural, tenemos que ser cada día más cautos.

Otra nota curiosa de la encíclica son las razones que el Papa da para no considerar como definitivas las conclusiones a que había llegado la Comisión nombrada para el estudio del problema. La primera es que «no habían llegado a una plena concordia de juicios», y la segunda que «habían aflorado algunos criterios de soluciones que se separaban de la doctrina moral sobre el matrimonio propuesta por el Magisterio de la Iglesia». Es de todos sabido, que de haberse seguido las indicaciones de la mayoría de la Comisión, la doctrina de la Iglesia oficial se hubiese liberalizado considerablemente. En el Concilio Vaticano II no hizo falta llegar a una «plena concordia de juicios» para promulgar constituciones y decretos. En la segunda de las razones, se echa de ver una de las cosas que más llama la atención en la encíclica: la constante referencia al Magisterio de la Iglesia en el pasado sobre este particular. Hay por lo menos, en el texto, quince referencias a este Magisterio, además de las veinticinco notas en las que se hace alusión a sesenta y ocho documentos del pasado. No es, por tanto, extraño que al «aflorar algunos criterios que se separaban de la doctrina propuesta por el Magisterio», el Papa no estuviese dispuesto a considerar como defintivas las conclusiones de tal Comisión. No seríamos sinceros si no confesásemos que la «Humanae vitae» nos da la impresión de ser un documento del Magisterio en el que se defiende al Magisterio pasando por encima de la voz del Pueblo de Dios.

Los que asistimos al III Congreso de los Laicos en Roma, pudimos ver cómo aquellas casi tres mil personas, que abarrotaron el Palazzo Pio, aplaudían frenéticamente cada vez que salía a relucir el asunto del control de la natalidad. Con las palmas

estruendosas estaban expresando claramente lo que tenían en su corazón: querían un cambio y querían que todo el problema de la concepción fuese de la libre determinación de los esposos. Recuerdo que en una ocasión, oyendo la clamorosa ovación con que interrumpieron al orador que se había manifestado en pro del control de la natalidad, les dije al grupo en el que me encontraba: «Oigan al Espíritu Santo hablando a través de Su pueblo.» ¿No era éste también el parecer de la mayoría de los expertos a los cuales se consultó sobre ésto? ¿No era éste el sentir de los obispos reunidos en el Sínodo de Roma, al mismo tiempo que el Congreso de los Laicos? [8]: En una encuesta confidencial realizada entre ellos, el 80 por 100 favoreció una liberalización en la doctrina del control de la natalidad. ¿No es esto lo que defienden los teólogos y moralistas de más autoridad en la Iglesia? Y presumo que si los teólogos que defienden la doctrina tradicional de la ilegitimidad de los anticonceptivos, basados en el arcaico y falso argumento de que son «antinaturales», pudiesen hablar libremente y sin estar influenciados por la decisión del Vaticano, se inclinaría la mayoría de ellos, hacia lo que pide el sentido común, hacia lo que exigen los más sólidos argumentos de todo tipo, y hacia lo que están suplicando la mayoría de los matrimonios conscientes del mundo [9]. Y sin

[8] Informaciones Católicas Internacionales, septiembre 1968.

[9] En Italia un instituto de opinión pública hizo una encuesta técnica De ella resultó: 31 por 100 de los italianos favorecen la encíclica, 42 por 100 se oponen a ella, 76 por 100 son favorables al control de los nacimientos, *pero sólo el 13 por 100 practican la continencia periódica.* (De la revista PANORAMA, Milán.) En Alemania, según el semanario STERN, una encuesta reveló que el 68 por 100 de los católicos alemanes piensa que el Papa cometió un error con la encíclica; 72 por 100 piensa que en diez años la píldora será autorizada; el 9 por 100 de los católicos opina que hay que obedecer la encíclica, mientras el 80 por 100 no quieren someterse a ella. En el famoso Katholikentag (día de los católicos alemanes), tenido en Essen en septiembre de 1968, alrededor del 95 por 100 de los 3.500 asistentes firmaron una comunicación que decía: «No podemos, en conciencia, ponernos en el estado de obediencia que nos pide el Papa en materia de control de nacimientos»; más adelante le piden al Papa que haga una «revisión fundamental» en este punto de la doctrina. Una reunión internacional de teólogos en Amsterdam publicó en septiembre de 1968 una declaración oponiéndose a la mayoría de

embargo, contra todo este clamor común en el Pueblo de Dios, en la Iglesia de Dios, la Santa Sede ha «decidido» que los medios anticonceptivos son ilegítimos. ¿No hay aquí una falta de respeto a la voz del Espíritu que habla, y se hace sentir también por medio de su pueblo?

Más de uno se habrá preguntado lógicamente para qué se nombra una Comisión si luego no se va a hacer caso de lo que diga esa Comisión.

ARGUMENTOS DE LA ENCICLICA

¿Cuáles son los argumentos en los que el Papa se basa en su encíclica para negar todo control artificial de la natalidad? Son, en sus palabras, «la inseparable conexión que Dios ha querido... entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador». Sencillamente negamos la premisa: Dios no ha querido que la conexión entre lo unitivo y lo procreador del acto sexual sea absolutamente inseparable. Acudiendo a la naturaleza (lo natural) en lo que el Papa tanto hincapié hace, vemos que legal y moralmente se

---

los puntos de vista de la encíclica y dando razones de peso para su oposición. Los profesores de la Universidad Católica de Washington publicaron, enseguida de la publicación de la encíclica, una carta oponiéndose a ella. Constantemente han estado llegando firmas de más teólogos, moralistas y profesores de todo Estados Unidos adhiriéndose a lo allí afirmado; estas firmas llegan ya a 645, entre las cuales se encuentran las de los teólogos y moralistas más eminentes de la nación. En Inglaterra cincuenta y cinco sacerdotes firmaron una carta abierta al «Times» afirmando que no aprueban la encíclica, al mismo tiempo que no se consideran en estado de rebelión contra el Papa. Por otro lado, también en Inglaterra, setenta y seis personalidades laicas católicas firmaron una declaración en la que afirman que tan artificial es la anticoncepción basada en el ritmo como la química o mecánica. En Estados Unidos, según una encuesta publicada por el «National Catholic Reporter», cerca de la mitad de los sacerdotes del país parecen oponerse a la encíclica. Quince jesuitas, profesores de la Universidad de Georgetown, en Washington, publicaron una declaración apoyando a los cuarenta y siete sacerdotes sancionados por el cardenal O'Boyle por haberse opuesto a la encíclica. Por brevedad omito muchos otros testimonios.

dan muchas veces por separado estos dos significados: El acto sexual de un matrimonio de edad o el practicado por una esposa en estado de embarazo, carecen de fuerza procreadora, y tienen en cambio fuerza unitiva. Por el contrario, en la ley del levirato [10] ordenada por Dios, el acto sexual carecía lógicamente del significado unitivo, conservando, en cambio, el significado procreador, pues precisamente para eso había sido instituida la ley Todos estos tipos de uniones sexuales son perfectamente admitidas por la Iglesia y de ninguna manera se puede decir de ellas que sean intrínsecamente deshonestas. Si un hombre se une con su mujer y priva al acto sexual de cualquiera de estos dos significados, no vemos por qué en este caso ese acto haya de ser intrínsecamente malo y en los otros casos haya de ser perfectamente moral. El Papa nos sale al paso diciéndonos que «entre ambos casos existe una diferencia esencial: en el primero, los cónyuges se sirven legítimamente de una disposición natural; en el segundo impiden el desarrollo de los procesos naturales». Ya se admite que se puede separar legítimamente lo «unitivo» de lo «procreativo» *con tal de que sea la naturaleza la que lo haga y no mediante el uso de medios artificiales.* Es decir, que lo que hace que un acto sexual solo «unitivo» sea ilegítimo es únicamente el uso de medios artificiales. Al llegar aquí, sencillamente, volvemos a negar el aserto. ¿Qué privilegio ha de tener la naturaleza ciega sobre la razón y la voluntad de un hombre recto? No podemos admitir este fatalismo: Si lo hace la naturaleza es recto, pero si lo hace el hombre no es recto. El acto de evitar una concepción, en sí mismo, es un acto neutro que se convertirá en bueno o malo según la mente del que lo haga ¡Acabemos con este tabú del sexo! Desacralicemos un acto natural que Dios ha puesto al servicio de los hombres y que por haberlo nosotros indebidamente convertido en algo sagrado se ha constituido en la pesadilla de la humanidad y en el verdugo de muchos matrimonios. No creemos que el uso de medios artificiales haga deshonesto un acto que no es deshonesto en sí. De admitir esto, tendríamos lógicamente que suprimir muchos medios artificiales con los que corregi-

---

[10] *Dt* 25, 5 y sig.

mos a la naturaleza haciéndola que funcione como nosotros queremos que funcione, aunque ello vaya contra «lo natural». La comida tiene por fin alimentar al hombre, teniendo además el lado agradable. ¿Diría alguien que comerse cualquier alimento o bebida, en cantidad razonable, científicamente privado de su poder alimenticio, únicamente por el placer de comérselo, sería intrínsecamente deshonesto? La apendectomía, practicada comúnmente entre los recién nacidos con la que corregimos o ayudamos «artificialmente» a la naturaleza, ¿es acaso un acto deshonesto? Si legítimamente corregimos con medios «artificiales y materiales» un superdesarrollo o una superactividad del corazón (que pone en peligro todo el organismo) no hay razón por qué no podamos corregir un superdesarrollo de la fecundidad femenina (que pone en peligro el organismo físico de la madre o el organismo familiar o social). En el uso de las cosas de este mundo, incluidas las de la naturaleza humana, Dios ha dejado un margen que un buen administrador puede usar a discreción, *con tal de no ir siempre, de una manera fundamental*, contra aquello para lo que ha sido creada tal cosa o tal acto. Dice la encíclica en su número 13 que «lo mismo que el hombre no tiene un dominio ilimitado sobre su cuerpo en general, del mismo modo tampoco lo tiene, con más razón, sobre las facultades generativas en cuanto tales». Pero podemos ver muy bien que si bien el hombre no tiene un dominio «ilimitado», tiene un gran dominio, aunque sea limitado, pudiendo, como buen administrador, usar su inteligencia para, en muchos casos, hacer cosas que no son precisamente las que la «naturaleza» haría en un caso particular. Un trasplante de riñón no es precisamente una cosa muy «natural». Según estos moralistas lo «natural» sería que un hombre que tuviese los riñones enfermos se muriese, «porque así es como obra la naturaleza» en este caso particular. Pero los hombres, usando nuestra inteligencia, en este caso particular, corregimos a la naturaleza y con toda justicia y moralidad le hacemos un trasplante mirando al bien general de todo el organismo, aunque debido a ello, tengamos que pasar por traumas y situaciones peligrosas. En el uso de los medios anticonceptivos artificiales hay que ver también el fin a que

van destinados que es la ordenación no sólo de la vida sexual sino de todo el problema de la procreación que Dios dejó en manos del hombre. Es lamentable e incomprensible que el Papa haya negado en la encíclica el principio de totalidad.

Uno de los errores fundamentales del Magisterio en todo este particular es haber centrado casi exclusivamente en el acto sexual todo el problema de la propagación del género humano, el cual no consiste únicamente en la cópula carnal, sino que tiene multitud de otros aspectos que parecen no interesarle mayormente al Magisterio, ya que con la prohibición de los anticonceptivos hace que aquellos lleguen a convertirse, con muchísima frecuencia, en situaciones intolerables. Para que haya un hombre más en la sociedad, que llegue a portarse como un auténtico hijo de Dios, no basta con que haya habido una conjunción carnal, sino que serán necesaris veinte años de educación, de sacrificios y de mil actos de paciencia y generosidad por parte de sus padres hasta hacer de él un hombre cabal.

Negamos, por tanto, que haya una inseparable conexión entre lo generativo y lo unitivo en el acto sexual; negamos que el hombre sea un administrador ciego y maquinal de este acto; negamos que, presupuesta la buena voluntad y el derecho a hacerlo, el uso de medios artificiales haga intrínsecamente malo el acto. Como viceversa negamos que el uso de los medios naturales (ritmo) haga permisible un acto cuando en el fondo exista, sin derecho, la voluntad de no tener hijos; presupuesta esta voluntad sin suficiente razón, lo mismo da usar medios naturales que artificiales, pues el acto estará viciado en su raíz y el pecado no provendría entonces del acto sexual en sí, sino de la actitud mental. Categóricamente negamos que en cada acto sexual haya «un plan establecido por el Creador» como tantas veces se nos dice en la encíclica, y del cual, en gran parte, deducen los moralistas la obligatoriedad de abstenerse de los medios artificiales; sí admitimos que hay un plan claramente establecido por el Creador en toda la ordenación del género humano en dos sexos diferentes, y aún en el acto generativo en sí, pero considerado de una manera general, no específicamente

en cada uno de los actos. El poder unitivo del acto generativo tiene fuerza en sí y es razón suficiente para practicarlo aun prescindiendo, por cualquier medio que sea, de su otro fin, con tal de que en el fondo haya la suficiente razón para hacerlo. No admitimos tampoco una de las razones que nos da la encíclica para apuntalar su posición: «El camino fácil y amplio que se abriría a la infidelidad conyugal.» Rechazamos con toda vehemencia este argumento que es un insulto para todo el género humano. En él aparece un sutil espíritu rigorista que por siglos la Iglesia ha tenido la tendencia a manifestar en su Derecho canónico. Este, en contraposición a los Códigos Penales más avanzados del mundo, presupone en muchas ocasiones la culpabilidad, lo cual no está de acuerdo ni con las entrañas de caridad que la Iglesia debe mostrar siempre, ni con la tendencia del moderno orden jurídico.

Quede bien claro que al no admitir todos estos postulados que el Papa pone como fundamento de su encíclica, no estamos yendo contra verdad ninguna de fe, ni estamos negando la infalibilidad pontificia, ni siquiera nos estamos rebelando contra la autoridad y el derecho del Magisterio a enseñar. El Papa deduce en este particular todas sus enseñanzas con argumentos y reflexiones de índole filosófica, de la ley natural. Pero indudablemente, en lo que se refiere a la ley natural, su autoridad no es tan grande como en aquellas verdades espirituales y trascendentales directamente reveladas por Dios y confiadas al Magisterio de la Iglesia. La ley natural no necesita precisamente una revelación y su intérprete lógico es la mente del hombre. En el descubrimiento y en la interpretación de las leyes naturales, la humanidad entera es la que tiene que hablar, pues ella, con su mente rectamente usada, puede estudiarlas con una inmediatez y una profundidad tan grande como el Magisterio de la Iglesia. Es cierto que la revelación divina acerca de otras verdades fundamentales y trascendentes de la naturaleza humana puede dar una nueva luz a todo este asunto y hacer que los que conocen bien esa revelación divina estén más en condiciones de ver la verdad total. Pero esto no mengua nada a la capacidad real que cada uno de los hombres tiene para estudiar,

profundizar y hacer deducciones de la ley natural que él ve tan ligada a su propia existencia.

Un caso típico de la confusión que se crea en las mentes de los católicos al mezclar lo que es estrictamente revelado con lo que es deducido por procesos de cerebración humana de esa revelación, y al mezclar indiscriminadamente lo que es grave con lo que es leve, lo tenemos en el número diecinueve de la encíclica, en donde el Papa llama «ley divina» a las prohibiciones y disposiciones que acaba de hacer acerca del uso del matrimonio. En realidad, lo que él llama ley divina no es más que una deducción filosófica de la ley natural. Indudablemente en este mundo a todo, lato sensu o stricto sensu, se le puede aplicar el término «divino». Pero es indudable que la divinidad «de estas prescripciones acerca del matrmonio» dista mucho de la divinidad de todo el orden de la gracia y de la redención. Nosotros, sencillamente, no admitimos que sean divinas, sino muy humanas, y, por tanto, sujetas a la discusión humana.

El Papa admite, en el número 18, que «son demasiadas las voces que están en contraste con la de la Iglesia». Podemos estar bien seguros que estas voces irán aumentando. Tiene que hacer reflexionar al Magisterio romano de la Iglesia el hecho de que, a pesar de haber él hablado en tantas ocasiones y tan firmemente, restringiendo el uso de los anticonceptivos, sin embargo, la práctica de ellos entre los católicos cultos es ya actualmente muy extensa y se extiende cada día más. Haría bien en reflexionar el Magisterio romano[11] de la Iglesia en lo que más arriba dijimos, citando a Suárez, acerca de la incongruencia de que una verdad pueda estar exclusivamente en poder del Papa o de una pequeña minoría en la Iglesia, aunque sea una minoría jerarquica, cuando todo el Pueblo de Dios piensa de una manera diferente. Y a pesar del enorme influjo psicológico de las reiteradas e instantes manifestaciones del Magisterio, el pensamiento del Pueblo de Dios, consciente, cada vez se aparta

[11] Insistimos en lo de «romano» porque a medida que pasan los meses el magisterio «no romano» de la Iglesia va haciendo oír su voz de disconformidad velada o de no adhesión absoluta al pensamiento de la «Humanae vitae».

más de ver la planificación artificial de los nacimientos como algo desordenado y pecaminoso.

Todavía una observación más para demostrar que todas estas estas deducciones tan humanas de la ley natural, no constituyen ninguna «ley divina». Nos habla el Papa en el número 21 de su encíclica, después de haber animado a los esposos a la práctica del ritmo, de la siguiente forma: «Esta disciplina, propia de la pureza de los esposos, lejos de perjudicar el amor conyugal, le confiere un valor humano más sublime. Exige un esfuerzo continuo, pero en virtud de su influjo beneficioso, los cónyuges desarrollan íntegramente su personalidad, enriqueciéndose de valores espirituales: aportando a la vida familiar frutos de serenidad y de paz y facilitando la solución de otros problemas; favoreciendo la atención hacia el otro cónyuge; ayudando a superar el egoísmo, enemigo del verdadero amor, y enraizando más su sentido de responsabilidad. Los padres adquieren así la capacidad de un influjo más profundo y eficaz para educar a los hijos; los niños y los jóvenes crecen en la justa estima de los valores humanos y en el desarrollo sereno y armónico de sus facultades espirituales y sensibles.» No sabemos quién informó al Sumo Pontífice de tan beneficiosos resultados de la práctica del ritmo; pero las realidades conocidas por mí, aportadas por esposos que practicaban el ritmo, y creo que lo mismo pueden decir muchos otros confesores, son diametralmente opuestas: para dos esposos jóvenes que se aman profundamente, la práctica del ritmo se convierte en un infierno; un infierno que está lejos de ayudar a que los hijos tengan «el desarrollo sereno y armónico de sus facultades espirituales y sensibles». La frustración y el nerviosismo de sus padres no crea un clima muy apto para ello. Sería interesantísimo hacer un estudio para ver cuántos matrimonios se han ido enfriando y aun rompiendo gracias a la práctica filial y obediente (¿según la ley divina?) del método del ritmo tal como lo enseña el Magisterio romano de la Iglesia.

Ante problemas como el que la «Humanae vitae» ha suscitado en toda la Iglesia, uno se pregunta hasta dónde llegan las atribuciones que Cristo le dio a la jerarquía. Ante disposiciones como ésta uno como que despierta de un sueño y cae en la cuenta de que la estructura jerárquica, aprovechándose del mandato divino que ostenta y del temor sagrado que éste produce en el pueblo, le ha ido, a lo largo de los siglos, con toda buena voluntad, poniendo una camisa de fuerza a la inteligencia y aun al espíritu de los hombres. La Iglesia jerárquica se ha excedido en la apreciación de su responsabilidad y se ha convertido en una madre dominante o superprotectora de sus hijos. En psiquiatría sabemos de sobra el triste papel que hacen en la vida los hijos de tales madres: Nunca desarrollan una personalidad definida, les aterra tomar decisiones, y se sienten perdidos cuando les falta el consejo o el apoyo de su madre. Ese es precisamente el estado de ánimo colectivo del laicado en la Iglesia. ¿No es un fruto de esa milenaria superprotección clerical y jerárquica?

Decisiones como ésta acerca de un asunto de importancia secundaria, pero presentadas como importantes e impuestas además como obligatorias de una manera oficial, son las que desacreditan el verdadero y fundamental mensaje que la Iglesia tiene que darle al mundo, y que no tienen absolutamente nada que ver con las píldoras. En las mentes de aquellos hombres —cristianos o no— que ven claramente que la decisión es un error, automática y lógicamente se levantará la duda de si todo lo demás que predica la Iglesia no será un error. Ese es el precio de querer ponerle cadenas a la libertad de conciencia.

Capítulo II

LEGALISMO

Leemos en San Pablo: «La ley mata, el espíritu da vida» [1]. Y en el mismo San Pablo: «La ley trae consigo la ira; porque donde no hay ley no hay transgresión» [2]. Nadie vaya a imaginarse que San Pablo está diciendo que la ley no es necesaria; el mundo sin leyes sería un caos. Pero de ahí a regularlo todo con leyes, hay una gran diferencia. Y esa es, precisamente, la peligrosa tendencia que vemos en la Iglesia jerárquica: legislar sobre todo, regularlo todo con leyes. Hay cosas y situaciones en las que la ley, o no tiene nada que hacer, o es totalmente secundaria; pongamos por caso, la familia. Las sociedades, cuanto más complejas, más necesitan de la ley; pero la familia es una sociedad muy peculiar, y en ella la ley tiene que ceder totalmente su puesto a otra cosa más fuerte y más profunda que la ley, que es el amor. El amor no tolera legislaciones; en un régimen de amor, si las cosas se hacen por obligación—por ley—pierden su valor: porque el amor legislado ya no es amor. La mutua entrega de los esposos, las manifestaciones de cariño, el sacrificio para la crianza de los hijos, los trabajos para traer el pan al hogar, todo eso, si se hace por obligación—por ley—se des-

[1] 2 *Cor* 3, 6.
[2] 2 *Cor* 4, 15.

virtúa; mejor dicho, pronto dejará de hacerse, porque la ley no tiene fuerza para mover el corazón.

La Iglesia es una sociedad de amor; la Iglesia es, realmente, una gran familia: un Padre común y muchos hermanos. Y sucede que en esa gran famila, el amor ha pasado a un segundo plano; en ella quieren hacer imperar la ley; quieren que amemos por ley. Para muchos jerarcas, el Derecho canónico es el centro de la Iglesia. La ley ante todo y por encima de todo. Y la ley es inflexible, la ley no tiene corazón, la ley no sabe lo que es el amor. Y en el subconsciente de muchos cristianos, la idea de que la Iglesia es una familia, de que los otros son sus hermanos, de que Dios es el Padre común, y de que lo importante es el amor, se ha ido desvaneciendo poco a poco, al encontrarse con las rígidas, frías y a veces terribles imposiciones de la ley eclesiástica. A lo largo de los siglos hemos ido cayendo, cada vez más, en el afán de ordenarlo todo, y de prohibirlo todo. ¿No nace esto de un falso concepto de Iglesia? ¿De un falso concepto de dominio, en vez de servicio, que es lo que debe imperar en una sociedad fundada en el amor? Todo está legislado, hasta haber caído en verdaderas ridiculeces. Y lo malo es que muchas veces estas minileyes obligan bajo pecado grave.

MICROLEYES ASFIXIANTES

Está legislado, por ejemplo, bajo pecado, según la opinión de moralistas clásicos, la obligatoriedad de cada una de las vestimentas que el sacerdote tiene que ponerse para decir misa; vestimentas que hoy ya no significan nada. De algunas de ellas se puede decir que son un positivo estorbo. Hasta hace muy poco tiempo, todos los sacerdotes del mundo tenían que usar una prenda—el manípulo—que pendía del antebrazo izquierdo y que, en otro tiempo, había sido una especie de pañuelo. Actualmente no era más que un instrumento para ejercitar la paciencia. Un auténtico instrumento de penitencia. Pero pocos sacerdotes se atrevían a decir misa sin él, ya que el dejarlo era, según lo que se enseñaba en los seminarios, pecado. Era pecado porque así lo había dictaminado alguna congregación romana.

La ley estaba contra el sentido común; y miles de hombres serios, al celebrar cada día el acto más íntimo de sus relaciones con Dios, tenían que soportar paciente—y ridículamente—las molestias de tan engorroso apéndice. Pero, por siglos, nadie se atrevió con él porque la ley lo defendía. ¿No es esto vergonzoso?

Está legislado el número de velas para cada una de las funciones litúrgicas. Está legislado el número de inclinaciones, de genuflexiones, de golpes de incensario, etc. Y hasta recuerdo que mi profesor de liturgia me hizo hincapié en que cuando se subían las gradas del altar, había que comenzar siempre con el pie derecho. ¿No es esto una especie de brujería? ¿No es esto una prostitución de la liturgia? [3].

---

[3] Para fundamentar lo que estamos diciendo y para entretenimiento del lector, copiamos de un Manual de Liturgia muy conocido: «*Candeleros y velas:* Los candeleros se colocan por partes iguales al lado de la cruz (no en los lados del altar ni en las paredes) o sobre las gradas o sobre la mesa (o en los extremos de ésta o cerca de los corporales). Prescribe el ceremonial que sean de la misma altura que el pie de la cruz y que vayan disminuyendo por grados a medida que están más lejos de ella en igual línea; pero no ha de tomarse con todo rigor esta prescripción. (Menos mal que se ve alguna gota de sentido común ¡!)... Pueden ser de plata, bronce, cobre, latón, madera o de otra materia decente (¡!). Los del túmulo sean sólo de madera o hierro y no tengan otro uso. Siempre deben excluírse los de metal más precioso que el cáliz. Están permitidos los candelabros huecos en su interior, provistos de un resorte que empuja hacia arriba la vela; mas no puede tolerarse que se coloquen a los lados del altar dos candelabros de siete mecheros al estilo mosaico. Cuando los candelabros no son dorados, se prohíbe cubrirlos con velo o funda durante la misa. El número de velas ha de ser: A) *Siete* en la Misa Pontifical del obispo propio (no del administrador apostólico temporal ni de los prelados inferiores) menos en la de réquiem y en las Vísperas Pontificales. B) *Seis* en la misa solemne de las festividades (aunque se permiten más si no se colocan en línea recta). *Cuatro* en las de los domingos y otros días menos solemnes (v. gr., dobles menores). *Dos* en las fiestas simples y ferias de entreaño. C) *Cuatro* en la cantada de réquiem y *más de dos* en las otras. D) *Dos* en la rezada (sin que le sea lícito usar más a los sacerdotes inferores al obispo).» Todavía continúan muchos párrafos regulando el régimen candelario: por dónde se empieza para encenderlas y por dónde para apagarlas, y de qué materia deben estar hechas, excepciones que se pueden hacer, proscripción de la luz eléctrica en determinadas funciones, y, por fin, termina con la sabia

Todas estas mimiedades le parecerán ridículas a muchos lectores cultos, pero hay miles de cristianos para los que estas cosas tienen aún importancia. Lo s animo a que reflexionen y acabén de caer en la cuenta que todas estas parvedades son excrecencias en nuestra Iglesia, son verrugas que le han salido con el paso de los años, y que tienen que sentirse libres, para, por lo menos, protestar ante las autoridades de tantas y tantas pequeñeces que aprisionan el espíritu. Yo estoy seguro que hay muchos sacerdotes que todavía no se atreven a prescindir del amito, aunque vivan en un país tropical y se asfixien de calor al decir la misa; que no se atreven a dejar de encender las velas para el Sacrificio, aunque tengan razones para ello; que no se atreven a dejar su Breviario, aunque lleguen tarde a casa, y cansados, después de trabajar todo un día para hacer la obra del Señor; pesa sobre sus conciencias el terror del pecado mortal, porque desde su niñez se les ha hecho más hincapié en la obligación de la ley que en la libertad que da el amor y la entrega a sus hermanos.

Hay leyes en la Iglesia que, por haberse entrometido a legislar lo ilegislable, por haber entrado en un terreno que no admite leyes, se han convertido en todo lo contrario de lo que pretendían. Tomemos, por ejemplo, la ley del cumplimiento pascual. *Esta ley es un auténtico certificado de defunción espiritual:* el hombre que cumple estrictamente esta ley, está muerto espiritualmente. Imaginemos, por un momento, que hubiese una ley que impusiese a los hijos la obligación de darle un beso a sus madres, por lo menos, una vez al año. El hijo que estrictamente cumpliese con esta ley, estaba, automáticamente, diciendo que no quería a su madre. Porque el beso es algo ilegislable; el beso nace del amor; no puede nacer de ninguna ley. Y el unirse a Cristo en la Eucaristía, si se hace por ley, obligadamente, quiere decir que no se hace por amor, voluntariamente; y esa comunión será una profanación, en vez de ser un acto de amor. Será una farsa o un acto de cobardía, ya que procede del miedo. ¿Por qué se ha de obligar, por ley, una cosa que está fuera del alcance de la ley?

admonición de que «en virtud del Decreto 4322—cf. Ephem Lit., 28 (1914), 465, sg.—, las velas en las fiestas y procesiones tienen que ser *blancas* y en la misa de oficio de difuntos y del tiempo de Adviento y Cuaresma y en los Maitines de tinieblas de Semana Santa, tienen que ser *amarillas*» (¡!). ¿Quién entiende toda esta jerga?

Sé de congregaciones religiosas cuyas Constituciones comienzan diciendo, sabiamente, que en dicha congregación propiamente no debería haber regla ninguna, porque la regla suprema y fundamental debería ser la regla del amor. Pero, sin embargo, más tarde, al ir formulando la reglamentación de la vida de cada día, acaba cayendo en la nimiedad de prohibir, por regla, dormir con la ventana abierta (regla que tuvo vigencia durante tres siglos y medio, hasta hace prácticamente pocos años). ¿En qué pensaban los superiores cuando, año tras año, se encontraban con tal fósil entre las serias reglamentaciones de la congregación? ¿No veían que era una específica obligación suya el retirar semejante anacronismo, que, por otro lado, ya no era obedecido por nadie? Nos encontramos ante un caso de «tabú» tan frecuentísimo en las leyes y creencias de la Iglesia. (Por falta de sinceridad y de valentía en los superiores, las «vacas sagradas» se comen el pasto verde de las verdaderas ovejas del rebaño. La conciencia de los fieles gime enclaustrada entre nimiedades dogmáticas y disciplinarias.) Acaban diciendo las reglas de la congregación que nadie debe salir de casa sin llevar compañero; y ésto dicho a sacerdotes de cincuenta y sesenta años. A los estudiantes se les prohibe entrar en el cuarto de otro, hablar con otros estudiantes de ciertos sectores de la comunidad, etc. A la larga, uno se siente asfixiado. Las energías que uno debería consumir en espolearse a sí mismo para hacer el bien, en buscar nuevos caminos hacia Dios y los hombres, y en renunciar, voluntaria y libremente, a ciertas cosas para estar más disponible para el servicio de los demás, todas esas energías las gastamos en no hacer lo que nos prohíbe la ley, en reprimir este o aquel gusto normal en la naturaleza humana. *Cuando llega la hora de hacer el bien, estamos cansados de evitar «el mal»*. Un mal que únicamente es mal porque los que mandan han determinado que es malo; y lo triste es que se lo achacan a Dios. Con una arrogancia intolerable, dicen que «esa es

la voluntad de Dios». ¿Qué revelación especial habrán tenido muchos obispos, sacerdotes y superiores, y aun muchos padres de familia, para decir que tal o cual cosa está contra la voluntad de Dios? Sin embargo, ahí están, plasmadas en leyes, muchas de esas prohibiciones contra las cuales se rebela un espíritu sanamente libre. El cansancio del bien viene, muchas veces, de esa interna lucha que uno tiene, año tras año, para reprimirse de hacer cosas que la conciencia sincera no ve como malas. Son «malas» sólo porque alguien con autoridad ha dicho arbitrariamente, abusando de su autoridad, que están mal. Y, peor todavía, si lo ha sancionado con alguna ley. En este caso, claramente, la ley es la que trae el pecado.

Ojalá que los legisladores eclesiásticos tuviesen siempre presentes las sabias palabras de San Pedro, reunido en Jerusalén con los demás apóstoles y presbíteros, con las que se opuso a aquellos que querían imponer sobre los fieles la ley de la circuncisión: «¿Por qué tentáis a Dios queriendo imponer sobre el cuello de los fieles un yugo que ni nuestros padres ni nosotros fuimos capaces de soportar?» [4]. Y mejor todavía si oyesen a Cristo cuando decía: «Ay de vosotros, doctores de la ley, que imponéis a los hombres cargas que no pueden soportar y vosotros ni con la punta del dedo las tocais» [5].

Dice un viejísimo aforismo legal: «Lex propter homines»: La ley es para los hombres, y no los hombres para la ley. En la Iglesia, a veces, podríamos decir con todo derecho: esta ley es para molestar a los hombres. Repetimos que no estamos en contra de la ley; sin leyes, todo sería un caos. Pero hagamos como Dios, que para regular toda vida humana, hizo nada más diez leyes fundamentales; el sentido común y otras ordenanzas de menor categoría, irán diciendo cuál será, en cada caso particular, la actuación más apropiada. Pero en la Iglesia, en cambio, tenemos con frecuencia leyes que no son para ayudar al hombre, sino para frenarlo, para hostigarlo innecesariamente. Algunas parece que no tienen en cuenta la naturaleza del hombre. *Y en eso precisamente radica el gran peligro del legalismo: En que las normas de conducta, tal como están trazadas por la ley, tienden a constituirse en algo aparte de la naturaleza humana, algo que tiene fuerza y razón de ser en sí mismo prescindiendo del hombre concreto.*

[4] *Act* 15, 10.
[5] *Lc* 11, 46.

LEYES MATRIMONIALES

Yo confieso que a lo largo de mi carrera sacerdotal he intervenido en unos cuantos casos matrimoniales en los que, sin despreciar en manera alguna la legislación general del matrimonio, he tenido que dejar un poco de lado las prescripciones pequeñas y temporales del Derecho canónico, por seguir la gran ley del amor que es la fundamental en la Iglesia. Han acudido a mí matrimonios «naturales» con veinticinco años de unión y varios hijos procreados, matrimonios con incapacidad para la cohabitación, matrimonios uno de cuyos cónyuges había sido injustamente abandonado por el otro en un primer matrimonio, matrimonios de sacerdotes hechos hacía años sin el debido permiso pero que cuando a mí acudían tenían ya descendencia, matrimonios formal y canónicamente «perfectos» y al mismo tiempo perfectamente inválidos, por complicadísimas circunstancias, etcétera. En algunos de ellos procedí un poco «al margen» de la letra del legislador humano, pero completamente «en línea» con el espíritu del legislador divino. Lo hice echándome sobre mis hombros la responsabilidad de lo que hacía y sin miedo ninguno a que el Legislador Grande me pudiese castigar por aquel acto de caridad. (Tengo una idea de El mejor de la que tienen muchos de los legisladores humanos.) Más miedo le tenía a las autoridades guardadoras de la letra de la ley, y por eso todas estas intervenciones tuvieron que ser hechas en secreto y únicamente en la presencia de Dios, que tiene más validez que los «papeles» de las cancillerías y oficinas a los que tanto valor dan algunos. En algunos de estos casos se acudió a Roma varias veces, se urgió una respuesta, en dos incluso se envió dinero para ayudar a los trámites, se insistió en las cancillerías locales; pero Roma dejaba pasar los años sin dar respuesta alguna, como

si la vida de los hombres particulares se contase por décadas y no por días. Se investigó acerca de la tardanza: «Se estaba estudiando el caso en Roma.» (Cuando muchos cristianos dicen «Roma» se refieren a un ente misterioso que no es precisamente el Papa, sino una serie de cabezas secundarias, unidas entre sí por un hilo sutil, que dan la impresión de tener comunicación directa con un poder del más allá. Cuando este ente se conecta con el más allá y da una resolución, la conciencia queda perfectamente tranquila e inundada de un flúido espiriutal.) En estos casos, viendo que había ya pasado un tiempo razonable sin respuesta ninguna, me decidí a poner a los hombres por encima de la ley (aunque en realidad no había que culpar tanto a la ley cuanto a la mecánica humana por la que se cumplía la ley), y actué pensando que era contra la justicia el tener martirizados a dos seres únicamente por «un papel de Roma». *Los hombres valen más que los papeles y las causas justas valen más que las sentencias de los honorables jueces*. En dos casos, por lo menos, nuestras razones eran clarísimas y evidentes a la luz del Derecho canónico (y Roma nos ha dado la razón oficialmente *años más tarde)*. Yo pensé que, dejar de lado todas estas realidades, dejar que un hombre y una mujer reales se hundieran por consideración a un papel, a una ley humana, sería una grave falta de caridad perpetuada inconscientemente por la Iglesia. Por tanto, para defender el honor de la Iglesia, para no hacer de mi Iglesia un ente abstracto y sin corazón, que prescinde de las concretas necesidades humanas, animé a algunos a que continuasen su vida en paz sin pensar que Dios estaba enfadado con ellos y procedí a casar a otros ante el altar bendiciendo sus nuevos matrimonios, con la misma bendición con que se bendice a cualquier matrimonio. Yo estaba seguro que Dios bendecía lo que yo bendecía. No les pude dar ningún «papel», pero amando sinceramente a Dios y teniendo la conciencia limpia bien se puede prescindir de un modesto certificado de matrimonio. (Hay hombres que no saben abrirse paso en la vida si no tienen muchos «papeles»; pero, gracias a Dios, hay también hombres que prefieren tener limpia la conciencia, aunque no tengan papeles para demostrarlo.)

Yo me pregunto si la Iglesia no ha caído en el error de legislar, a lo largo de los siglos, demasiado ligeramente, y demasiado estrictamente, y aun a veces, demasiado cruelmente sobre el amor humano, prescindiendo de la naturaleza humana. Sertillanges dice que Teología Moral «es la ciencia de lo que el hombre debe ser, a partir de lo que es». Es cierto que en el amor humano tiene que haber una regulación, sobre todo para defender los intereses de las personas honradas y que obran con buena conciencia; y como en el amor humano tiene mucha parte el instinto y la pasión ciega, hay que legislar para que no se conviertan las relaciones de los sexos, en un caos. Pero de eso a legislar férreamente, sin caer en la cuenta de que el amor tiene su propia ley, mucho más fuerte que la ley positiva hecha por los hombres, hay una distancia enorme. Ciertamente la Iglesia ha caído en el extremo de legislar demasiado racionalmente en materias en las que está envuelto el corazón. Demasiado «eclesiásticamente» en materias en las que hay que legislar más «humanamente», ya que la pauta no la da la ley sino la naturaleza. Es cierto que hay una ley mucho más profunda a la cual la misma naturaleza se atiene. Pero esta ley no es ni mucho menos la famosa «ley natural» en la cual se basan muchos legisladores para imponer leyes arbitrarias. El margen que esa profunda ley inescapable nos da, es muy grande.

Dice Borgerd que, siendo el matrimonio, ante todo, un valor humano, no hay una total concepción «católica» del matrimonio y de las relaciones sexuales. Que el matrimonio adopte esta o aquella forma en determinada cultura, y lo mismo se diga de las relaciones entre los novios, típico del esquema cultural occidental, se deducirá de esa idea humana determinada del matrimonio y de ese valor terreno mismo del que no debe estar ausente el factor desconocido. La relación erótica, la procreación, la sexualidad, variarán en cada cultura, y con el paso de los tiempos. Así podemos llegar a una profundización del matrimonio en la marcha de la historia. Por eso «es lamentable que se cree en Roma una Comisión de Estudio de católicos para realizar, con base en todas las ciencias, un estudio de la comunidad sexual y del matrimonio. Amenaza así con conver-

rse de nuevo en una causa estrictamente católica, ajena a las otras Iglesias y a los no cristianos, así como a los demás tipos de cultura» [6].

Está legislado, por ejemplo, que el matrimonio es para toda la vida; y es indudable que, tal como es hoy la humanidad, la ley general así debe ser; pero no es tan indudable que dos personas, que por una u otra grave razón ya no pueden convivir y han convertido su hogar en un infierno (casi siempre con grave detrimento de sus hijos), tengan que seguir viviendo bajo un mismo techo y deformando las mentes de sus pobres hijos; y comienza a ser sentencia de algunos teólogos y moralistas, que debería permitírseles un nuevo matrimonio, por lo menos, a aquel que, sin culpa de su parte, ha visto su primer matrimonio destruido. Yo sé que inmediatamente se levantará, en la mente de algún lector, una grave objeción contra esta sentencia: En primer lugar, las palabras de Jesús: «Lo que Dios unió, no lo separe el hombre» [7], y «El que se casa con la mujer despedida comete adul erio» [8]. Además de esto, está la larga tradición de la Iglesia defendiendo cerradamente la indisolubilidad del matrimonio.

Sin embargo, debemos reflexionar sobre esto con un gran respeto para la autoridad de la Iglesia, pero con una mente abierta y sin miedo a incurrir en excomunión alguna, ni a ser sorprendidos por las llamas del infierno mientras nos hallamos reflexionando. Si discurrimos honradamente en busca de la verdad, y estando dispuestos a someter nuestros hallazgos y nuestras opiniones a la autoridad, encontraremos que hay muchas razones para permitirle un nuevo matrimonio, por lo menos, al consorte que no tiene culpa en la ruptura de su primer matrimonio.

«Lo que Dios unió no lo separe el hombre.» El hombre particular, el hombre que está precisamente envuelto en el problema, el hombre por su propia autoridad y aun ni siquiera el hombre investido con una autoridad meramente civil, el juez. Pero lo que Dios unió, sí lo puede separar la Iglesia representante de Dios. ¿Por qué ese miedo a echarse sobre sus hombros esa responsabilidad cuando la autoridad de la Iglesia, en otros casos de más trascendencia que este del matrimonio, ha sabido interpretar la ley de Dios haciendo en la práctica lo contrario de lo que dice la letra de la ley de Dios? El quinto Mandamiento dice *tajantemente* y *sin atenuantes*: «No matarás», y sin embargo, la práctica de la Iglesia ha sido permitir el homicidio «legal». No sólo ha sabido perdonar al que mata por ira o por cualquier pasión, sino que ha permitido que un grupo de hombres se sienten fríamente a deliberar si tal o cual hombre debe ser fusilado, o morir en la silla eléctrica o no. Y si ese grupo de hombres dice que sí, la autoridad eclesiástica nunca se ha levantado a decir quetal cosa va contra el quinto Mandamiento. Es más, ¿no ha muerto nadie debido a la sentencia de algún tribunal eclesiástico? Además, ¿no hemos practicado, los países cristianos, las guerras «justas», por los siglos de los siglos, y no seguimos todavía dedicados a ese inicuo deporte? ¿Y no tuvo sus ejércitos privados la Santa Sede con los cuales hizo ciertamente más de cuatro guerras? Y sin embargo, el mandamiento sigue siendo tajante: «No matarás». Si la Iglesia ha sabido interpretar ese mandamiento, y aun ser un poco laxa con él, y ha sabido traducirlo en «No matarás salvo en ciertas circunstancias», ¿por qué la misma Iglesia, con la misma autoridad, no interpreta las palabras de Jesús en el Evangelio de la misma manera, cayendo en la cuenta de que hay ciertas circunstancias en que Dios no sigue uniendo y bendiciendo un matrimonio? Ella es la representante auténtica de Dios, y, por tanto, tiene poder para desunir lo que ella, representando a Dios, ha unido.

Entre el tradicionalismo y el legalismo nos estrangulan. Porque en este caso particular del que tratamos, todavía queda la grave objeción de la tradición: La Iglesia siempre ha defendido la indisolubilidad absoluta del matrimonio cristiano. Esta es una tradición intocable en la Iglesia. Pero contra esa tradi-

[6] H. BORGERD: *Hacia una Iglesia más secular.* Colec. Hinneni. Salamanca, 1968.
[7] *Mt* 19, 6.
[8] *Mt* 5, 31.

ción, hoy, en el siglo xx, se alza la angustia de los hijos de Dios, que es más importante que todas las tradiciones. El enfrentar una tradición a las necesidades de los hombres es sencillamente inhumano. No cambiar por no cambiar es de necios. No cambiar porque siempre ha sido así, es de tercos. No cambiar por el miedo al que dirán, es de pusilánimes, y no cambiar porque «yo no me puedo equivocar», es de soberbios. Un padre y una madre cambian mil veces en sus relaciones con sus hijos, y cambian, no por ellos mismos sino porque sus hijos son débiles; y eso no los humilla sino que los engrandece y sólo así podrán educar bien a sus hijos. Pero mantener una línea inflexible, aunque momentáneamente pueda parecer mucho más fácil, a la larga, traerá como consecuencia hijos deformes, hijos desamorados. Ese es el estado a que han llegado, por la inflexibilidad de la ley, miles de cristianos que han visto deshacerse, sin culpa, su matrimonio.

El caso más claro del juridicismo y de la importancia exagerada de la ley escrita en el papel, prescindiendo de las circunstancias humanas, es el del hombre que acude a la Iglesia para casarse y que nunca ha estado casado por la Iglesia; él sólo ha estado casado por lo civil, no importa si dos, tres, cuatro veces; el sacerdote, y lo mismo la futura esposa, en cuanto saben que no ha estado casado por la Iglesia, respiran tranquilos. Los anteriores matrimonios no importan; los dos, tres, cinco hijos que ha procreado, no importan; la mujer a la que a lo mejor ahora abandona inicuamente, tampoco importa. Lo único que importa es que él «no está casado por la Iglesia». Pero yo me pregunto: ¿cómo la ley de la Iglesia se presta a semejante iniquidad? ¿Cómo prescinde por completo de las circunstancias humanas y se preocupa, únicamente, por las circunstancias legales? ¿Por qué la Iglesia no exige, por lo menos, un comprobante de que tal hombre está al día en los pagos a su mujer y a sus hijos, de que está cumpliendo con todas las obligaciones que el juez le impuso cuando le dio la sentencia de divorcio? A pesar de que se haga por la Iglesia, el nuevo matrimonio, ¿será válido, sobre todo, si se ha roto el civil anterior contra la voluntad de su esposa y dejando atrás varios

hijos? ¿Puede Dios bendecir semejante injusticia? Pero no se piensa en eso. El papel—la ley—dice que se puede casar. El papel no sabe de lágrimas de la esposa abandonada, ni sabe de la orfandad de los niños, ni sabe del desorden social que esto fomenta; de eso no se habla en el papel. La fría ley dice que se puede casar, y se les casa sin más.

EPIQUEYA

Diametralmente opuesta al legalismo, aunque olvidada en la práctica por la mayoría de los moralistas, es la «Epiqueya», es decir, lo que haría el legislador si se encontrase en estas circunstancias. La epiqueya a duras penas comienza ahora tras el Concilio Vaticano II, a salir del campo de concentración donde por siglos la ha tenido encerrada el autoritarismo.

Por si a alguien le cogiese de nuevo, la epiqueya no es invención mía. Ya nos habla de ella Aristóteles y llegó a desempeñar un papel importante en la ética griega [9]. Santo Tomás, comentando a Aristóteles, escribe así de ella: «Nunca fue posible instituír una ley tal que no fallase en ningún caso; antes bien los legisladores atienden a lo que acontece de ordinario en la mayoría de los casos, y así formulan sus leyes. Pero ocurre que algunas veces el observar la ley va contra la equidad de la justicia y contra el bien común que busca la ley... En tales circunstancias sería un mal cumplir lo establecido por la ley; y será un bien prescindir del texto de la ley y seguir el sentido de justicia y la utilidad pública. A esto se endereza precisamente la epiqueya, llamada entre nosotros «equidad». De donde se colige que la epiqueya es una virtud» [10].

La virtud de la epiqueya es la parte de la moral que pone más de manifiesto la independencia y la libertad de la conciencia frente a la ley humana. Gopfert la define así: «Epiqueya es la explicación de la ley hecha por el mismo súbdito» [11]. Y el

[9] *Aristóteles:* Ethic. ad Nicom. Div. 5, cap. 14.
[10] Tomás de Aquino: *Sum. Theol.* 2-2 q. 120 a. 1 y 2.
[11] F. A. Gopfert: *Moral theologie,* pág. 80, 2.ª edición.

padre Noldin, que le dedica un amplio tratado, dice: «Epiqueya es una interpretación restrictiva de la ley según la cual uno juzga que a causa de especiales circunstancias, la ley no se extiende a un caso personal concreto, por más que la letra misma de la ley lo alcance claramente» [12]. En efecto, las leyes humanas no son nunca la expresión del todo adecuada, de la voluntad de Dios para todos los casos; son más bien normas incompletas, fragmentarias, y se parecen a unos patrones que van bien en la mayoría de los casos normales, pero que dañan o no sirven en circunstancias extraordinarias.

Todo esto suena a peligroso subjetivismo o relativismo moral, sin embargo, está muy lejos de serlo. No nos olvidemos que la aplicación de la ley a la vida concreta personal está encomendada al juicio propio del súbdito; pues todo acto moral presupone la deliberación y el consentimiento de la conciencia moral, no sólo en los casos extremos sino cada vez. De aquí se deduce que «en cierto sentido cada uno es juez de sí mismo, por lo menos de sus propios actos, aunque no lo sea de la ley o del legislador» [13]. «No es una excepción de la ley sino su más perfecto cumplimiento. Es más bien una «ley superior» [14]. La epiqueya no es revolucionaria; profesa un profundo respeto a la autoridad, pero coloca la autoridad de Dios por encima de toda autoridad humana. La epiqueya es, en suma, la virtud de la libertad de conciencia [15]. Hunde sus raíces en lo más recóndito de la existencia humana ya que allí la pone Dios al crear el alma. Entraña una responsabilidad ante el Juez eterno; supone la liberación de la minoría de edad de la ley y el logro de esa «libertad» de los hijos de Dios» de la que tanto nos habla San Pablo. La epiqueya es, en suma, la virtud de una persona madura moralmente que tiene el valor de tomar sus decisiones ante Dios y se halla siempre dispuesta a cumplir lo que

[12] H. NOLDIN: *Summa Theologiae Moralis*, t. I, pág. 164, 28 edición. Barcelona, 1951.
[13] SANTO TOMÁS: *De Veritate*. q. 17 a. 5 ad 4.
[14] SANTO TOMÁS: *Sum. Theol.* 2-2 a. 120 a 2.
[15] AUGUSTO ADAM: *La Virtud de la Libertad* C. III. S. Sebastián, 1950.

exige en cada caso ese «sentido» del derecho y de la rectitud que lleva todo hombre dentro de sí.

Santo Tomás sale al paso a la objeción de que la epiqueya enerva la fuerza de la ley y dice que el que la utiliza cumple mejor la ley que quien se apoya en la letra de la ley faltando a su espíritu, ya que aquella se apoya de continuo en el verdadero espíritu de la misma. «No es opuesta a la severidad de la ley ya que cumple la ley en su verdadero rigor cuando se debe» [16]. En efecto, en determinadas ocasiones la epiqueya sugerirá a la conciencia y aun impondrá acciones no demandadas por la ley positiva en el sentido de mayores esfuerzos o contribuciones como medio de realizar la «justicia natural». Merkelbach está en línea con Santo Tomás cuando dice que la epiqueya corrige y mejora el derecho positivo allí donde es deficiente. Y por ello la epiqueya se presenta como «una actitud básica en el campo social que tiene mucho de común con el discutido concepto de justicia social» [17]. Desde que San Pedro proclamó el principio de que es menester obedecer primero a Dios que a los hombres [18], la moral cristiana ha visto en él uno de los puntos esenciales de su doctrina. La epiqueya es una deducción lógica del famoso principio del primer Papa.

Todas estas consideraciones sobre la epiqueya tienen aplicación en muchísimas circunstancias de la vida en que, juzgando sinceramente delante de Dios, nos encontramos que el cumplimiento de la letra de la ley es perjudicial. Lástima que los moralistas no se decidan a aplicar los principios que tan claramente exponen. Un caso más de autoritarismo por parte de la jerarquía romana, que frena el recto uso de la razón.

La Iglesia ha legislado, no sobre la esencia del matrimonio, sino sobre las circunstancias del matrimonio. La esencia profunda del matrimonio no le compete a la Iglesia sino directamente a Dios, autor de la naturaleza. El fue el que dividió al

[16] *Sum. Theol.* 2-2 q. 120 a. 1 ad 1.
[17] E. HAMEL: *La vertu de l'Epikie.* Sciences Ecclesiastiques, 13 35-36 (1961).
[18] *Act* 5, 29.

género humano en varones y hembras. El les dio sus instintos. El hizo al uno complemento del otro. El formó sus organismos diferentes. El hizo que se buscaran y se amasen. Todo esto le pertenece a El y lo sigue haciendo El a través de la naturaleza, no a través de la Iglesia. Por tanto, cuando un ser humano, sin culpa suya, se encuentra de nuevo, en la práctica, soltero, puede volver a decirle a la Iglesia: Soy varón o hembra, porque Dios me ha hecho así, estoy solo sin culpa mía, por tanto tengo derecho a exigir mi complemento en esta vida. Pido un nuevo matrimonio. Porque por el hecho de haber quedado abandonado, no por eso automáticamente quedó asexuado, y la voluntad de Dios, en abstracto, sigue siendo la misma: que todo hombre o mujer, que así lo desee, tenga su compañero. ¿No es este el caso de las viudas? No importa que hayan estado casadas por años de años y hayan procreado muchos hijos; no importa que ya no sean aptas para la procreación: siguen siendo mujeres y siguen teniendo derecho a un compañero; y la Iglesia, sabiamente, lógicamente, maternalmente, no se lo niega.

Lo que se deduce de todo este razonamiento es que la autoridad eclesiástica no debería prohibir que se volviese a casar aquel que hubiese visto roto, sin culpa suya, su primer matrimonio; porque esa prohibición estaría excediendo los límites de la autoridad que Dios mismo le concedió. Además, si en algún caso tiene aplicación la epiqueya, es en este. Si los hombres somos comprensivos en tales circunstancias y vemos con ojos benévolos un nuevo matrimonio, ¿cuánto más benévolamente no lo verá Dios, que ama a sus hijos con verdadero amor de Padre? [19].

[19] Después de escritas estas líneas ha caído en mis manos un artículo de la prestigiosa revista AMERICA, publicada por los Padres Jesuitas de Nueva York. En ella, bajo el título de «The problem of the Intolerable Marriage», y bajo el subtítulo *A call for substantial changes in ecclesiastical laws and courts dealing with marriage cases,* monseñor Stephen J. Kellejer, juez presidente del Tribunal de la Archidiócesis de Nueva York, y, por tanto, hombre muy versado en todo este asunto, publica un artículo en el que coincide totalmente, fundamentándolo con muchas y sólidas razones, con lo que llevamos dicho en los párrafos anteriores. El resumen de todo él es que hay que hacer una revisión a fondo de toda

Siempre me ha chocado la seguridad con que los moralistas determinan lo que es pecado mortal y lo que es pecado venial. No se sabe cómo encuentran la línea divisoria. Cuando yo era muchacho—y me imagino que lo mismo le sucede a muchos católicos—si sabía que algo era pecado venial y tenía ganas de hacerlo, lo hacía con toda tranquilidad, sabiendo que aquello no iba a romper mi amistad con Dios. Pero algo muy diferente ocurría si la cosa estaba sancionada como «pecado grave». La palabra «pecado mortal» tenía para mí una fuerza terrible. Al paso de los años he ido descubriendo, poco a poco, que esta distinción entre pecado venial y pecado mortal era, en muchas ocasiones, muy arbitraria. Empecé a caer en la cuenta que había actos que en unas ocasiones eran pecado venial, y en otras, los mismos actos, eran pecado mortal. Y empecé a descubrir que había actos que en unas ocasiones eran pecado, y los mismos actos, en otras ocasiones, eran virtud. Que había actos que para unas personas eran pecado, y los mismos actos para otras personas no lo eran, etc. Vine a caer en la cuenta de que esa distinción entre pecado leve y pecado grave, con todas las tremendas consecuencias que conlleva, eran una cosa bastante dudosa, por lo menos tal como se me había enseñado a mí. Caí en la cuenta de que los canonistas y moralistas de oficio, al legislar sobre lo que era pecado grave y pecado leve, estaban manejando conceptos, teorías teológicas, frases bíblicas, y hasta tenían, entre sí, sus escarceos escolásticos sobre cuál de sus doctrinas estaba más de acuerdo con los Padres o con Santo Tomás. Pero se habían olvidado del hombre concreto, del hombre lleno de pasiones, del hombre a quien la ira, el hambre, o el puro instinto, son capaces de nublarle o torcerle la razón. De ese hombre concreto ellos prescindían al definir qué era pecado grave y qué era pecado leve.

la legislación a propósito del matrimonio, pues hoy día ya no se puede tolerar más por estar plagada de arcaismos inaplicables por completo a nuestro tiempo. (*América,* sep. 14-1968, pág. 178.)

Según se nos ha enseñado, un pecado grave, mortal, conlleva automáticamente la pena del infierno. (La idea que los católicos tenemos del infierno, no es nada halagadora: un lugar en el cual uno es terriblemente atormentado con fuego y sin esperanza ninguna de salir de él, porque—y en ello se ha hecho siempre mucho hincapié—, las penas del infierno, son eternas. En esto, los doctores, siguiendo la letra del Evangelio, cosa que no hacen en otros pasajes evangélicos [20], han sido constantes a través de los siglos.) Pues bien, los moralistas de oficio se han dado gusto haciendo microdistinciones sobre la calificación moral de todas las acciones humanas. En los manuales de Moral del seminario, leíamos, por ejemplo, que un beso, aunque fuese en los labios (tolerantes que son algunos moralistas), pero hecho de una manera superficial, podría no pasar de pecado leve. Pero un beso «presionante», dado en los labios y acompañado de alguna conmoción pasional, era pecado grave. De modo que aquí, todo un infierno eterno con sus terribles tormentos, dependía de una milimétrica dimensión labial, y dependía de una mayor o menor presión. Doctrina realmente «impresionante». Y no estoy haciendo caricatura de la casuística moral. La casuística moral es toda ella una caricatura de la Ley de Dios. Yo no voy a discutir la moralidad o inmoralidad de un beso apasionado, pero sí creo que si ha habido en toda la historia de la humanidad un beso con fuerza para mandar a alguien al infierno, ese fue únicamente el beso de Judas, y no por ser un beso, sino por todas las pasiones de que iba preñado. Pero mi mente de cristiano filial, llena, no sólo de un gran respeto, sino de un gran amor y de una gran idea de Dios, mi Padre, no puede concebir que dos pobres mortales, por dejarse arrastrar por la mutua inclinación del uno al otro, cosa tan natural, puesta por el mismo Dios en el corazón de los seres humanos, puedan recibir un tan tremendo castigo, totalmente desproporcionado a su falta.

[20] Un ejemplo entre cien: «No llaméis a nadie padre sobre la tierra porque uno sólo es vuestro Padre: el que está en los cielos. Ni os hagáis llamar doctores porque uno sólo es vuestro doctor: Cristo. (*Mt* 23, 9-11). Hemos sabido interpretar perfectamente la idea que Jesús quería decir, pero no hacemos al pie de la letra lo que leeemos en el Evangelio, porque eso no es lo que El quería decir.

MOTIVACIONES DE LOS MORALISTAS

Da la impresión que los moralistas, a lo largo de los siglos, han sido más papistas que el Papa, han querido ser más morales que Dios, han apretado la ley, lo mismo que la habían apretado aquellos fariseos que tantas diatribas merecieron de Jesús. Han puesto cargas terribles sobre los hombros de esta frágil y débil humanidad, cargas que muchas veces ellos sabían evitar muy bien, porque habían encontrado el ardid legal para zafarse de ellas. Pero el pueblo desconocía, y desconoce aún, esas tretas legales, y carga, a pulso, el peso de leyes inicuas inventadas por no se sabe qué motivaciones freudianas del subconsciente de muchos moralistas.

Sería bueno hacer un estudio psiquiátrico de las profundas motivaciones de los moralistas rigoristas, que tan cruelmente han legislado sobre la bondad o la maldad de las acciones humanas, echándole después la culpa de todo a la «voluntad de Dios». Tales preceptos y sentencias no son más que una calumnia que le hemos levantado a la bondad de Dios; no son más que una proyección psíquica de anhelos o frustraciones de los moralistas. Pienso si no serán, por lo menos en algunos casos, una venganza del subconsciente, que se deleita en echar ceniza en el plato de los que libremente pueden disfrutar de los dones de Dios. De ninguna manera digo que toda la legislación moral tenga estas motivaciones; pero sí lo afirmo de algunas doctrinas moralizantes, y vuelvo a decir que sería muy interesante hacer un estudio acerca de ciertos sectores de la vida humana en los que se ve más claramente el rigorismo y la cerrazón de mente con que han sido siempre tratados por los moralistas. Sería bueno, por ejemplo, profundizar psiquiátricamente en las motivaciones de la clásica doctrina sobre el control de la natalidad. Viejos solterones legislando, por siglos, a base de papeles, sobre la intimidad física y síquica de los sexos, sobre estados de vida y actos de los cuales ellos no tienen ni la menor viven-

cia. Ellos unicamente tienen ideas abstractas; para hacer la ley, barajan únicamente esas ideas abstractas, y prescinden por completo de las necesidades psíquicas y físicas, y de los sentimientos del corazón, cuyo autor es el mismo Dios a quien ellos ponen en contradicción consigo mismo; y por eso los vemos, con toda naturalidad, prescribiendo cosas que para una pareja normal son, a la larga, absolutamente imposibles de cumplir; los vemos con toda naturalidad prescindir de las consecuencias biológicas y educativas para unos niños hacia los cuales ellos no sienten nada en concreto, y de los cuales apenas si saben dos o tres cosas. En virtud de unas premisas librescas, aprendidas de memoria, pero no vividas, ahí va esa ley. Pero ellos no ven cómo con esa ley destruyen cientos de familias y martirizan a cientos de miles. Volvemos a decir que desconocemos cuál es el hilo directo y privado con el que los moralistas se han comunicado con el cielo para saber a ciencia cierta que «esa es la voluntad de Dios».

EL VERDADERO PECADO

Más grave que el uso de anticonceptivos, es la poligamia, y sin embargo, vemos que Dios, en el Antiguo Testamento, la toleró entre su pueblo escogido. Lo cual nos dice que la mente de Dios no es tan rigorista como las mentes de nuestros moralistas. Que Dios es mucho más comprensivo con las flaquezas humanas, que Dios no se estremece en el cielo, lleno de ira, porque un hombre aplique, en tal o cual caso concreto, la epiqueya, e interprete la voluntad del legislador. Dios sí se enoja cuando un hombre va contra el Amor, cuando alguien abusa de otro, o le perjudica. Esto, en el fondo, es el único pecado. ¿Han dado los moralistas, a todos estos pecados contra el Amor, la misma importancia que le han dado a los pecados del sexo? ¿No está nuestra Iglesia carcomida de pecados contra el amor: pecados personales, pecados de las instituciones, pecados de los superiores y de la jerarquía, pecados de naciones cristianas contra otras naciones menos desarrolladas, pecados de falta de caridad por parte de la Santa Sede? Ese es el pecado grande que

hoy día afea a la Iglesia y al mundo: el egoísmo desenfrenado en que hemos caído todos, que va radicalmente contra el precepto del Amor a Todos. Este pecado, hecho sistema económico-social se llama capitalismo; y en él vivimos la mar de felices... los que vivimos bien. Pero en los confesonarios, apenas si se oyen autoacusaciones contra las faltas de amor a todos y a cada uno. El comerciante no se acusa de que sube indebidamente los precios, el médico no se acusa de que es poco generoso con los pobres que vienen a su consulta—si es que recibe alguno—ni de que no es diligente en acudir a las llamadas a domicilio. El abogado no se acusa de que ha «intervenido profesionalmente» en algún negocio no tan limpio, o de que ha sido abusivo en el porciento exigido como retribución; la mujer, católica práctica, no se acusa de que no ayuda a su vecina cargada de hijos, y a lo mejor a nadie, cuando a ella le sobra tiempo para ir frecuentemente a la peluquería, o para ir de compras por vicio; la jovencita no se acusa de lo seca y poco cariñosa que es con sus padres; el conductor no se acusa de no haber ayudado a alguien en la carretera; el sacerdote no se acusa de tiranizar a sus coadjutores o a su parroquia, y nadie se acusa de sus faltas, a veces muy graves, de civismo. Todos éstos son pecados contra el Amor, y en todos éstos los moralistas deberían haber hecho mucho mayor hincapié desde hace siglos. Y por no haberlo hecho, hoy día, los cometemos con toda tranquilidad, y únicamente acudimos al confesonario, cada uno con nuestro pequeño fardo de malos pensamientos, porque la huida del sexo se ha convertido en la gran ley.

PECADOS DEL SEXO

Si uno controla el sexo, no tendra mayor dificulutad en entrar en el reino de los cielos. ¡A cuántos hombres buenos no los habrá apartado esta falsa ley, de una amistad más íntima y profunda con Dios, al creer que Dios está profundamente enfadado con ellos porque han sido débiles en su carne! Si entendemos el Evangelio vemos que Cristo ve mucho más peligro en el dinero que en el sexo, y por eso sus palabras con re-

lación a aquél, son muchísimo más duras que las que dirigió a los pecados contra el sexo; porque el sexo aislado, es únicamente una deformidad del amor, mientras que el dinero nos endurece el corazón, nos hace egoístas; y el egoísmo es el antiamor y, por tanto, es el «verdadero pecado».

Si el sexo es la fuente principal de pecado grave para un cristiano, y por otro lado el sexo es una cosa en la cual todo hombre normal es tan débil, podemos deducir que el cristiano, el buen cristiano, es un hombre que está lleno de temor. Como alguien dijo, un cristiano es un hombre muerto de miedo; porque si el pecado del sexo, en el cual los hombres caen tan fácilmente, conlleva consigo automáticamente, por pequeño que sea, una pena tan terrible, lo único que nos queda es vivir muertos de miedo. Y conforme a leyes psicológicas, lo natural es que, poco a poco, la humanidad vaya perdiéndole el apego y el afecto a un Dios que es tan duro en sus castigos; a un Dios que, a pesar de llamarse Padre, es tan poco padre en sus manifestaciones con sus hijos. ¡Cómo se ensancharía el alma de muchísimos cristianos si supieran que todo ese cúmulo de microleyes, disposiciones, sentencias y anatemas que han desplegado alrededos de sexo, no son más que una calumnia que le han levantado a Dios. Qué bien se les puede aplicar a los moralistas rigoristas lo que el profeta Ezequiel dice: «Hijo del hombre, diles... Sus profetas les profetizaban cosas vanas y les predicen mentiras diciendo "Así habla el Señor, Yahvé" sin que el Señor Yahvé, haya hablado» [21].

DIOS CONTRADICIENDOSE

Después del conocimiento de la existencia de Dios, el dogma más fundamental, y al mismo tiempo el más consolador, es el de la paternidad divina. Saber que Dios es no sólo nuestro Creador sino que, al mismo tiempo, por voluntad propia, es nuestro Padre, es algo que tiene que llenar de consuelo a todos los hombres que conozcan esta maravillosa verdad. Si admitimos

[21] *Ez* 23, 26-30.

que Dios es Padre, no tenemos ya que extrañarnos de la locura de la Encarnación. Es casi una consecuencia lógica de la paternidad, por enorme que nos parezca. Un padre de verdad está dispuesto a hacer cualquier cosa. Lo triste es que después de haber sentado esta maravillosa realidad en la base de nuestro dogma cristiano, las «verdades» subsiguientes—o más propiamente algunas de ellas—son una negación de esta primera gran verdad. Cuando se nos había ensanchado el alma al saber que tenemos un Padre grande que nos espera en la otra vida, al seguir escuchando el mensaje de la Iglesia nos enteramos que Dios tiene un infierno para sepultarnos en fuego si «somos sorprendidos»; si no creemos en esto o en aquello, si dejamos de cumplir tal o cual ley creada por los hombres, si nos detenemos en un «mal pensamiento», cuando la naturaleza toda es tan inclinada a ello. Lógicamente uno se pregunta: ¿Es un verdadero Padre el que así procede? ¿No pugna esta manera de proceder con la increíble generosidad de habernos enviado a su Hijo? ¿No será que gentes con mente rigorista han querido enmendarle la plana a Dios, «proyectando» en El —en sus leyes—toda su estrechez de alma? ¿No será que los tertulianos [22] han abundado en la Iglesia a lo largo de los siglos, más de lo que creemos? Es un detalle muy significativo, aunque pueda parecer casual, que haya sido precisamente el Papa que creó la Inquisición [23] el mismo que más influencia ha tenido para darle forma defintiva al Derecho canónico. ¿No ha sido éste, por años, una verdadera Inquisición para las conciencias de los cristianos?

UNA IGLESIA MENOS LEGALISTA

La Iglesia es hoy, todavía, demasiado friamente legalista; se ha hecho intolerante, no está al servicio del mundo, se ha encerrado en sí misma, se defiende, hasta ha desarrollado, a ve-

[22] Tertuliano, famoso hereje norteafricano del siglo II, de tendencias rigoristas, afirmaba que Cristo era feo y nada atractivo físicamente, que los viudos no se podían volver a casar, etc.
[23] Gregorio IX (1231).

ces, un complejo de persecución. Es poco madre; no atrae. Es poco perdonadora. Hay exceso de leyes y de preceptos. Hay exceso de dogmatismo. Ha apretado demasiado las conciencias por defender la unidad. (Ciertamente Cristo nos suplicó encarecidamente, antes de su muerte, que guardásemos la unidad; pero ¿a qué unidad El se refería? ¿A la unidad en que todos piensan lo mismo porque a nadie le es permitido pensar diferente? ¿A la unidad en que nadie comete herejías porque nadie se atreve a pensar? ¿Se refería a la unidad inflexible que hasta ahora hemos tenido? ¿O se refería más bien a una unidad básica en que el principal aglutinante es la fe en Jesucristo vivida en el amor a los hermanos y no unos preceptos disciplinares y unas fórmulas de fe que muchas veces más que unirnos a la Iglesia nos hacen resentir su autoridad?) A veces siente uno que entre los dogmas y la ley, el alma de un católico está encadenada. La Iglesia ha defendido con demasiado celo la «honra de Dios», y ha dejado a Dios sin honra.

¿A quién puede atraer una Iglesia así? En estos tiempos en que la angustia es la principal enfermedad de la humanidad, lo que hace falta es una Iglesia Madre, una Iglesia acogedora, una Iglesia humilde, una Iglesia pobre, una Iglesia comprensiva de las miserias, no sólo de la humanidad, sino de cada hombre en particular. Hace falta que la Iglesia vuelva a ser la gran familia que Jesús quiso fuese. Por encima de la ley impersonal, tiene que estar siempre la atención personal. Hoy día, que tanto hincapié se hace en sociología sobre la importancia y el valor de la persona como fundamento de todo orden social, nos gustaría mucho ver a una Iglesia que se preocupa más por cada una de las personas, y que hace excepción, todas las excepciones que haya que hacer, para salvar a la persona. Una Iglesia que, como buena Madre, imponga menos cosas bajo pecado con amenaza de castigo. Una vez más decimos que sí hacen falta leyes, pero no unamos tanto la ley, o la transgresión de la ley, con el castigo, y mucho menos con un castigo tan intolerable como es la pena del infierno. En una familia, cuando alguien obra mal, se le amonesta, se le castiga, hasta se le pega, pero no se expulsa a nadie, ni se mata a nadie. Las entrañas de un padre y

de una madre no tienen ese castigo para ninguno de sus hijos. Y, en cambio, en la Iglesia, se da este castigo con una facilidad que aterra. Admitimos que el hombre que ha obrado mal, reciba su castigo. Pero se nos hace muy difícil de creer que el hombre que ha sido, digamos, normalmente malo—¡y quién no lo es!—, el que ha sido débil en su carne, el que ha sido quisquilloso con sus hermanos, el que ha sido un poco irresponsable en la vida, reciba el más horrible de los castigos, del más bueno de los padres. ¡Qué impresión tan buena me causó, y cómo se me ensanchó el corazón, cuando por primera vez leí en una revista, que en algunas parroquias, a gentes que estaban «mal casadas» porque por una razón u otra habían visto roto su primer matrimonio, se les administraba el sacramento de la comunión. Dije para mí: ¡Esa sí es una Iglesia maternal; esa sí es una Iglesia que comprende el corazón humano! ¿Por qué no admitir a la Eucaristía a aquel que ama sinceramente a Cristo, y que sencillamente no tuvo fuerzas para aguantar los impulsos de su corazón joven, y no pudo vivir solitario? Y todavía es más claro el caso de la mujer que necesariamente tiene que buscar un padre para sus hijos abandonados. Negarle a alguien así la Eucaristía, privarlo de Cristo que es consolador de los afligidos, y el que dijo: «Sin mí nada podéis hacer» [24], es, sencillamente, un crimen, es un abuso de autoridad, es una mala interpretación de la ley.

Hay pecados que nos apartan de Cristo porque van directamente contra El, o contra sus hermanos menores que son lo que El más dentro lleva en su corazón. Pero hay «pecados» que no van directamente contra Cristo ni contra nuestros hermanos, y que únicamente son pecado, porque así lo han determinado en leyes positivas los jerarcas. Equiparar estos «pecados» a aquellos es confundirlo todo y hacer que acabe uno no sabiendo qué es lo bueno y qué es lo malo. Por muchos años fue «pecado grave» (estamos totalmente seguros de que Dios no está de acuerdo con los moralistas) el no ir a misa en domingo o el comer carne los viernes. Hoy no es pecado grave ni lo primero (porque se puede ir en sábado), ni lo segundo. No nos

[24] *Jn* 15, 5.

imaginamos a nadie en el infierno por haber hecho cosas que hoy hacemos nosotros con toda tranquilidad. El que va contra estas leyes secundarias no va directamente contra Cristo; y menos cuando estas leyes se han convertido en algo arbitrario a lo largo de los años. Si hay un poco de diligencia por parte de la autoridad, estas leyes pueden ser cambiadas. Pero pasan los años y uno ve que no cambian. A los que delinquen contra tales leyes no hay derecho a privarles de Cristo. Cerremos este capítulo con aquella sentencia paulina que tiene tanta fuerza como todas las otras que se nos puedan citar en defensa del cumplimiento literal de la ley: «El que ama al prójimo ha cumplido la ley» [25].

---

[25] *Ro* 13, 8.

CAPÍTULO III

DOGMATISMO

SACRAMENTALISMO FETICHISTA

Recuerdo que, de niño, siempre me chocaba que, en el Evangelio, nunca se decía que Jesús llevaba a sus apóstoles a misa. En mi mente infantil, la misa era algo tan esencial en la Iglesia, que obligaba aun al mismo Jesucristo. Pero lo que pasaba en mi mente infantil, pasa actualmente en las mentes de gran número de católicos. Ser católico es acudir a misa los domingos. No importa si uno vive luego en el más refinado de los egoísmos; no importa si uno tiene los oídos sordos y el corazón endurecizo para las miserias de nuestros prójimos; no importa si no colaboramos en ningún comité de barrio, en ninguna asociación cívica. Lo esencial, en la mente de muchos cristianos, es ir a misa el domingo. Y mucho mejor si se recibe la Sagrada Comunión. Pero el sacramento de la unidad, el sacramento en que todos nos hacemos uno, pierde todo su sentido cuando, al salir de la misa y en la misa misma, nos desconocemos casi totalmente. Confesarse sábado tras sábado: otro signo de un catolicismo acendrado. No importa si en esa confesión no hacemos un acto consciente y reflexivo de adhesión a la comunidad, a nuestros hermanos, de los que nos habíamos

separado por el pecado; no importa si lo único que nos mueve a arrodillarnos ante el sacerdote es un miedo, más o menos consciente, que le tenemos al infierno o a la ira de Dios. Parece que lo fundamental de la Iglesia se ha convertido en la «práctica» de los sacramentos. ¿No es eso a dónde apuntan muchas de las prédicas los domingos y a donde tiende el llamado «apostolado» en muchas organizaciones? ¿No se siente uno apóstol cuando ha logrado llevar a misa o a la confesión, a tal o cual persona? ¿No cree uno un triunfo espiriutal el haber logrado que tal pareja—que a lo mejor vivían juntos hace quince o veinte años—se casasen por la Iglesia? ¿No tiene valor ninguno delante de Dios, el que este hombre, con su poca cultura y su poca educación, le haya sido fiel a esa mujer por veinte años y haya sacrificado toda su vida para educar a los cuatro, cinco o seis hijos? Ese matrimonio, al que le faltan algunos papeles (o por ignorancia o porque el párroco le ha puesto un precio demasiado alto a la ceremonia) pero en el que los ministros han hecho una mutua y sincera entrega, tiene más valor cristiano y aun sacramental que aquel otro en que los contrayentes han llenado todos los papeles y han recibido todas las bendiciones del sacerdote (externas a la esencia del sacramento), pero ni prometieron sinceramente, ni cumplen con la esencial ley del amor, del sacrificio, y de la mutua entrega, siendo su hogar más bien un lugar agradable, donde, año tras año, se desenvuelve el egoísmo de dos personas. Recordemos que, en el matrimonio, el ministro son los contrayentes. Por tanto, un matrimonio en que los contrayentes obran de buena voluntad, con amor, con mutua entrega sincera, tiene, sacramentalmente, más fuerza que el matrimonio, hecho delante del sacerdote, en que los contrayentes obran interesadamente, sin mutua entrega. Por supuesto, no queremos decir que no haga falta casarse como manda la ley. Unicamente acusamos este neofariseísmo que hoy es común entre los seudocristianos que llenan nuestros templos, que sienten su alma perfectamente tranquila con la observancia puramente externa, de la ley: «Cuelan el mosquito y se tragan el camello» [1]. Como dijo Jesús: «Pagan diezmo por

[1] *Mt* 23, 24.

hierbecillas insignificantes y en cambio se han olvidado de la gran ley de la justicia y el amor» [2]. Llenan los papeles, pero no vacían su corazón.

Tenemos que reconocer que hoy día practicamos en la Iglesia un sacramentalismo desenfrenado. Hemos relegado a un segundo plano la gran ley del Amor, la única ley del Amor, de la entrega a nuestros hermanos, de la constante preocupación por sus deseos y por sus necesidades.

La parábola del Buen Samaritano se repite sin cesar; en sus aspectos buenos y en sus aspectos malos. Avanzaba yo un día en automóvil por una calle estrecha de una gran ciudad, cuando veo que el vehículo que iba delante de mí, dio un frenazo; lentamente se subió a la acera para evitar al hombre que yacía inconsciente en mitad de la calle, y siguió su marcha. Yo me bajé, vi que aquel hombre había sufrido un ataque de algo y me dispuse a ayudarlo sacándolo, en primer lugar, del medio de la calle donde yacía con peligro de que lo arrollasen los vehículos. Pasaba bastante gente por la acera y yo me dirigí a varios para que me ayudasen; miraban para otro lado, apretaban el paso, pero no venían a ayudarme. Por fin, encarándome con uno le dije que era una vergüenza dejar a aquel hombre allí, y me ayudó. Mientras esperaba a que llegase la ambulancia, me puse a observar a los que continuaban pasando por la acera. ¡Iban con sus misales debajo del brazo! Era domingo por la tarde y la parroquia estaba allí cerca. La parábola del Buen Samaritano, o mejor dicho, de los malos fariseos y de los malos levitas, se estaba repitiendo al pie de la letra en aquella tarde del siglo XX. Llegaban, miraban, seguían. Y lo terrible es que seguían... para misa!, dejando a aquel hermano suyo, desconocido, tirado en el suelo. Me vinieron en seguida a la mente las palabras de Aquel a quien aquellos cristianos deformes iban a ver: «Si cuando ofreces tu don ante el altar te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu don ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y luego ven y

[2] *Lc* 11, 43.

ofrece tu don»[3]. Aquel hermano inconsciente en la mitad de la calle, y su esposa y sus hijos, tenían mucho contra aquellos que pasaban de largo e iban a ofrecer su don ante el altar. Los que de ellos comulgaran, ¿le contarían a Cristo que acababan de dejar a un hermano tendido inconsciente en mitad de la calle? Y ¿oirían lo que Cristo les decía con toda seguridad, «tuve hambre y no me diste de comer, tuve sed y no me diste de beber... estaba tendido en la calle y pasaste de largo...?[4] ¡Qué caricatura de cristianismo!

En muchos casos, de nuestro sacramentalismo a un fetichismo, no hay casi ninguna distancia. Bautizamos a nuestros hijos, pero ¿que les enseñamos después, año tras año? ¿Nos preocupamos por que en su mente infantil vaya, poco a poco, entrando, haciéndose presente ese Cristo que los poseyó en el bautismo? ¿No son para nosotros, los sacramentos, como fetiches a los cuales hay que tocar, con los cuales hay que ungirse o que lavarse, para librarnos de ciertos malos espíritus? Nadie puede negar el profundo, misterioso, infinito valor que tienen los sacramentos. Pero, ¿está nuestra teología, nuestra catequesis y nuestras predicaciones dominicales, dándole el valor que realmente tienen en la vida ordinaria de un cristiano? ¿No estamos nosotros, más bien, fomentando este sacramentalismo y reduciendo a él toda la vida de la Iglesia? Todavía, en algunos textos de Moral que se estudian en muchos seminarios, se dan instrucciones sobre cómo las comadronas o el obstetra deben bautizar a los niños dentro del útero materno (¡!). Y yo me pregunto: ¿Es posible que la mente de nuestros moralistas haya llegado a un grado tal de leguleyismo, que no se les haya ocurrido que el niño que muere en el seno de su madre, es santificado por su misma madre, ya que son todavía una sola carne? ¿Es posible que tengamos una idea tan miserable de Dios que pensemos de El que es capaz de separar, eternamente, a un infante de su madre, únicamente porque no le llegó a tocar un agua que, por otro lado, es un agua completamente natural? ¿Quién le da fuerza a esa agua natural, sino la fe del que la

[3] *Mt* 5. 23, 24.
[4] *Mt* 25, 41-43.

usa? Si la madre de ese niño tiene fe, ¿va a valer más esa agua que el corazón y las entrañas de esa madre? Una vez más, ¡cómo dista este espíritu rigorista del genuino espíritu cristiano que vemos en San Pablo, en una situación parecida!: «Si una mujer cristiana tiene por marido a un pagano y éste consiente en habitar con ella pacíficamente, no abandone a su marido; porque un marido pagano es santificado por una esposa cristiana, como una mujer pagana es santificada por un marido cristiano»[5].

Es hora de que en la Iglesia de Cristo vayan desapareciendo los fetiches, y lo mágico. Es hora de que en la Iglesia de Cristo, vayan reduciéndose a su verdadero valor, los escapularios, las novenas, las reliquias, las aguas benditas, consagradas y milagrosas, las cintas, las medallas y demás quincallería religiosa, y, en cambio, va siendo hora de que el pan de la Eucaristía sea realmente pan y no una hoja comestible de confitería. (¿Por qué somos tan rigurosos, a veces, en seguir la letra, y tan laxos en otras ocasiones para violarla?) Es hora de que dejemos de insistir machaconamente en los sacramentos, si antes no nos hemos tomado el trabajo de decirle a la gente quién fue el que instituyó los sacramentos. Es muy frecuente ver a gentes piadosas, en el transcurso de una jornada o cursillo, empeñados en meter a la fuerza a algún pobre cristiano en el confesonario, y luego llevarlo, poco menos que empujado, al comulgatorio. Le vienen a uno a la mente las palabras de Jesús: «No echéis lo santo a los perros; no echéis las piedras preciosas a los puercos»[6]. Líbreme Dios de comparar a ese pobre cristiano con cualquiera de esos animales, pero pensemos a ver si ha tenido preparación suficiente para recibir esa «piedra preciosa», eso «santo» de que nos habla Jesús. Se hará digno de acercarse a la comunión, si su adhesión a Cristo es real y profunda en su vida diaria; no si un acto emotivo y pasajero lo hace derramar unas cuantas lágrimas.

La Iglesia, en el futuro, tiene que dedicar muchas más energías a la presentación sencilla del Mensaje. Y si no lo hace

[5] *1 Cor* 7, 13-14.
[6] *Mt* 7, 6.

así, no tendrá derecho a pedirle que «practique» los sacramentos. La Iglesia tendrá que admitir, de seguir las cosas como van, que cada día habrá más cristianos «sin misa», como en tiempos de Jesucristo, que son verdaderos cristianos porque cumplen la señal que El dio de los suyos: se aman los unos a los otros, se preocupan los unos por los otros. Y si no van a misa, si no «practican» los sacramentos, es porque sus hermanos, los cristianos «buenos» no se lo han enseñado; no les han hecho comprender que el perfeccionamiento de su vida honrada y la unión con ese Cristo en quien ellos creen, se realiza de una manera más íntima en los sacramentos, que ellos, sin culpa, desconocen.

UNA TEOLOGIA MAS ENCARNADA

Hasta ahora, los teólogos se habían dado gusto hablándonos de las procesiones trinitarias y de la unión hipostática. Ya es hora de que nos hablen mucho más del significado misterioso y profundo de la vida humana, y nos digan el plan de Dios sobre nuestras vidas concretas. Hasta ahora se había hecho teología alrededor del altar, y alrededor de la gracia y de los sacramentos, y acerca de la otra vida. Pero la otra vida comienza aquí abajo, comienza en esta vida, con todas las pequeñas cosas que componen esta vida. Y recordemos que el que redimió al mundo no fue un teólogo de oficio, sino que fue, por su elección, sencillamente carpintero. Una enorme verdad tan fácilmente olvidada: Cristo redimió al mundo, principalmente, con un serrucho y un martillo. Tres años de predicación y tres horas de Cruz, no se pueden fácilmente equiparar a veinte años de taller anónimo. La Cruz fue un resplandor instantáneo y extraordinario de último minuto para acabar de convencer a una humanidad incrédula y amiga de espectacularidades. Pero el profundo mensaje de Cristo para la vida humana normal, está encerrado no en la Cruz, sino en veinte años de taller entre martillos y tablas. No se ha hecho todavía la teología del sudor de Cristo. Por eso, hoy día, la humanidad exige una teología mucho más enraizada en la vida, exige una teología que nos

hable menos de conceptos abstractos. Y sin dejarnos de hablar de la vida futura y de lo sobrenatural (honradamente y sin dar por ciertas las conjeturas), el mundo exige una teología más realista del trabajo, una teología de la vida, una teología del hambre, una teología de la tecnología, una teología de la violencia [7]—¿no son los violentos los que arrebatan el reino de los cielos? [8]—, una teología mucho más profunda del dolor. Si el cristianismo nos sigue presentando a un Dios distraído y desinteresado de estas preocupaciones de los hombres, la Iglesia tendrá el triste privilegio de ser la sepulturera de Dios en el corazón de la humanidad; ésta, oprimida bajo toda suerte de violencias e injusticias, dejará de ver a Dios como algo trascendente y lo amontonará con otros trastos viejos—recuerdos del pasado—que duermen en el fondo de su conciencia.

QUE ES DOGMATISMO

Ya que hemos titulado «Dogmatismo» este capítulo, digamos qué entendemos por dogmatismo. Consiste en una tendencia a hablar siempre «ex cátedra» y a elevar a nivel de dogmas cosas que no lo son. Otras tendencias del dogmatismo son la extrema facilidad con que se aplican sanciones al que no esté de acuerdo con el «dogma»: se le declara hereje o se le amenaza con el infierno; y, por último, es también típica de él la falta de diálogo para aclarar los puntos de discrepancia. El dogmatismo es, en defintiva, una manifestación del autoritarismo; la más peligrosa de todas ellas. Cuando una semiverdad se eleva al rango de verdad y además se impone forzadamente a la conciencia, o cuando a una prescripción disciplinaria se la rodea de una trascendencia que está muy lejos de tener, la conciencia de

[7] Instamos a la lectura del excelente libro *La violencia de los pobres* (Edit. Nova Terra, 1968), en el que los sacerdotes autores valientemente profudizan sobre este candente tema.

Asimismo, hemos visto con alegría que Roger Schutz, prior de Taizé, acaba de publicar un peqeño libro muy enjundioso titulado *La violence des pacifiques* (Ed. du Seuil, 1968). Esperamos verlo pronto traducido al castellano.

[8] *Mt* 11, 13.

los súbditos, sobre todo de aquellos dotados de una mayor sensibilidad comienza a sentir una inquietante y profunda angustia que puede llegar a convertirse en un infierno interno.

La Iglesia jerárquica ha cometido este pecado y lo sigue cometiendo en gran escala [9]. Los jerarcas, sobre todo, los jerarcas romanos, dan la impresión de que ellos solos en la Iglesia, son los que aman la ortodoxia, y los únicos que se preocupan sinceramente de la pureza de la fe. Los que sinceramente y hasta con amor trabajan y se consumen por esclarecer muchos puntos oscuros en nuestra manera de concebir a Dios y a la vida humana, son mirados, aparentemente, como asaltantes e impugnadores del dogma. ¡Cuántos investigadores que apuntaban direcciones que con el tiempo resultaron ortodoxas, pero que cuando se iniciaban sonaban «peligrosas» para el pensamiento clásico, fueron obligados a callar, acallando al mismo tiempo que a ellos al Espíritu Santo! [10].

---

[9] Un ejemplo entre cientos: En 1948 el Santo Oficio emitió un mónitum recordándole a ciertos obispos, que impulsados de un genuino espíritu ecuménico habían comenzado a dialogar cristianamente con los hermanos separados, que se necesitaba permiso de la Santa Sede para hacer lo que ellos estaban haciendo. El mónitum rezumaba legalismo y estaba redactado de una manera puramente negativa de prohibición, siendo su principal defecto la falta de confianza en los obispos, como si éstos no fuesen también responsables de cuidar de la pureza de la doctrina en la Iglesia.

[10] Entre muchos ejemplos que se podían poner, y por haberlo vivido más de cerca, recordamos a este particular el caso del eminente padre Getino, O. P., autor de *Del número de los que se condenan* que fue mandado retirar por los censores romanos. Su autor fue relegado al silencio y al retiro, y en él murió en Salamanca, con la ejemplaridad con que siempre había vivido. ¿Cuál fue la herejía de este hombre ejemplar? Decir sencillamente que el número de los que se condenan no es tan grande como lo que algunos Boanerges llenos de celo muy poco cristiano, predican. Por supuesto, hoy la doctrina del padre Getino aparece mucho más cristiana y aún más ortodoxa que la rigorista de sus censores.

Asimismo, a cabamos de ver publicado el libro de Antonio Rosmini: *Las cinco llagas de la Santa Iglesia.* Este libro, junto con la buena fama de su autor, fue puesto en el Indice en el 1843 y ha tenido que esperar un largo siglo (!) para que el dogmatismo romano dejara de considerarlo como «peligroso». El Concilio Vaticano II se ha encargado de rehabilitar indirectamente al autor. Pero ¡qué enorme injusticia, en nombre de la «ortodoxia», se ha cometido con este santo sacerdote!, cuya «herejía» consistió en denunciar valiente y proféticamente los males que —por no corregirlos—han causado después de un siglo la actual crisis: 1.ª Llaga: «La división entre el clero y el pueblo en el culto público de la Iglesia». 2.ª Llaga: «La insuficiente educación del clero». 3.ª Llaga: «La desunión de los obispos». 4.ª Llaga: «El nombramiento de los obispos en manos de las autoridades civiles». (Aboga Rosmini por la intervención libre del clero y del pueblo en los nombramientos.) 5.ª Llaga: «La servidumbre de los bienes eclesiásticos». ¿Dónde están las herejías?

Dogma, en general, es el cuerpo de doctrina de la Iglesia. Pero dentro de ese dogma general, hay dogmas y dogmas. Hay dogmas fundamentales que tienen que ser defendidos siempre porque son absolutos y no dependen de las diversas interpretaciones que con el paso de los tiempos se le dan a las realidades y a las palabras. Que Dios existe, que es nuestro Padre, que Cristo es Dios y es también hombre, que resucitó del sepulcro, son dogmas absolutos que a duras penas admiten interpretación o una nueva expresión. En cambio, que hay un purgatorio con fuego, que todos venimos de Adán y Eva, que en los sacramentos hay que distinguir materia y forma, que la presencia de Cristo en la Eucaristía es de esta o de aquella manera, que en Cristo hay dos naturalezas y una sola persona, etc., son dogmas relativos; su formulación dependerá mucho del sentido que se le de a las palabras con el paso de los tiempos y del mayor conocimiento que vayamos teniendo de las realidades significadas por estas palabras [11]. Las fórmulas de la fe pueden ser nu-

---

[11] He aquí lo que el genial Papini escribe a este respecto en el último capítulo de su libro *Il Diávolo:* «Quien conozca la historia del pensamiento cristiano sabe que paulatinamente con los siglos hubo cambios y más cambios en torno de los mayores dogmas de la Fe. Algunas opiniones durante mucho tiempo enseñadas fueron, con el decurso del tiempo, anuladas, aunque no condenadas; otras nuevas las sustituyeron. Y puede y debe repetirse un renovamiento análogo en los siglos venideros: Con tal que la esencia del dogma no sea alterada o negada, son posibles siempre interpretaciones y demostraciones más auténticas y profundas que las antiguas. Debemos observar que mientras muchos cristianos se han desanimado y desertado de su fe, hay otros, en menor número si

merosas y aun opuestas; pero la fe es y tiene que ser una sola; porque la fe no se identifica con una fórmula de fe determinada. (Y entiéndase que hablamos de la fe don de Dios, y no en el sentido modernista «del sentimiento religioso que brota por medio de la inmanencia vital de lo profundo de la subconsciencia.») [12]. La fórmula de fe de Nicea y Sárdica dice que en Dios hay tres hipóstasis; la del Concilio de Constantinopla dice que en Dios hay una sola hipóstasis. Hoy, para la mentalidad de los hombres del siglo XX, lo mismo nos da que haya una que tres. Lo esencial es que conservamos nuestra fe en Dios todopoderoso, diferente de todas las otras criaturas y con el que seguimos unidos por su Verbo. Las doctrinas de los monoteletas, de los doketas y de los monofisitas, que tanto apasionaron y tan peligrosas fueron en los primeros siglos, hoy nos tienen completamente sin cuidado. Es más, dudamos mucho que nadie se haya condenado, únicamente por defender que en Cristo hay una sola naturaleza. El que tal haya hecho, no le hace con su error dogmático ninguna ofensa a Dios; únicamente manifiesta su pequeñez y su ignorancia, perfectamente toleradas por Dios. (Yo no me enfadaría con nadie que creyese que yo tengo una inteligencia analítica, aunque yo sepa muy bien que mi inteligencia es sintética.) Si se escribiese una historia de los dogmas nos encontraríamos con formulaciones diversas—y muy difíciles de explicar—de ciertos dogmas cristológicos, eucarísticos y acerca de la doctrina de la justificación [13].

se quiere, que han penetrado siempre más el sentido del cristianismo por el hecho mismo de vivirlo en toda la plenitud con la guía de los preceptos más absolutos del Evangelio. Estos cristianos se están haciendo siempre más íntimamente cristianos, según el espíritu del cristianismo eterno, aunque algunas den una nueva interpretación a la letra.»

[12] Denzinger 2077.

[13] Dice Hans Küng, a propósito de esto: «La fe puede ser la misma y las fórmulas diferentes, incluso opuestas. Tras las fórmulas de fe diversas y opuestas se encuentran representaciones e intuiciones, conceptos, juicios y conclusiones diferentes; existen distintas maneras de percibir, sentir, pensar, querer, hablar, describir y actuar; existen diferentes formas de conciencia de la existencia y del objeto; existen diferentes hipótesis fisiológicas, psicológicas, estéticas, lingüísticas, lógicas, etnológicas, históricas, en la manera de entender el mundo, en la filosofía y religión; existen experiencias individuales y colectivas, lenguajejs y conceptos del

Aplicando todo esto a lo que nos interesa, echamos de ver que la Iglesia es demasiado rígida en la formulación de los dogmas y muy poco tolerante con aquellos que tratan de desentrañar un poco la esencia del misterio que en realidad es la Iglesia. Creer que en nuestro dogma ya no queda nada por declarar, es hacerle una grave ofensa a Dios y a la mentalidad de los hombres: En el proceso general de desmitificación tienen que ser incluidas bastantes «fórmulas dogmáticas» que hoy se hacen muy difíciles de admitir. El hablar e investigar libremente sobre ellas, no pone en absoluto en peligro nuestro amor a Dios nuestro Padre, ni a Jesús nuestro Redentor, ni a nuestra Madre la Iglesia, aunque a veces le quite un poco a ésta, el brillo artificial y de mal gusto que le hemos dado. La Iglesia jerárquica, debería conservar el «margen de fraternidad» de que hablaba Guéhenno: «Que nuestras ideas sean claras; expongámoslas con todo rigor: Es la condición de la lealtad. Sirvámoslas con todas nuestras fuerzas: Es el empleo de nuestro valor. Pero como dejamos un margen a todo papel que escribimos, para retoques, para las correcciones, para todo lo que no hemos encontrado, para la verdad que todavía esperamos, dejemos alrededor de nuestras ideas el margen de la fraternidad» [14]. O como muy bien sugiere Congar: «Cuando una cuestión es muy compleja puede *legítimamente* dar lugar a varias maneras de abordarla, y, por tanto, también a varios juicios, ninguno de los cuales puede pretender haber agotado la totalidad de sus aspectos... Pero el que piensa diferente tiene también razones para ello; es necesario que aceptemos el escucharlas. Es así como podremos progresar juntos hacia una verdad más total y más unánime» [15]. Con este criterio, el magisterio de la Iglesia demostraría un poco más de respeto al Espíritu Santo que vive y se

mundo, estructuras sociales y conceptos del hombre; existen diferentes tradiciones en cada pueblo, en las escuelas teológicas, en las universidades y en las órdenes. ¿Hay que extrañarse de que a menudo los cristianos que profesan una sola y misma fe no se hayan entendido y se hayan separado cuando podían unirse?» O. cit. pág. 375.

[14] J. GUEHENNO: *La Marge de la Fraternité*, en «Le Figaro», feb. 6, 1951.

[15] I.C.I. Septiembre 1968.

manifiesta en el seno del Pueblo de Dios, y ayudaría a que este mismo Espíritu Santo fuese iluminando, poco a poco, muchas cosas de nuestro dogma que todavía están en la penumbra [16].

EL DOGMA DEL INFIERNO

No podemos, de ninguna manera, seguir hablando del fuego eterno del infierno con la infantilidad y la ligereza con que por tanto tiempo se ha hablado de él, y mucho menos debemos permitir que el fuego eterno sea la motivación secreta de nuestras vidas. El hamartiocentrismo, de que nos hablan los teólogos, es una gran realidad; ese hacer del pecado o del miedo al pecado, el centro de toda la religión; ese insistir en «la vida en gracia», no por lo que la gracia significa de positivo y de participación en la vida de Dios y de nuestros hermanos, sino porque, viviendo en gracia, estamos seguros de que no estamos en pecado, y de que, por tanto, no caeremos en el infierno. Con el infierno, tal como ha sido presentado hasta ahora, tienen planteado un muy serio problema la exégesis y la teología, y por ende, el Magisterio de la Iglesia. La mente humana, actuando con lógica, se resiste, cada vez más, a admitir un castigo de tal índole que, parodiando las palabras de Jesús, nosotros «aun siendo malos, no le daríamos, no ya a nuestros hijos», pero ni siquiera al más malo de nuestros enemigos. Después de habernos dicho que Dios es nuestró Padre, el dogma dèl infierno, por lo menos tal como ha sido interpretada hasta ahora la letra del Evangelio, desentona bastante del conjunto y se hace muy difícil de creer.

La resistencia de la mente humana al fuego eterno del infierno, no es cosa del siglo xx. Ya en los albores de la Iglesia, un hombre en extremo inteligente, llamado Orígenes, inventó la teoría de la «apocatástasis» o del retorno, según la cual todas las criaturas se convertirán al bien sin excluír los condenados cuyos pecados serán purificados poco a poco, y cuyos cuerpos resucitarán finalmente gloriosos. De suerte que un día «todo ser dará rendidas gracias al Creador y hasta el demonio se asociará al himno de gratitud de toda la creación.»

El gran teólogo San Gregorio de Nisa, simpatizó con esta teoría que no deja de tener su grandeza ni de recordarnos algo de la concepción paulina y teilhardiana del universo. Por supuesto que tal teoría no tardó en ser condenada por la jerarquía, que entonces, con mucha razón, tenía una hiperestesia por la ortodoxia [17].

---

[16] No nos resistimos a copiar estos pensamientos de H. Borgerd, que hemos encontrado después de haber redactado este capítulo y que exponen blillantemente las ideas que estamos tratando: «¿No se sienten las fórmulas de la fe como realidades extrañas a la vida difícilmente aceptables en nuestra experiencia? ¿No constriñen los dogmas demasiado al hombre en vez de ensanchar su horizonte? Pero ¿qué son en realidad los dogmas? A menudo y estrictamente, verdades de fe formuladas científicamente. Pero ¿dicen otra cosa? En un principio eran profesiones de fe basadas en una situación determinada... Pero el contenido de la fe —el misterio—no puede nunca ser formulado completamente; toda fórmula tiene siempre una cierta separación en relación con el pasado, pero está abierta al porvenir, a una formulación más exacta y más actual, a una aceptación en un conjunto mayor. La Iglesia no posee siempre la verdad, sino que crece partiendo de la presencia del Espíritu en la verdad...

Podemos preguntarnos si no dedicamos demasiada atención a fórmulas de fe determinadas, a dogmas determinados del pasado. En su formulación actual son marginales a la vida humana; ahora *incluso pueden ser herejías*. Ocurre que el contenido y el horizonte de entonces y los de ahora son distintos. Por lo menos deberían ser traducidos a categorías de este tiempo... La razón del mantenimiento de tales fórmulas, ¿no es a menudo el culto a la letra?

La Iglesia seguramente necesita fórmulas de fe aún en este tiempo. Pero preguntémonos: Semejante formulación, ¿no puede ser a menudo un motivo de división innecesaria...? Además, podemos preguntarnos si una unidad semejante o semejante pretensión de posesión de la verdad, son en verdad humanas y, por tanto, evangélicas. A una humanidad pluriforme debe corresponder una Iglesia pluriforme.» *Hacia una Iglesia más secular*. H. Borgerd. Capítulo V, pág. 196. Colección Hinneni Salamanca, 1968.

[17] A diecinueve siglos de distancia de Orígenes está Papini, que no hace muchos años rompió lanzas en contra del infierno y en favor de Satanás, en su famoso libro *Il Diavolo*. En él dice: «De un tiempo a esta parte hay aun en los mejores (cristianos) este sentimiento: no pueden aprobar ni la muerte de los herejes ni las penas eternas de los pe-

Hace falta hacer una teología libre y sin trabas del pecado original. El cuento de la manzana ya no se le puede predicar a nadie, como tampoco se puede predicar que si uno no acepta esta o aquella explicación del pecado orginal, es reo del infierno. ¿Qué tiene que ver la fe en Jesús, y el amor a los hombres, cosas que sí son fundamentales en el cristianismo, con la admisión de esta o aquella explicación del pecado original? ¿Por qué no admitir, humilde y honradamente, que todo lo que se refiere a los orígenes de la raza humana está, también para nosotros, envuelto en el misterio? ¿Tenemos los cristianos que dar explicación de todo? ¿No quiso el mismo Dios dejarnos cerrado el misterio al narrárnoslo de una manera tan simple y tan ingenua, que a todas luces se ve que es un cuento para una humanidad niña?

cadores. Estos cristianos, que se hacen cada día más cristianos, no niegan la existencia del infierno, pero creen y desean que quede despoblado, casi desierto. El calvinismo sangriento del 500 es hoy, para estas alma amorosass, todo lo contrario: el infierno vacío y poblado el Paraíso.

Ellos piensan que un Dios, verdaderamente Padre, no puede torturar eternamente a sus hijos y sostienen que un Dios, todo Amor, no puede negar eternamente su perdón ni siquiera a los más impenitentes rebeldes. La misericordia en el fin de los tiempos, deberá también sobrepujar la justicia. Y si esto no ocurriera deberíamos pensar que el Padre mismo de Cristo no es un cristiano perfecto.

No pretendemos que estos sentimientos y estos pensamientos sean aceptados hoy por la doctrina oficial de la Iglesia docente y, menos aún, pretendemos enmendarle la plana. Pero lo que no es lícito enseñar como verdad eterna y segura, puede y debe admitirse como una esperanza cristiana y humana. Los tratados de teología seguirán diciendo que *no* a la doctrina de la reconciliación total y final, pero el corazón—"que tiene sus razones que no conoce la razón"—seguirá anhelando y esperando el *sí*. En la escuela de Cristo hemos aprendido que, por encima de todo, lo imposible puede ser creído.

El Amor Eterno—cuando todo se haya cumplido y expiado—no podrá negarse a sí mismo ni siquiera delante del negro rostro del primer Insurgente y del condenado más antiguo.»

«El olvido del misterio de la naturaleza de la Iglesia como Sacramento de un Dios absolutamente gratuito que no interfiere por tanto en la autonomía temporal, es decir, de la creación continuada durante el descanso sabático del Creador, en el proyecto del que el hombre hace su propia realización para dominar la tierra, hizo posible que el cristianismo se confundiera en mucho con las demás religiones. Al tomar al cristianismo como explicación y remiendo de cuanto la ciencia, el arte, la ideología y las estructuras sociales dejaban inexplicado o vacío en sus sistemas, se llegó a la creación de una civilización sacral llamada también cristiandad, identificada con la civilización occidental» [18].

A título de muestra de cómo la falsa teología y el dogmatismo es una rémora para el avance del pensamiento humano, copiamos un fragmento de una carta escrita el 28 de febrero de 1615 por el sacerdote Juan Ciampoli a su amigo el famoso Galileo Galilei recomendándole prudencia: «... su opinión, en cuanto a los fenómenos de la luz y de las sombras (de la luna) que usted describe, pone cierta semejanza entre el globo terráqueo y el lunar, y esto es causa de que luego venga otro y diga que pone usted hombres habitando en la luna, y que un tercero añada que cómo pueden ser estos tales descendientes de Adán.»

Demasiado evidente es que algo anda mal radicalmente, desde el principio, en la naturaleza humana, para que vayamos a autocondenarnos por no admitir tal o cual explicación como la causa de tantos males como vemos en la humanidad: la muerte, las enfermedades, la locura colectiva en que perennemente se halla la humanidad, se encargan de recordarnos, constantemente, que algo funciona mal a natura en esta pobre humanidad doliente. Quedémonos tranquilos, aunque pensemos que la manzana de Eva estaba podrida, y no cometamos la infantilidad de convertir a Dios en un cosechero de frutas, celoso. Es hora de que dejemos de ver pecados por todas las esquinas. Ojalá que muchos moralistas tuviesen el espíritu amplio de San

[18] MONS. SERGIO MÉNDEZ: *Desacralización para el Desarrollo*, pág. 243. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1968.

Pablo que, ante la predicación negativa y medrosa de los que decían «¡No probéis esto, no toquéis aquello, no cojáis lo otro!», como si no hubiese más que pecado por todas partes, el gran apóstol opone valerosamente su principio básico: «Todo es limpio para los limpios» [19]; «todo es vuestro y vosotros sois de Dios» [20]. Y es hora también de que le alegremos un poco a la Iglesia esa cara triste con que, por años, la hemos presentado al mundo: Una sociedad de hombres atribulados que llevan con resignación todas las miserias de este valle de lágrimas. No negamos la realidad misteriosa y dura de la Cruz, pero nos resistimos a que ella sea el «leit motiv» de nuestra vida, y a que, en vez de ser la ascesis cristiana una cosa alegre, creadora y positiva, se defina *como un proceso amargo de aclimatación del alma para un mundo futuro todavía más amargo, por lo que tiene de incierto y justiciero.*

EL MAGISTERIO ¿UN FRENO A LA INVESTIGACION?

No se puede negar que, por siglos, cierto sector de teólogos «oficiales», y en concreto la teología romana, han ido a remolque deotros teólogos más avanzados. La teología oficial de la Iglesia y la supervaloración de la letra de las Escrituras, han sido un freno para el pensamiento de los cerebros más distinguidos de la humanidad. Qué claro aparece esto, una vez más, en una carta que Lecazre escribió al sacerdote y filósofo francés Gassendi, recomendándole prudencia en sus afirmaciones y no estirar demasiado las consecuencias que se deducían del sitema copernicano: «... si esa teoría fuese verdadera, la tierra quedaría reducida a ser uno de tantos planetas. De ahí se seguiría, lógicamente, que estando habitada la tierra, también lo estarían los otros; más aún, estarían también habitadas las mismas estrellas fijas. Y entonces, *¿cómo sería verdadera la revelación del Génesis que afirma haber sido creadas las estrellas para que iluminen la tierra y sirvan para medir las estaciones en provecho del hombre?* Por eso le aconsejo la mayor prudencia en tratar estos argumentos que pueden, fácilmente, inducir al error a los incautos, haciéndoles dudar del misterio de la Encarnación y poniendo en tela de juicio *la fe cristiana que supone y enseña haber sido creadas, todas las estrellas, no para que fuesen habitación de seres humanos sino solamente para iluminar y fecundar la tierra con su luz»* [21]. Gracias a Dios, hoy día, estamos muy lejos de caer en estas infantilidades exegéticas. Pero estos ejemplos tienen que hacernos despertar a la realidad de que así como por siglos el pensamiento de la Iglesia, y aun de la ciencia, estuvo atado por apoyarse en premisas falsas—por ejemplo, la interpretación literal de la Escritura—de la misma manera podemos hoy estar todavía atados por otras premisas más sutiles, por más espiritüales, pero no menos falsas que aquellas.

Hay como un perpetuo temor de caer en el error; de abandonar la línea ortodoxa, de ser infieles a la verdad que Dios nos comunicó. Pero ese mesianismo es inadmisible. La verdad es una, pero los hombres, en nuestra continua evolución, estamos descubriendo constantemente facetas nuevas de la verdad, vamos penetrando más en el corazón de la verdad. Hoy decimos que conocemos a Dios, pero el conocimiento que tendremos de Dios en la otra vida, será tan radicalmente diferente al que de El tenemos hoy, que prácticamente será diferente [22]. Para la humanidad, hacer el mal, caer en el error, consiste, fundamentalmente, en ir contra el Amor, en ir contra la ascensión hacia Dios, en renunciar a la búsqueda de Dios. Y precisamente en ese pecado de renuncia de la búsqueda de Dios, caen todos aquellos que prefieren seguir en la postura cómoda de «guardar el depósito de la fe», sin querer abrirlo nunca para ver si el agua no ha cogido un mal sabor, debido al paso de los

---

[19] *Tit* 1, 15.

[20] Ver los pasajes siguientes: *1 Cor* 3, 22; 3, 12; 10, 22; *Col* 2, 20. *1 Tes* 5, 21; *1 Tim* 4, 4.

[21] Citado por J. M. SALAVERRÍ en *La posibilidad de seres humanos extraterrestres*. Razón y Fe, julio 1953, pág. 31. Madrid.

[22] «Lo que Dios es, permanecerá siempre oculto para nosotros, y este es el supremo conocimiento que podemos adquirir acerca de Dios en la vida presente: saber que trasciende toda idea que jamás lleguemos a formarnos de él» Tomás de Aquino. Trat. *De Veritate*.

años; en ese pecado caen todos aquellos que renuncian a seguir investigando, aunque sea con peligro de equivocarse. El Espíritu sigue soplando en el seno de la Iglesia para descubrir más y más a Dios, y en el seno del mundo, para descubrir más y más la esencia de la vida y del hombre, y tenemos que confesar que ese Espíritu ha sido muchas veces sofocado y aminorado por la misma autoridad oficial de la Iglésia.

Los teólogos intentan formular actualmente cómo debe actuar el Magisterio en una comunidad adulta intelectualmente y dicen que la Iglesia jerárquica debe entender hoy su tarea de enseñanza y predicar de tal forma que en constante diálogo con los fieles, y sin perder contacto con la realidad existencial de los tiempos presentes, dé principios y directrices con los que todos podamos hacernos creyentes adultos, emancipados, capaces de tomar nuestras propias decisiones en conciencia ante las más diversas situaciones personales. Por el contrario, diametralmente opuesto a esto es una determinada teología exclusiva que no tolera a una sana controversia teológica y la libre expresión de opiniones, el contumaz empeño de consolidar una uniforme manera de pensar, formular las cosas en la Iglesia por medio de la censura, el mantenimiento a ultranza de una idea de Iglesia anticuada, la tendencia a tomar decisiones centralistas «de arriba abajo», y el dejar de lado lo carismático en la Iglesia.

Con todas estas medidas, hoy tan en boga, San Pablo tendría que corregirse a sí mismo y decir que «la Palabra de Dios está encadenada» [23].

Concuerda en todo con estas ideas Paul Chauchard cuando breve, pero tajantemente, dice: «En la sociedad reflexiva que se prepara, ser de la Iglesia ya no equivaldrá a vincularse a un tipo de pensamiento común, impuesto por directrices exteriores, espantosa deformación que ciertos espíritus integristas quisieran obligarnos a admitir. Iglesia no es una asamblea autoritaria de la cual pueden impedirnos la salido o expulsarnos; se forma parte de ella o se sale de ella libremente por el hecho de la fe... Es cada vez más evidente la necesidad de un estudio profundo y completamente renovado de la obediencia, ya que aquellos que no aceptan la totalidad de las tesis tradicional, no por ello pertenecen menos a la fe católica» [24].

Estamos seguros que Cristo era del mismo espíritu: Cuando sus apóstoles, con un exceso de celo vinieron a contarle cómo le habían prohibido a aquel discípulo «cismático» que siguiese expulsando demonios en nombre de Jesús, «por la libre», el Maestro les respondió: «No se lo prohibáis, porque ninguno que haga milagros en nombre mío, podrá ponerse enseguida a hablar mal de mí» [25].

Entre una lista larguísima de nombres que se podría aducir, basten los de Kopernic, Darwin, Ticho Brahe, Galileo, Giordano Bruno, Rosmini, Newman, Lammenais, Freud, Teilhard de Chardin. Todos estos han sido lumbreras de la humanidad; todos estos, aun cometiendo errores, han avanzado un paso más en el conocimiento de la vida humana y de Dios. Y todos estos tuvieron que encontrarse con la suspicacia de las autoridades romanas y de los teólogos «oficiales» que preferían conservar, prohibir o condenar, a buscar o a dejar que otros buscasen, con una mente libre. Unos sufrieron, únicamente, el que sus doctrinas y sus hallazgos fuesen considerados peligrosos, pero otros sufrieron explícitas condenas por parte de la Santa Sede. Y uno se pregunta: ¿Qué tiene que ver el estudio del subconsciente por parte de Freud, o el evolucionismo de Darwin, o la constatación hecha por Kopernic y Galileo, de que la tierra no era el centro del universo, qué tiene que ver todo eso con el sencillísimo mensaje del Amor que Cristo nos vino a traer al mundo? ¿Por qué la jerarquía de la Iglesia tiene que meterse en un campo del cual Jesucristo no los ha hecho pastores? [26]. Sean humildes, y así

[23] 2 *Tim* 2, 9.

[24] PAUL CHAUCHARD: *Por un cristianismo sin mitos*. Edit. Fontanella. Barcelona, 1967.

[25] *Mc* 9, 37 y sig.

[26] Hoy, por ejemplo, estamos muy lejos deadmitir lo que el gran Gregorio VII esmribiría a Hermann, obispo de Metz: «Si a la Sede Apostólica le compete por derecho divino dirimir los asuntos espirituales, ¿qué razón hay para que no entienda también en los temporales? Cristo instituyó al apóstol Pedro, príncipe de los reinos del mundo.» Y estamos

como hoy día ya dejan que los gobernantes gobiernen en sus respectivos países, dejen también que los científicos y los teólogos, en sus respectivos campos, investiguen la verdad, sea ésta cual sea. Porque no en vano dijo Jesús: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» [27]. *Y la verdad total no es patrimonio de nadie. Ni siquiera de la Iglesia. La verdad total es el mismo Dios, al cual nunca llegaremos a comprender totalmente.* Impedir la búsqueda de la verdad total—a través de la verdad parcial de las cosas—o acallar los resultados de una investigación honesta, es pecar de infantilismo y de autoritarismo. Es manifestar el secreto temor de que vayamos a sorprender a Dios en contradicción consigo mismo, o lo que es peor, es manifestar otro secreto temor de que quede de manifiesto nuestra visión parcial de la verdad. Estas intromisiones autoritarias, hoy día ya intolerables, son restos de un constantinismo y de una Iglesia dueña y señora del cielo, de la tierra, y de las conciencias, que quiere tener el control de todo sin que nada se le escape. En vez de escandalizarnos ante la constatación hecha por un científico de cualquier fenómeno real, por extraño que nos parezca, tenemos que aceptar la realidad, sea la que sea, y pensar que lo que Dios exige de nosotros es que lo amemos a El y a nuestros hermanos los hombres. No defendamos tozudamente, en nombre de El, como absolutas, unas relativas verdades de orden natural o espiritual, que la realidad se encarga de decirnos, al paso de los siglos y de los milenios, que no eran tan verdades [28].

Se nos puede aplicar al pie de la letra la condenación de Jesús a los fariseos: «Cambiáis la palabra de Dios por una creencia inventada por vosotros mismos. Y por este estilo haceis muchas otras cosas» [29].

---

más lejos todavía de comulgar con el espíritu que rezuma la hoy casi herética bula «Unam Sanctam», de Bonifacio VIII.

[27] *Jn* 8, 32.

[28] «Si el Evangelio pretende seguir teniendo vigencia en este mundo nuevo, desde el punto de vista humano, sólo logrará ser escuchado si toma como punto de partida el hecho de que se está viviendo una nueva situación en la que las viejas verdades ya no funcionan y si se deja de insistir en que la verdad de ayer es irrevocable, incluso a la luz de la verdad de hoy y de mañana.» J. Sperma Weiland. Wending 21 (1966), página 10.

En vez de haber condenado al oír decir que la tierra daba vueltas alrededor del sol, los teólogos oficiales deberían haber profundizado seriamente y con espíritu de fe en las consecuencias de tan gran descubrimiento; con un poco de humildad se hubiesen sonreído ante su infantilidad al creer que este diminuto planeta era la obra maestra de Dios; en vez de ir contra la fe, el hallazgo científico les hubiese agrandado infinitamente la idea de Dios Creador [30]. Me imagino que a todos esos cien-

---

[29] *Mc* 7, 13.

[30] Diametralmente opuesto en apariencia, aunque obedeciendo en el fondo a la misma razón, está el hecho del silencio de los teólogos ante la realidad ya innegable, de millones de astros habitados por seres racionales y de su cada vez mayor relación con nosotros. Si no tuviéramos el testimonio directo y personal de *millares* de personas responsables, nos bastaría usar una fórmula matemática de cálculo de probabilidad, o sencillamente el mero sentido común para convencernos de que es prácticamente imposible que nuestra pobre tierra sea, entre billones de astros, el único poblado y el más avanzado. Desdice, en cierta manera, de la sabiduría de Dios. Pues bien, lo mismo que en el siglo XVII la jerarquía de la Iglesia, por haberse indebidamente metido a dogmatizar en un terreno y en unas materias que no le competían, condenó una teoría que ponía en peligro un falso «dogma» (que algún teólogo metido a astrónomo había inventado), de la misma manera, hoy día, la vemos silenciosa ante un problema que, siendo continuación lógica del derrumbamiento del geocentrismo, tiene sin embargo, mucha mayor trascendencia teológica. Hoy día, en pleno proceso de desacralización, Roma no se atreve ya a condenar ligeramente ninguna teoría científica, pero tampoco la vemos admitir, de buena gana, descubrimientos y realidades que pugnan, aunque sea indirectamente, con su manera un poco provinciana de concebir a Dios, a la vida humana y al cosmos. Apenas si descubrimos, entre los teólogos contemporáneos, algunos balbuceos sobre esta interesantísima realidad, *que dentro de pocos años, creará un verdadero terremoto en la humanidad entera y en sus creencias religiosas.*

Ver: J. CALDEAZZO, S. J.: *A Pangalactic Christ.* Continuum. Spring, 1968.

F. LYONNET: *La redención del Universo.* Lumiere et Vie 148; 43-62 (1960).

J BUJANDA, S. J.: *Astronomía y astros habitados.* Razón y Fe. Madrid, 1957.

tíficos, que a lo largo de la historia han tenido que enfrentarse con alguna condenación de los jerarcas, o por lo menos con su falta de simpatía, se les habrá ocurrido lo mismo que a Don Quijote de la Mancha al encontrarse con el cura de marras: «Sancho hermano, topado hemos con la Iglesia.»

CAPÍTULO IV

LAICADO

PARTICIPACION DE LOS LAICOS EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Cuando en el Concilio Vaticano II vimos al primer laico dirigirse a toda la Asamblea de obispos, mucha gente creyó que con ello se establecía un precedente en la Historia de la Iglesia y que comenzaba una nueva era para los laicos. ¡Qué error! No sucedía ni una cosa ni otra. (Muy frecuentemente los cristianos, por desconocer en su mayoría la historia de la Iglesia, se escandalizan ante cambios que han sido norma por siglos y anhelan cosas que la Iglesia hace tiempo que ha descartado por inútiles.) En cuanto a participación laical, los dos Concilios Vaticanos señalan el punto más bajo en toda la historia de la Iglesia. Son el fruto, a la larga, de la desobediencia del papado, a partir de Martín V, a los decretos del Concilio de Constanza (1414). El Concilio Vaticano I (1869-1870), que en este y en algún otro particular dista bastante de ser un modelo de Concilios, llegó hasta prohibir terminantemente a los laicos el acceso a las dileberaciones. Sin embargo, la historia nos dice que la participación de los laicos en los Concilios generales ha sido, no sólo abundantísima, sino providencial.

Fue el gran Concilio de Constanza, convocado por un laico, el único entre los Ecuménicos que tuvo el privilegio de acabar defintivamente con un cisma que tanto daño le estaba haciendo a la Iglesia. Pues bien, en ese Concilio la participación de los laicos fue muy numerosa, además de haberse promulgado en él el famoso decreto «Frequens», que imponía y reglamentaba la participación activa de los laicos en los Concilios, decreto que los Papas se encargaron de no cumplir en los años posteriores porque menguaba sus omnímodas facultades. No sólo eso sino que cuando el papado había llegado a uno de sus más bajos niveles en la historia, fue un laico, Enrique III (1046) el que convocó los célebres Sínodos de Sutri y Roma, obligó a abdicar a los tres Papas rivales, e hizo finalmente elegir a un nuevo Papa, Clemente II. Por aquellas fechas el emperador alemán era el que convocaba y dirigía los Sínodos, y quien, como en otros tiempos Carlomagno, juzgaba y deponía a los Papas, no sin fundamento en muchas ocasiones.

Como muestra de lo activa y abundante que a lo largo de los siglos ha sido la presencia de los laicos en los Sínodos y Concilios Ecuménicos, diremos, entre los muchísimos datos que podríamos aportar, que hubo Concilio (como el de Basilea en 1436) en el que los obispos constituían mucho menos de la décima parte de los fieles activamente asistentes al Concilio. Y en el mismo Concilio de Trento, a pesar de tener enfrente la imagen de Lutero—con toda su exaltación del laicado y su desprecio por el sacerdocio ministerial y la jerarquía—no dejaron los laicos de desempeñar un gran papel del que hasta ahora se ha hablado muy poco: Asistieron a las sesiones del Concilio muchos delegados de príncipes y pudieron ejercer su influencia sobre las negociaciones en las cuestiones dogmáticas o de Derecho canónico; el representante de Venecia elaboró el canon sobre el matrimonio, y los laicos en conjunto, levantaron una protesta contra la lentitud en cuanto a la reforma de la Iglesia. El conde L. de Nogarola predicó a los padres conciliares la noche de Navidad. El secretario del Concilio, Angelo Massarelli era laico, y dos de los presidentes del Concilio, Reginald Pole y Marcelo Cervini, eran también laicos. Este último, cuando posteriormente fue nombrado cardenal, no era todavía sacerdote; finalmente, años más tarde, fue nombrado Papa con el nombre de Marcelo II, aunque su pontificado fue uno de los más breves de la historia, ya que sólo duró veintidós días. Todavía un ejemplo más singular de la participación laical en una de las estructuras más importantes de la Iglesia, cuales son los Concilios y los Sínodos, nos la ofrece el hecho acaecido el año 963 en un Sínodo romano celebrado en la iglesia de San Pedro. En él, el emperador Otón, con la participación del clero y del pueblo, depuso de su cargo al Papa, el vicioso Juan XII, e hizo elegir canónicamente a un laico de excelente reputación y costumbres llamado León, que asumió el nombre de León VIII.

Si los laicos han tenido, a lo largo de toda la historia de la Iglesia, una participación tan vital en una cosa de tanta importancia como los Sínodos y Concilios, es natural que la hayan tenido mayor aún en otras áreas. Tomemos, por ejemplo, la elección de entre medio del pueblo de aquellos que iban a ser promovidos para el ministerio (a ser ordenados de sacerdotes) o a ser puestos al frente del Pueblo de Dios como obispos o Sumos Pontífices. En cuanto a la elección de sacerdotes, por lo que leemos en la historia de la Iglesia, la intervención de los laicos ha sido más bien un abuso que una participación. Durante toda la Edad Media, cuanto príncipe, duque, conde o señor feudal tenía en sus dominios ermitas, iglesias, santuarios o capellanías, y las solían tener en abundancia, se sentía con derecho a elegir a aquellos que iban a «disfrutar» de tales títulos y prebendas. Y en la mayoría de los casos, tales sacerdotes quedaban más al servicio de su señor que al servicio del Pueblo de Dios. De aquí se siguieron, naturalmente, muchísimos males para la Iglesia, al ser muy frecuentemente ordenados de sacerdotes, personas que distaban mucho de reunir las cualidades necesarias.

En cuanto a la participación del laicado en la elección de los Obispos, si no era tan influyente como en la de los sacerdotes, sin embargo distaba muchísimo de haber caído en el otro extremo abusivo de la total pasividad que hoy padecemos. No entraremos aquí en disquisiciones—que por otro lado serían interesantísimas—sobre la «elección» por parte de Dios de aque-

llos que han de ser sus ministros. En el libro de los «Hechos»[1] vemos que los apóstoles se valieron de un ingenuo sorteo para ver a quien «elegía» Dios. Gracias al Señor la Iglesia no ha seguido esta «tradición» que hubiese resultado funesta (pero sin embargo, sí vemos cierta tendencia muy dudosa a seguir el pensamiento más profundo que latía detrás de aquel sorteo.)

Lo que la historia nos dice de una manera general es que el sentir del pueblo era tenido muy en cuenta en cuanto a la elección de obispos, y por su parte éstos, una vez elegidos y cuando eran lo que debían ser, tenían en mucho el parecer de los laicos, sobre todo, de aquellos que eran más eminentes en la sociedad. San León I el Magno (440-461) resumió en una breve fórmula la razón por la que los laicos deberían intervenir en la elección, no sólo de los obispos, sino de los Sumos Pontífices: «Qui prefuturus est omnibus, ab omnibus eligatur»: El que ha de ser jefe de todos, que sea elegido por todos. Si este Papa, uno de los grandes en toda la historia del papado, admite la intervención de los laicos en la elección de la jerarquía, podemos verla practicada en concreto en la elección de otro de los grandes Papas en toda la historia: el famoso Hildebrando, llamado Gregorio VII (1073-1085), gran reformador y creador de la cristiandad romana. Prácticamente fue el pueblo el que lo eligió cuando, celebrándose en Letrán los funerales de Alejandro II, recién fallecido, repentinamente se oyó un enorme clamoreo de la multitud que gritaba rítmicamente: «Hildebrando, Hildebrando». Los cardenales se reunieron y determinaron acceder a la petición, casi frenética, del pueblo. Un cardenal salió a uno de los balcones, y después de proclamar el nombre de Hildebrando, preguntó a la multitud: «¿Placet vobis?» Todo el pueblo romano rugió: «¡Placet!». «¿Vultis eum?»: «¡Volumus!». «¿Laudatis eum?»: «¡Laudamus!». («¿Os agrada?»: «¡Nos agrada!». «¿Lo queréis?»: «¡Lo queremos!». «¿Lo alabáis?»: «¡Lo alabamos!»). Hay en la historia innumerables ocasiones en que vemos cómo no sólo los nobles sino el pueblo, fue el que sugirió o pidió o hasta exigió que fuese nombrado obispo determinada persona.

[1] *Act* 1, 21-26.

En cuanto a lo que hoy llamaríamos «diálogo» entre jerarca y fieles, si bien es cierto que en épocas pasadas no se formulaba así esta relación, sin embargo la vemos con mucha frecuencia practicada: San Cipriano († 258), una de las columnas de la Iglesia en el Norte de Africa, contestaba a unos sacerdotes: «Respecto a lo que me habéis escrito no puedo daros una respuesta yo solo, ya que... he decidido no hacer nada sin vuestro consejo y sin la conformidad del pueblo y no según mis puntos de vista personales.» Y el mismo San Cipriano escribe a sus presbíteros y diáconos: «Todo esto lo tengo que consultar, no sólo con mi consejo, sino con el pueblo todo.» Congar hace observar que, por lo menos, en la fase informativa y deliberativa, era necesario interesar a toda la comunidad. Indudablemente de la misma manera se daban miles de casos igual que hoy en los que los obispos procedían autoritariamente prescindiendo del sentir del pueblo y aun yendo contra él. Las crónicas están llenas de tales ejemplos. Pero del común de los hechos, y, sobre todo de la manera de actuar de los obispos y Papas más ejemplares, podemos deducir una actitud bastante común de respeto y consideración al sentimiento del laicado y, sin lugar a dudas, una intervención de éste mucho más activa en toda la vida de la Iglesia, incluidos sectores que hoy son considerados de la exclusiva competencia de la jerarquía.

He querido extenderme en la presentación de este cuadro histórico, que podría haber sido mucho más abarcador y haber cubierto a otras áreas en las que el laicado ha ocupado su verdadero puesto por siglos, para que lo contrastemos con el triste estado actual de nuestra Iglesia, totalmente clericalizada, precisamente en una época en que el clero, por la secularización, los adelantos y el despertar de la sociedad, tiene menos influencia que nunca en el mundo. Precisamente cuando el clero no tiene voz ni voto en nuestra compleja sociedad pluralista, el laicado está atado de pies y manos, y son los sacerdotes, junto con la jerarquía, los únicos que detentan oficialmente la representación de la Iglesia ante el mundo. Esta paradoja es una de las circunstancias que hace que el momento actual de la Iglesia sea tan peligroso y que exige una rápida desclericalización junto

con una toma de conciencia por parte de los laicos de su urgente, irreemplazable e importantísimo papel, tanto en el seno de la Iglesia como en el seno de la sociedad.

Al laico se le ha llamado, por siglos, en el Derecho canónico, «el simple fiel». Con más de simple que de fiel, a juzgar por las funciones que se le permitía desarrollar en el seno de la Iglesia. El laicado es una víctima en la estructuración actual de la Iglesia. Y sin embargo, en un sentido, el laico es, fundamentalmente, la Iglesia. La jerarquía debe estar al servicio del laicado. Sin pueblo, no hacen falta líderes, y, naturalmente, es más importante el pueblo que los líderes. Aunque la comparación no sea del todo aplicable a la Iglesia, Puebo de Dios, porque en este caso el Líder Máximo vale más que todo el pueblo junto, sin embargo, prescindiendo de Cristo. es indudable que el laicado en sí, por su número, y por ser cada uno de ellos un hijo de Dios, tiene más importancia que la jerarquía. Sin pueblo, la jerarquía no tiene razón de ser. Sin jerarquía, Dios proveería otros jerarcas sacados del mismo pueblo.

TIPOS DE LAICOS

Hace años que se repite insistentemente en la Iglesia que ha llegado la hora del laicado. Pero preguntamos: «¿La hora de qué?». Y preguntamos también: «¿La hora de qué laicado?» Porque en la Iglesia hay que hacer grandes distinciones al hablar del laicado. Hay laicos cultos en cristianismo, laicos que aun sin ser cultos en las artes y técnicas humanas, han caído perfectamente en la cuenta de que ellos son una parte vital de la Iglesia y han asumido, dentro de ella, todas sus responsabilidades. Laicos a quienes les duele la Iglesia. Laicos que investigan, que luchan, que se afanan, que se sienten unidos a la jerarquía, a pesar de los errores que ésta pueda cometer y sin caer, por otra parte, en una hierolatría infantil y primitiva. Laicos que saben teología y conocen las Escrituras mejor que muchos sacerdotes; laicos que viven su fe, que viven su bautismo, que intiman con Cristo en la Eucaristía y en la oración; laicos

que difunden dondequiera la Palabra de Dios; laicos, en fin, que son luz del mundo, sal de la tierra. Pero, por desgracia, estos laicos son una fracción mínima en la Iglesia. Hay países, y aun continentes, donde este número de laicos despiertos y conscientes, va aumentando progresivamente. Han dejado de ser infantes en la Iglesia, incapaces de tomar responsabilidades y siempre dispuestos a recibirlo todo, y se han echado sobre los hombros la tarea de dar, de hacer despertar a sus hermanos, de repartir el pan, de extender el reino de Dios. Pero, desgraciadamente, estamos seguros de que este tipo de laicos plenamente conscientes es una minoría muy pequeña entre los bautizados, por lo menos, en esta América nuestra.

Hay otro tipo de laico que compone la gran masa de católicos, el laico que ha nacido a la gracia por el bautismo, pero inmediatamente entró en un sopor y en él ha permanecido por años de años. No ha caído en la cuenta de que él pertenece al Pueblo de Dios; por lo menos, no ha tomado responsabilidad ninguna dentro de él. No asiste al templo, no se interesa por disposición ninguna, buena o mala, de la jerarquía. No ha caído en la cuenta de que la tarea de extender el Mensaje también le pertenece a él, aunque no esté alistado en organización ninguna apostólica, únicamente por su bautismo, por el cual entró en una sociedad de apóstoles. No va a la gran fuente de energía para el apóstol: el cuerpo de Cristo, la oración. Se comporta, en fin, como el niño en el seno de la familia: todo hay que dárselo, todo hay que hacérselo, porque él no sabe hacer nada. Es niño, y encima de eso, duerme. Es cierto que toda esta gran masa de cristianos que no se comportan como adultos en el seno de la Iglesia, sencillamente no conocen toda la profundidad de la sociedad a la que pertenecen. Hay dos grandes sectores: unos, como dijimos antes, que son niños y duermen. Y otros, que son niños, pero no duermen; están despiertos, van de acá para allá, y hasta son capaces de hacer recados. Pero todo lo hacen con mente infantil. No se les puede echar encima ninguna responsabilidad seria, porque ni la aceptarían, ni sabrían hacerla mientras sigan con su mentalidad de niños. Este es un sector muy grande dentro del seno de la Iglesia. Son aquellos que acuden

a misa los domingos, que se sienten verdaderos cristianos, incluso que pertenecen a organizaciones de apostolado, que leen libros de religión, que frecuentan la Eucaristía, que conocen a sus párrocos, que colaboran en las colectas, etc., pero que, a pesar de todas estas cualidades positivas, tienen las típicas cualidades del infante, del hombre que no ha llegado todavía a la madurez, a la adultez.

Antes de seguir adelante, quiero dejar bien claro, repitiendo lo que dije anteriormente, que este tipo de laico es una víctima en la Iglesia. No es así por su propia voluntad. No ha permanecido por años de años en su infantilidad espiritual, por culpa suya, sino porque no lo dejaron crecer, no le dieron oportunidad a que aprendiese, a que se hiciese un adulto en la Iglesia [2]. Lo paternalizaron, no tuvieron fe en él, no le dieron ninguna responsabilidad seria por el injustísimo prejuicio de que él «no está preparado», porque, por tradición—una vez más la falsa tradición—, él nunca ha desempeñado tales o cuales funciones en la Iglesia. Y ahí lo tenemos, a los cuarenta, a los cincuenta, a los sesenta años, cuando a lo mejor ha organizado grandes empresas en la vida civil, cuando ha manejado cientos de miles de dólares, cuando ha sido capaz de levantar toda una famila y hacer de sus hijos unos profesionales, ahí lo tenemos hecho un infante en la Iglesia, dispuesto siempre a obedecer en cualquier cosa, con tal que esa cosa no exceda los límites de los libros de cuentas de su asociación piadosa, o la prédica sencilla en una capilla de barrio, o la arenga ardiente en algún retiro o cursillo. Según la clásica mentalidad en la Iglesia, tanto por

[2] Un índice de esto es la pasividad con que los laicos, según el mismo rito, reciben la mayoría de los sacramentos. Y entre ellos es curiosísima la manera de comulgar: se les da el pan consagrado lo mismo que se les da la papilla a los bebés. Recientemente, como una gran cosa, se les ha permitido que digan «amén», y los liturgistas han creído que eso es ya una participación, pero en cambio, no se les ha permitido—según comunicación oficial de Roma—que tomen la Sagrada Forma en sus manos, y se den de comulgar a sí mismos, cosa mucho más lógica y natural. Parece que es pecado—un pecado más—que ellos toquen el Cuerpo de Cristo con unas manos «que no han sido consagradas». ¡Como si todo su cuerpo no hubiese sido consagrado por el bautismo!

parte de la jerarquía y clero, como por parte de él mismo, las funciones importantes de la Iglesia no son de su competencia. Y es muy de lamentar que en diversos tipos de retiros, jornadas, cursillos, impactos o vivencias, que tanto hoy florecen en la Iglesia, por lo menos en nuestra Iglesia americana, y que tan saludables son por una parte, sin embargo, con frecuencia, sucede que los que de ellos salen, no han adquirido una conciencia adulta, se les ha dejado en su estado de infantilidad o de adolescencia. Se ha hecho de ellos, a pesar de sus cuarenta o cincuenta años, niñon piadosos a los que no se les ha dado un sentido profundo de Iglesia, no les ha dicho que la Iglesia no consiste únicamente en el movimiento tal o cual—que ahora, a su vez, comenzará a paternalizarlo—y no se les ha lanzado a que asuman responsabilidades en el seno de su sociedad o de su gobierno. Y si se les ha lanzado a eso es atados con un hilo invisible a su movimiento, para que vuelvan siempre a él, a recibir—como niños de los que uno no se fía—nuevas instrucciones y directrices. Pero no se ve con buenos ojos que se organicen en sus propios ambientes, independientemente del movimiento. El movimiento, probablemente sin caer en la cuenta, los tiene controlados, los quiere paternalizar, y el movimiento, a la larga, será el responsable de que estos laicos no lleguen a asumir nunca, cabalmente, su compromiso temporal, y no lleguen a tomar las responsabilidades graves que deberán tomar en cualquier fase de la vida que esté fuera de las perspectivas del movimiento.

Este es el problema del laicado descrito a grandes rasgos. Las causas para que el laicado, en la Iglesia, haya llegado a este estado, son muchas, y han sido muy bien estudiadas. A medida que la jerarquía y el clero iban asumiendo más y más funciones dentro de la Iglesia, y se iba positivamente excluyendo a los laicos, éstos, por una ley psicológica, se iban sintiendo, cada vez más, fuera de una cosa en la que no tenían participación. Llegó un momento en que los laicos identificaron la Iglesia con la jerarquía. Y todavía ese es hoy el sentido más común que se le da a la palabra Iglesia: Jerarquía, clero, Santa Sede. Pero el hecho es que estamos así: con un laicado que

constituye la inmensa mayor parte del Pueblo de Dios, y que por otro lado se siente ocupando una esquina en la Iglesia. Y tenemos categóricamente que decir, que, o hay en los próximos años un drástico cambio en este particular, o la Iglesia sufrirá un crisis como no ha sufrido en siglos de su historia. Preveo que el despertar del laico, en muchas ocasiones, va a ser violento, va a estar teñido de un anticlericalismo feo, va a estar incluso, en muchas ocasiones, viciado de un espíritu vindicativo.

URGENCIA DE QUE DESPIERTE EL LAICADO

Pero sea como sea, es absolutamente necesario que el laicado despierte, que el laicado asuma su posición en la Iglesia, y caiga en la cuenta de que él, animado por el espíritu de Cristo, es, fundamentalmente, la Iglesia. Los sacerdotes tendrán que dejar su puesto de privilegio diluidos entre la masa del Pueblo de Dios, al servicio de ella. Los sacerdotes no pueden ser casta aparte, y menos si es una casta dominante. La mentalidad moderna ya no tolera esto. Y el mismo sacerdote que es realmente moderno, tampoco lo puede tolerar; y de ahí la crisis profunda en que vivimos los sacerdotes que nos consideramos enraizados en nuestro tiempo. En un mundo masificado, somos una casta aparte. En un mundo que lucha por descubrir los valores de esta vida, nosotros predicamos constantemente, los valores de la otra vida. En un mundo que quiere, rectamente, encontrar a Dios ya aquí en la tierra, nosotros le decimos que este mundo es malo, que hay que renunciar a él, y que para ver a Dios hay que esperar al cielo.

No se puede negar que en algunos países los laicos están despertando aprisa y están organizándose bien. Pero temo que en muchos otros, el despertar de los laicos va demasiado lento. Y es de extrema urgencia que los laicos despierten porque en este mundo nuestro, tan atractivo, tan complejo, tan tenso, la Iglesia oficial ha perdido su atracción. En otros tiempos, y todavía en muchos lugares subdesarrollados, la Iglesia es el centro de vida y de atracción: donde se dan las ceremonias vistosas,

la que organiza las fiestas, la que reúne la gente, en una palabra, la que atrae al pueblo pobre. Pero en el mundo urbano, la Iglesia ya no tiene poder para atraer la imaginación del pueblo. Hay mil cosas organizadas explícitamente para eso. Y peor todavía si la cara de la Iglesia se ha tornado demasiado seria o anticuada. Con muchísima frecuencia me sucede preguntarle a alguien a qué parroquia pertenece, y no tener él la menor idea de cuál es su parroquia. Con frecuencia me ha sucedido, sobre todo, en los suburbios de las grandes ciudades, preguntarle a personas que están en los balcones de sus casas, dónde está la parroquia del barrio, y a pesar de estar su casa a una corta distancia de ella, ellos no saben decir dónde está; porque la misma palabra «parroquia» suena extraña en sus oídos. Es una institución con la que no tienen relaciones. Los concursos por radio, la televisión, los deportes, los centros comunales, los partidos políticos, los atraen mucho más. En un mundo así, los medios de evangelización tradicionales que la Iglesia tiene, son los propios sacerdotes, o están dirigidos por los sacerdotes. Pero esos medios son ya completamente inadecuados para las necesidades; esos medios, en muchas ocasiones, se limitan a esperar a que la gente venga. Y la gente ya no viene. Esos medios no se hacen oír, no saben presentar el contenido de la fe, no penetran en las casas, en una palabra, no llegan al pueblo. Y así, poco a poco, las generaciones que están creciendo van haciéndose adultas sin conocer lo fundamental del Mensaje. Nuestros barrios se van llenando de hombres y mujeres bautizados que no tienen casi ningún contacto con la Iglesia institucional y que no saben lo que significa pertenecer a la Iglesia.

Es cierto que el principal transmisor del mensaje cristiano debería ser la familia. El padre o la madre, imbuidos de un verdadero espíritu cristiano, son los más gravemente obligados a transmitirle ese espíritu a sus hijos. Pero la realidad es que cada día lo transmiten menos. En nuestras grandes ciudades, los ex campesinos, hacinados en inmensos y horribles suburbios, a duras penas logran mantener ellos viva, dentro de sí misma, la llama de su fe. Es demasiado dura la lucha por la vida. Son demasiados los malos ejemplos que reciben cada día, no sólo

de sus convecinos, sino de los grandes de la sociedad. Es demasiada la ira que a veces tienen que contener en su corazón al ver cómo una pequeña parte privilegiada de la sociedad que se dice cristiana, despilfarra y malbarata unos bienes materiales, cuando ellos se sentirían felices si pudiesen disfrutar aunque sólo fuese de unas migajas de aquellos. Esos pobres campesinos, sin cultura y sin medios materiales, no pueden transmitir la fe a sus hijos. No tienen tiempo, ni tienen humor para ello. Y puede ser que sus sentimientos hacia la Iglesia se afecten también, al ver cómo la Iglesia oficial está frecuentísimamente unida a esas castas de grandes y poderosos, que son los culpables de que él viva en el abandono y en la miseria. Los hijos de los pobres, al ser enviados a la escuela laica en la que de ordinario no se habla de Dios, y al no recibir tampoco de sus padres la llama de la fe, poco a poco van creciendo con el alma vacía de Dios.

Por otra parte, en las familias de la clase media y alta, el dominio de los bienes materiales, las comodidades, las frivolidades y el egoísmo, van desarrollando un cierto espíritu de autosuficiencia y de soberbia, que empaña mucho el genuino espíritu cristiano. Y en este ambiente tienen que vivir miles y miles de niños, que, aunque no pasan hambre en sus cuerpos, tienen sin embargo, sus espíritus anémicos al faltarles el Cristo fortalecedor de sus almas.

Es curioso notar, y esto es fuente de errores al valorar el cristianismo de los pueblos, que en estas familias y generaciones que se van descristianizando paulatinamente, al lado de una ignorancia casi total de las verdades fundamentales del cristianismo y de sus genuinos valores, hay un aprecio grande, que tiene mucho de supersticioso, por novenas, devociones, imágenes, penitencias y promesas, que son restos de un auténtico cristianismo de otras épocas, pero que, actualmente, se han convertido en un fetichismo, al no estar apoyados por el conocimiento y la entrega a un Cristo vivo y presente.

Un ejemplo de este espíritu es el caso presenciado por el autor en una nación centroamericana. Estaba una tarde sentado

en el último banco de la iglesia de uno de los suburbios de la capital de la nación, cuando vi entrar a una india viejecita en la iglesia. Se paró delante de la pila de agua bendita y se persignó unas cuantas veces con ademán de quien practica un rito sagrado. Siguió adelante, avanzando por la nave derecha. La vi cómo se paraba delante de un gran estatua de la Madre Cabrini, colocada en un pedestal muy bajito, esperando a ser puesta en un altar lateral que allí mismo se iba a construír. La viejita se detuvo, se hincó de rodillas, se inclinó, se volvió a levantar, le besó los pies a la imagen, la abrazó con tierna devoción, le besó una y otra vez el hábito, y levantaba las manos hacia ella como si esperase algún divino rocío de lo alto. Casi diez minutos estuvo en su éxtasis, hablándole a la imagen que le sonreía comprensivamente. Por fin siguió avanzando por la nave derecha, cruzó cerca del comulgatorio y al llegar al medio de la nave central, mirando hacia el altar, hizo una profunda inclinación y siguió adelante. Llegó a la nave de la izquierda y empezó a retroceder por ella hasta que llegó a una gran imagen de San Pío X, de la misma factura que la anterior. Allí comenzó de nuevo la viejita su liturgia: inclinaciones, besos y abrazos. Diez minutos y la tenía a mi lado camino de la puerta. Con una sonrisa la llamé y le pregunté: «Abuelita, ¿cuántos años tiene?»: «Pos padrecito, creo que son setenta y seis». «Y dígame, ¿quién es aquella Santa a la que usted le tiene tanta devoción?». Y con un cantarcito delicioso me fue diciendo: «Pos padrecito, yo, la verdad, no lo sé el nombre; pero esa es mi Santita. Me cumple todas las cosas que le pido, y yo todos los días le vengo a dar una vueltita.»

Ya me extrañaba a mí que supiese a ciencia cierta que aquella era la Madre Cabrini, recién canonizada. Le pregunté por su Santo amigo de la izquierda, y recibí la misma contestación. Aquel era su Santito, que le cumplía muchas cositas que ella le pedía, y por eso, ella le venía a «dar su vueltita» todas las tardes. Entonces le pregunté: «Y usted no sabe quién es el Santo grande de esta iglesia?» Puso los ojos en blanco como esperando que yo le descifrara aquel misterio. Yo insistí: «Sí, sí, el Santo grande, grande, que hay en la iglesia, que es más

Santo que todos.» No pude obtener respuesta. Y yo, siempre con cariño, le dije: «Abuelita, el Santo grande, grande, es San Jesucristo, que es el que los hace santos a todos.» Y ella, como una autómata, juntando las manos, exclamó inmediatamente: «Ay, sí, mi Señor crucificado.» No me acuerdo qué más cosas hablamos, pero sí recuerdo que el resto de mi estancia en aquella solitaria iglesia de suburbio, en aquel triste atardecer, fue una meditación sobre lo deformado que está Cristo y su Iglesia, en las conciencias de tantos buenos cristianos. Aquella buena viejita se extasiaba con los siervos y apenas si saludaba al Señor. Y la idea fundamental que ella tenía de su Señor consistía en que era un crucificado. ¿Tendría ella idea de que ese Crucificado es el Cristo glorioso que será el rey eterno en una vida inimaginable? ¿Tendría ella idea de que ese Cristo glorioso es el único que nos puede iluminar esta vida cuando se nos hace insoportable?

Si hemos de ser realistas, otra de las razones por la que es urgente que el laicado despierte y se eche sobre sus hombros toda la parte de peso que le corresponde llevar en la extensión del reino de Dios en el mundo, es porque los sacerdotes, al menos tal como son hoy, van a escasear cada vez más. Por un lado vemos que el número de los que entran cada año al seminario, es menor. El descenso ha sido vertiginoso en estos últimos años y continúa todavía en mayor escala. Por otro lado, vemos que cada vez son más los que abandonan el ministerio sacerdotal y piden ser secularizados [3]. No vamos a entrar aquí en las razones de por qué entran menos y por qué salen más; lo trataremos más

[3] Entre el año 1966 y 1967 abandonaron su ministerio en Estados Unidos—según una encuesta de la Asociación Nacional para la Renovación Pastoral de St. Louis—por lo menos 711 sacerdotes norteamericanos, incluyendo 108 ordenados hace quince años o más. De ellos, 501 eran sacerdotes diocesanos y 210 religiosos.

En otra encuesta realizada en Holanda por la Oficina Central para Asesoramiento de Sacerdotes y Religiosas, de 180 hombres entrevistados que dejaron el sacerdocio en Holanda, entre 1958 y 1967 (no nos consta si hubo más), sólo el 5 por 100 afirman haber abandonado la Iglesia y casi la tercera parte del total expresaron un fuerte deseo de volver a ejercer el ministerio pastoral.

adelante. Pero sí es un hecho comprobado, y la consecuencia inescapable de ésto es que dentro de unos cuantos años vamos a tener muy pocos sacerdotes al estilo de hoy.

Lo malo es que seguimos planificando nuestra pastoral como si las cosas no fuesen a cambiar y como si el número de sacerdotes no fuese a disminuir radicalmente. Y cuando de aquí a unos años la realidad se nos imponga, de nuevo tendremos que volver a pararnos y a reestructurar otra vez todo. Por eso urge que, desde ahora, los laicos vayan echando sobre sus hombros toda la responsabilidad que les corresponde, por un espíritu de justicia y también con un espíritu de sacrificio. Porque, indudablemente, van a tener que dedicar más tiempo, y muchas más energías, a revivificar esta Iglesia—su Iglesia—y a hacerla presente en nuestro mundo. Y tendrán que sacrificarse más, sencillamente porque hasta ahora le han dejado casi todo el peso a los sacerdotes y a la jerarquía. Han hecho en grande, con la Iglesia, lo que hacen con la educación de los hijos: se liberan de enseñarles muchas cosas y de llevarlos de la mano desde la niñez hacia su encuentro con Cristo, al entregárselos a las monjitas o a los hermanos en el colegio católico. Creen que con pagar cierta cantidad de dinero al mes ya la obligación de educar en cristiano a los hijos está cumplida. Pero va a llegar también, y pronto, el día en que esos colegios católicos, al menos como están hoy, no existan, o, por lo menos, tan abundantemente, y entonces, al no recibir sus hijos en la escuela del gobierno la enseñanza religiosa que actualmente reciben en los colegios católicos, los padres y madres cristianos no tendrán más remedio que echarse sobre sus hombros el peso de la instrucción religiosa de sus hijos, que sólo a ellos compete, y que, actualmente, han abandonado casi por completo, con las tristes consecuencias que las estadísticas de nuestros colegios católicos nos vienen diciendo desde hace años, y a las que tan sordos hemos tenido nuestros oídos. De nada vale la enseñanza teórica y académica en el colegio de una asignatura llamada religión, si luego, la enseñanza viva del hogar, se encarga de contradecir, día a día, aquellas teorías predicadas por las monjitas.

Urge, pues, que los laicos despierten, aunque sólo sea por espíritu de conservación, para que, de aquí a unos años, cuando no tengan párroco ni sacerdote amigo a quien correr a pedirle un consejo en una situación oscura, o a pedir consuelo en una situación triste, sepan ellos, maduramente, tomar sus resoluciones delante de Dios.

«LAICOS ORDENADOS»

Una de las razones más fuertes para que los laicos despierten de su sueño es el hecho de que tienen que irse preparando para cuando dentro de muy poco sean los que carguen con el principal peso de la Iglesia y en concreto con la siempre presente tarea de la evangelización y santificación del Pueblo de Dios y del mundo entero. Es mi firme creencia que dentro de poco habrá muchos más sacerdotes de los que hay actualmente. Pero serán sacerdotes de otro tipo. No previamente sometidos a un proceso de deshumanización ni deformados por una «formación» que tiene tanto de positiva como de negativa. Serán sacerdotes mucho más encarnados en el pueblo, porque no sólo serán «entresacados del pueblo» sino que seguirán perteneciendo a él y sintiéndose, no sólo racionalmente sino ontológicamente, parte del pueblo. Vivirán en una casa igual que las otras del barrio o de la urbanización, se ganarán el pan en cualquier oficina, taller o bufete, igual que los demás hombres, vestirán igual que los demás, y tendrán una familia igual que los demás. Porque no está el problema en si en el futuro se casan o no se casan los sacerdotes, como tantas veces malamente se discute; el problema está en cuándo la Santa Sede, oyendo las voces del Pueblo de Dios y viendo las necesidades de la Iglesia, se decidirá a ordenar a laicos que hayan demostrado con sus vidas su real entrega a Cristo. Tardará la Santa Sede más o menos años, pero la ordenación de los laicos llegará, a no ser que nos queramos quedar sin sacerdotes.

Naturalmente, la selección de los que hayan de ser ordenados tendrá que ser cuidadosa si no queremos encontrarnos con un problema mayor aún que el que tiene hoy día planteado la

Iglesia con los sacerdotes célibes. Por supuesto, no será el criterio para elegir, ni la cultura, ni el apellido ilustre, ni la beatería, ni mucho menos la desahogada posición económica; se escogerá a aquellos que, con cultura o sin cultura, con dinero o sin dinero, hayan demostrado con sus vidas que su entrega a Cristo no es epidérmica. Hasta ahora se ordenaba de sacerdotes a los que asimilaban unas lecciones de teología y filosofía pero que a lo mejor no habían asimilado a Cristo internamente. En el futuro se ordenará a aquellos que amen y se sacrifiquen por su familia como Cristo ama y se sacrifica por su Iglesia, que trabajan en su oficio y cumplen con sus amistades y en la vida cívica con toda responsabilidad, como Cristo lo hubiese hecho; en una palabra, se ordenará a aquellos que—descontando las debilidades humanas—sean unos Cristos vivos en su vida diaria. Aunque se piense lo contrario, ni la teología, ni la filosofía, ni la cultura pertenecen a la esencia del sacerdocio. Lo que sí es esencial al sacerdocio es el deseo de entrega a Cristo y a nuestros hermanos los hombres.

La Iglesia no puede seguir privándose de esa enorme riqueza que hoy no aprovecha, cuando más la necesita, al haber puesto esa cláusula draconiana del celibato a las puertas del sacerdocio. Hay miles y miles de laicos que serían unos excelentes sacerdotes que vivificarían la Iglesia y que únicamente no se deciden a serlo porque honradamente creen que no tienen vocación para la soltería. (La soltería produce a la larga un trauma síquico muy difícil de llevar para un hombre normal que no haya recibido de Dios ese don especial que se requiere para el celibato.)

El día no lejano en que haya miles de sacerdotes así, tendremos un Iglesia mucho más auténtica, y el mismo sentido de Iglesia entre el pueblo, será mucho más profundo, al no verse ésta, en su mente, restringida a una jerarquía y un clero aparte, con todas las malas consecuencias que esto acarrea. Habrá un sacerdote para cada calle o para cada grupo natural, que conocerá a cada uno de los hermanos, los visitará y alentará en sus tribulaciones, desarrollándose así unas comunidades ecle-

siales que serán infinitamente más auténticas que las que hoy tenemos. Al mismo tiempo, al ser muchos los sacerdotes, tendrán menos peligro de caer en el engreimiento en el que fácilmente se cae, cuando veinte mil o treinta mil personas reconocen a uno como su líder espiritual y se lo demuestran de mil maneras.

Naturalmente, se evitará ese tipo de «formación» en serie. Las clases humildes y barrios obreros no tienen necesidad ninguna de un sacerdote que haya obtenido suma cum laude en teología. Hoy día el exceso de cultura en muchos sacerdotes es una auténtica barrera entre ellos y el pueblo humilde. Para un barrio obrero hará falta un sacerdote obrero; que sepa bien su catecismo, sí, pero sobre todo que esté identificado con la vida de sus hermanos; que sepa lo que es ganarse el pan en una fábrica y vivir en un hogar estrecho. Para un sector de profesores de Universidad, hará falta un sacerdote universitario para que al transmitir el Mensaje lo transmita con la misma vibración e inquietud intelectual que late en el alma de sus compañeros profesores de la universidad.

Los obispos de hoy están muy lejos de necesitar el consejo que San Pablo le daba a Timoteo: «No ordenes de sacerdote a cualquiera ligeramente» [4]. Hoy día, si el apóstol volviese, tendría que decir: «Ordenad de sacerdotes con más frecuencia a los hermanos que cumplen fielmente la ley del Señor.» Y por si alguno cree que eso es ir ya demasiado lejos y abaratar la «dignidad del sacerdocio», oiga las «cualidades» de que debe estar adornado el obispo—y lo mismo se diga del sacerdote—tal como San Pablo se las describía al mismo Timoteo: «El obispo debe ser irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, morigerado, hospitalario, capaz de enseñar; no dado al vino ni pendenciero, sino ecuánime, pacífico, no codicioso; que sepa gobernar bien su propia casa y que tenga los hijos bien educados, con toda honestidad, pues quien no sabe gobernar su casa, ¿cómo podrá gobernar la Iglesia de Dios? No debe ser un recién convertido no sea que envaneciéndose venga a incurrir en

[4] *1 Tim* 5, 22.

el juicio del diablo. Conviene, asimismo, que tenga buena fama ante la gente» [5]. ¡Cuánto más humana se mostraba aquella primitiva Iglesia! Todavía no habían llegado a la perfección del Derecho canónico.

Pos último, la razón más fuerte de la urgencia del despertar de los laicos, es que la Iglesia no será cabalmente Pueblo de Dios, mientras no cumpla el papel que el Señor le asignó entre los demás pueblos del mundo; y no lo será, hasta que los laicos no asuman, masivamente, esta responsabilidad de ser unos testigos vivientes de su doctrina. Este es su apostolado especial: el consagrar el mundo, el santificar todas las actividades de la vida haciendo que las cosas sean y funcionen como Dios quiere que funcionen.

TAREA ESPECIFICA DEL LAICO

La tarea específica del laico no es ayudar en el templo; no es ser «el brazo del sacerdote» como tantos creen todavía, no es, ni siquiera, administrar sacramentos, supliendo lo que aquel no puede hacer: la tarea del laico es estar en la vida haciendo que ésta sea lo que Dios quiere que sea. *La tarea del laico es, en grande, divinizar lo material, devolviéndole a Cristo el gesto que El tuvo al materializar en su carne lo divino.* En esta tarea, entiéndase bien, los laicos no son brazo de la jerarquía. Si acaso, en esta tarea, la jerarquía y el clero serán la ayuda y el complemento del laico. Porque este es el insustituíble papel que el laico tiene que desempeñar en el mundo [6]. Si los laicos se contentan con proclamar las palabras evangélicas como los sacerdotes, sin mostrar al mismo tiempo el modo concreto de realizar dichas palabras, el testimonio de unos y de otros será siempre ineficaz, como muy bien ha señalado J. Comblin [7], porque el testimonio

[5] *1 Tim* 3, 1-7.

[6] Ver el libro del cardenal J. CARDIJN *Laicos en primera fila.* Editorial Nova Terra, Barcelona, 1965.

[7] «Un cristiano no podrá resignarse a que las empresas temporales puedan quedar definidas de un modo neutro, sin ninguna referencia al reino de Dios. Los fines temporales del mundo no pueden ser los que le

sobrenatural y trascendente, pero abstracto, del clero, no convence sin el testimonio de una expresión concreta en la vida privada y social, sobre todo social, de un mundo seglar.

El papel de una civilización cristiana—fruto del esfuerzo de muchos cristianos—consistirá en dar unos ideales a las actividades materiales, unos fines que sean naturalmente recuerdo y constante exhortación a una vocación divina, consistirá en imprimir en el conjunto del mundo técnico unos fines evangélicos. Si los laicos no logran dar el tono, el sentido y la orientación a los confusos movimientos que están buscando una salida—movimientos sociales, nacionales, económicos, artísticos, filosóficos—la Iglesia vivirá aún mucho tiempo de los restos de su pasado, tal como sucede en Europa y en Latinoamérica, pero al perder la dirección, verá cómo nace fuera de ella, un mundo nuevo en el que el apostolado será casi imposible y en el que no tardará en aparecer la semilla de la discordia y de la autodestrucción.

Qué pena nos da, muchas veces, el ver laicos con talento, dedicados a faenas puramente clericales o, peor aún, sacristanales, aptas para ser desempeñadas por alguna viejita o un adolescente inexperto. Pero, por siglos, el laico no ha gozado de ninguna autonomía en la Iglesia y por eso a duras penas comienza ahora a salirse, para su apostolado, de las penumbras de la sacristía o de la sombra del templo. Y ya que ha salido esta palabra, apostolado, hagamos alguna reflexión sobre ella.

---

propone un cualquiera, porque no se trata de un terreno neutro donde no basta tan sólo con meternos entre la masa y ocupar el puesto que otros nos señalen; otros, es decir, el mundo sin Cristo. En estas condiciones jamás podremos evangelizar. El cristianismo no sólo debe definir los últimos fines sino también los temporales del mundo, comprendiendo mejor el sentido actual del mundo presente, orientándolo hacia fines temporales superiores a los que otros no cristianos puedan concebir. No se trata de colaborar con un trabajo ya de antemano definido sino, más bien, de definir el trabajo y de llamar a los demás para que colaboren en él. Pero para esto es preciso hallarse en condiciones de comprender mejor que nadie, el movimiento del siglo presente, de darle ánimos, de inspirarlo de modo que los demás se sientan arrastrados y no cohibidos y que esta atracción sea como el pórtico mismo de la conversión. Fue así como dominó el cristianismo al imperio romano, cuando se reveló como la única fuerza moral capaz de hacerlo sobrevivir con un espíritu nuevo. El cristianismo le dio once siglos de vida en Oriente y lo hizo trascender en Occidente a la civilización europea. Fue también así como convirtió a los pueblos germánicos, y será solamente así, como convertirá a los pueblos y naciones del presente.» JOSEPH COMBLIN: *¿Ha fracasado la Acción Católica?* Edic. Eler. Barcelona, 1963, pág. 140 y sig.

VISION AMPLIA DEL APOSTOLADO

¡Qué mal entendida es esta palabra y qué idea tan estrecha se tiene de ella! Para muchos, el apostolado es, únicamente, llevar a uno a un retiro; lograr que vaya a misa el domingo, o que haga su primera comunión, o que se case «por la Iglesia», o enseñarle el catecismo. Este tipo de apostolado es bueno, indudablemente, pero no difiere del apostolado clerical, y no es el apostolado específico que se exige del laico sin que por ello esté excluido de él; antes al contrario, ojalá que muchos laicos practicasen más este apostolado. Pero tenemos que ensanchar el sentido de esta palabra. Hay muchas otras acciones de una enorme trascendencia religiosa que se le exigen a un auténtico cristiano en el seno de la sociedad y que hechas con el amor fraterno que nos exige el Evangelio, deben ser consideradas como un verdadero apostolado. Un edificio no sólo lo constituyen los soberbios artesonados o los mármoles de la escalinata, sino también las masas informes de cemento que yacen sepultadas en los cimientos. Dar de comer al que lo necesita, sea católico o no sea católico, ayudar al que se ve en una necesidad, colaborar con el vecino, pertenecer a un comité cívico, fomentar las cooperativas, todo esto, y cualquier cosa que pueda ayudar a mejorar la vida de los hombres, hecha con un genuino espíritu cristiano, es, en un sentido, una preparación para el apostolado, y en otro sentido, es un testimonio concreto de lo que es en sí un auténtico cristiano que no predica con palabras, sino con obras.

Mucha gente cree que en cuanto sale de la sombra del templo, en cuanto no practica un apostolado estrictamente eclesial, está perdiendo su tiempo; y le deja esas tareas, un poco despectivamente llamadas «cívicas», a los otros que no son tan

buenos cristianos como él. A estos tales yo les recordaría que una vez, una multitud hambrienta seguía a Jesús. Y éste, de repente, se vuelve a sus apóstoles y les dice: «Me da pena esta multitud... ¿Dónde encontraremos pan para dar de comer a tanta gente?» [8]. Jesús se preocupaba, no sólo de darles el pan espiritual de su Palabra, sino que se preocupaba de que sus estómagos estaban vacíos. Los apóstoles no sabían qué hacer. Pero en seguida se les ocurrió una solución muy de Pastor del siglo XX: «Mándalos a las alquerías y granjas cercanas a ver si allí encuentran algo de comer» [9]. Una solución muy diplomática y muy buena para salir del problema... pero sin solucionarlo. (En esta diplomacia hay muchos jerarcas que demuestran bien su «apostolicidad».) Pero Jesús no se satisfizo con la contestación y los urgió más: «Denles ustedes de comer» [10]. Parece que El pensaba que eso era también parte de su apostolado; que eso era un complemento del apostolado en aquellas circunstancias en que la gente no había comido. Qué bien hubieran hecho muchos apóstoles, en muchísimas ocasiones en que se han lanzado a evangelizar a pueblos que tienen hambre, a pueblos que están llenos de ira por injusticias que se han cometido contra ellos, qué bien hubieran hecho si al mismo tiempo que les hablaban de Dios les hubiesen enseñado a ayudarse a sí mismos en sus problemas materiales. Deberían haber escuchado la palabra de Jesús que sigue diciendo todavía hoy: «Denles ustedes de comer.»

Algunos dirán que esa no es tarea específica de la Iglesia. Y de nuevo nos encontramos con el falso criterio de qué es la Iglesia. Esa no será tarea específica del clero ni de la jerarquía, pero sí es tarea específica de los cristianos organizados y pudientes,el ayudar a sus hermanos más necesitados. El que por amor a sus hermanos pertenece a un comité cívico de barrio y se afana en él, y trabaja y se preocupa por todos los problemas de la barriada, está practicando una eminente obra de apostolado. Ha descubierto algo que muchos cristianos piadosos, que practican un apostolado «angélico», no han descubierto todavía: Y es el hecho de que, a muchos hombres, para que lleguen al nivel de cristianos, para que sean capaces de comprender y aceptar el mensaje de Cristo, primero hay que hacerlos hombres cabales, porque todavía no lo son. Y este pre-apostolado se practica a través de comités, de cooperativas, de hermandades, o de lo que sea, logrando que se superen en sus vidas, que se civilicen un poco más, que dejen sus hábitos salvajes, que aprendan a comportarse más fraternalmente. Esta obra de preevangelización es absolutamente necesaria.

[8] *Mt* 14, 13 y sig.; *Jn* 6, 1-15.
[9] *Mc* 6, 30-46; *Lc* 9, 10-17.
[10] *Mt* 14, 16.

Hay todavía otros tipos de apostolado más sutiles a los que no se suele llamar apostolado, pero que son el campo natural de la actividad de los laicos. En todos ellos tiene que estar presente, aunque no esté a la vista, un amor profundo a la humanidad. Qué bien disimula su apostolado el ingeniero que, a altas horas de la noche, estudia en su mesa de trabajo, a ver cómo puede extender el dinero de un presupuesto oficial para fabricar casas para las clases humildes. A primera vista, con el dinero del presupuesto se pueden hacer cincuenta casas, pero gracias a las horas que él le ha robado al sueño, ha logrado hacer cincuenta y cinco casas, economizando materiales, consiguiéndolos más baratos, corrigiendo aquí o allá los planos. Y gracias al trabajo callado y sacrificado de este secreto apóstol, cinco familias humildes más podrán vivir en una casa decente, como Dios quiere que vivan las familias humanas. Tiene mucho de apóstol un Fleming que, gracias a su trabajo constante, día tras día, sacrificadamente, con una gran ilusión por ayudar a la humanidad, descubrió, al cabo de muchos años de paciente estudio, la penicililna, con la cual se han salvado ya millones de vidas. Miles de madres en el mundo, que hubieran llorado junto al pequeño ataúd de su hijo muerto de pulmonía, lo han visto crecer sano y robusto, venciendo fácilmente esta enfermedad que antes causaba tantas muertes. Y todo, gracias al callado esfuerzo de un hombre responsable, con un eminente espíritu cristiano. Si todos los cristianos tuviéramos su responsabilidad, si llegase un día en que todos los cristianos del mundo nos portásemos así, cada uno en su oficio, aunque no hubie-

se ya entonces obligación de ir a misa los domingos, y aun de confesarse después de cada pecado mortal, el mundo andaría mucho mejor, porque los hombres serían mucho más de acuerdo a lo que Dios quiere que sean.

Pongamos, por el contrario, como un antiejemplo, el caso del ingeniero católico «practicante», que no falla en ninguna de las cosas externas prescritas por la ley, pero que no es diligente en su trabajo—una fábrica de automóviles—, y que por no esforzarse en un difícil cálculo del eje delantero de un modelo de automóvil, el diseño del eje quedó defectuoso. Comenzaron a salir autos y más autos de aquella fábrica, todos con el secreto defecto del eje defectuoso. Al cabo de unos meses, mientras él sigue «practicando» fielmente su religión, una familia que regresaba de su paseo dominical, sufrió un terrible vuelco al romperse algo en el tren delantero. Por supuesto, nadie lleva al ingeniero a los tribunales, y ni él mismo sabe que su irresponsabilidad es la causa de aquellas muertes. El sigue «practicando» devotamente su religión y asistiendo a las reuniones de su organización de apostolado. Pero él es realmente el culpable de todas aquellas muertes, pues de haber cumplido él bien con su oficio, el eje hubiese sido bien diseñado y no se hubiese roto. Qué sorpresas nos vamos a llevar en la otra vida al parangonar nuestros apostolados «oficiales» (muchas veces artificiales) con nuestros antiapostolados practicados en la vida diaria. Y también, ¿por qué no?, con los verdaderos apostolados secretos que practicamos cuando somos responsables en nuestro trabajo, y cuando, con nuestro sacrificio callado, hacemos que el mundo sea un poco mejor; que las cosas funcionen un poquito más de acuerdo a como Dios quiere que funcionen.

DEMASIADA «OBEDIENCIA»

Es urgente que los laicos despierten a ésta su específica responsabilidad en el mundo. Es preciso que los cristianos del futuro se distingan de los demás hombres no por sus creencias y ritos especiales, sino por su excelencia en el modo de cumplir

sus obligaciones, por su resposabilidad, por su exactitud, de modo que no se repita en ellos la vieja acusación: «El nombre de cristiano es vituperado por vuestra causa.»

Cuando escribo esto, desempeño el cargo de coordinador arquidiocesano del Apostolado Laico [11]. Trabajando en equipo con un grupo de laicos, nos hemos propuesto, como primera meta, el llegar a la creación de Consejos parroquiales. Hasta ahora, nuestras parroquias han funcionado como pequeños feudos aparte, sin casi comunicación unas con otras, en las que el párroco es el señor feudal, dueño de conciencias, dispensador de sacramentos, intérprete casi absoluto de lo bueno y lo malo y cajero de los bienes de la parroquia. En los Consejos parroquiales que tratamos de formar, un grupo de laicos, representativos de todos los niveles y de todos los grupos sociales de la parroquia, asumirán, junto con el sacerdote, la responsabilidad de la obra de Dios en toda la parroquia. Se diría que esta especie de mayoría de edad que adquieren los laicos, debería tenerlos llenos de optimismo al ver que, por fin, empiezan a ocupar su puesto en la Iglesia. Es más, a veces, me temo que, como una reacción muy natural después de tantos años de opresión espiritual, surja en algunos un sutil espíritu vindicativo, aunque se disfrace, como muy bien sabemos hacerlo los católicos, de celo por la gloria de Dios o cosa por el estilo. Sin embargo, aparte de la resistencia pasiva de algunos sacerdotes, cosa también muy natural, la resistencia más grande que hasta ahora hemos encontrado, es el exceso de sumisión de los laicos a sus pastores. Creen ofenderlos por cualquier cosa, se deshacen en disculpas cuando, en presencia de alguno de ellos, tienen que decir alguna verdad, y no se atreven a tomar decisión ninguna si aquellos no están presentes. No hace mucho un laico se levantó públicamente a increparme porque él «veía en todo aquello un espíritu de rebeldía contra los sacerdotes. Y sin los sacerdo-

[11] El que yo, sacerdote, desempeñe el cargo de coordinador del Apostolado de los Laicos, es una prueba más de lo que estamos diciendo: lo marginados que están los laicos en las funciones un poco importantes de la Iglesia, y el control casi absoluto que la jerarquía y el clero tienen en la estructura eclesial.

tes no se puede hacer nada en la Iglesia. Nosotros tenemos que hacer lo que ellos digan.» ¡Qué daño tan grande le hace a la Iglesia, y a los mismos sacerdotes, este espíritu de sumisión servil disfrazado de obediencia. Y lo malo es que la mayoría de las veces, cuanto más generoso y cuanto más ferviente es el cristiano, tanto más arraigado tiene este falso espíritu de obediencia. Y por ello tanto más difícil se le hace tomar sus resoluciones propias y decidirse a un apostolado original, desligado de los faldones del sacerdote y de las tradiciones parroquiales. He aquí un caso típico en que una virtud, erróneamente practicada, se convierte en un vicio.

Nos dice Ignacio Lepp que «los abusos cometidos por los que detentan la autoridad no son ajenos a que la mayoría de nuestros contemporáneos considere la obediencia como una virtud fundamentalmente negativa, como una pura compulsión.

So pretexto de poseer su autoridad de Dios mismo, algunos superiores religiosos e incluso ciertos Papas exigieron de sus subordinados una obediencia incondicional «perinde ac cadaver» (igual que un cadáver). Teólogos complacientes llegaron hasta sostener la tesis según la cual un religioso debería obedecer a sus superiores aunque estuviera convencido en lo más íntimo de sí, que éstos estaban en un error. Otros extendieron el mismo principio a todos los fieles con respecto a la autoridad eclesiástica y de ahí nació el funesto clericalismo.

Hoy los creyentes desean obedecer a Dios y a las autoridades humanas que hablan en su nombre, pero rechazan la exigencia de una obediencia ciega que consideran contraria a su condición de hijos adultos de Dios.

El rechazo de la obediencia, no constituye, sin embargo, el único elemento de crisis moral: el exceso de obediencia resulta en la práctica no menos funesto. Algunos individuos, lo mismo que ciertos pueblos, consideran virtud la obediencia; pero ésto no es en ellos sino el rechazo de su responsabilidad personal»[12].

[12] IGNACIO LEPP: *La nueva moral.* Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1964.

La Iglesia del futuro va a ser muy diferente de lo que es nuestra Iglesia. Y, ciertamente, la parte que en ella tendrán los laicos será, por lo menos, tan grande como la parte que tendrá la jerarquía. A la jerarquía se le hace muy difícil encontrar nuevos caminos por estar mucho más atada por la tradición. La voz del Espíritu se dejará sentir mucho más fuertemente a través de los laicos en esta radicalmente nueva estructuración de la Iglesia, que cada día hace más falta. La Iglesia es para el mundo, y los verdaderos conocedores de este mundo son los laicos. Ellos son los que tienen que decir cuáles son las vías más apropiadas para que el Espíritu llegue a penetrar y a impregnar todo ese mundo. Las arterias viejas, por las que oficialmente le llegaba la sangre de Cristo al mundo, están escleróticas, están obstruidas. La sangre ya no fluye libremente.

Decíamos al principio: Es la hora del laico. Y preguntábamos: «La hora ¿de qué?» Resumanos ahora el capítulo diciendo que *es la hora de atreverse con humildad.* Con toda cortesía y con gran caridad; pero hay que atreverse. Tienen los laicos que tener la santa audacia de atrverse a romper las viejas estructuras, y las viejas maneras.

Si quieren que su Iglesia siga viva en medio de nuestra sociedad, tienen que despertar de su infantilismo, de su rutina, de su egoísmo disfrazado de vida recogida, de su «obediencia» paliativo de una falta de audacia para tomar decisiones. Tienen que tener anchura de mente suficiente para no criticar lo moderno que no comprenden, y no caer en un neofariseísmo tan condenable como el del tiempo de Jesús. Y, por último, tienen que estar atentos al peligro que en estos momentos más los puede acechar: el de un laicismo exagerado o anticlericalismo, que sería tan funesto como lo ha sido el clericalismo. No podemos tolerar más castas en la Iglesia; es un desorden que por muchos años hemos padecido. Toda la Iglesia, todo el Pueblo de Dios, es una real casta de sacerdotes, una real casta de profetas.

El futuro de la Iglesia está, fundamentalmente, en manos del laicado. Y siendo esto así, de no cambiar mucho y rápidamente las cosas, no es muy brillante el futuro para esta América en la que gran masa del laicado está todavía bastante ajena a estos tremendos problemas que se debaten en el seno de la Iglesia. Así piensan, hace ya tiempo, muchos teólogos y pastoralistas. «Sólo cuando las funciones del clero sean recortadas podrán los laicos tomar conciencia de su real misión en la tierra. Una Iglesia clericalizada, compuesta de sacerdotes activos y miembros laicos pasivos, puede tener la apariencia exterior de una Iglesia, pero no participa de la vida del mundo, y en consecuencia, no representa al Pueblo de Dios en el mundo» [13].

He aquí una tarea, un «apostolado» específico que los laicos más despiertos tienen que practicar con el clero y la jerarquía: Lograr, con todo respeto y con todo amor, pero con eficacia, que suelten muchas de las riendas que indebidamente hoy tienen y con las que tienen frenada a toda la Iglesia. Este «apostolado» de abajo hacia arriba, de las «ovejas» para con sus «pastores» ciertamente no estará en los manuales de ascética, pero es de las cosas que más urgentemente necesita la Iglesia de Jesucristo.

[13] GIBSON WINTER: *The New Creation as Metropolis*, pág. 10.

CAPÍTULO V

SACERDOCIO

CRISIS SACERDOTAL

Habíamos dicho que el laico es una víctima en la Iglesia, y lo mismo podemos decir de nuestro sacerdote actual. El sacerdote es una víctima de un método, de una estructura, de una concepción de Iglesia. Pero al mismo tiempo que el sacerdote es una víctima, es también un victimario. El es el principal causante de que el laicado católico se encuentre en el estado en que se encuentra. Sin embargo, si reflexionamos sobre cuál ha sido la formación del sacerdote, veremos que este su papel de victimario, no es más que una lógica conscuencia de aquella.

El sacerdote ha sido sometido a un proceso concienzudo, al mismo tiempo que inconsciente, de deshumanización. Podríamos decir, que en algunos aspectos ha sido específicamente preparado para que no pueda desempeñar las funciones que de él se esperan. Se espera que se mezcle con el pueblo, y se le da toda una educación separado del pueblo, aislado. Se espera que se mezcle con el pueblo humilde especialmente, y se le da una educación eminentemente burguesa. Se espera que trate con un pueblo que, de ordinario, no tienen una gran cultura, y toda su formación es a base de libros, de una metafísica rebuscada, aje-

na, las más de las veces, a las cosas de este mundo. Se espera que trate con un pueblo sacramentalizado en exceso, y toda su formación pastoral gira alrededor de los sacramentos; se hace teóricamente de él una buena máquina administradora de sacramentos. Se espera que trate con un pueblo en su mayoría humilde, y todas sus ceremonias, comenzando por su propio ropaje, huelen a pompa. Se espera que sea paciente, comprensivo, paternal, tolerante, y su aislamiento de años junto con su celibato van desarrollándole una psicología de soltero áspero y refunfuñón, inclinado al exabrupto y al regaño. Se presume que va a tener mil ocasiones de apartarse del camino recto, y no se educa su libertad haciéndole que practique el bien por el bien, libremente, sin imposiciones ni miedo a las sanciones si quebranta la ley; se le tiene encerrado en el seminario donde todo está reglamentado, todo está mandado, o todo está prohibido; y, ¡ay del que quebrante el reglamento!

La Iglesia está hoy en crisis; no se puede negar. Colocada en medio de una sociedad que está padeciendo profundísimos cambios, la Iglesia no puede sustraerse a ellos. (Si no estuviese en crisis, ello constituiría un signo de alienación mucho más peligroso que la actual crisis.) No es, por tanto, de extrañar que si la Iglesia está en crisis, el sacerdocio, que está en el corazón de la Iglesia, esté también en crisis.

Ahora bien, una de las causas más fuertes de esta crisis general en los sacerdotes de nuestro tiempo, la constituye el mismo sacerdocio: ¿Qué es hoy el sacerdote en la Iglesia? ¿Cuál es el fin de esta institución en medio de una sociedad autónoma y desacralizada? ¿Cuál es el actuar concreto y diario de un sacerdote en tanta variedad de ambientes como actualmente hay en el seno de una sola parroquia? El sacerdote hoy, está confuso. No sabe exactamente qué es, ni para qué es, ni cómo ser. Estamos en una curva de la historia, que más que curva está tomando las características de vórtice. Todo gira vertiginosamente. Y cuando todas las bases y los fundamentos de la estructura social y religiosa están rehaciéndose, es natural que el sacerdote, que por oficio se encuentra en el mismo corazón

de ese vórtice, esté también confuso, se sienta incómodo, no sepa qué dirección tomar. Es indudable que nuestros tiempos son muy interesantes, pero es innegable también, que son muy difíciles. Hace falta tener mucha serenidad para no perder la cabeza.

Los escrituristas y teólogos han escrito bastante sobre el sacerdocio en el Antiguo Testamento, el sacerdocio en las religiones paganas, y sobre el sacerdocio apostólico. Pecaríamos de ingenuos si creyésemos que el sacerdocio actual es una pura misión espiritual, desinteresada de los problemas materiales de este mundo y que encuentra la solución a todos sus internos interrogantes en el sacerdocio eterno de Cristo. Los sacerdotes, seres débiles y transeúntes en un mundo en perpetuo cambio, son los encargados de darle vida, en su tiempo, en su ambiente, y en su circunstancia, a ese misterioso sacerdocio de Cristo. Y aunque el sacerdocio en sí no cambie, las maneras de ejercerlo y de hacerlo vivo, sí tienen que cambiar. Y en esto están ahora los sacerdotes: viendo qué es su sacerdocio, para qué fueron ellos ordenados sacerdotes. Es natural que si hay hoy en el ambiente tal grado de inseguridad y hasta nerviosismo, lo haya también en las almas de los sacerdotes [1]. Lo que hace falta es esclarecer pronto las cosas para que este compás de espera sea breve. Pero la espera será larga si los que tienen en su mano el acelerar este esclarecimiento están más bien vueltos hacia el pasado, buscando la luz únicamente en la tradición, y no miran esperanzados hacia el futuro, viendo, en las señales de los tiem-

[1] Escribe en uno de sus libros Ignacio Lepp: «La situación existente no sería tan grave si fuera solamente yo el que se encontrara en ese caso de inseguridad y duda. Desgraciadamente son muchos los sacerdotes que se formulan las mismas preguntas y se encuentran en situaciones idénticas. Durante los días que he permanecido en París no he encontrado un solo sacerdote del que pueda decirse que se encuentra cómodo en el seno de la Iglesia. El padre M, que desempeñaba una valiosa función entre los intelectuales, hace pocos días ha dimitido públicamente. Pretende fundar unan ueva comunidad cristiana totalmente fiel al Evangelio y a la tradición. Pero en mi opinión es imposible creer en la eficacia de tales empresas. Existe el riesgo sencillamente de provocar un caos aún mayor entre los cristianos.» I. LEPP: *Las aberraciones del mundo cristiano.* Editorial Fontanella, Barcelona, 1966.

pos, unas manifestaciones veladas de la voluntad de Dios y seguros de que el Señor es no sólo Señor de los tiempos idos, sino el Señor de toda la eternidad por venir [2] El conservadurismo de gran parte de la jerarquía, que tiene acalladas o no presta oídos a las voces del espíritu que brotan, como han brotado siempre, del seno de las capas más humildes de la Iglesia, será responsable, en buena parte, de que esta espera sea demasiado larga.

Uno puede esperar más o menos tiempo cuando está bien sentado. Pero esperar en la cuerda floja es muy incómodo y muy difícil. Y lo más normal es que el que espera en tal situación, se caiga de la cuerda. La vida del sacerdote actual, tiene mucho de cuerda floja, con su celibato, con su forzada obediencia como de infante, debido al autoritarismo que tanto prevalece en la Iglesia, con su falta de convicción de que lo que está haciendo sea realmente lo que debería hacer y lo que necesita la Iglesia, etc. El sacerdote está cogido entre una jerarquía ordinariamente conservadora y tradicionalista, y un laicado, conservador en su gran mayoría, pero muy avanzado en pequeños sectores. Si el sacerdote se viste como hombre normal, frecuenta los sitios y los lugares de reunión que frecuenta la gente normal, va a la playa, al cine, se da su vuelta por el club, se sienta en un bar con algún feligrés y pretende darle a la misa un aire un poco más festivo de ágape familiar, de ocasión de regocijo al encontrarnos en familia con el Señor, si se salta tal o cual prescripción canónica atendiendo a las circunstancias especiales en que se encuentra éste o aquella hija de Dios, si lleva pancartas y cartelones haciendo fila con los huelguistas, o con los negros defensores de sus derechos, si dice pública o privadamente, en fin, que los novios dejen de acusarse tanto en si se besaron de esta manera o de la otra, y les dice en cambio que se acusen de no prepararse adecuadamente para el sacramento que van a recibir ni para como saber dar una buena educación psíquica y moral de sus hijos; si un sacerdote actúa o habla así, concitará contra sí la enemiga de todos los conservadores. El obispo lo llamará al orden, su párroco lo amonestará severamente, las viejas damas de la congregación de la Buena Muerte prepararán un memorándum para la Curia, y don Policarpo amenazará al párroco con retirar su ayuda financiera a la parroquia si su coadjutor sigue interfiriendo en los problemas obrero-patronales.

[2] *Mc* 12, 27.

Por el contrario, si el sacerdote sigue fielmente las pautas que le trazó su Padre Espiritual en el seminario, se recoge a tiempo a su casa, no frecuenta demasiado el trato con la juventud de la parroquia, sobre todo, con la juventud femenina, nunca dice cosas fuertes desde el púlpito, en sus consejos privados se reduce a repetir lo que aprendió en el manual de Moral en el seminario, anda siempre de sotana, visita poco a las familias—porque eso puede ser ocasión de habladurías o fuente de tentaciones—si, en fin, es un sacerdote «ejemplar», verá cómo su influencia con los laicos de más valor en la parroquia es casi nula, y sentirá una amarga decepción el día que lleguen a sus oídos frases proferidas por éstos en el sentido de que «no sirve», «está anticuado».

Esta es la realidad de muchos sacerdotes hoy día: Son hombres a presión; hostigados en lo externo y atormentados en lo interno, confusos, desalentados y pensando a dónde ir. Porque si a lo dicho añadimos que aquellos que más deberían ayudarlos, sus superores, sus párrocos, sus obispos, no tienen con ellos unas relaciones de verdadera fraternidad, no dialogan con ellos, no adivinan sus conflictos, no les permiten que se desahoguen por no haber suficiente confianza, y los dejan que mes tras mes se debatan en sus angustias, no habrá que extrañarse que muchos, al cabo de un tiempo, se sientan desfallecer debajo de la Cruz, y abandonen el ministerio. Muchísimos siguen dispuestos, aun después de este paso, a darse a los demás, a ayudar, a cooperar; pero no enmarcados en una estructura que ya se les ha hecho asfixiante.

SOMBRAS

Si bien es cierto que el tipo de sacerdote moderno descrito en los párrafos anteriores es cada vez más abundante, sin em-

bargo, todavía buena parte de ellos dista mucho de padecer tales angustias. Antes al contrario, se sienten seguros y fuertes en su pequeño reino parroquial y desempeñan sus funciones con un sentido más de imperio que de servicio. Esta es la causa que ha ido desarrollando en muchos cristianos una marcada aversión, no sólo contra los sacerdotes, sino contra la Iglesia misma, ya que ellos «son la Iglesia» en la mente del pueblo.

Quien en el futuro, con ojos de historiador, estudie las características del clero de nuestra época, se encontrará, mezclados con indudables virtudes, ciertos defectos característicos.

El primero de ellos, que de ninguna manera le cuadra a uno que es representante de Aquel que se llamó a Sí mismo «manso y humilde de corazón» [3] es el afán de controlarlo todo en la parroquia, tanto lo material como lo espiritual. Dan la impresión muchos sacerdotes, de ser los dueños absolutos de la parroquia: dueños del templo, del dinero, de las asociaciones parroquiales. Nada se puede hacer sin su beneplácito. El presidente de cualquier asociación que se atreva a tomar alguna decisión de importancia sin consultar primero con el párroco, tendrá, probablemente, que afrontar las iras de éste.

He sido por muchos años asesor de la Juventud Obrera Cristiana (JOC), y he tenido que sufrir no poco por esta actitud de los párrocos. Acostumbrados como estaban a ser los amos y señores de todo cuanto se hacía en la parroquia, no toleraban que unos jovenzuelos decidiesen publicar unos volantes adhiriéndose u oponiéndose a tal o cual cosa; aunque el párroco no tuviese noción de tal cosa probablemente porque, al no interferir con sus funciones parroquiales, no le interesaba nada (aunque estuviese influyendo gravemente en las vidas de aquellos jóvenes).

Más intolerable todavía que este nominio sobre las cosas es el dominio sobre las conciencias. Viendo la poca comprensión y la dureza de muchos sacerdotes en el confesonario, se diría

[3] *Mt* 11, 29.

que más que padres espirituales se portan como verdugos canónicos.

Una de las palabras claves hoy día en el arte de gobernar es la palabra *participación*. Palabra que está también en el corazón de la doctrina social de la Iglesia, y que es una consecuencia lógica de su concepto de la dignidad de la persona humana. (Aunque también hay que tener en cuenta que los párrocos no suelen tener ideas muy claras acerca de qué es la doctrina social de la Iglesia.) Pues bien, esta palabra está lejísimos de ser una realidad en el gobierno de las parroquias. Los laicos sencillamente no participan. Y no participan, no porque no quieran participar, sino simplemente porque no se les da participación. Este dominio despótico, aunque no tan visible, que suelen tener sobre las conciencias, no se puede tolerar: el dominio de lo espiritual, el poder de gobernar las conciencias, la pretensión de sentirse perfectos conocedores del bien y del mal. En muchas cosas en que los teólogos y los moralistas dudan o tienen encontrados pareceres, algunos sacerdotes no dudan ni un momento: dictaminan, sentencian: tal cosa es inmoral, tal cosa es la voluntad de Dios, los que hacen tal cosa no pueden acercarse a la comunión... Esto es sencillamente intolerable para un hombre de conciencia madura. Con una insolencia inconcebible, le achacan a Dios verdaderos disparates.

Otro pecado del que ciertamente no les gustará mucho a los sacerdotes verse acusados es la falta de cultura teológica, específicamente el desconocimiento de la teología moderna y de las modernas corrientes de pensamiento dentro de la Iglesia. La teología que la mayoría de los sacerdotes que actualmente ejercen su ministerio aprendieron en el seminario, hoy se ha quedado muy anticuada. Con esa teología no se puede atraer ni convencer a un auténtico hombre del siglo xx; a duras penas se puede con ella defender el «depósito de la fe». Muchos todavía oyen hablar de la «nueva teología» con desconfianza o con desprecio, y, desgraciadamente, una buena parte de ellos no saben bien qué es la nueva teología: no se han tomado el trabajo de investigar, de leer, de reflexionar sobre las riquísimas aporta-

ciones que esta nueva teología ha traído al pensamiento de la Iglesia. El viento fresco de que hablaba Juan XXIII al referirse al Concilio Vaticano II, es una gran realidad, y sopla gracias a los teólogos que, con valiente y generosa audacia, se atrevieron a romper los rancios moldes de la vieja teología que tenían aprisionado al espíritu: al espíritu de la humanidad, que se había hecho una idea demasiado mezquina y legalista de Dios, y hasta al mismo Espíritu de Dios que se veía obstaculizado para manifestársenos más claramente a los hombres. No se puede negar que con los actuales métodos de pastoral, los párrocos y en general los sacerdotes que trabajan en parroquias, *si son celosos* están bastante atareados caminando de un lado para otro. (Dejaremos para más tarde el investigar si este trabajo es más útil o menos útil.) Y esta es, precisamente, una de las causas por la que no leen[4]. Y debido a esto, al miedo a lo desconocido, y a la audacia de muchas de las nuevas ideas, se hacen conservadores por reacción, están a la defensiva, frenan en vez de empujar, ven peligros donde muchas veces deberían ver soluciones y salidas.. Cuántas veces nos ha sucedido, comenzar a hablar con un sacerdote y al cabo de unos minutos desistir, al ver que estaba hablando con un hombre que manejaba los mismos conceptos que uno manejó y en los que uno creyó cuando era estudiante, pero que hace años fueron lanzados por la borda o rehechos del todo, al caer en la cuenta de que ya no servían

Hay «innovaciones» que algunos sacerdotes implantan con gran entusiasmo en sus parroquias, que hace ya años fracasaron en otras; pero por no leer las revistas de avanzada en las que se resume todo el cúmulo de experiencias que, gracias a Dios, tanto abundan en nuestra Iglesia de hoy, ellos no saben que lo que acaban de dar a luz en su parroquia, es un natimuerto. Y viceversa, hay movimientos de laicos que, bajo una corteza un poco

[4] Podríamos también poner en bastantes casos como causa para no leer la «teleadicción». No se puede negar que entre nosotros hay bastantes sacerdotes teleadictos, que ven en la televisión el sustitutivo de los solaces familiares y de una vida más libre. Por ella se asoman al mundo, por ella conocen otros países, y por ella, incluso, frecuentan el trato femenino, sin peligros. Indudablemente, si la televisión enseñara teología tendríamos no pocos sacerdotes doctores.

áspera, esconden verdaderos tesoros y son como una nueva Revelación para sectores enteros de la sociedad. Y sin embargo ellos los miran con suspicacia y no les prestan ayuda ninguna.

Una de las deformaciones graves que hoy padece la Iglesia es el sacramentalismo. En muchas parroquias, y en la mente de muchos sacerdotes, ha adquirido casi proporciones de herejía. Según esta falsa mentalidad el sacerdote es el hombre de los sacramentos. Secundariamente es el hombre del Mensaje; el hombre que tiene fe, que predica la esperanza y que vive la caridad. Cuando uno les dice que estas cosas son más fundamentales que los sacramentos, pues sin ellas los hombres no pueden llegar a la intimidad de los sacramentos, ponen cara de disgusto. Sencillamente no puede ser. El fue ordenado para administrar sacramentos. ¿Habrán reflexionado alguna vez que San Pablo «no fue enviado para bautizar sino para predicar el Evangelio»?[5] Un índice de lo ajenos que estan de los avances teológicos muchos sacerdotes, lo puede ser la indignación con que en cierta reunión sacerdotal se levantó un párroco a protestar «contra esas palabrotas que nos han dicho esta mañana en la conferencia, y que es la primera vez que las oigo en toda mi vida». Sinceridad ingenua que fue coreada con una gran carcajada. Las palabras kerigma, anáfora, kenosis, que hace ya años que andan por las revistas y los libros, eran absolutamente nuevas para aquel párroco. (Sin embargo, reconozcamos que algunos teólogos tienen, linguísticamente hablando, cierta vocación de arqueólogos o de desenterradores, y se deleitan martirizándonos, de vez en cuando, con sus hallazgos en el escombreo de la patrística griega. Pero les perdonamos sus «palabrotas» a cambio de las muchas cosas buenas que están encontrando.)

INTERES MATERIAL

Quisiera reservar un anatema especial contra algo sacrílego que está actualmente enclavado en medio de la Iglesia, como lo estaba el becerro de oro en medio de los israelitas prevaricado-

[5] *1 Cor* 1, 17.

res en el desierto. Poco falta para que le empecemos también a tributar culto, como ellos. Es el pecado del interés. Es el grave pecado de mezclar lo sagrado con el dinero. De que este pecado esté casi institucionalizado, tienen la culpa, en gran parte, los sacerdotes. Recordemos la violenta reacción de Cristo con los mercaderes del templo. Hoy tendría El con nosotros la misma reacción que con los mercaderes de su tiempo. Urge acabar con ese inmundo ruido de dinero alrededor del altar. El hecho innegable de que los sacerdotes necesitan dinero para vivir, nos ha llevado a ponerle precio a todo lo sagrado. Hemos canonizado la Simonía. La hemos cubierto de bendiciones. La hemos organizado científicamente. Conozco curias donde se reciben listas enormes de nombres de difuntos, para que se diga misa por ellos. Aparejada a cada uno de esos nombres, hay una ofrenda monetaria. Son las misas «baratas» de a dólar, que no quieren en ciertas parroquias y diócesis más ricas, y que las mandan a otras más pobres, como «ayuda». En distintos sobres se van enviando cartas a las diversas parroquias en las que dice: «Reverendo Padre: Le corresponden 30 misas (para llevar rigurosamente esta contabilidad de purgatorio), que se servirá decir a intención de los siguientes difuntos...» (y sigue una lista de nombres). Firma la carta el administrador de los bienes de la Iglesia. Por supuesto que a las parroquias no se les manda ningún dinero. Los dólares se quedan en la Curia, en virtud de las misas que obligada y gratuitamente todas las parroquias tienen que decir al mes a intención del obispo. Esto es *ni mas ni menos el espíritu de la simonía por más que los que la practiquen lo nieguen.* (Es increible la laxitud con que se interpretan algunas cosas en la Iglesia y el rigorismo con que interpretan e imponen otras.)

Las almas de los difuntos y las misas, son manipuladas por el administrador de los bienes de la Iglesia. Son unos «valores», que bien colocados, pueden producir hasta un 8 por 100 anual. ¿No es esto sacrílego? ¿No es esto blasfemo? ¿No es esto un plebeyo comercio sacramental? Si el pobre Ananías se murió de repente por hacer una pequeña trampa con un dinero que era suyo y que quería dar, aunque con una generosidad un poco apolillada [6], ¿qué les esperará a los que, poco a poco, han ido organizando todo este mecanismo y esta contabilidad impía? «Los bautizos valen cinco, y las bodas valen veinte, a no ser que sean con alfombra y órgano, porque entonces valen veintinueve noventa y cinco.» Menos mal que todavía no se le ha ocurrido a nadie cobrar por la absolución de los pecados graves, aunque se regalasen los leves. (Es tal el disgusto que me produce toda esta inmundicia, padecida con tanta paciencia por el Pueblo de Dios, que casi inconscientemente, al hablar de esto, me brota el sarcasmo.) ¡Cuánta antipatía le ha acarreado, a lo largo de los años, todo este comercio sacramental, a la Iglesia! ¡Cuánto escándalo ha producido y sigue produciendo! ¡Cuántos pobres no habrán sentido vergüenza, y hasta se habrán abstenido totalmente, al no poder pagar las cuotas ordinarias de misas, bodas y entierros! Si otros pagan, a ellos también les gustaría pagar; pero al no poder, o al hacérseles difícil, indudablemente en miles de ocasiones habrán sentido la tentación, y aún habrán caído en ella, de prescindir de los ritos de la Iglesia, siendo acaso este el primer paso que dieron, de los muchos que habrían de dar después en el camino de su vida, para separarse de la Iglesia de sus padres. ¿Qué diferencia hay entre aquellos mercaderes que vendían palomas y ovejas para el sacrificio y tantos de nuestros templos en los cuales se mercadea con los velones, con los libros, con los rosarios, con los cirios, con las bendiciones de cuadros (no se cobra, pero se admite lo que se de), con el alquiler de la alfombra y hasta con el asiento para la misa en ciertos templos? Más de una vez, viendo los cartelones de propaganda en el interior de algún templo, y viendo los precios de la «mercancía religiosa», nos han venido a la mente las duras palabras de Jesús: «Mi casa será llamada casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones» [7]. Modernamente, aunque sin fundamento escriturístico, se ha descubierto ese pingüe instrumento de apostolado llamado bingo [8]. Una parroquia es una fá-

[6] *Act* 5, 1-11.
[7] *Mt* 21, 13.
[8] Para los lectores desconocedores de la palabra bingo, convendrá explicar que el bingo no es más que una vulgar lotería doméstica, jugada

brica de dinero. Puede ser que no produzca todo el dinero que el administrador de ella quisiera, pero ciertamente, la gran mayoría de las parroquias urbanas y muchas de campo producen dinero. Y dijo el Señor: «Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis» [9].

Sí, yo sé de párrocos desinteresados que, después de años y años de servicio a una parroquia, no tienen ni un centavo ahorrado, ni siquiera un seguro que los cubra en su vejez o en su enfermedad. Yo sé de párrocos generosos que cumplen con el consejo evangélico de dar limosna, y dan generosamente de lo que tienen. Pero frente a éstos, yo conozco a muchos párrocos que, con el pretexto real de que hace falta arreglar la iglesia, o la casa parroquial, de que hay que pagar las deudas de la parroquia, se pasan la vida haciendo y sirviendo en aquellos ministerios en los que hay dinero envuelto, y en cambio, tienen bastante, o completamente abandonados, aquellos de los que no se puede esperar ningún fruto monetario. ¡Con qué frecuencia, entre nosotros, cambian de sacerdotes las parroquias pobres! Yo conozco comunidades religiosas en las que no se puede decir que cada uno de sus individuos sea interesado, pero en las que sí se puede decir que la comunidad está perfectamente organizada para cobrar las rentas de la fe, para convertir en dinero todos los anhelos del espíritu; para traducir en billedes, el amor a Dios de los fieles. Lo que sería indigno en un particular, es admitido por toda una comunidad. Lo que sería pecado en un religioso, es ley en la Institución.

Es cierto que este interés de muchos sacerdotes por el dinero es disculpable, ya que lo buscan para un buen fin. Pero hay que decir con toda firmeza, que a pesar de todo, es un gran error el que los sacerdotes mezclen de esa manera lo sagrado con el dinero. Hemos conocido párrocos que, teniendo muy abandonada su feligresía, sin embargo, hacían ingentes sacrificios y trabajaban sobrehumanamente para edificar un colegio. Cualquier persona ingenua y bien intencionada en demasía, podría pensar en el afán que aquel sacerdote tenía por la educación religiosa de los niños de su parroquia. Pero sondeando las motivaciones inconscientes, y no tan inconscientes, de aquel sacerdote, se descubría que la causa no era precisamente el amor, ni a los niños ni a la enseñanza religiosa, sino a los buenos pesos que el colegio iba a proporcionar «para la parroquia». Pero uno se pregunta: ¿Para qué querer tanto remediar las necesidades espirituales de la parroquia con dinero? Lo que los hombres necesitan de un sacerdote es instrucción, es cariño, es apoyo, es una visita fraternal en su hogar, es instrucción. Y para eso no hace falta dinero. Si realmente quiere ayudar a sus feligreses, que no espere a hacer una escuela para ayudarlos; que comience a ayudarlos ahora mismo, porque ellos están allí, en sus casas, esperando por él. Y si la motivación para la construcción de la escuelita fuese realmente el que los niños, todos los niños de la parroquia, recibiesen instrucción religiosa, no habría el cerrado discrimen que después habrá, cuando únicamente serán admitidos aquellos que vengan con su dinero por delante. Puede ser que algún pobre reciba alguna beca, pero ciertamente el párroco se sentiría defraudado si la escuelita no produjese sus buenos pesos al año.

muy seriamente en bastantes parroquias de Estados Unidos, Puerto Rico y México, con aires de paraliturgia, y del cual se sacan pingües beneficios «para el sostenimiento de la parroquia».

[9] *Mt* 10, 8.

Sé la pregunta que los párrocos, al leer esto me estarán haciendo: «¿Y entonces, de qué vamos a vivir?» Yo contesto: Tristes laicos hemos formado durante años en nuestras parroquias, si entre diez mil, veinte mil, o treinta mil, no son capaces de mantener a un sacerdote, o a dos, o a tres, que han entregado toda su vida al servicio de ellos. Aun suponiendo que sólo el 5 por 100 de nuestros feligreses estuviesen motivados para caer en la cuenta de que sus sacerdotes tienen que vivir, sus aportaciones deberían ser más que suficientes para que los sacerdotes en la parroquia pudiesen vivir holgadamente. Y esta misma circunstancia de que las donaciones espontáneas no son de ordinario suficientes para mantener a los sacerdotes, este hecho tan real, les debería abrir los ojos para que cayesen en la cuenta de la conciencia de Iglesia que tienen sus feligreses. Están lejísimos de haber llegado a una madurez de adultos para caer

en la cuenta de que es una responsabilidad suya el mantener a unos hombres que voluntariamente se han privado de ganar dinero para estar más a disposición de ellos. Pero puede ser también la razón de que ellos no contribuyan voluntariamente, el saber y el padecer el hecho de que los sacerdotes cobran por los servicios que hacen, igual que cualquier profesional. Y por eso no se sienten obligados a pagar cuando no han recibido esos servicios. Cuando les toque su turno de bautizar a un hijo, o de casarse, o de enterrar a algún familiar, entonces, sólo entonces, más o menos gustosamente, pagarán por los «servicios» profesionales que se les presten. El día en que tengamos en nuestras parroquias una buena cantidad de laicos formados, de laicos que hayan llegado a la adultez, como hijos de la Iglesia, entonces ellos se encargarán, por sí mismos y despertando la conciencia de sus hermanos, de que los sacerdotes puedan vivir con las donaciones voluntarias de los feligreses. Y al mismo tiempo, y gracias a Dios, ellos se cuidarán muy bien de exigirnos que no pidamos dinero ninguno a cambio ni con ocasión de sacramentos. Con nuestra mentalidad escolástica, hemos, por siglos, sabido distinguir muy bien entre «cobrar» por una misa y «recibir un estipendio» por una misa. Pero en la mente del pueblo, es exactamente lo mismo. No hay ninguna distinción. Y en este particular creo que Dios piensa como su pueblo [10].

DESINTERES ESPIRITUAL

Si uno de los pecados grandes del sacerdocio es el interés material, otro, no pequeño, es el desinterés espiritual. Desinterés por conocer personalmente a cada una de sus ovejas; desinterés por conocer sus problemas; desinterés por ayudarlos en todas

[10] Es muy de notar que en el lenguaje clerical la palabra «misas» en ciertas circunstancias es un absoluto sinónimo de la palabra «dinero». Cuando un sacerdote le escribe a otro «mándame misas» le está diciendo «mándame dinero». (Naturalmente también le está diciendo que le mande los nombres de las personas o intenciones por las que hay que decir las misas.) Algunas revistas sacerdotales admiten el pago de la suscripción o en dinero o diciendo cierto número de misas en proporción al valor de la suscripción.

sus dificultades, aunque sean éstas de tipo material; desinterés por irlos a visitar en sus casas. Queremos que ellos vengan al templo en el que nosotros somos los ministros, pero nosotros no queremos ir a sus hogares, que son otros templos en los que ellos son los ministros del sacramento que allí se vive. Este desinterés, a la larga, es sentido por ellos, sobre todo cuando contrastan nuestros sudores y nuestra actividad por otras cosas que ellos saben que tienen mucha menos importancia que los afanes, las dificultades y las alegrías de su familia.

Se hacen muchos censos, pero ¿para qué? ¿No es en muchísimas ocasiones para imponer tributos, para tener al día las listas de los contribuyentes? ¿Se hace un censo para saber cuál es la situación real de cada familia, para saber el número de enfermos que tenemos que visitar, para saber el número de cristianos fríos que tenemos que alentar, para saber el número de niños que no vienen a nuestra escuela parroquial y que tienen necesariamente que acudir a la escuela pública? [11]. Jesús dijo: «El buen pastor conoce a sus ovejas y ellas lo conocen a él» [12]. En las inmensas parroquias modernas, muchísimas ovejas no conocen a su pastor. Y el pastor no conoce sino a un número muy limitado de sus ovejas. Y algo de suma gravedad: hagan examen de conciencia los sacerdotes y miren a ver si las pocas ovejas que conocen, no pertenecen, casi sin excepción, a la clase alta de la parroquia. Piensen a ver si todo su trato y sus servicios a domicilio, y sus simpatías, no se quedan entre las familias pudientes de su parroquia, desconociendo, en cambio, casi en absoluto, las secciones pobres de la parroquia, o visitándolas ligerísimamente, como alguien que necesariamente tiene que cruzar por encima de un barrizal: lo hace, pero procurando pasar de puntillas y enfangándose lo menos posible, para salir cuanto antes a la otra orilla y regresar al refugio de su casa parroquial o convento y al trato con las gentes más

[11] No hay aquí contradicción con lo que se dice en otras partes de este libro sobre las escuelas parroquiales. No las critico omnímodamente sino en lo que tienen de discriminatorias y en la manera de presentar la religión.
[12] *Mt* 10, 1-16.

civilizadas, más cultas y más «agradables». Conozco el caso de una gran parroquia que tenía dos secciones perfectamente diferenciadas: una de gente acomodada, y otra de gente positivamente pobre. La grande y espaciosa iglesia estaba, por supuesto, ubicada entre la gente adinerada. En la sección pobre vivían más personas que en la rica. Y se dio el insólito caso, aunque desgraciadamente no tan insólicto, que mientras en la iglesia se estaba instalando un gran aparato de aire acondicionado que costaba muchos miles de dólares, en la sección pobre no había ni capilla. Casi todo el interés de aquellos sacerdotes se volcaba en servir a la gente de la clase pudiente y los pobres «recogían las migajas que caían de la mesa de los ricos» [13]. Este desinterés, que tanto contrasta con el otro interés de que hablamos antes, es un serio pecado que tendría que hacer pensar a muchos sacerdotes.

He aquí cómo un marxista explica el por qué el clero en latinoamérica llega a asumir tales posicines superconservadoras:

«Desde la época en que las iglesias latinoamericanas se pusieron al servicio de las oligarquías, los curas fueron y son de origen popular, hijos de pequeños chacareros, labradores de Italia o España. Tienen una aspiración de ascenso, son arrivistas sociales, pretenden subir todavía más y vincularse con los poderosos. Este hijo de destripaterrones gallego o italiano, se siente honrado en estar en la mesa de los amos y en el Consejo de las mujeres de la clase superior. Es una especie de traidor a la clase popular, de la que proviene, y a la clase media, en la que se formó, y se pone al servicio de la clase superior y como consecuencia se divorcia de las clases populares» [14].

La dureza y aun injusticia de alguna de estas expresiones no pueden hacernos rechazar totalmente la parte de verdad que encierran. Repito que este discrimen en favor de las clases pudientes y esta innegable traición de muchos sacerdotes y reli-

[13] *Mt* 15, 27.

[14] CARLOS M. RAMA, citado en *La Iglesia, el subdesarrollo y la revolución*, pág. 194. Edit. Nuestro Tiempo. México, 1968.

giosos a la clase humilde de la que proceden, tiene que hacernos reflexionar muy seriamente.

AFAN CONSTRUCTOR

Para que no todo sea negativo, quiero citar dos cualidades en las que, en general, los sacerdotes modernos son eminentes. La primera es la cualidad de ser constructores. Parece que a los sacerdotes del mundo les ha entrado la furia de la construcción, y esto no de ahora, sino de hace siglos [15]. Puede que sea una consecuencia de la identificación que tenemos de la Iglesia con el templo, puede ser que sea un escape a otras obligaciones más desagradables que tenemos que cumplir; puede ser que sea una tentación disimulada para que no nos dediquemos al cultivo de la verdadera Iglesia, constituída por cada uno de nuestros feligreses. Y hasta puede ser que inconscientemente tenga también su parte en esta furia constructora, el saber que el templo es el lugar donde mejor podremos organizar la vida económica de la porroquia, y sin el cual, se nos hará muy difícil reunir un número suficiente de personas como para lograr una colecta decente.

Pero lo cierto es que por todas partes del mundo observamos el mismo fenómeno: los sacerdotes metidos a financieros, de banco en banco, buscando quien les preste dinero para construír. Los sacerdotes metidos a ingenieros, lo cual trae como frecuente consecuencia el que, a veces, se les resquebrajen paredes. Y también es justo decirlo en favor de los sacerdotes, que con frecuencia los hemos visto convertidos en albañiles cuando hacía falta. Esto habla de su espíritu de entrega, de su falta de prejuicios y de su deseo de servir aun en las labores más duras.

Pero todas estas cosas, que tienen su gran parte positiva y que aparentemente se presentan como cualidades en el ha-

[15] Es curioso observar que el Sumo Sacerdote, en la Iglesia católica, se llama «Pontífice» (póntifex, en latín), que significa, ni más ni menos, «el que construyó el puente».

ber de los sacerdotes, tienen su gran parte negativa, debido a una pastoral radicalmente defectuosa y a una deformación de la actividad sacerdotal. No es que el sacerdote no deba hacer eso. El sacerdote deberá hacer eso cuando sea absolutamente necesario y represente un gran bien para la Iglesia, o no haya quien lo pueda hacer. Sobre todo, en los países pobres y desorganizados. Pero en una sociedad donde los cristianos construyen edificios de treinta y cuarenta pisos y donde tienen completo dominio de la técnica de la construcción, es absoluamente incorrecto el que los sacerdotes del Pueblo de Dios se dediquen a construír. Esa no es su tarea en la sociedad cristiana. Los que tienen que construír son los arquitectos, los ingenieros, los maestros de obras, los albañiles y los carpinteros cristianos. Si no lo hacen, habrá que investigar por qué no lo hacen y habrá que deducir que la sociedad cristiana no está bien organizada. No se puede admitir que, como cosa normal, en cada parroquia sea el sacerdote el que haya de construír el templo, llevando él la carga principal del financiamiento y de todos los detalles de la construcción. Y sin embargo, eso es lo que hoy sucede en la mayoría de las parroquias. Y es esta lucha tan dura, donde muchos sacerdotes van malgastando sus fuerzas; es ahí donde van dejando sus mejores impulsos juveniles. Sobre todo, por tratarse de un terreno en el que ellos no están bien preparados y donde tienen que irse abriendo paso, a veces a costa de tremendos errores. Por otro lado, allá en el fondo de su conciencia, el sacerdote no se siente bien hablando de ladrillos y de cemento y de cal y de puertas. El pueblo lo recibe de una manera muy diferente cuando él se acerca a ellos para llevarles la palabra de Dios o para llevarles la alegría de la fe. Los sacerdotes se dan cuenta que la gente los recibe de otra manera cuando van en plan de negociantes, cuando tienen que pedir rebaja de esto o aquello, cuando tienen que exigir con firmeza por algún trabajo mal hecho. Muchos sacerdotes, después de haber realizado grandes esfuerzos por construír el templo, quedan incapacitados para el Evangelio. Sí, siguen predicando y siguen sacramentalizando como autómatas; pero han perdido aquel ímpetu que tenían al principio. El corazón se les ha convertido en cemento, los ladrillos han construído una pared entre ellos y su pueblo. Se les ha secado la fe.

Viendo a muchos sacerdotes construír el templo, nos viene la tentación de pensar en la mariposa que deja de volar para construír su capullo, se encierra en él herméticamente y se aísla de todo el mundo. Muchos sacerdotes, en cuanto acabaron la construcción de su templo y de su casa parroquial, parece que han logrado «el fruto de todos sus anhelos», algo así como un asilo a donde retirarse a una vida recogida. Se encierran en ella, y si alguien quiere hablar con ellos, tienen que penetrar, a veces después de llamar mucho, en ese semimisterioso recinto de la casa parroquial. Ella y el templo, se convierten automáticamente en el centro de la parroquia.

Conozco el caso de una comunidad religiosa que para construír el templo constituyó un comité el cual funcionó bien mientras duró la construcción del mismo, pero una vez acabado éste junto con la casa parroquial adjunta, el comité, falto de motivación y de aliento por parte de los padres, se disolvió. Y nunca más se volvió a oír hablar en aquella parroquia de aquel comité ni de ningún otro, para nada. ¿Qué había sucedido? Que se había construido la iglesia, pero no se había hecho Iglesia. Porque, repitiéndolo una vez más, la Iglesia real son los hombres que andan por las calles y el templo es sólo el salón que sirve para que esos hombres se reúnan de vez en cuando. Pero por gran desgracia, los sacerdotes no han llegado a descubrir totalmente esta verdad y todo lo hacen girar alrededor del templo y de su propia casa. El que va al templo es un buen cristiano, el que colabora con el templo tiene las bendiciones de Dios, el que ora en el templo recibe más gracias. Hace años he llegado a esta drástica conclusión: *Si se hundieran todos los templos del mundo, la verdadera y auténtica Iglesia de Cristo se libraría de una pesada carga que hoy gravita sobre sus hombros. La Iglesia se aligeraría y surgiría, a los ojos del mundo, como lo que es, como una fuerza espiritual, que aun sin templos, tiene poder para cambiar las vidas de los hombres y de la sociedad.* Aparecería entonces el «fermento» con el que Cristo la comparó, que metido en la masa la hacía fermentar toda, aparecería como la «semi-

lla diminuta» que pasa inadvertida, pero que llega a convertirse en árbol grande. Y, por el contrario, *desaparecería en buena parte ese aire externo de ser una institución fuerte, rica y triunfal, algo así como un gran Banco de la religión o una casa de seguros de Vida Eterna.* Los cristianos de la incipiente Iglesia de Roma, en peligro de muerte a cada instante, no tenían templos gloriosos sino que se reunían en cementerios y catacumbas; no habían edificado iglesias y sin embargo tenían una solidísima Iglesia espiritual, cuyo cemento era el Amor y contra la que no pudieron nada todas las persecuciones de los emperadores. Aquella Iglesia sin templos, penetró en los grandes palacios y templos paganos y convirtió a sus sacerdotes.

Nuestros cristianos entonces, al no tener el domingo un templo a dónde ir, ni dónde matar ese gusanito del escrúpulo o de la rutina—motivación muy frecuente—comenzarían a pensar seriamente en qué consistía su religión. Ahora se liberan de esa obligación yendo a misa. Al no poder entonces ir a misa nunca, empezarían a descubrir a Dios en el verdadero templo de Dios que son sus propios corazones y lo buscarían entonces en el trato con sus hermanos y con los sacerdotes, para vivificar ese espíritu que ellos sentirían dentro de su corazón. Es cierto que el hundimiento de los templos traería también consecuencias negativas; por ejemplo, que muchos fueran olvidándose, poco a poco, de la Iglesia. Pero preguntamos: ¿De qué Iglesia se olvidarían? ¿De la Iglesia viva o del templo? Si se olvidasen de sus hermanos, querría esto decir que el espíritu de Cristo no estaba allí en su corazón, al no ser capaz de renacer entre las cenizas del templo. ¿Y qué harían entonces los sacerdotes? Me temo que muchos caerían de nuevo en la tentación de comenzar a buscar ladrillos y cemento. Pero muchos otros, sobre todo si los jerarcas los ayudasen, se aprovecharían de la circunstancia para comenzar una pastoral completamente nueva; para mezclarse más con sus hermanos; para saber descubrir cuáles son concretamente sus vidas reales y, sobre todo, para conocer más las muchas miserias por las que tienen que pasar tantos feligreses. Celebrarían misa en sus casas, se sentarían al lado de las cabeceras de los enfermos por más tiempo y con más frecuencia de lo que actualmente lo hacen. Descubrirían que, al no tener que ir corriendo a la oficina de la electricidad para corregir un error en la factura de la luz del templo, al no tener que ir al banco para hablar con el director a ver si permitía el atraso en un pago, y al no tener que dirigir a los que vienen a reparar unas goteras en la nave, su tiempo se multiplicaba. Y tendrían entonces tiempo para leer más, para visitar más a sus feligreses y hasta podrían darse el lujo de orar mano a mano con Cristo en la minúscula capilla de la ordinaria casa de barrio en que vivirían.

Pero los templos no se han hundido. Están firmes, con sus torres bien enhiestas y con sus cruces bien alzadas como enormes panteones de la actividad sacerdotal. En muchos de ellos se podría escribir con grandes letras en las piedras de sus fachadas: AQUI YACE EL ESPIRITU DE LA IGLESIA. R.I.P.

AFAN DE DECIR MISAS

Comenzamos los párrafos que preceden alabando el afán constructor de muchos sacerdotes y acabamos hundiéndoles los templos.

Me temo que algo por el estilo hagamos con el afán de decir misas. No se puede negar la constancia y el sacrificio con que muchos sacerdotes, domingo tras domingo, van a las capillas más lejanas, en los campos que rodean las pequeñas ciudades y aun en el seno de las grandes ciudades a capillas de barrios que dependen de la parroquia. El sacerdote llega, ordinariamente con el tiempo justo y muchas veces ni tiene tiempo de saludar—privándolos del sacramento del saludo—a las gentes humildes que están a la puerta del templo. Entra en el confesonario. Así ha sido siempre la tradición: que oiga confesiones antes de la misa para aquellos que quieran comulgar en ella. Acaba, se reviste, y comienza la misa, oída por una mínima parte de los bautizados de todo aquel sector. En el sermón, casi seguro que tocará algo relativo a los fondos y a las colectas para la edificación de la nueva capilla o del nuevo salón. Acabada la misa, dos, tres

o cuatro infantes esperan para ser bautizados. Tímidamente, los padrinos preguntan «cuánto es». Acaso una última bendición a un cuadro o a un crucifijo que le han traído, un saludo breve a la puerta de la iglesia y vuelta a la casa parroquial, hasta el domingo próximo. Muchas de esas capillas no se volverán a abrir en toda la semana. Pero se ha dicho misa. Esto, en la mente de los sacerdotes, es la columna fundamental que sostiene toda la estructura de la Iglesia. Pero nos preguntamos: Aunque haya misa dominical en un barrio así, ¿hay realmente cristiandad? Un pastor que tal haga, aunque no falle ningún domingo, ¿es realmente pastor? A pesar de toda su buena voluntad, ¿no parece más bien el funcionario de una gran corporación distribuidora de sacramentos que viene a ofrecer su mercancía y no gratis? Con el agravante de que para los ojos de muchos en la comunidad, la mercancía que ese funcionario trae está ya averiada, no sirve, porque la misa no llena ninguna necesidad en sus almas. La misa no tiene contenido para ellos. La misa, siendo un valor real en sí, es una mercancía envuelta de tal manera que no atrae al comprador. Y los que la vienen a buscar, la mayoría de las veces, no son los representantes genuinos y mucho menos los líderes naturales de la comunidad o del barrio; son gentes piadosas, buenas, amigas de seguir las tradiciones, pero que no tienen significación ninguna en su comunidad. Son aquellas otras que vienen, porque no quieren cometer un pecado mortal dejando de venir. Son un grupito de niños a los que atrae siempre todo aquello en que haya aglomeración, algo de multitud o novedad. Se podrá notar la casi total ausencia de jóvenes, sobre todo, masculinos.

No hace mucho asistí a una de las tantas misas que se celebran durante el domingo en cualquiera de las parroquias de una capital, sentándome entre todos los fieles. El espectáculo que contemplé me llenó de consternación. Hacía años que yo no asistía a una misa desde los bancos y por eso la impresión que me causó me hizo reflexionar sobre el papel y el valor de la misa para el Pueblo de Dios, tal como se «practica» actualmente. La predicación, a pesar de ser el sacerdote uno de los mejor preparados de la comunidad, fue infame. Monótono, repetidor de tópicos, impersonal, aburrido, falto de entusiasmo. Un grupo de jovencitos, que visiblemente estaban allí porque sus padres los había traído y que no atendían en absoluto, salieron del templo a hablar fuera mientras duraba el sermón. No los condeno. Dos muchachas, sentadas delante de mí, no dejaron de hablar—y no precisamente del sacrificio litúrgico—en toda la misa. Varias señoras absortas leían en sus misales, incluso cuando el padre hablaba. En la mayoría de los asistentes se notaba un aire de resignación y paciencia. Nada de espíritu comunitario. No se cantó nada; no hubo ninguna participación ni ningún saludo de nadie para nadie, como no fueran aquellos que hechos al margen de la ceremonia y más bien interrumpiéndola. Al mismo tiempo, las máquinas distribuidoras de perdones, colocadas a los lados del templo, tenían colas siempre renovadas a sus costados. Comulgaron entre una tercera y una cuarta parte de los asistentes, lo cual no está mal para las estadísticas, pero está positivamente mal como indicio de una verdadera vida de comunidad cristiana, ya que aquellas comuniones de ninguna manera llevaban a aquellos cristianos a «amarse más los unos a los otros». Aquello era más bien una morfina sacramental para aquietar conciencias.

Si decir misa por este estilo es la única acción del sacerdote en un barrio o en una comunidad, se le podrá decir que está haciendo, en cierto sentido, lo diametralmente opuesto de lo que hizo Cristo. El acabó, en su vida mortal, la formación de sus apóstoles con la Ultima Cena. Y el sacerdote comienza con la Ultima Cena; porque en realidad para esta niñez, para esta juventud, no ha precedido un trato personal, no ha habido una presentación del Mensaje, no se les ha exigido ninguna entrega a ninguna causa, no se les ha mostrado quién es ese Cristo al que tienen que seguir. Sencillamente se les da la «Ultima Cena». Pero la «Ultima Cena» es algo, como su nombre indica, último, y en cambio aquí es lo primero y lo único que se les da. En otras palabras: primero hay que evangelizar, y aun antes hay que hacerse amigo de ellos, hay que ver sus necesidades, sus frustraciones, sus tribulaciones y a lo mejor hasta su hambre, y luego, o al mismo tiempo que nos «encarnamos» en ellos, en su am-

biente, podremos decirles cuál es el sentido y la explicación y el por qué de sus vidas; podremos hablarles de Cristo. No de un Cristo sepultado bajo albas y casullas, significado en bendiciones y en elevaciones, oculto tras especies sacramentales, sino de un Cristo Hombre, un Cristo real, que hablaba, que amaba, que se enfadaba, que daba de comer y que lloraba. Un Cristo presentado por la palabra y no por simbolismos que a lo largo de los años se nos han convertido en un gran jeroglífico [16]. *Aquellas pobres gentes, domingo tras domingo, ven pasar la misa como una sombra de Dios.* Pero una sombra ni entusiasma ni enamora a nadie. Su fé no crece y únicamente la conservan porque ven que la Sombra sigue pasando. Pero no tienen nada por qué luchar, no saben qué hacer como cristianos, como no sea seguir viniendo a contemplar símbolos y sombras.

¿Hemos pensado que Cristo dejaba pasar, domingo tras domingo, sin decir misa? [17]. Cristo, antes de revelar el misterio de la Eucaristía, se reveló a Sí mismo, directamente, con Su Palabra, con Su Presencia, con Su Amistad con los apóstoles. Pero en la deformidad que padecemos, al pensar que es cristiano «práctico» el que va a misa el domingo y que no lo es el que no va (sin fijarnos en que toda una vida, veinticuatro horas

[16] De que nuestro estilo, lenguaje y ceremonias son un jeroglífico para las mentes de gran parte de los fieles, es prueba la experiencia que he realizado muchas veces. Es sabido que en las puertas de los Sagrarios de muchos templos, un símbolo muy común es el anagrama ✱ . He preguntado qué significa ese anagrama, y he hallado que, entre el pueblo sencillo, menos de 1 por 100 saben con certeza lo que significa .

Algo por el estilo se puede decir de todo el rito bautismal. Hemos vestido con un tal ropaje de ceremonias el sencillo símbolo de un lavamiento, que lo hemos ahogado. Las pocas gotas de agua quedan ahogadas entre la sal, un óleo, otro óleo, saliva (ephpheta quod est adaperire), una estila blanca, otra morada, una vela, un paño blanco, un exorcismo, otro exorcismo, una imposición de manos, otra imposición de manos, un soplo... Lo grande no es la gracia que recibe el infante; lo grande es que no se enferme después de haber sido sometido a un tal «tratamiento litúrgico». ¿Habrá alguien que crea que todo eso es «voluntad de Dios»? Y ¿habrá alguien que no vea que todo eso es piedad alambicada de fanáticos con autoridad?

[17] No se apure demasiado la comparación. La vida de Cristo fue una Misa a la que asistieron durante tres años, de corrido, los apóstoles.

cada día, es más importante que media hora a la semana), no es de extrañar que la misa haya perdido su significado y se haya convertido en «la señal» para saber si uno es cristiano o no, y en «el rito» al cual uno tiene que acudir obligatoriamente so pena de incurrir en la ira de los dioses. Es el precio lógico que la Iglesia tiene que pagar por haber obligado con ley, lo que únicamente puede ser decidido por Amor.

¿No sería mejor que en vez de venir el sacerdote, a la carrera, el domingo, viniese alguna que otra vez en semana, no a decir misa precisamente, sino a sentarse con sus feligreses en la casa de cualquiera de ellos para hablarles un poco de Cristo y de sus vidas y para preguntarles por sus niños y por sus enfermos? ¿No sería mejor que, en vez de venir, también a la carrera, a administrar la extremaunción a un moribundo—otra vez un sacramento—viniese entre semana a sentarse a la cabecera de los enfermos a practicar el sacramento de la conversación cariñosa cuando todavía se puede conversar con ellos, y no esperar a que ya estén inconscientes para una vez más sacar, de unos misteriosos estuchitos de plata o de oro, unos misteriosos aceites, para ir haciendo unas misteriosas señas sobre la frente, los ojos, las manos, los pies del moribundo? Si la casi totalidad de los cristianos del barrio se quedan sin misa—porque no quieren venir a ella—, ¿qué importancia tiene si ese reducidísimo grupo de feligreses se quedara también sin misa el domingo? ¿Y con qué presunción nosotros esperamos que la gente venga a misa si ni nosotros, ni los que nos precedieron, nos hemos preocupado por que nadie les enseñe las verdades fundamentales de la fe, y sencillamente por que nadie les diga por qué tienen que venir a misa?

Nuestra pastoral de misa dominical es un cosa tan anacrónica que, de seguir rutinariamente con ella, de aquí a muy pocos años, ya no tendrán que preocuparse los sacerdotes por ir a esas capillas, ni siquiera los domingos. Lo malo sería que de la no asistencia a misa dedujésemos, cometiendo un tremendo grave error, que la fe de esa gente estaba muerta. Esa gente, aun con una fe enferma, sigue viva todavía en su cristianismo. Pero por motivo de su misma enfermedad, no le cogen el

sabor al alimento que nosotros les queremos dar. La misa es un alimento demasiado fuerte para ellos. Ellos seguirán esperando a alguien que les revele a Dios y que les revele a Cristo, de una manera que ellos lo puedan comprender. No con ceremonias ininteligibles, sino con palabras comprensibles y, sobre todo, con hechos. Que los que les hablen de Dios corroboren con sus vidas, con sus hechos, con sus actitudes ante la vida de ellos, que lo que predican es verdadero y que ellos son sinceros al predicarlo.

Pero con muchísima frecuencia el sacerdote que viene a decir la misa el domingo, es un total extraño para las gentes del barrio. Extraño, a lo mejor, por su nacionalidad, extraño por su manera de hablar, extraño por su cultura, extraño por las cosas extrañas que hace en el altar y en la práctica de ritos ininteligibles. Extraño porque no vive en el barrio, extraño porque se va en seguida y no conoce a casi nadie, y sobre todo, extraño porque ellos se dan perfectamente cuenta de que no los ama. Aunque muchas veces se lo diga con las palabras. En situaciones así, que por otro lado son tan comunes en la Iglesia, es donde vemos con más veracidad la frase de que «Ha llegado la hora del laico». El laico del barrio, el laico que naturalmente ama a los suyos, el laico que habla su lenguaje, el laico que los comprende y los ayuda en lo que puede en sus necesidades, el laico que testimonia con su vida diaria y comprobable, que lo que dice, lo cumple. Ese laico, aunque no diga misas, es el apóstol de ese barrio, es el que los convencerá, es el que los atraerá, si no a misa, que es menos importante, sí a Cristo, a una entrega personal a Cristo, a un servicio de Cristo.

Primitivamente, la misa desarrollaba una fuerza más centrífuga que centrípeta. De la misa, como su nombre lo indica, «salían» los apóstoles; los enviaban—«missio»—a la predicación, al servicio de sus hermanos. Hoy día, la misa ha recuperado esa fuerza centrífuga, pero no para enviar a los cristianos a la predicación y a la evangelización de sus hermanos, sino que la misa tiene el poder de ahuyentar violentamente a muchos cristianos. ¿Cuántos de ellos, sorprendidos contra su voluntad, en algún acto religioso en que está incluida una misa, no están locos

por irse? Sienten que la misa, por haberse convertido desgraciadamente en algo mítico, en algo ritual misterioso, a lo que tan alérgicos somos los hombres del siglo XX, tiene el mismo poder centrífugo que tenían las misas primitivas, pero de un signo totalmente opuesto.

VOCACIONES AL SACERDOCIO

Estamos asistiendo, en la Iglesia, a los últimos momentos de un sistema de reclutamiento para el seminario que es, a la larga, contraproducente. Hay sitios todavía, donde cada año entra un crecido número de adolescentes, bastantes de ellos de menos de quince años, en el seminario. Estos lugares, por suerte, son menos cada día. Pero se puede afirmar, casi con la certeza de no equivocarse, que de estos jovencitos que entran reclutados de esta manera a tan temprana edad, no perseverarán la inmensa mayoría. Podemos decir que perseverarán únicamente, aquellos que tengan los carismas especiales requeridos por el sacerdocio de hoy—y serán contadísimos—y aquellos que por tener una personalidad más débil, al cabo de varios años de haberse acostumbrado a la vida «segura» del seminario, no se atreverán a dar el paso para salir. Hasta ahora es así como han entrado la mayoría de los que hoy son sacerdotes: siguiendo tradiciones familiares, impulsados por su generosidad, ayudada por la ingenuidad, mantenidos durante la carrera por un marco comunitario inmediato y por un marco familiar y social, que aunque no inmediato, pues vivían encerrados en los seminarios y noviciados, se mantenía en la retaguardia, sutilmente presionado en el inconsciente para que no flaqueasen, y mostrándoles una cara adusta por si tenían la tentación de «soltar la esteva del arado y volver la vista atrás». ¡Cuántos seminaristas, a mitad de su carrera, hubiesen dicho claramente que no tenían ánimo de seguir, si no hubiese estado asomándose, a la estrecha ventana de su subconsciente, la cara de la tía—las lágrimas de su madre, el gesto serio de su padre, la desilusión de la señora bienhechora que le ha pagado sus estudios hasta ese momento, o la reprimenda de cualquier sacerdote que lo recomen-

dó al rector para su entrada al seminario!—. Pero a medida que pasan los años, y a medida que el hombre se vuelve más hombre y deja la ingenuidad y el temor de la adolescencia, esos argumentos van perdiendo fuerza. La década de los años setenta verá hacer crisis, en masa, todas estas tormentas que vienen preparándose hace años en las almas de muchos sacerdotes. No es que no hayan comenzado a aparecer ya. Desde que la Santa Sede, mostrando por fin un poco sus entrañas de Madre, abrió las puertas para que los sacerdotes pudiesen abandonar su sacerdocio ministerial y llevar una vida de laicos normales [18], son millares los que se han atrevido a dar el paso. Pero yo creo que la riada grande está por venir y en estos mismos momentos se está fraguando en el alma de miles de sacerdotes.

Todavía es muy común ver en esta o aquella diócesis o parroquia, campañas en pro de las vocaciones sacerdotales Esas campañan suenan como algo hueco; son una auténtica voz que resuena en el desierto. Puede ser que todavía encuentren eco en las almas de algunos cristianos piadosos. Seguramente orarán con fervor al Señor para que «envíe obreros a su mies» [19]. Pero tales campañas dudo que encuentren eco en la masa de jóvenes cristianos, incluso en aquellos que pertenecen a organizaciones de Acción Católica y que están más o menos envueltos en las actividades parroquiales o religiosas.

Sí creo que, por un tiempo, seguirán entrando en los noviciados y seminarios, dos tipos de jóvenes: los que provienen de sociedades de fuerte raigambre cristiana donde todavía las costumbres y las tradiciones son un factor poderoso de inducción a la vida sacerdotal y donde, por otro lado, las costumbres y el pensamiento moderno no se ha desarrollado todavía para presentar la profunda problemática socio-religiosa que pone un signo de interrogación sobre todos los valores tradicionales. Estos muchachos entrarán ingenuamente, con su mejor voluntad,

[18] Hemos puesto de propósito la palabra «normales», porque antes la Santa Sede también concedía el permiso de secularización, pero les hacía llevar, a aquellos a los que se lo concedía, una vida de laicos «anormales» al exigirles vivir solteros.

[19] *Lc* 10, 2.

El otro tipo de jóvenes que entrará al seminario serán, en mucho menor número, aquellos que pertenecen en realidad a una nueva era, y casi podríamos decir, a una nueva Iglesia. Aquellos cuya imagen del sacerdocio está mucho más de acuerdo con los tiempos modernos. Aquellos que conociendo, aunque no del todo, el proceso deshumanizante a que van a ser sometidos, por tener un carisma especial están dispuestos a pasar por este proceso y a sobrepasarlo una vez terminado. Aun para este tipo de jóvenes preveo fuertes crisis, ya que el sacerdocio a que están destinados, no está bien perfilado todavía, y fácilmente las condiciones con que van a tener que encontrarse en un próximo futuro, van a ser diferentes de las que ellos se han forjado en su mente. Estos jóvenes, provendrán en su mayoría no de movimientos angélicos, donde la pureza, la resistencia a las tentaciones, la huida del pecado y aun la vida en Gracia son el motor principal, sino de movimientos especializados que han hecho de ellos ya, a través de su militancia, auténticos sacerdotes para el mundo pagano en el que se desenvolvían. Ellos saben muy bien que su papel principal no será ser repartidores de sacramentos, sino ser expositores y testigos vivientes del Mensaje de Cristo. Serán auténticos servidores de sus hermanos en el campo en el que haga falta; no precisamente en el templo, sino en todos los marcos en los que se desarrolla la vida. Pero el número de este tipo de jóvenes que entra en los seminarios, por lo menos en nuestra América, es, hoy por hoy, muy reducido, ya que estos movimientos especializados de jóvenes, hasta hoy, en la mayoría de las diócesis, son únicamente «tolerados» por el clero y por la jerarquía, pero no ayudados positivamente. Estos jóvenes, que saben lo que es haber tenido una novia, que saben lo que es bailar, tener sincera amistad con personas del otro sexo, que han sentido en su carne el aguijón de la tentación y que a lo mejor llevan en ella los cardenales de unos cuantos golpes, que saben lo que es la vida de trabajo porque ya han tenido que ganarse su pan, son todavía poco frecuentes en nuestros seminarios, porque la mayoría de los que en ellos es-

tán han sido reclutados a muy temprana edad, y en realidad escogieron esa vida antes de llegar a la madurez mental, de modo que cuando lleguen a hacer su primera decisión adulta puede ser que sea demasiado tarde. Son, precisamente, estos jóvenes, así reclutados, los que dan esa tónica de ligereza que se observa muchas veces en los seminarios y que da la impresión de que los seminaristas no se preocupan de las cosas fundamentales que atañen a su futuro ministerio, sino de frivolidades sin importancia, que nada tienen que ver con la esencia del sacerdocio. Precisamente el trato con estos jóvenes, tan probremente motivados, hará más difícil la perseverancia y la buena formación de aquellos que han entrado al seminario conociendo mejor a dónde se dirigían. Ojalá descubran que esta es una de las muchas pruebas por las que tendrán que pasar para poder un día llamarse sacerdotes de Cristo.

Pero la ingente masa de los jóvenes cristianos (y de ello son una prueba fehaciente las estadísticas de la inmensa mayoría de nuestros colegios católicos, de los que tan poquísimas vocaciones sacerdotales han salido a lo largo de los años), no se sentirán en absoluto atraídos al sacerdocio por ninguna de estas ingenuas campañas de vocaciones sacerdotales. Estas campañas suelen a veces acabar en el reclutamiento de un grupo de adolescentes, casi niños, que van a los colegios apostólicos o pre-seminarios, sin saber a ciencia cierta ni por qué van, ni a dónde van. Y en este sentido debemos decir que tales campañas deben desaparecer porque son un engaño perpetrado con la mejor de las voluntades, pero que hoy ya trae graves consecuencias para muchos de esos jóvenes.

Cabe preguntar por qué ya nuestros jóvenes no entran en el seminario. No se podrá decir que es por esta o por aquella única razón. Las razones son múltiples y son captadas confusamente, en la mente de los jóvenes; pero indudablemente captan que algo no anda bien. Y, naturalmente, si el sacerdocio mismo está en crisis, los hombres que van a encarnar ese sacerdocio es lógico que duden antes de entrar en algo que no acaban de ver claro. Ya lo hemos dicho que, hasta ahora, el hombre que quería hacerse sacerdote era sometido a un largo proceso de

deshumanización, y cuando llegaba al sacerdocio, estaba ya marcado para toda la vida. Cristo en cambio, para redimir a la humanidad se hizo hombre y se portó como hombre real. ¿Por qué el sacerdote, para perpetuar esta redención tiene que deshumanizarse? ¿Por qué tiene que apartarse de los hombres, vestirse desigual a los hombres, tener un lenguaje diferente de los hombres, no frecuentar los lugares normales de los hombres, no tener una familia como los demás hombres y estar siempre sobre sí para que en sus acciones de cada día, no aparezca el hombre?

Aparte de esto, la atracción que los sacerdotes adultos o de edad madura puedan ejercer sobre los jóvenes, es muy dudosa. Antes, el sacerdote se presentaba como un hombre importante en la sociedad. Hoy hay muchos que le disputan esa posición y en muchas sociedades es positivamente rechazado. Antes el sacerdote se presentaba con una aureola de ciencia ante un pueblo semi-analfabeto; hoy día el sacerdote sabe muy poco de las técnicas modernas. Y aun en cuanto a teología, hay laicos, que conocen la teología moderna mejor que muchos sacerdotes que no leen. Hoy, el sacerdote es un hombre de templo, dotado únicamente de poderes «mágicos». Y lo «mágico», el «misterio», cada vez es menos admitido por el hombre racionalizador del siglo XX.

Además, precisamente por todas estas circunstancias que hemos ido diciendo, hay demasiados sacerdotes amargados, ásperos, de mal trato. No somos ejemplo de paciencia, ni de caridad, ni de oración, ni de desinterés, ni de vida pobre y sacrificada. Somos hombres con poderes espirituales y, caricaturizando un poco, somos sargentos de una gran organización que es tan temida como amada. Hay, desgraciadamente, muchos ejemplos negativos entre los sacerdotes. Con frecuencia se ven algunos que se limitan a esperar la hora de decir misa, o de oír confesiones, o de que algún feligrés «venga a molestarlo». Muchos sacerdotes desarrollan toda su incolora actividad alrededor del templo. Pero la vida ya no gira alrededor del templo; por tanto, esos sacerdotes están girando alrededor de algo que ya no es la vida de los hombres. Y también hay que admitir que,

frecuentemente, aquellos sacerdotes más activos y que más se identifican con su pueblo, los vemos enviados a otras partes, o los vemos abandonar su cacerdocio; y sospechamos que lo han hecho precisamente por ser ellos así, y por hacérseles la vida imposible entre superiores y compañeros que pensaban diferente. Lógicamente, los jóvenes se preguntarán qué les espera a ellos, puesto que piensan lo mismo que esos sacerdotes que han visto abandonar la parroquia o abandonar el sacerdocio.

EL CELIBATO

Sin embargo el obstáculo más grande para la entrada de jóvenes en los seminarios, por más que algunos (buenos teólogos pero malos psicólogos y sociólogos), quieran negarlo, es la condición que la Iglesia le exige necesariamente a todo aquel que quiere ser sacerdote: el celibato. Creemos que la pregunta oída tan frecuentemente: «¿por qué hay tan pocas vocaciones para el sacerdocio?», presupone una premisa falasa. Porque lo cierto es que hay muchos cristianos aptos para ser sacerdotes; y hay muchos cristianos que querrían ser sacerdotes; pero hay pocos cristianos que estén dispuestos a renunciar al matrimonio. Hemos conocido a bastantes jóvenes de posición muy humilde quienes hubiesen dedicado toda su vida, con gusto, al sacerdocio... pero estando casados. Pablo VI, en su encíclica «Celibatus sacerdotalis» (El celibato sacerdotal), admite la diversidad entre el carisma sacerdotal y el carisma de la virginidad. Se pregunta él si no habrá llegado el tiempo—«como muchos opinan»—de no simultanear los dos en la exigencia de la Iglesia para el sacerdocio, y él mismo se contesta, aduciendo muchas razones, que no ha llegado ese tiempo y que la Iglesia intenta seguir su práctica tradicional (relativamente tradicional) de exigirles a sus sacerdotes, el celibato.

Y antes de examinar brevemente la encíclica «El celibato sacerdotal», queremos decir algo en relación a una pregunta que el padre Rahner hace a este propósito. Pregunta con su habitualmente enrevesada expresión, el eminente teólogo austríaco: «En base a qué, se rehusaría a la Iglesia latina del derecho a reservar su sacerdocio ministerial para quienes reconocen haber sentido el llamado divino al celibato?» Creemos que se le puede contestar: Ciertamente la Iglesia latina tiene, en principio, el derecho a reservar el sacerdocio a los que tengan el carisma del celibato; pero si lo hace, no tiene en el futuro que extrañarse de que no haya sacerdotes; lo que tendrá que hacer será convencerse de si el celibato es en realidad el pricipal obstáculo para la entrada de los jóvenes al seminario. Y no sólo eso, sino que, si andando los años, persistiese esa condición y se viese ya claramente que era la causa principal para la escasez de sacerdotes, entonces comenzaríamos a pensar de si en realidad la jerarquía tenía el derecho de hacerle un tal grave daño a la Iglesia entera, únicamente por querer conservar una «tradición» celibataria que es tan relativa en la Iglesia y que ha sido tan mal guardada a lo largo de la historia.

LA ENCICLICA «EL CELIBATO SACERDOTAL»

De la encíclica «El celibato sacerdotal» podemos decir algo por el estilo de lo que dijimos de la «Humanae vitae»: Nos parece que en ella el Papa mira demasiado hacia atrás viendo cómo ha sido en el pasado, y más que nada, cómo ha debido ser, ya que en este punto del celibato, desde que alrededor del año 300 aparece por primera vez en el Concilio de Elvira (España) —un sínodo provincial—claramente estatuida esta disciplina, la jerarquía ha tenido que insistir en *innumerables ocasiones*, con toda clase de órdenes, leyes y preceptos, para que se guardase lo «establecido». Ha habido épocas en la historia en que el número de transgresiones a esta disciplina era tal, que amenazaba con convertirse en normal el que los sacerdotes viviesen con su esposa, a pesar de ser contra la ley. Da la impresión de que hay una especie de contradicción entre «lo que debería ser» y lo que en realidad «es» La misma impresión que nos da hoy el enfrentamiento de los bellos conceptos de la encíclica y el número de los seminaristas. Repetimos que el problema consistirá en convencerse a ciencia cierta de si el celibato es o no la causa

de que haya pocos que quieran ser sacerdotes. Y si lo fuese, habría que hacer algún cambio en la disciplina, a no ser que cayésemos en un superprovidencialismo en virtud del cual exigiésemos a Dios que nos solucionase un problema que está perfectamente en nuestras manos el solucionar. Tal tipo de providencia—corrientísima en las mentes de muchos cristianos—es completamente falasa. Y tal como van las cosas, entre la encíclica «Humanae vitae» y la encíclica «Celibatus sacerdotalis», le estamos exigiendo a Dios que dentro de unos pocos años haga milagros: El milagro de que podamos encontrar alimentos y lugar (aparte del grave problema de la polución del aire y del agua por el hacinamiento de población) para la enorme cantidad de hombres que habrá dentro de pocos años y el milagro de que haya sacerdotes cuando la Iglesia ha puesto una reja a la puerta del sacerdocio. Creemos que ya el sacerdocio tiene bastantes problemas intrínsecos hoy día para que vayamos a añadirle nosotros más problemas externos «en virtud de la tradición» y de lo que «debería ser», evitando el enfrentarnos con la «realidad que realmente es» y legislando de acuerdo a ella. Si admitiésemos que el concepto mismo de sacerdocio y, por tanto, de sacerdote, está variando profundamente, no nos sería tan difícil prescindir de ciertas «formas» buenas y convenientes para el pasado, pero quizá no tan oportunas para el futuro. Citas, por ejemplo, como la que el Papa nos aduce en el número 39 de la encíclica, tomada de San Gregorio Niseno: «La vida virginal es la imagen de la felicidad que nos espera en el mundo futuro», hoy no sólo no nos mueven nada sino que nos dicen todo lo contrario de lo que pretende que nos digan.

Creemos firmemente en que siempre habrá sacerdotes célibes y creemos que debe haberlos por todas las razones que el Papa aduce en su encíclica. Lo que no vemos claro, y creemos que tampoco el Pueblo de Dios, es que necesariamente todos los sacerdotes tengan que ser célibes y que se les cierre la puerta del sacerdocio a todos aquellos que, habiendo recibido ese carisma de Dios, no lo pueden realizar por haber puesto la Iglesia una condición que se lo hace imposible. Hay un contrasentido en que Dios les de ese don, y por otro lado la Iglesia se lo impida realizar. Negar que pueda haber gente con verdadera vocación sacerdotal que no tenga al mismo tiempo la vocación al celibato es negar lo evidente. El mismo Papa admite la diferencia de carismas. ¿No nos está diciendo esto que Dios no está de acuerdo con la disciplina absoluta de la Iglesia, al seguir El poniendo en el corazón de los hombres el deseo del sacerdocio, sin darles, por otra parte, el amor al celibato?

Creemos oportuno insertar aquí lo que J. M. González-Ruiz escribe acerca del pensamiento de San Pablo sobre el celibato sacerdotal: «San Pablo trata claramente del celibato en el ámbito de la dedicación apostólica o del profesionalismo evangélico. No se plantea el problema de la virginidad o de la continencia como un valor en sí sino en relación con la «militancia» en el seno de la Iglesia. En este sentido el celibato apostólico es un problema no de origen divino sino de exclusiva competencia de la Iglesia, que ha de resolverlo en cada caso según las exigencias y conveniencias de una situación existencial determinada.

San Pablo establece la superioridad del celibato como un valor de primer orden en el ámbito de la profesionalidad apostólica. Por eso la Iglesia no podrá nunca descuidar esta prioridad del celibato en sus profesionales—especialmente los sacerdotes—ya que las ventajas de la «libre dedicación al Señor son enormes en orden a la eficacia de la difusión del Evangelio. Sin embargo, San Pablo no creyó necesario establecer una ley obligatoria del celibato apostólico, dejándolo a la libre elección de los interesados. A priori se puede suponer que este problema, de tantas y tan variadas implicaciones psicológicas y sociológicas, no puede ser resuelto uniformemente en las zonas tan distantes y diversas en las que está establecida la Iglesia. Así, pues, San Pablo subraya expresamente la libertad de la opción del celibato apostólico a la vez que se muestra un decidido partidario del mismo.

La deducción de todo esto es que debería haber en la Iglesia dos tipos de sacerdotes: los solteros y los casados, con diversas actividades y formación, pero unidos todos en la obra

común, bajo la autoridad común, para la edificación de un solo Cristo. Si tal cosa «nueva» se llegase a implantar en la Iglesia cristiana occidental, sería la mismo cosa «vieja» que se practica hace casi dos mil años en la Iglesia cristiana oriental.

Aparte de aquellos sacerdotes que tienen una verdadera vocación para el celibato, es cierto que hasta ahora ha habido muchos hombres que han admitido esta draconiana condición, por dos motivos: primero, porque la generosidad de muchos jóvenes es tal, su idealismo, su amor a Cristo, sus ganas de entregarse por entero a una causa grande; es tal la influencia inconsciente del marco social-religioso en que viven, que son capaces de menospreciar la «pequeña dificultad» del celibato. Psicológicamente hablando podíamos decir que hay en ellos, en este desprecio del matrimonio, un deseo de autoafirmación, de emancipación, de conciencia de su fortaleza, al renunciar o despreciar, como cosa de poco valor, algo a lo que han visto amarrados a la mayoría de los humanos, incluidos sus propios padres. Ellos son capaces de renunciar al matrimonio. Es una hombrada que ellos hacen ante la sociedad.

Pero hay otra razón de índole negativa para que tan fácilmente tantos jóvenes hayan aceptado la soltería de por vida: y es, su ingenuidad, su falta de experiencia. Posiblemente, a los diecisiete, dieciocho años, ellos han sentido ya las punzadas de la carne. Saben perfectamente distinguir que la humanidad está dividida en dos bandos y que cada uno de los bandos ejerce una fuerte atracción sobre el otro. Ellos la han comenzado a sentir también; pero la han sentido en los planos profundos de su naturaleza: instintos, impulsos, un cosquilleo biológico; no lo han sentido, sin embargo, en lo profundo de su corazón. No han sentido esta atracción—que Dios ha querido que fuese uno de los fuertes motores que mueve al mundo—en el plano del espíritu. Cuando la urgencia es la de la carne, es una hombrada, y más en un joven idealista, el despreciarla. Pero cuando la urgencia es del espíritu, cuando sienten que para ser totalmente ellos mismos necesitan al lado la compañía de otro ser, para poder pensar mejor, para poder servir mejor a los demás, para poder orar mejor, entonces ya no está tan claro que la aceptación del celibato sea una hombrada. Más bien parece como una deformación y sufren en el alma una frustración. Lo malo es que el joven de dieciocho años no sabe nada de esto, y se cree un experto en el amor, porque él tuvo una novia, y dedujo que todo el amor humano es poco más o menos lo que él sintió y vivió con aquella muchachita, que probablemente tenía del amor la misma idea que él. A los treinta, a los cuarenta años, no importa cuán fervorosa o cuán activa sea su vida, muchos sacerdotes empiezan a sentir, en lo profundo de su alma, que algo falta. Y no es precisamente, como algún freudiano pudiera pensar, un urgencia inconsciente del sexo. No niego que en algunos casos ésto pueda ser un factor presente. Pero el vacío que sienten es más sutil, más profundo que todo eso.

Yo sé que cierto tipo de directores espirituales, fervorosos repetidores por siglos de frases acarameladas, sacadas de no sé qué manual de piedad, escrito por alguna visionaria, nos dirán que estas cosas se curan con el Sagrario. No niego la fuerza que el Sagrario tiene para un alma llena de fe. Y gracias al Sagrario, muchos sacerdotes y muchas religiosas han logrado capear, mejor o peor, los temporales que se forman en el mar inquieto de la conciencia. Y yo sé que en estos tiempos, también hay que salirle al paso a los que nos dirán que si en otros tiempos los sacerdotes y las religiosas aguantaban esta soltería voluntariamente «escogida», hoy también se puede aguantar. Pero yo también sé, y ellos deberían saberlo, que las circunstancias familiares de las que proceden los sacerdotes y las religiosas hoy no son las mismas, que las vivencias de la juventud tampoco son las mismas, que el marco socio-religioso en que se desenvuelve la vida actual de sacerdotes y religiosas, tampoco es el mismo, ni las costumbres son las mismas, ni la manera de vestir, ni las lecturas, ni los espectáculos a los cuales hoy asisten—a los que tienen que asistir—son los mismos. Muchos de ellos no existían hace pocos años. Ellos deberían saber que hoy el trato entre los jóvenes es mucho más libre, totalmente libre, sin darle a esta palabra una acepción peyorativa. Ellos deberían saber que la sensibilidad del hombre moderno es, en muchos casos, una hipersensibilidad, a veces hasta enfermiza.

Cierto tipo de laicos, archiconservadores, que actualmente «horrorizados» ante tantos cambios, piden al Espíritu Santo todos los días que la Iglesia no perezca, quisieran tener a los sacerdotes perennemente encerrados en sus conventos, vestidos siempre con su sotana negra, como santitos de caramelo y siempre dispuestos a acudir prestamente cuando la abuelita se enferma, o para animar con sus agudezas la velada familiar adornada con chocolate. Este tipo de sacerdote—que por desgracia abunda bastante todavía—es la negación del sacerdocio. Y este tipo de cristiano, a quien le gusta ver a sacerdotes así, es la quintaesencia del egoísmo y una caricatura del verdadero cristiano.

POR QUE DEJAN EL SACERDOCIO

Todavía es muy difícil columbrar cómo será, concretamente, el sacerdote de los tiempos modernos: Cómo podrá ser, en la futura sociedad, el hombre que, viviendo entre los hombres y «siendo en todo como los demás hombres, excepto en lo posible, en el pecado», de sentido recto a esta vida; el hombre que valore cada acción humana con ojos de Dios; el hombre que descubra a Dios oculto debajo de todas las cosas; el hombre que dirija hacia Dios toda nuestra vida; el hombre que enfoque con ojos divinos toda la actividad humana para darle su verdadero valor; el hombre que estudie el plan de Dios sobre nuestra existencia. El será, dentro de la comunidad, el elemento conservador y animador del Mensaje; será, secundariamente, el hombre de los sacramentos, y ciertamente no será el amo de la Iglesia, y mucho menos el tirano de las conciencias. Pero ¿cómo realizará todas estas funciones en concreto?

Si no es difícil ver por qué no entran muchos jóvenes en el seminario para hacerse sacerdotes, no es más difícil ver por qué tantos abandonan el camino del sacerdocio o el ministerio sacerdotal cuando ya han sido ordenados. Muchos, creo que la mayoría, con una pobre motivación inicial, encuentran que cuando lleguen a una mayoría de edad racional y emotiva, están ya ordenados de sacerdotes; de algunos podríamos decir claramente que contra su voluntad racional. Entraron incorrectamente, aun salvando su mejor voluntad, en el seminario, y aquel falso paso viene a repercutir quince, veinte o veinticinco años más tarde. Cuando llegan a su mayoría de edad descubren que aquello en lo que ya están, no es sencillamente para ellos. Gracias a Dios que ya se ha puesto algún remedio a aquella falta de caridad y espíritu materno que la Santa Sede por tantos años demostró, al negarles el pan y el agua al sacerdote que, honradamente decía que no podía con su promesa. Una promesa que, en muchos casos, era de muy dudosa obligación por haber sido hecha en una minoría de edad racional y afectiva. La Santa Sede practicó, durante siglos, con sus sacerdotes, el extremoso principio de: «O todo, o nada.» O sacerdote de Cristo o excomulgado. Como si el mismo Señor no hubiese institucionalizado el perdón en el medio de su Iglesia. Una vez más la férrea ley distaba muchísimo de aquel «setenta veces siete» [20], o aquel «yo tampoco te condeno» [21]. La Santa Sede se mostraba rigorista y hasta vengativa. El sacerdote declaraba su flaqueza y ella lo secularizaba, pero no lo liberaba del voto de castidad, pudiéndolo hacer tan fácilmente. Lo forzaba a vivir célibe, exponiéndolo a muy graves tentaciones de rebeldía. Con mente legalista veía únicamente al hombre que, después de haber sido más generoso que los demás, había flaqueado y quería vivir sencillamente como los demás. Ella no sabía de sus luchas, de sus tormentos interiores. Sencillamente no tenía fuerza para cumplir su palabra y ella lo condenaba. Qué lejos estaba de practicar aquello de que «Cuando lo sepas todo, lo perdonarás todo.» Pero, gracias a Dios, las cosas empiezan, solamente empiezan, a cambiar.

Otro tipo de sacerdotes que abandonan su sacerdocio es el de aquellos que, mejor motivados, mejor preparados que la mayoría de los otros, han descubierto que su personal contacto con Cristo, y su Amor a la Iglesia, los impulsan a tipos nuevos de apostolado, que muchas veces chocan con el parecer de los que mandan; pero ellos sienten claramente que ese es el tipo

[20] *Mt* 18, 22.
[21] *Jn* 8, 11.

de acción sacerdotal que los hombres les piden hoy. Y han luchado, se han afanado por ser sacerdotes de su tiempo; pero se han encontrado con una gruesa pared de concreto; se han encontrado con una rutina parroquial que los aprisiona, con un párroco de mentalidad tridentina [22], o con un obispo para quien la prudencia es la más grande de las virtudes, o sencillamente se han dado de bruces con el Derecho canónico. Y, después de mucho forcejear e insistir, descubren que todavía no hay ambiente para ellos ni para sus métodos, y se van defraudando, y quiera Dios que no amargando, para toda la vida. Y si añadimos a esto el equivocado enfoque de la vida espiritual que tan frecuentemente se da en los seminarios para los sacerdotes que tienen que vivir la vida del mundo, y si todavía añadimos una impreparación psíquica para enfrentarse a la vida actual que tiene un patrón de conducta tan diferente y una libertad tan omnímoda, no es de extrañar que sea tan grande el número de sacerdotes que abandonan el ministerio sacerdotal. Lógicamente hay que espararlo. Y como ya dijimos anteriormente, si las cosas no cambian, y si específicamente los obispos siguen negando en su trato con los sacerdotes lo que les dijeron en la ordenación: «Ya no te llamaré siervo, sino amigo», en los próximos años veremos verdaderas riadas de sacerdotes buscar, en el estado laical, una paz de conciencia y aun un servicio de la Iglesia, que no han podido lograr ejerciendo el sacerdocio. Podrá parecer una paradoja, pero será una realidad. Y entiéndase bien, ésto no es una renuncia a la fe, esto no es una rebelión contra la Autoridad, esto no es una pérdida del amor a Cristo, ni a la Iglesia. Y aun en la mayoría de los casos, esto no es una irresponsabilidad ni un incumplimiento de contrato. Para que un contrato sea válido, tiene que ser hecho libremente por ambas partes. Y no sólo libremente, sino con un conocimiento pleno de todas las cláusulas. Y en este contrato (no hecho con la Iglesia sino exclusivamente con la jerarquía—porque gran parte de la Iglesia, hoy día, no está de acuerdo con ese contrato—) muchos jóvenes no eran del todo conscientes; sabían sólo

[22] La palabra «tridentina» no está aquí usada como derivada de tridente—aunque podría estarlo—sino como derivada de Trento, lugar al norte de Italia en donde se celebró el famoso Concilio de 1545 a 1563.

superficialmente, lo que significa ser célibe toda la vida. Lo sabían teóricamente con su cabeza, pero no lo sabían con todo su ser. Y en muchísimos casos también se puede decir que es un contrato hecho no libremente, sino sutilmente coaccionado, aun con la mejor voluntad, por padres, superiores, bienhechores y en muchas ocasiones, por una sociedad cerradamente tradicional» [23].

No desconozco los argumentos de Karl Rahner [24] contra toda esta manera de pensar, pero no me convencen. Creo que en este particular, lo fenomenológico está contra lo teórico-místico. La renuncia real de la juventud a entrar en el seminario, es un signo que hay que saber interpretar. Y, por otro lado, el deseo de muchas parejas de laicos de entregarse por completo al apostolado, nos propone un interrogante al que tenemos que darle respuesta.

Para terminar este capítulo sobre los sacerdotes, y teniendo a la vista lo que sucede en la archidiócesis en que actualmente resido, puedo decir, hablando en general y sin pecar de injusto, que los sacerdotes duermen. No han caído en la cuenta de los profundísimos cambios sociales que desde hace unos años están ocurriendo en el mundo. Cambios, no sólo en las estructuras externas de la sociedad, sino dentro de las conciencias de los hombres. Siguen practicando, con unos pocos cambios superficiales, una pastoral vieja; siguen engolfados en una rutina parroquial que los tiene como ciegos a lo que está sucediendo a su alrededor, con una gran cerrazón de ideas y, por lo general, opuestos a las nuevas ideas que los podrían salvar. Puede ser que lo nieguen, pero su rutina niega sus negaciones. Siguen deleitándose con el tintineo de las monedas alrededor del altar; tienen abandonada a la juventud masculina, especialmente a la gran masa de jóvenes trabajadores, y en particular, entre nosotros, vemos buena parte de ellos que practican, en su aposto-

[23] «Tradición», etimológicamente, tiene la misma raíz que «traición». Y en muchos casos, la tradición es una verdadera traición al Evangelio. En este caso del celibato sacerdotal, exigido como condición absolutamente necesaria para el sacerdocio, es una traición a la naturaleza humana.

[24] *Geist und Leben*, sept. 1966.

lado parroquial, lo mismo que las religiosas en su labor docente, un colonialismo religioso, falto de respeto para el país y totalmente intolerable.

Todavía en un plano más profundo, se podría decir que no han caído en la cuenta del terremoto que está estremeciendo y agrietando las creencias más fundamentales de nuestra religión... La autoridad y el Magisterio de la Iglesia; la misma Iglesia como institución; la práctica de los sacramentos; la Biblia como fuente y apoyo de la fe y como índice de la voluntad de Dios; el significado del sacerdocio; los alcances de la justicia divina; el pecado orginal; la ética cristiana; el verdadero sentido de Cristo y su Redención, etc. No han caído en la cuenta de que cada vez más, los hombres, en el seno de una sociedad autónoma y desacralizada, se contentan con practicar los cinco sacramentos de esta sociedad: trabajo, arte, ciencia, deporte y política, sin necesitar para nada las viejas creencias.

Con una problemática tan profunda y con un liderato tan superficial, ¿podrá la Iglesia-institución mantener por mucho tiempo su estructura externa? ¿Y podrá la Iglesia-sal mantener por mucho tiempo su sabor?

CAPÍTULO VI

EPISCOPADO

Comenzaremos este capítulo sobre la actividad episcopal, trayendo a la memoria unas muy serias palabras del profeta Ezequiel[1]:

«... Y me fue dirigida la palabra de Yahvé, diciendo: "Hijo del hombre, profetiza contra los pastores de Israel, vaticina y diles a los pastores: Así habla el Señor Yahvé: ¡Ay de los pastores de Israel que se han apacentado a sí mismos! ¿No es el rebaño al que deben apacentar los pastores? Os tomábais la leche y os vestíais de la lana, degollábais los cebados, pero no apacentábais el rebaño. No habéis robustecido la res flaca, curado a la enferma, vendado a la herida, devuelto a la descarriada ni buscado a la perdida, sino que las habéis avasallado con violencia y crueldad. Así se han dispersado faltas de pastor y han venido a ser pasto de todas las fieras del campo. Dispersáronse, pues, y ha errado mi ganado por todas las montañas y por toda alta colina; por toda la superficie del país se ha dispersado mi grey, sin que hubiese quien se cuidase de ella ni quien la buscase. Por tanto, escuchad, pastores, la palabra de Yahvé: Vivo yo, declara el Señor Yahvé, que por cuanto mi re-

[1] *Ez* 34, 1-11.

baño se ha convertido en objeto de presa, y mis ovejas han venido a ser pasto de todas las fieras del campo, por falta de pastor, pues mis pastores no se han cuidado de mi ganado sino que los pastores se han apacentado a sí mismos y no a mi grey, por eso, escuchad, pastores, la palabra de Yahvé. Así habla el Señor Yahvé: Heme aquí contra los pastores, y reclamaré de su mano mi rebaño, y los privaré de pastorear *ya* mi ganado, y no se apacentarán más los pastores a sí mismos, y les arrebataré mi ganado de su boca y no les servirán ya de pasto...".»

Si de la enfermedad que debilita al catolicismo se le puede echar en gran parte la culpa al clero, con mayor razón diremos que la jerarquía carga todavía con un peso mayor en el reparto de responsabilidades. Por ser muchos menos tocan a mucho más; a medida que se sube en rango jerárquico la responsabilidad es más grande en todos los sentidos.

Las conclusiones de la última reunión del CELAM (Consejo Episcopal Latino Americano) tenida en Medellín, Colombia, en 1968, inmediatamente después del Congreso Eucarístico de Bogotá, son un documento esperanzador, lleno de inquietudes ante la difícil hora del pueblo sudamericano y con proyecciones muy de acuerdo con la línea del Vaticano II. Sin embargo, la parte amarga de ese documento es el hecho de que para la mayoría de las diócesis, no pasará de eso: de ser un documento. Bueno para que los conferencistas y los que se desesperan en la acción acudan a él para probar que no se está haciendo lo suficiente. Todos sabemos que estos documentos, por desgracia, son elaborados con gran entusiasmo y conocimiento por la «minoría abrahámica» de que habla Don Helder Cámara, a la que no le viene ancha la mitra. La mayoría gris, vestida de morado, se limita a aprobarlos y a suspirar en sus adentros pensando cómo harán para poner en práctica en sus diócesis lo que ellos allí están aprobando.

No tengo grandes esperanzas de que la reunión de Medellín fuera del terreno de las ideas, dé muchos frutos prácticos. Conozco a bastantes obispos y sé que su conservadora y estática manera de pensar no se cambia fácilmente con documento ninguno. Lo que no han hecho hasta hoy después del empujon del Concilio, tampoco lo harán en el futuro, por lo menos los que hoy están al frente de las diócesis. Si hasta ahora muchos de ellos no han sido capaces de traducir los evidentes signos de los tiempos en medio de los cuales tienen que vivir, y si hasta ahora han convertido el paso vivo que trazó el Concilio en sus documentos para un reavivamiento de la Iglesia, en un reumático paso de buey cansino, dudando cien veces antes de decidirse a hacer una reforma urgente, y dejando que en la mayoría de los casos las cosas sigan arrastrándose como hasta ahora, no hay grandes esperanzas de que las bellas cosas que han quedado plasmadas en el papel, después de la reuniln de Medellín las conviertan en realidad.

Para mí, una de las «pruebas» de la existencia del Espíritu Santo, consiste en que los obispos que ahora vemos en sus diócesis respectivas aferrados a las tradiciones, y muertos de miedo ante los cambios que el Pueblo de Dios les exige a gritos, fueron los mismos obispos que, forzados sutilmente de una manera misteriosa por ese mismo Espíritu, aprobaron en el Concilio las bases para las más grandes reformas de la Iglesia en siglos. ¿Por qué fueron entonces tan audaces, y hoy, en sus diócesis respectivas se muestran tan tímidos, tan inseguros y tan desconfiados de Cristo?

No generalizo demasiado al decir que las reformas en la mayoría de las diócesis no han seguido el paso que debían, implicando con ello que un buen número de obispos son culpables de demorar este proceso de reforma urgente que hace falta en la Iglesia. Ahí están los hechos para darme la razón.

ELECCION DE OBISPOS

Aunque no es de extrañar el que los obispos hayan seguido en su conducta un patrón común, ya que están todos elegidos por un patrón común. El proceso y la mentalidad que rige en la elección de los obispos, es más o menos uniforme; por tanto, es lógico que tengamos obispos con una mentalidad pareci-

da. Si las normas para su elección han sido conservadoras, tendremos, no sólo en América, sino en el mundo entero, obispos con un sello y una tendencia conservadora. Obispos que, para que la Santa Sede se haya fijado en ellos, tienen que ser de una específica mentalidad, sobre todo, tienen que descollar en ciertas «virtudes» que hasta ahora le han arrebatado el corazón a las congregaciones romanas. «Virtudes» que ya no son ni con mucho las más indicadas para regir una grey y que en algún caso son contraproducentes. Este es el caso en nuestra América. Los obispos han sido seleccionados con criterios que, tanto el clero como el Pueblo de Dios, repudian cada día más. La fuerza del Espíritu que brota desde abajo, ya se está haciendo sentir para acabar con este viejo sistema de elección de los obispos, que tantísimo daño le ha hecho a la Iglesia y que en gran parte es el culpable del estancamiento en que ahora nos encontramos. Ya comienza a haber obispos, gracias a Dios, en cuya elección ha intervenido también el parecer del pueblo y del clero. (Por supuesto que «el derecho» de entrometerse en la elección de los obispos, que aun conservan tozudamente algunos gobiernos «catolicísimos» es totalmente inadmisible.)

¿Cómo se hacía, hasta ahora, la elección de los obispos? En realidad para un simple sacerdote, o para un laico, es casi imposible decir exactamente cuál era el proceso, porque estaba todo él rodeado de misterio. Pero sin duda el personaje principal que mediaba en todo esto era el nuncio. Esa figura típica de nuestra actual estructura eclesiástica, de la cual hablaremos más adelante. Nuncios y obispos, y a veces, sin gran participación de éstos, en conciliábulos privados, fijaban su paternal mirada en algún sacerdote que reuniese ciertas cualidades. De ellas la más excelente era si tenía grados romanos, si había estudiado en Roma, pues ello le daba como un sello de «seguridad en la doctrina», cosa a la que Roma ha mirado siempre con un celo escrupuloso. Digamos de paso, que esa «seguridad en la doctrina», hoy día, es una gran rémora para desempeñar bien el cargo de obispo. La doctrina ha sido vista hasta ahora por Roma como algo estático, algo que hay que conservar, no como algo vivo, algo dinámico. Y lo que es vivo, cambia. Conserva

dentro la esencia de la vida, pero cambia en sus manifestaciones. Esa doctrina «segura» que muchos obispos tienen hoy en la cabeza, es una doctrina que se ha quedado rancia, que tiene mal sabor para el paladar del hombre de hoy. Pero, por lo menos, Roma tiene la seguridad de que tal hombre no va a decir herejías. Y tan malo como decir una herejía es presentar la palabra de Dios de una manera ininteligible o antipática; es matarla con el silencio, cuando necesariamente hay que hablar.

Otra de las cualidades esenciales que un candidato a obispo tiene que tener es la «prudencia». Pero, en nombre de esta prudencia se han cometido tales actos de cobardía, de traición y de falta de caridad, que la prudencia episcopal suena, en los oídos de muchos cristianos avanzados, como una mala palabra. ¿Cuántos obispos no han callado «por prudencia», cuando deberían hablar y enfrentarse a los poderes públicos, cuando deberían acusar a los capitalistas rapaces, cuando deberían decirle que no a los militares estranguladores del pueblo, lo mismo que San León Magno se plantó delante de Atila y Genserico? La prudencia se ha convertido en muchísimas ocasiones en el manto de la pusilanimidad. Con la prudencia se defiende el puesto, porque muchas veces al hablar, al actuar en situaciones difíciles, por las que tan frecuentemente pasan nuestros pueblos, uno se expone a equivocarse, a que su nombre o sus palabras salten a los titulares de los periódicos. Y esto puede ser que no guste en Roma; puede ser que nuble su buena fama de pastor prudente. Y por eso es preferible callarse cobardemente, y que Dios cuide de la justicia; y que Cristo venga, en persona a defender los derechos atropellados de sus hermanos. Su excelencia «prudentemente» se calló.

Recuerdo una ocasión en que un obispo me decía: «Hay que tener mucho cuidado en no dar escándalo. Tenemos que ser prudentes.» Yo, traducía: «Tengo miedo a decir lo que siento.»

Qué imprudentemente obró Jesús, cuando en público, y con toda solemnidad, le preguntaron: «Dinos, en nombre de Dios vivo. ¿Eres tú el Hijo de Dios, o no?» [2]. Si el Señor no hubie-

[2] *Mc* 14, 61.

ra sido Dios, y hubiese tenido de consejeros en aquellos momentos a bastantes obispos que he conocido, seguramente hubiese escuchado este consejo: «No digas nada, que te matan. Diles que más tarde harás un pronunciamiento. Pídeles tiempo para reflexionar.» Quiera Dios que alguno, al verle en tal aprieto, no le hubiese sugerido el método que él personalmente practica cuando se ve en tales circunstancias: irse de vacaciones, ausentarse. Pero Cristo fue imprudente, según nuestras normas, y tajantemente dijo la verdad; haberse callado en aquellas circunstancias hubiera sido traicionar toda su Vida; porque hay circunstancias en que es pecado grave callarse. (Pero de esos pecados no nos enseñan a acusarnos.) «Tú lo has dicho: Yo soy el Hijo de Dios» [3]. Por su imprudencia fue declarado reo de muerte. Y por haber muerto, creemos en El.

Otro de los criterios que frecuentemente impera para la selección de obispos es pura y simplemente la amistad personal. ¡Cuántos sacerdotes han llegado al episcopado porque eran amigos o porque le caían bien a tal o cual obispo, y sobre todo, al nuncio! ¡Cuántos han llegado a ser obispos porque simplemente fueron secretarios de algún nuncio, o de algún cardenal, o de algún arzobispo influyente! Naturalmente, de tal norma saldrá tal obispo. Un obispo que perpetuará la norma, y de estar en su mano, elegirá, el día de mañana, a su amigo para que lo reemplace o lo acompañe en el clan episcopal.

Por supuesto que no negamos que haya otras cualidades que influyan en la elección para el episcopado: cierta fama de hombre serio y responsable que ha sabido llevar «bien» una parroquia, no demasiado controversial ni problemático en sus criterios, un mínimo de piedad y buenas costumbres, etc. Pero sí estamos ciertos que, de mediar una elección libre entre los laicos que viven auténticamente su vida de cristianos y conocen a los sacerdotes elegibles y entre el resto de los sacerdotes, muchísimas veces no estaría de acuerdo el resultado de la elección con la elección hecha por el señor nuncio y dos o tres obispos interesados.

[3] *Mc* 14, 62.

Y esta imposición, si hasta hace poco era más o menos tolerada, por no estar tan desarrollado en el pueblo el sentido de participación, hoy día se va haciendo cada vez más intolerable. Hoy día aumentan las protestas cuando a una región con características propias, se le quiere imponer un pastor extraño que a lo mejor no conoce ni las costumbres ni la lengua de la región a donde es enviado. Este colonialismo religioso es inadmisible aun en teoría, porque es una falta de respeto a la dignidad del país y a la mayoría de edad de aquellos fieles y de aquellos sacerdotes. Esto es continuar perpetuando la idea de que la Iglesia es algo aparte de los fieles. De que la Iglesia es un poder segregado que se hace sentir en determinadas circunstancias. No es extraño que el pueblo cristiano no quiera admitir responsabilidades cuando ve que, oficialmente, él es únicamente un sujeto pasivo, receptor de órdenes y de imposiciones, una de las cuales es el obispo que viene de fuera.

Es totalmente inadmisible el caso, sucedido en una nación sudamericana en donde un nuncio, contra el parecer de casi todo el clero, contra el parecer incluso de algún obispo, y contra el parecer de un gran número de laicos, ordenó de obispo a un sacerdote que era totalmente inadmisible para la mayoría de los católicos conscientes, incluidos los sacerdotes que conocían bien sus cualidades negativas. Tales abusos de poder son restos de tiempos pasados, y a las personas que tienen que padecerlos de inmediato les hace un gran daño con el agravante de que a los perpetradores de tales atropellos, no vemos que se les corrija con la misma rigurosidad con que se corrige otros pecados menores que cometen fieles de menor rango y que son debidos, no tanto al intolerable pecado de la soberbia, como en este caso, sino a cualquier debilidad humana. No sólo no se les corrige sino que se les mantiene en sus puestos y se mantienen los atropellos por ellos perpetrados, sancionando con esto el abuso y la injusticia.

El poder de la Iglesia radica en Cristo y Cristo está difuso en todo su pueblo. Y si bien es cierto que se manifiesta oficialmente más, a través de ciertos elementos claves en el seno de su pueblo, sin embargo, El sigue estando siempre en su pue-

blo y es muy dudoso que se pueda manifestar más a través de una sola persona, cuando esa persona tenga en frente, y en desacuerdo, a todo un pueblo. Y hoy día hay unas cuantas cosas en la Iglesia, en que si el pueblo verdaderamente cristiano tuviese una, voz gigante para expresarse libremente, sin temor a incurrir en pecado al apartarse del criterio de sus jefes espirituales, el pueblo diría lo contrario de lo que dicen sus jerarcas.

Con tales normas para su elección, es natural que los que sean electos para el Episcopado no den la talla para el enorme esfuerzo que en esta hora de la humanidad se necesita. Y en concreto, en esta candente hora, en que tanta energía, tanto para la América del Norte como para la del Sur, hace falta desarrollar, tenemos unos obispos prudentes, obedientes a Roma, bien relacionados en curias y nunciaturas, de los que no se puede temer ninguna herejía... Pero esas cualidades no bastan para estos tiempos. Hace falta estar más identificados con las necesidades del pueblo, hace falta más desinterés, hace falta más audacia, hace falta tener un historial menos de curia, hace falta tener menos apego al cargo y menos miedo, y estar dispuestos en algunas ocasiones extraordinarias a hablar, aunque más tarde la Santa Sede, por razones de política humana, tenga que retirarlos. Y triste es decirlo, no vemos grandes indicios de que en un futuro cercano hayan de realizarse los profundos y urgentes cambios que necesitan las mentes de los que actualmente pastorean la Iglesia americana.

Por eso no es de extrañar que se empiecen a oír voces inquietantes, y no precisamente de advenedizos, sino de teólogos conscientes.«¿Tiene aún la Iglesia, en su forma actual, algo que decir al hombre de hoy? No. Incluso la palabra Iglesia suele despertar cierta resistencia y así la Iglesia no tiene porvenir. Y aún llegamos menos lejos cuando «adaptamos» la Iglesia a este tiempo de tal forma que la trama sigue siendo la misma. Debemos ser siempre conscientes del aspecto revolucionario de este tiempo en lo que se refiere a los cambios, tanto mentales como estructurales. Aquí se debe intervenir radicalmente. La divisa de Lutero «Ecclesia semper est reformanda» (La Iglesia siempre tiene que estar siendo reformada), cobra mayor actualidad que

nunca. Debe ser una reforma tal que, en palabras del obispo anglicano Robinson, la reforma anterior quede reducida a algo provinciano, en comparación con lo que debe ocurrir» [4]. En el mismo sentido, y si cabe con palabras más graves, escribe Adolfs: «El problema del futuro de la Iglesia es muy serio. Si la Iglesia continúa siendo y haciendo lo que hasta ahora, no tiene futuro. Imperceptiblemente cumplirá más y más deberes sociales en el interior de un orden social esencialmente ligado a una ideología anticristiana. Cavará paulatinamente su propia tumba que será al mismo tiempo la tumba de Dios. La situación es seria y lo que he dicho no debe desecharse fácilmente con una sonrisa tolerante o con un encogimiento de hombros. Creemos en la Iglesia. Creemos que tiene un mensaje que proclamar, una misión que cumplir y un futuro por delante demasiado grande para que lo podamos siquiera imaginar» [5]. Sólo cuando la gran masa de los obispos de América caiga en la cuenta de esta muy seria amenaza y se decida a actuar, podrá la Iglesia ponerse al paso con los tiempos. Sólo así dejará la Iglesia de aparecer a los ojos del pueblo como un viejo líder, que en otro tiempo fue grande y condujo a su pueblo, y para el que hoy, en su ancianidad, hay todavía un gran respeto, pero que ya no tiene fuerzas para conducirnos. No se puede vivir de recuerdos y de tradiciones. Estos, atraen a los viejos, pero nuestra sociedad joven y revolucionaria quiere un liderato audaz, que no tenga miedo en presentarle soluciones nuevas a problemas nuevos. Mal podrá hacerse ésto, cuando la suprema norma episcopal es la «seguridad» en la doctrina o la «seguridad» en el cargo. El gran interrogante es si en unos muy pocos años el episcopado americano en masa habrá descubierto estos graves peligros y se habrá decidido a emprender la reforma con toda la energía que hace falta. De no ser así es muy oscuro el porvenir.

Todas estas verdades son bien conocidas y frecuentísimamente cuchicheadas entre el clero y los católicos conscientes,

---

[4] *Hacia una Iglesia más secular.* H. Bargerd. Capítulo V, pág. 191. Colección Hinnení. Salamanca, 1968.

[5] *Op. cit.*, pág. 111.

pero raras veces las vemos escritas en letras de molde para que puedan leerlas aquellos a quienes más les debe interesar, que son los propios jerarcas. Con frecuencia éstos viven rodeados de una cohorte de admiradores, si no de aduladores, que hacen el papel de mampara que impide que lleguen hasta ellos las voces ásperas de la realidad. Hoy día, con el diálogo más o menos institucionalizado, les van llegando ya las voces de la realidad. Pero frecuentemente, las verdades más crudas se arropan con palabras untuosas, que les quitan aspereza, restándoles, al mismo tiempo, veracidad. Hay palabras ásperas que tienen que ser dichas así, ásperamente, porque la realidad es también áspera. Y es un acto de caridad el hacer que los jerarcas las oigan para que no vivan engañados con la espuma que tan frecuentemente, segregan los que los rodean.

CONCEPTO EPISCOPAL DE IGLESIA

¿Por qué es tan frecuente que los sacerdotes no quieran a sus obispos? Es un hecho real, que el deporte favorito de muchos sacerdotes, es el criticar a sus obispos. ¿Será únicamente por un sentido de envidia o de falta de caridad de los sacerdotes? Creemos que no. Sin defender ciertamente la actitud del clero, creemos sin embargo, que en muchísimas ocasiones hay, por parte de los obispos, una buena parte de culpa en estas críticas. Jesucristo dijo de sí, que «no había venido a ser servido, sino a servir» [6]. Y si el lema de los Sumos Pontífices es: «Siervo de los siervos de Dios», con mucha más razón podríamos decir, que el obispo es, por ser pastor, el ayudador de todos sus fieles, el que se sacrifica por ellos, y el que los ayuda en sus necesidades. ¿Pero es en realidad esto así, hablando en general?

Esta idea de servidor, hace años que fue suplantada por la idea de superior, de jefe, de líder. A poco que se conozca la historia, se recordará toda una pléyade de obispos batalladores que, cabalgando al frente de sus mesnadas en la Edad Media, conquistaron tierras con la disculpa de conquistar almas para la cristiandad. Y remontándonos todavía a épocas anteriores, es de sobra sabido y mucho se ha escrito de ello últimamente para explicar ciertas realidades presentes, que al adquirir, por fin, la Iglesia, carta de ciudadanía en el Imperio romano, bajo el emperador Constantino, y más aun al ser reconocida en el siglo IV por el emperador Teodosio como la Iglesia oficial con proscripción de las demás, los obispos pasaron automáticamente a ser unos personajes importantes dentro de aquella sociedad.

[6] *Mt* 20, 28.

A la caída del Imperio romano la Iglesia—la jerarquía—asume de hecho el gobierno del mundo: es el lazo de unión de los pueblos civilizados, su juez y su árbitro. Y así discurren las cosas hasta muy avanzada la Edad Media. Y tanto es así que ese concepto llega a ser un algo distinto de la mentalidad de la época. El Papa en un principio apareció como padre de todos los pueblos con una espada espiritual en la mano; pero junto al emperador quien blandía aún la espada temporal y se sentaba en su propio trono cabe el Pontífice. Poco a poco el papado prescindió del Imperio y se arrogó el poder temporal. Inocencio III (1198-1216) está en la cúspide de este movimiento, y la bula «Unam Sanctam» de Bonifacio VIII (1298), constituye su más atrevida exposición. En su tanto se puede decir lo mismo de los obispos, que en su rango de jefes espirituales estaban por lo menos al mismo nivel que los jefes civiles y en muchísimas ocasiones ellos mismos eran el poder civil.

Del trato con los grandes fueron, poco a poco, adquiriendo ciertas malas contumbres, que, si se veían mal en los jefes civiles y militares, se veían mucho peor en los líderes religiosos. De estos precedentes históricos han heredado muchos obispos el concepto que ellos tienen de su cargo. De ahí han heredado los símbolos que los representan y con los que se presentan delante de su pueblo. De ahí los tronos, las mitras, los anillos, los ornamentados báculos. De aquellas épocas han heredado las vestiduras pomposas, los trajes de brillo, las botonaduras heroicas, las hebillas en el calzado, etc. De su paridad con los grandes señores civiles han arrastrado los títulos de excelencia reverendísima, ilustrísimo, monseñor, etc. De las cabalga-

duras bien enjaezadas y de los suntuosos carruajes de otros tiempos, han heredado el gusto por los buenos automóviles. De èntonces también, sobre todo en los países de vieja cristiandad, han heredado el hábito de codearse con los grandes de la sociedad, con los poderes públicos, y con todos aquellos que, de una manera u otra, se destacan en la vida social. Lo malo es que todas estas cosas se hacen para representar a un hombre que dijo de sí mismo: «Venid a mí, que soy manso, humilde de corazón» [7]. Y que dijo también en otra ocasión: «Las aves del cielo tienen nidos y las zorras tienen cuevas, pero yo no tengo dónde reclinar la cabeza» [8]. Y con toda energía tenemos que acusar, que no hay manerá de compaginar al representado con los que lo representan. El Pueblo de Dios ha padecido por demasiados años este escándalo para que tenga que seguir padeciéndolo a ciencia y paciencia. Es hora de clamar abiertamente contra esto. Si la jerarquía de la Iglesia, para recordarnos que es representante de Jesús de Nazaret, sigue vistiéndose de esa manera, viviendo de esa manera y dominando de esa manera, una de dos: o nos está engañando o está calumniando a Cristo. ¿Hasta cuándo tendrá que tolerar el Pueblo de Dios el escándalo del lujo de sus jerarcas? ¿Por qué el automóvil de un obispo tiene que valer cinco veces más que el de un sacerdote, si éste lo necesita más que él, ya que se mueve mucho más que él? ¿Cómo es posible que algunos obispos se permitan el lujo de gastarse miles de dólares únicamente para comprarse las vestiduras episcopales? ¿Es que con ellas representará mejor al carpintero de Nazaret? ¿Por cuánto tiempo seguirán padeciendo los pobres el escándalo de hebillas de plata, de ristras de botones, de borlas y de anillos que engarzan reales piedras preciosas? San Bernardo de Claraval escribía al Papa Eugenio: «Si el Papa se viste de seda, se cubre con oro y piedras preciosas, se rodea de soldados y sirvientes, cabalga un blanco corcel, termina pareciendo más un sucesor de Constantino que un sucesor de Pedro» [9].

---

[7] *Mt* 11, 29.
[8] *Mt* 8, 20.
[9] *De consideratione*, IV. 13. 6 Migne P. L. 182. 776 A.

¿Perdería el obispo su dignidad si se vistiese como cualquiera de sus sacerdotes? ¿Y perderían, el obispo y sus sacerdotes su dignidad, si se vistiesen como cualquiera de los hombres normales? [10]. ¿Cuándo dejarán de vivir, muchos obispos, en mansiones señoriales muy dierentes de las de los demás fieles, y que llevan el ostentoso nombre de palacios? ¿Cuándo prohibirán tajantemente que nadie se arrodille delante de ellos para besarles el anillo? Y lo peor de esto, que al mismo tiempo nos dice la profunda reforma que necesita toda la estructura de la Iglesia, es que muchos de estos anacronismos, muchos de estos delitos de falsa representación, muchos de estos pecados de soberbia institucionalizada están así taxativamente mandados, en ese mausoleo del espíritu evangélico que se llama Derecho canónico. Le oí decir a monseñor Cardijn [11], que cuando fue nombrado cardenal y se enteró del enorme valor de las vestiduras que por obligación protocolaria tenía que llevar un cardenal, se llenó de pasmo y se negó a comprar parte de lo que le exigía el protocolo.

Es cierto que, gracias a Dios, hay ya en la Iglesia, muchos obispos que caen en la cuenta de la gran trascendencia que, a la larga, tienen en la mente del pueblo todas estas pequeñas cosas del vestir, etc. Monseñor Mercier, obispo de Laghouat, escribía: «El cuerpo de obispos debería tomar la iniciativa de desprenderse voluntariamente, de todo lo que aun resta de boato, de ostentación de riqueza y de poderes temporales, cosas que ya, afortunadamente, han sido superadas.» Y un obispo argentino, monseñor Juan Iriarte, de Reconquista, escribía con tristeza:

---

[10] El Papa San Celestino I (428) censura a ciertos clérigos que habían comenzado a usar un traje demasiado diferente del común: «Si hace falta distinguirse del pueblo o de los demás, que sea por la doctrina y no por el vestido.»

[11] El cardenal José Cardijn, muerto en 1967, elegido cardenal a los ochenta y tres años siendo simple sacerdote, fue el fundador de la Juventud Obrera Cristiana. Fue un auténtico profeta de su tiempo ya que muchas de las ideas (laicado, Acción Católica, movimientos especializados) que más tarde encontraron su expresión en el Concilio, fueron previstas y difundidas por él muchos años antes. El fue en gran parte inspirador y aun autor de la «Mater et Magistra».

«Debemos proclamar el mensaje cristiano desde lo alto de nuestros altares de mármol y de nuestros palacios episcopales, en el estilo barroco e incomprensible de nuestras misas pontificales, y en las definiciones, aun más extrañas, de nuestro idioma eclesiástico, mientras aparecemos ante el pueblo envueltos en púrpura... ¡y nuestro pueblo, cuando se dirige a nosotros, debe llamarnos excelencia y arrodillarse para besarnos el anillo!»

Sin embargo, frente a estos ejemplos de pastores que han despertado a la realidad de la Iglesia y del mundo de hoy, hay muchos pastores que siguen dormidos, en el dulce balanceo de la tradición y sueñan y se sienten halagados con sus mitras y sus tronos, y en sus sueños sigue meciéndoles la admiración y las reverencias de sus súbditos. Pero duermen en realidad un sueño profundo. Conozco a algún obispo que da la impresión de que todo lo quiere arreglar con misas pontificales. ¡Qué pena da verlo llegar en su gran automóvil a un pobre pueblecito de campesinos, con su secretario portador de una gran maleta donde lleva toda la lencería para el espectáculo, con mitras de diversos colores, guantes y zapatos blancos con grandes hebillas. ¡Y muchas de aquellas gentes se ponen zapatos solamente cuando van a la ciudad y no se pondrán guantes en toda su vida!

La Iglesia está necesitada de muchos cambios, grandes y pequeños. Entre éstos, el de la vestimenta de los sacerdotes, y sobre todo de la jerarquía. Sin embargo, este asunto de la vestimenta clerical, a pesar de ser muy llamativo y causa en algunos sitios de muchas polémicas, no es ni con mucho, de las cosas importantes que hay que hacer. Es una cosa superficial, que precisamente por estar en la superficie, se ve más, pero en realidad no afectaría la salud profunda de la Iglesia. Sin embargo, mucha gente se pregunta: Si en una cosa tan sencilla de corregir, y tan claramente opuesta al espíritu de la Iglesia, muchísimos obispos no han sido capaces de cambiar nada y siguen con sus hábitos anacrónicos y con sus botones y borlas, a pesar del aire más bien ridículo que en estos tiempos presentan, ¿serán capaces de atreverse a las reformas profundas que hacen falta? ¿Serán capaces de comenzar a vivir, realmente, como pobres? ¿Serán capaces de comenzar a pensar de una manera diferente? Porque quitarse una sotana brillante es una cosa facilísima, pero atreverse a pensar que el uso de contraconceptivos, por ejemplo, no es contra natura, requiere mucho más coraje espiritual, requiere muchas horas de meditación y requiere una buena dosis de humildad para exponerse a, cuando menos, llevar una severa reprimenda.

Algunos dan como disculpa de que no es tarea fácil liberarse del peso de la historia y de las costumbres, y no deja de tener algún valor este argumento. Admito que para muchos fieles y sencillos cristianos sería un fuerte choque ver, de repente, a su obispo, despojarse de su brillante hábito morado y caminar por una acera vestido como cualquier mortal, con un traje y una corbata. (Y aun a eso hay que darle muy poca importancia y pasarle por encima a los escándalos farisaicos.) Sin embargo, sería muy fácil vender el automóvil de lujo y comprarse uno sencillo, diríamos más bien uno normal, que costaría mucho menos que el otro. Y esto deberían haberlo hecho ya muchísimos obispos en la Iglesia, que no se sabe con qué retorcidos argumentos han podido cohonestar en sus mentes, el manifiesto escándalo que supone para sus súbditos, en su mayoría pobres, el verlos por las calles de la ciudad con un automóvil exactamente igual al que usan los ricos [12]. Repetimos que esta resistencia y esta dificultad por parte de todos eos símbolos de grandeza y de poder, obedecen inconscientemente en buena parte de los Obispos, a su concepción de la Iglesia. Atareados por múltiples ocupaciones extrañas a su cargo como realmente están, muchos de ellos no han tenido tiempo de renovar su teología, y fundamentalmente, siguen pensando, en cuanto a sus cargos, a la Pastoral, y a la Iglesia se re-

[12] En un interesante libro sobre el Concilio, Henri Fesquet, profesor de Derecho canónico, censura a los obispos que durante el Concilio fueron a hospedarse en Roma a los hoteles más lujosos y caros. Y presenta la paradoja de que en los países pobres es donde la Iglesia dispone de un confort insolente. Y subraya que en América Latina es demasiado evidente que la Iglesia todavía está comprometida con las clases pudientes. HENRI FESQUET: *Rome S'est-Elle Convertie?* Grasset. París, 1966, página 195.

fiere, lo mismo que pensaban en el seminario, a pesar de que cuando ellos estaban aún en el seminario, ya los teólogos de avanzada habían empezado a decir cosas muy interesantes sobre Dios, sobre la Iglesia, y sobre el mundo. Sin embargo, entonces eran considerados casi como herejes, y puede ser que sus libros no les estuvieran permitidos a los seminaristas. En aquellos años, cuando se hablaba de «la nueva teología», se hacía una cierta inflexión en la voz, y ciertamente ésta no tenía franca entrada en los seminarios. Los que por entonces estudiábamos, teníamos que atenernos a los manuales clásicos. Pero aquella teología que estudiamos, hoy es vieja teología, y la que entonces era nueva teología, es la teología de hoy. Y muchos obispos no saben bien la teología de hoy; si la supieran y la hubieran meditado, las mitras y las vestiduras se les hubieses caído solas, por obsoletas y aun ridículas.

Más importante que cambiar roquetes y puntillas es cambiar el concepto de Iglesia. ¿Qué es lo que muchos obispos piensan cuando hablan de Iglesia? ¿No es una Iglesia vigilante de la fé, representante exclusiva del Pantocrátor, dispensadora de la vida eterna, o de castigos sin fin? Y en cuanto a su cargo, a su título, ¿no piensan muchos obispos algo así como Luis XIV, que la quintaesencia de la Iglesia local, son ellos? ¿No se sienten dueños de su diócesis? ¿No se sienten, por lo menos, ellos solos, responsables de toda la grey que les ha sido encomendada? Todavía queda mucho de esto. Y no puede ser menos, pues la misma ley, al imponerles tales vestiduras, tales poderes y tales títulos, los está inctando a ello.

Aparte de esto, creo que en muchos obispos hay un desenfoque tradicional e inconsciente de su título. El obispo es el representante de Jesucristo—así piensan—y, por tanto, merece, por parte del pueblo, todo el respeto que Jesucristo se merece. Y al habérselo ido dando el pueblo sencillamente a lo largo de los siglos, al haberlo ido poniendo como en un pedestal, al ver en él al representante de Jesucristo, todo esto nacido de la buena fe del pueblo, ha ido haciendo que en el episcopado se fuera arraigando más este parcial conocimiento de su representación. La otra gran verdad, a la que no ayudan ni los hábitos

ni la «dignidad», es que, precisamente por representar a Jesucristo, tienen que darle ellos al pueblo, y a cada uno de los hombres, todo lo que Cristo les dio. Cristo vino para servir a los hombres, Cristo se inmoló por los hombres. Cristo se despojó a sí mismo para darse a los hombres, Cristo sufrió por los hombres, Cristo acompañó a los hombres, Cristo fue paciente con los hombres. Si los obispos quieren representar al Cristo total, tienen que hacer lo mismo que hizo Cristo, ponerse al servicio de los hombres. No sólo tienen que oír aquellas palabras: «Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy» [13], sino que tienen que oír también las palabras subsiguientes: «Pero mirad que Yo estoy entre vosotros como el que sirve» [14]. Por siglos, los obispos han tenido la tendencia a representar al Cristo glorios, al Cristo triunfante entrando en Jeruslén y pisando sobre mantos y palmas y aun diciendo que si aquellos dejaran de alabarle, lo alabarían las piedras [15]. Ya es hora de que caigan en la cuenta de que, sobre todo, representan al Cristo humilde, pobre, servidor. El Cristo glorioso es el que nos espera en el cielo, y ese no necesita representantes. El que los necesita es el Cristo anonadado—convertido en alimento—en todos los Sagrarios del mundo. Y para representar a ese Cristo, sobran pompas y hace falta, en cambio, mucho amor y mucho sacrificio.

El Pueblo de Dios, y en concreto los cristianos más maduros, deberían ir ayudando a que sus pastores cayesen en la cuenta de estas realidades que tan difícil se les hace descubrir. Siglos de tradición han convertido todas estas manifestaciones de respeto y obediencia a nuestros pastores en algo casi esencial a su rango. A mucha gente le parece que si no practican tal o cual acto de servilismo, que si no se inclinan a besar el anillo, que si tienen que hacer que el obispo pase una noche en una habitación sencilla, o que tenga que hacer fila para cualquier cosa, creen que le están faltando al respeto, o que están haciendo algo grave contra la dignidad episcopal: Hay la im-

---

[13] *Jn* 13, 13.
[14] *Lc* 22, 27.
[15] *Lc* 19, 40.

presión, no sin lógica, que un hombre que se sienta en un trono, debajo de un dosel, no puede nunca hacer cola para nada. Ya es hora de que nosotros ayudemos a nuestros pastores, con todo el respeto y cariño, a que descubran que ellos, por razón de su ministerio, deberían ser los primeros en escoger los últimos puestos. Está bien que nosotros queramos ahorrarles trabajo, pero no extrememos nuestra obsequiosidad, o de lo contrario ayudaremos a perpetuar, en la difusa mente del episcopado, las falsas ideas y prácticas que se han venido cometiendo hasta ahora.

TRATO CON LOS PODEROSOS

En Sudamérica es idea común entre la gente del pueblo, que la Iglesia—el clero y, sobre todo, la jerarquía—son aliadas íntimas de los grandes y de los poderosos. Desgraciadamente, esta idea está avalada por muchas obras. Pocas veces vemos en el Evangelio a Cristo hablando con los grandes de su tiempo. Las pocas veces que lo vemos dirigiéndose a ellos es para recriminarlos y para lanzarles terribles acusaciones, que eran muy verdaderas. Hoy día, también la jerarquía podría lanzar terribles acusaciones contra los grandes y los poderosos de nuestro tiempo. Y sin embargo, la vemos, con pocas pero gloriosas excepciones, en excelentes relaciones amistosas que tanto escandalizan al pueblo. En primer lugar, es un hecho innegable que la presencia de muchos obispos en la casa de los ricos es mucho más frecuente que su presencia en las casas de la gente pobre o sencillamente de la clase media. Con el agravante de que la mayoría del clero y de la jerarquía ha venido de la clase humilde; pero han aprendido enseguida el camino de las mansiones lujosas. Por amor a Dios, no se repita más la herejía de decir que esas visitas a las casas de los ricos son para pedirles dinero con el que sostener las obras de la Iglesia. En esto hay tres o cuatro graves errores envueltos, porque ni los sacerdotes, ni los obispos, son los que tienen que andar pidiendo dinero, ni los ricos tienen que estar esperando que se lo sonsaquen por la fuerza, o que se lo vengan a pedir, ni hay derecho a que los

eclesiásticos pierdan su tiempo en esta labor mendicante, ni la Iglesia debe ya necesitar semejante dinero para hacer más edificios. Lo que sí hace falta es que los obispos aprendan el camino de las barriadas pobres. Recuerdo haber visto una escena muy simbólica, aunque muy real. Con motivo de un Congreso (porque parece que hace falta esperar a un Congreso para que suceda semejante acontecimiento), un obispo se decidió a visitar uno de los barrios más pobres de la ciudad. La visita fue anunciada a bombo y platillos. Pero, ¡oh desilusión! Al llegar al barrio, el Mercedes Benz no entraba por las callejuelas. Y mis ojos vieron, con gran alegría de mi corazón, cómo los morados capisayos de su excelencia, se salpicaban del proletario fango de la barriada. Un fango que es media vida para aquellos niños.

Comprendo perfectamente que no es precisamente la tarea de un obispo el caminar a diario por estas barriadas. Pero lo mismo que esto es cierto, también lo es el que no es precisamente la tarea de un obispo el visitar, con una desproporcionada frecuencia, las casas de los adinerados. Su principal tarea será visitar a sus sacerdotes y a todos aquellos cristianos que están activos en la propagación del reino de Dios. Sé también que este tópico del trato de la jerarquía con los ricos es un tópico fácil, pero, desgraciadamente, es muy real.

En segundo lugar, están las relaciones de los obispos con los poderes públicos. Hubo un tiempo en que el obispo era el poder público, y puede ser que, actualmente, en algunos, quede algún resabio de los tiempos viejos. Naturalmente que, siendo el obispo la autoridad eclesiástica, tendrá muchas veces que tratar con la autoridad civil para problemas comunes. No es precisamente pecado hablar con la autoridad civil. Sin embargo, en muchas ocasiones sí será un pecado, y grave, hablar con la autoridad civil, y no exponer las justas y graves quejas que el pueblo tiene contra ella, sobre todo, cuando a ese pueblo no se le permite hablar. El obispo, entonces, tiene que convertirse en la voz de su pueblo, precisamente por razón de su cargo. Si es pastor, y, sobre todo, si es padre, tiene que defender los derechos de sus hijos, y está obligado gravemente a de-

fenderlos cuando él es el único que lo puede hacer, y cuando los derechos son gravemente violados. He aquí un pecado específicamente episcopal. Y he aquí un pecado en el que actualmente caen muchísimos obispos. ¿Se acusarán de él en sus confesiones? Cuando el pueblo, que padece hambre porque no tiene trabajo, o porque sus salarios son bajos, debido a leyes injustas sancionadas por gobiernos abusadores y de mentalidad capitalista, cuando el pueblo se ve maltratado todos los días por las macanas de los policías o por las bayonetas de los soldados, cuando el pueblo no tiene voz ni voto porque los gobernantes se quieren perpetuar año tras año para seguir robando y para seguir disfrutando de su buena vida, tratando a toda la nación como si fuese su finca particular, cuando un grupito de vividores de sociedad, con aire de políticos, o una pequeña tribu de coronelitos abusadores tienen a un pueblo aherrojado por el terror, o en una perpetua etapa de sub-desarrollo muy conveniente a sus bolsillos insaciables, y ese mismo pueblo, al levantarse por la mañana ve, en las primeras páginas del periódico, una gran fotografía del general X, o del ambicioso politicastro Z, ascendido a presidente de la República por no se sabe qué sub-arte democrático de manejo de votos, en un abrazo cordial con monseñor el obispo, invitado de honor a la fiesta de la víspera, ese pueblo padecerá un daño en sus conciencias y en todo su psiquismo, que probablemente es mucho mayor del que recibiría si viera caer a su obispo en herejía. ¡Y cuántos pecados de esta índole tiene sobre sus hombros el episcopado americano! ¡Cuántos miles de católicos no habrán abandonado el redil por esta actitud de sus obispos! [16] Qué sensación de abandono tienen actualmente miles y miles de buenos cristianos proletarios, al haber caído en la cuenta de que sus pastores se pastorean a sí mismos, a sus cargos, a sus ayudas estatales

[16] *How to demoralize the laity.* Thomas C. Bruneau. AMERICA. June 22, 1968. N. York. *(Cómo desmoralizar al laicado).* Artículo muy intresante que ilustra lo que estamos diciendo y que lleva como subtítulo «Debido a que la mayoría de los obispos del Brasil no defendieron a los líderes de la Acción Católica contra el hostigamiento y aun la cárcel del régimen militar, aquellos se encuentran ahora en una situación desesperada».

y a sus privilegios [16b]; pero que los que han dejado a ellos abandonados a su suerte. Hace poco hemos leído en los periódicos del mundo entero que un obispo llamó a la Policía para que desalojara de su oficina a un grupo de sacerdotes que habían ido allí para defender a otros sacerdotes encarcelados y para hablar con él de los graves sucesos que estaban ocurriendo. Si un obispo llama a la Policía para desentenderse de un sacerdote, presumimos que ese sacerdote va a tener muy serios conflictos de conciencia. La tentación que a ese sacerdote le vendrá de rebelarse abiertamente contra su obispo, es la misma tentación que, por años y años, ha sufrido el pueblo de muchos países al ver que sus pastores no los defendían delante de las autoridades; antes al contrario, estaban en excelentes relaciones con los que encarcelaban y aun asesinaban a sus hijos.

Para muchos obispos, un gobierno es bueno cuando respeta a «la Iglesia». Es decir: cuando los respeta a ellos, les respeta sus bienes, o los bienes de las parroquias y órdenes religiosas, los invita a sus fiestas y no hace una abierta política anticatólica. El que ese gobierno conculque a diario los derechos básicos del hombre, no permita hablar a la gente, golpee a los ciudadanos indefensos, etc., eso en las mentes de los obispos, parece que no tiene importancia ninguna para hacer que un gobierno sea malo. Porque inconscientemente en sus mentes, «la Iglesia» son ellos y su curia. El Pueblo de Dios no es la Iglesia, y menos el pueblo a secas. La noción de «Pueblo de Dios» es algo que ha desenterrado la nueva teología y todavía no ha entrado bien en sus mentes. Pero eso sí, un gobierno será indefectiblemente malo, si le quita a la curia los latifundios baldíos, si trata los bienes de la Iglesia como cualesquiera otros, si no ayuda a las escuelas católicas (que ordinariamente cobran muy buen dinero). Gobierno que tal haga, es un gobierno malo

Una prueba de esto la tiene el lector en sus manos. Las autoridades de cierto país, a cuya censura oficial hay que someter toda publicación, —autentica castración mental de un pueblo— prohibieron la impresión de este libro. Una de las razones extraoficiales fué que "no querian problemas con la Iglesia". De esta manera (junto con abundantes asignaciones a entidades y personal eclesiástico) paga el gobierno de ese país el endosamiento y el silencio de la jerarquía.

y anticatólico. Aunque, por otra parte, sea un gobierno que se preocupa relamente del pueblo.

La Iglesia del silencio no es sólo la que está detrás del telón de acero. La Iglesia del silencio la tenemos también en América. Los cientos de obispos que callan ante fantásticos abusos y lentos genocidios [17]. Gracias a Dios que ya comienzan a oírse las voces proféticas—y por proféticas próximas a la cárcel, al descrédito y aun al atentado—de unos cuantos obispos en Sudamérica. Les hablan claro a los poderes constituidos, les recuerdan las graves obligaciones que tienen con el pueblo. Les dicen que el orden no es el supremo de todos los bienes, ni la paz es la más alta de todas las metas, cosas, ambas, que parecen ser el desideratum de todos los regímenes militares. Orden y paz hay en los cementerios; pero falta la vida. Les repiten con valentía las palabras de Jesús a Pilatos: «No tendrías poder ninguno sobre mí, si no te fuese dado de arriba» [18]. Y aquellas otras más fuertes refiriéndose a Herodes y sin miedo de que pudiese alguien decir que se metía en política o que criticaba negativamente: «Id y decidle a aquel zorro...»[19]. A mucha gente, a la hora de la cuenta, la acusarán por haber hablado demasiado. Yo estoy seguro que a muchos obispos los acusarán por no habler hablado lo suficiente.

ADMINISTRADORES DE LOS «BIENES DE LA IGLESIA»

Consecuencia también de un falso concepto de su cargo, es el empleo de su tiempo. El desmesurado esfuerzo y energías que

[17] La historia de la Iglesia está llena de ejemplos de valentía y heroísmo de muchos cristianos y en particular obispos que se opusieron gallardamente a las exigencias de los poderosos. Aparte de los miles de mártires que les dijeron que no a los tiranos, tenemos los clásicos ejemplos de los obispos Anastasio e Hilario que tuvieron que aguantar los castigos del César por no ceder en sus convicciones doctrinales; de un San Ambrosio que obligó valientemente al emperador a hacer pública penitencia; de un San Basilio que le declaró a la cara del emperador Valente que no obedecería sus injustos mandatos.

[18] *Jn* 19, 11.

[19] *Lc* 13, 31.

dedican a la administración de los «bienes de la Iglesia» o, por lo menos, la preocupación que ésto les accarrea. Muchos se acusarían de irresponsabilidad si no lo hiciesen así. Como si la Iglesia, al ordenarlos obispos, la principal responsabilidad que les hubiese conferido fuese la de conservar y acrecentar los bienes de la diócesis. Los bienes de una diócesis son otros muy diferentes de los que se depositan en un banco. Y aquéllos, como veremos más adelante, están bastante abandonados en virtud de una pastoral caótica, y sin embargo, no creo que les quiten muchas horas de sueño. La Iglesia, en este caso las curias episcopades, a lo largo de los años, han ido acumulando una cantidad con frecuencia no pequeña, de bienes materiales. Estos bienes suelen ser un poco misteriosos, pues, hasta ahora, los obispos han sido bastante celosos en el cumplimiento de su «deber» de administrar esos bienes, y han compartido esos secretos con pocas personas. Son unos bienes de los que, hasta ahora, no se ha rendido cuenta a nadie, como no sea a la Santa Sede, y ya va siendo hora de que el Pueblo de Dios sepa cuáles son esos bienes, ya que esos bienes se han ido acumulando con la generosidad y el sacrificio de sus antepasados, Y ya es hora también de que se sepa qué se hace con esos bienes y a quién benefician esos bienes.

Hay curias sudamericanas que son millonarias. Por muchos pucheritos mojigatos que sus administradores hagan, los cristianos conscientes saben que hay bastantes curias millonarias, sobre todo, las de las capitales, que hace ya varios siglos que fueron erigidas en diócesis. Es decir, que están a la par con los grandes financieros de la ciudad o de la nación. Es cierto que hoy ser millonario en sudamérica no significa gran cosa. Gracias a los latrocinios, a la irresponsabilidad y a la crasa impreparación de muchos ministros de finanzas, y gracias también, en gran parte, al imperialismo económico norteamericano y al super-capitalismo internacional, las monedas sudamericanas se han convertido en chatarra financiera. Pero el hecho innegable es que muchas curias poseen bastante de esa chatarra en métálico, y a veces, cantidades enormes en bienes raíces, no fácilmente canjeables. Y he aquí que un pobre hombre, nacido en

una humilde familia campesina, atiborrado durante diez años seguidos de latines y de silogismos escolásticos entre las paredes de un seminario, y ordenado más tarde obispo para mantener viva y propagar la llama de la fe en el mundo, he aquí a ese hombre metido de cabeza en el mare-magnum de la contabilidad y de la administración de los «bienes de la Iglesia». Su preparación como financiero ha sido nula; en realidad debería aborrecer y cogerle horror a tamaña responsabilidad; pero !con qué gusto se enfrascan en ella algunos obispos! Sobre todo, si los bienes que encontraron son abundantes. He aquí otra de las tentaciones específicamente episcopales: jugar a banqueros, hacer de grandes inversionistas. Pero como la preparación no ha existido, y como la inspiración del Espíritu Santo no se extiende hasta lo financiero, frecuentemente hay grandes fracasos, que, gracias a Dios, y a la «prudencia eclesiástica», quedan, la mitad de las veces, en la penumbra. Parece que algún poder oculto tiene un especial placer en hacer fracasar las operaciones financieras de las curias. Si se publicase un libro con todos los fiascos económicos episcopales, haría furor entre los financiéros y llenaría de furor al Pueblo de Dios al ver cómo tan ingenuamente se malbarataron sus limosnas y su generosidad. Indudablemente ha llegado el momento de que los obispos, y otro tanto se puede decir de los párrocos, se deshagan por completo de esta administración de bienes materiales. La Iglesia es la que tiene que hacerse cargo de ellos. Y la Iglesia, en este caso, son los laicos sobre todo. Si hay que invertir, habrá laicos que sabrán mejor dónde invertir. Y en cuanto a qué hay que hacer con ese dinero, si invertir, hacer obras de caridad, prestar, construír, o devolver, no puede dejarse esto a la voluntad de un solo hombre, que por añadidura no tiene don especial ninguno para eso, sino en manos de un grupo de miembros escogidos de la Iglesia: laicos y no laicos, ya que ese dinero es de toda la Iglesia, y es para el bien de toda la Iglesia [20]. Hay que acabar con el misterio que envuelve los bienes de la Iglesia. Cada año hay que rendir cuentas claras al pueblo de qué se hace con él. Entonces no habrá el peligro de que una cantidad desproporcionada, se invierta en «mantener la Curia», término genérico bajo el cual se pueden encubrir muchas cosas, ni se cometerá el disparate antievangélico de invertir ese dinero en «bonos de Guerra» de los EE. UU., como ha hecho más de un representante del Príncipe de la Paz.

[20] Como dato curioso y para abundar en la necesidad de que tiene que ser un grupo representativo del Pueblo de Dios el que administre los bienes de la Iglesia, aportaré el hecho de que cuando en cierta ocasión el autor necesitó dinero para las actividades de la Juventud Obrera Cristiana, la curia se lo prestó al 8 por 100 anual. No le exigieron firmas de codeudores.

TRATO CON LOS SACERDOTES

Otro punto sobre el cual tienen que hacer un muy serio examen los obispos es sobre su trato con los sacerdotes. Mejor podríamos decir, su falta de trato con los sacerdotes. Creo que la principal causa de amargura de muchos sacerdotes son sus relaciones con el obispo. Bien pensado, la principal tarea del obispo debería ser el atender a sus sacerdotes, el velar por ellos. Pero no con un afán paternalista, porque los sacerdotes son mayores de edad y saben lo que quieren, sino en plan de verdadera y auténtica amistad. Los sacerdotes son los que comparten con ellos su tarea de pastorear el rebaño de Cristo. De sus sacerdotes depende que el ejercicio de sus funciones episcopales sea bueno o malo. Si sus sacerdotes cumplen bien con su misión, se podrá decir con toda justicia, aun prescindiendo de sus cualidades personales, que él es un buen obispo. Pero, sin embargo, las relaciones entre el sacerdote y los obispos, me atrevo a asegurar que en la mayoría de las diócesis distan mucho de ser buenas. Muy a menudo, los sacerdotes se sienten ignorados, sienten ser una mera pieza en el tablero de la diócesis. No se cuenta con ellos para las decisiones, y se toman decisiones sobre ellos sin preguntarles su parecer. Muchos sacerdotes jóvenes, sobre todo, si son menos dotados de cualidades humanas, se sienten positivamente abandonados. Y esta es una grave tentación para todo sacerdote. Ellos han renunciado a su propia familia, y su soledad se acrecentará, y a muchos se les

hará intolerable cuando se dan cuenta de que aquella persona que más debería estar interesada en su trabajo, apenas si se acuerda de que él existe. Sus sudores de semana tras semana, y de mes tras mes, pasarán totalmente inadvertidos, y no recibirán una palabra de aliento o no ser que, entre las muchas cosas buenas que hagan, algún día cometan algún desliz humano. Entonces sí se acordarán de ellos y recibirán una llamada al orden.

¡Qué pocos obispos hay que dialoguen realmente con sus sacerdotes! Sin duda hay muchos que creen que dialogan porque se sientan alguna vez a hablar con ellos. Pero no se dan cuenta que al cabo de pocos minutos el diálogo se ha convertido en monólogo. Y hay otros para quienes el diálogo es tolerar que los sacerdotes hablen, o a lo más, que se desahoguen. Pero eso no es dialogar. Para dialogar tienen las dos partes que desabrocharse el pecho y poner el corazón sobre la mesa. Es más, para dialogar a fondo hay que padecer una especie de trasplante mutuo de corazones. No hay verdadero ni auténtico diálogo sin amor. Y el amor dista bastante de ser el flúido que media entre sacerdote y Obispo. De arriba hacia abajo es más bien la autoridad. Y de abajo hacia arriba es, predominantemente, el temor. Temor que, en algunos casos, es ya enfermizo y humillante. Recuerdo el caso de un párroco en la ciudad de San Francisco de California, que le tenía tal terror a su arzobispo, que cada vez que llegaba una carta de la curia, tardaba un día en abrirla.

Es francamente increible el que un sacerdote tenga que estar esperando más de una semana para poder hablar con su obispo. Y sin embargo, así es en algunas diócesis populosas. Y lo triste es que los asuntos que distraen la atención del obispo son, con frecuencia, fruslerías. Son primeras comuniones, son bodas de oro de alguna «familia bienhechora». Son graduaciones de algún colegio católico o primeros votos de alguna novicia. Siempre me ha llamado la atención la extraordinaria devoción, prontitud y abundancia con que los obispos norteamericanos acuden a los jubileos, funerales y homenajes a sus hermanos en el episcopado. Sé de alguno tan devoto cumplidor de esta obsequiosi-

dad fraternal que se ha ausentado de su diócesis, en un año, no menos de doce veces.

¿Qué tienen que ver todas esas pequeñeces con la abnegada labor de la extensión del reino de Dios, que en su humilde parroquia, puede ser que sólo, en un mar de paganismo e incomprensión, está realizando el sacerdote? Delante de mí, en cierta ocasión, un sacerdote aprovechó que el obispo salía de su despacho, y al hincar la rodilla para besarle el anillo, modestamente le dijo si podía más tarde recibirlo, pues tenía un problema grave. Con bastante aspereza, disculpable por su estado de nervios en aquel momento, el obispo se desembarazó de él diciéndole: «Perdone, pero yo creo que usted no tiene hoy visita conmigo. Dígaselo al secretario, y él le dirá.» Yo sentí un acceso de cólera, porque conocía a aquel sacerdote y sabía que si había venido era porque realmente estaba en alguna necesidad. Confieso que me vino la tentación de acercarme a él y decirle al oído: «La manera como te recibió te da permiso para hacer lo que te dé la gana.» Y confieso también, que caí en la tentación.

¡Cuántos sacerdotes jóvenes no habrán dejado su sacerdocio por haber sido abandonados a su suerte, inmediatamente después de salir del seminario! La atención especial de los neosacerdotes, es una específica y grave responsabilidad del obispo. Y es muy frecuente que, con una falta espantosa de caridad y aun de sentido común, los manden de coadjutores a alguna parroquia donde ningún otro sacerdote veterano quiere ir, por no poder convivir con algún párroco irresistible. Y a ese pequeño infierno lanzan al pobre neosacerdote, para que aprenda, desde temprano, cuál es la antítesis del sacerdocio. Muchos no han podido sobrepasar esta primera dura prueba, y algunos han quedado marcados para toda la vida. He aquí otro pecado específicamente episcopal: la destrucción de sacerdotes, sea por falta de atención, sea por exceso de autoritarismo. Obispo que no es bueno, excepcionalmente bueno, generoso, caritativo, amigo y tolerante con sus sacerdotes, no es buen obispo.

Terminaremos esta sección copiando unos párrafos de Pablo VI para contrastarlos con lo anteriormente dicho y para

refrescar la memoria de algunos jerarcas locales ya que a ellos es a quien van dirigidos: «... sabéis que lo mejor de vuestro corazón y de vuestras atenciones pastorales se lo debéis a los sacerdotes y a los jóvenes que se preparan para serlo... La soledad humana del sacerdote, origen no último de desaliento y tentaciones, sea atendida ante todo con vuestra fraterna y amigable presencia y acción. Antes de ser superiores y jueces, sed para vuestros sacerdotes maestros, padres, amigos y hermanos buenos y misericordiosos, prontos a comprender, a compadecer y a ayudar. Animad por todos los modos a vuestros sacerdotes a una amistad personal...» [21].

PASTORAL

Pero lo que puede darnos una pauta para juzgar la calidad de un obispo, es su pastoral. Hasta no hace muchos años esta palabra estaba reducida, en los seminarios, a unas cuantas normas sobre cómo administrar sacramentos, cómo enseñar el catecismo a los niños y los varios preparativos que requería una buena misión popular. Pero desde hace unos cuantos años, la palabra pastoral se ha convertido en una de las palabras claves dentro de la Iglesia. Y refiriéndose a un obispo será la palabra que, bien o mal cumplida, hará de él un buen o un mal obispo. Podríamos decir, simplificándolo, que pastoral es el arte y la ciencia de ser un buen pastor, con las cualidades que el mismo Cristo señaló en su Evangelio para el Buen Pastor. Indudablemente, las ovejas de hoy ya no son como las de antes, y cada día se parecen menos. Y, por otro lado, los obispos «no han tenido tiempo» de estudiar los nuevos métodos que hay de apacentar a estas nuevas ovejas. Por tanto, no es de extrañar que su pastoral se haya quedado anticuada. Ni es de extrañar que estas nuevas ovejas no gusten del pasto viejo que les ofrecen los pastores. En nuestro mundo pluralista, materializado y vertiginoso, ¡qué lejos estamos ya de aquellas solemnes procesiones que recorrían, entre nubes de incienso y alfombras de pétalos, las pacíficas calles de nuestra infancia! ¡Qué lejos estamos de

[21] PAULO VI: encíclica *El celibato sacerdotal*, págs. 92-93.

los solemnes novenarios a los que el pueblo fiel acudía a escuchar al predicador de fama! ¡Qué lejos de las santas misiones que atraían multitudes y llegaban hasta lo más hondo de las conciencias! Todos aquellos fueron métodos buenos en otros tiempos para reavivar la fe; pero hoy son reliquias de una pastoral que ya no se acomoda a nuestra psicología. Hoy, el púlpito se llama pantalla. Y la vida piadosa de un santo se llama diario o revista; y la misión general se llama asamblea de partido; y los ejercicios espirituales se llaman reunión de la cooperativa. No es que Dios haya desaparecido; es que Dios se presenta de otras formas. Hay que buscarlo en otras circunstancias. Y pobres de nosotros si nos aferramos a las viejas formas y anatematizamos las nuevas circunstancias y los nuevos gustos de los hombres. Una pastoral alerta, tiene que estar atenta a todos estos cambios. Cristo tiene que ser predicado por la televisión, y sus mandamientos tienen que estar, convenientemente adaptados, en las plataformas de los partidos políticos, las obras de caridad tienen que plasmarse en una honrada planilla de impuestos, y la reunión de la cooperativa, hecha con un genuino espíritu, es una comunión con nuestros hermanos los hombres, que nos prepara para la otra gran Comunión.

Un obispo, cuya más profunda preocupación no sea la pastoral de su diócesis, está radicalmente equivocado. ¡Y cuántos obispos hay cuya pastoral es la misma hoy que hace cuarenta o cincuenta años! Es cierto que hay muchas diócesis a dónde no han llegado los cambios de estos tiempos modernos, que ya son tan palpables en las grandes ciudades. Hay diócesis en las que la mentalidad de sus feligreses, predominantemente campesinos, ha cambiado todavía muy poco. Pero un buen obispo debería estar ya previendo lo que en muy breve plazo pasará, cuando esos campesinos despierten. Y en el plazo de menos de una generación, entre la radio y la televisión, los harán despertar violentamente de un sueño de siglos. ¿Por qué muchos obispos no están ya preparándose para cuando acaezca ese cambio? ¿Por qué no urgen a los seglares más capaces a que se preparen para la radio y para la televisión, y a que funden periódicos y televisoras, invirtiendo así su dinero, no sólo en empre-

sas realmente productivas en lo material, sino, además, ayudadoras para la propagación del reino de Dios en este mundo? ¿Por qué han de ser únicamente los no cristianos los que, previendo los pingües beneficios que les van a reportar estas empresas, arriesguen su dinero y se lancen a una empresa de futuro? ¿Qué hacen los católicos ricos con su dinero? ¿Cometen el pecado de enviarlo a Suiza o a los Estados Unidos? ¿Por qué muchos obispos, en vez de perder su tiempo en pequeñeces de sacristía, no se sientan con sus sacerdotes y con los laicos más capaces y preparados, a repensar la esencia de la Iglesia y a planificar toda su acción en los años por venir? ¿No han caído en la cuenta de que esto es la quintaesencia de su cargo? [22], ¿por qué no se deciden a desembarazarse de mil pequeñeces que los absorben cada día, para dedicar lo mejor de sus energías a «preparar los caminos del Señor»? [23] ¿Cuántos obispos han ido o han enviado a alguien a las oficinas gubernamentales de planificaciOn a pedir estadísticas o a investigar dónde van a estar las nuevas barriadas de casas baratas o los núcleos de fábrica? ¡Qué diferencia tan grande hay, cuando en una barriada nueva, aparecida de la noche a la mañana en las afueras de la ciudad como una cosecha de setas, es el sacerdote el que da la bienvenida visitando a los aturdidos campesinos recién llegados que lo recibirán con alegría, por ser él el primer amigo que tienen en toda aquella ciudad desconocida! Y, por el contrario, qué triste papel el del sacerdote que llega el último, cuando todos están ya instalados, y cuando se ha establecido ya un patrón social en la comunidad, en que cada uno ocupa su puesto. El sacerdote se ha quedado sin puesto, y tendrá que luchar mucho para ser admitido en la comunidad. Todo, por falta de planificación. Todo, debido a una falta absoluta de pastoral por parte de aquel que tiene oficialmente el nombre y título de pastor. Esta falta de visión y de dinamismo por parte de muchos obispos es lo que ha llevado a un autor a decir que de seguir actuando así la mayoría de ellos, el oficio de obispo

[22] La palabra obispo significa en griego «el que mira desde arriba». Es decir, el que ve de lejos; el que prevé.

[23] *Mt* 3, 3.

se convertirá en una función administrativa sin alcance humano o incluso en una mera función de ordenación. El obispo sería entonces una especie de «autómata santo» para ordenar sacerdotes y confirmar niños.

PASTORAL DE CONJUNTO

Hace ya tiempo que se habla de Pastoral de Conjunto, y en algunas diócesis se están haciendo serios esfuerzos en este sentido. Sin embargo, en la mayoría de ellas, la palabra es casi desconocida o está todavía en sus primeros balbuceos. Notemos aquí de paso que el principal obstáculo que la pastoral de conjunto suele encontrar es, en primer lugar, la indecisión del obispo a implantarla, y en segundo lugar, la inercia o la oposición de muchos párrocos ante ella.

Aunque los entendidos suelen resistirse a definirla, podríamos decir que pastoral de conjunto es el aprovechamiento planificado de todas las fuerzas del Pueblo de Dios de modo que éste, con el obispo como pastor, pueda hacer penetrar el mensaje de Cristo y transformar con él la vida de todos los hombres, y a través de ellos, las estructuras que componen la sociedad.

En un mundo tan complejo como el nuestro, y cada día más tecnificado, no podemos los cristianos, por grande que sea nuestra entrega y nuestra buena voluntad, seguir haciendo el papel de francotiradores, contra un enemigo sutil, difuso y siempre renaciente, por un lado, y fuerte y bien organizado por otro. Da pena ver cómo en muchas grandes ciudades, lo que se llama «la Iglesia» sigue usando viejos métodos que son ya completamente ineficaces para atraer las mentes de los ciudadanos de hoy. La vida sigue su curso trepidante, envolviendo a los hombres como muñecos y éstos, aunque se llamen cristianos, no tienen dentro la sal, la luz y el espíritu que necesitarían para poder sobrevivir como cristianos y que por otra parte, la Iglesia tiene en gran abundancia. Pero lo reparte en un carrito tirado por un caballo, que ya no puede llegar más que a muy po-

cos sitios. Por eso se impone la pastoral de conjunto. Estudiar primero la situación real, ver cuáles son las necesidades más perentorias a corto y a largo plazo, ver con qué fuerzas contamos (haciendo aquí un inventario exhaustivo de todas las fuerzas del Pueblo de Dios, que, frecuentemente, serán muchas más de lo que los jerarcas y párrocos piensan y que únicamente están al margen porque como por siglos no se ha contado con ellos para tomar ninguna decisión importante en la Iglesia, ellos han preferido dedicarse a sus propios intereses); organizar a continuación a todos aquellos que voluntariamente quieran participar en la obra común del reino de Dios, haciendo que los laicos tomen de lleno la parte de responsabilidad que les corresponde en esta obra. Y comenzar a actuar conforme al plan, sin querer ir demasiado aprisa, pero sin pausa. Se cometerán errores, pues hay que llenar un vacío de siglos. Si por un lado la tradición nos ahoga en muchas cosas, por otro lado, en este punto concreto de la pastoral de conjunto, la falta de tradición es un serio inconveniente que hará que en muchas ocasiones se avance dando traspiés.

Hoy todo se planifica, o de lo contrario está uno abocado al fracaso. Las grandes empresas gastan millones en la planificación, pero nosotros seguimos con nuestros viejos métodos, con el agravante de que nuestra mercancía es de muy difícil venta en muchos ambientes. Aunque se presente bien, no es fácilmente admitida; ¡cuánto más si se presenta bajo un aspecto poco atrayente!

El feudalismo parroquial hace mucho más difícil este trabajo de racionalizar un poco nuestro apostolado. Apenas si hay visión de diócesis. Una parroquia ignora lo que se hace en la otra; a veces existe una solapada hostilidad. No interesan las cosas que trascienden los límites de la parroquia. Y sin embargo, es una verdad básica, *que no puede haber verdadera pastoral de conjunto, si no es a nivel diocesano.* El obispo es el jefe nato de esta pastoral. Y aquí es donde surge la pregunta: ¿Han caído en la cuenta de esto muchos obispos? No se les pide que transformen en un año lo que es fruto de siglos, pero por lo menos, ¿han caído en la cuenta de que una de sus principales tareas es la de ser los motores de la pastoral de conjunto? ¿De que sin ella todos sus esfuerzos serán equivalentes a los del que quisiera bombear a mano el agua de un río para los usos de una ciudad entera? ¿Están dispuestos a desembarazarse de las mil otras pequeñeces que les ocupan la vida diaria—pequeñeces financieras, pequeñeces protocolarias, pequeñeces administrativas, pequeñeces sociales, pequeñeces académicas—para dedicar lo mejor de sus esfuerzos a organizar, junto con los mejores de sus sacerdotes y laicos, la acción del Pueblo de Dios en su diócesis?

Es urgentísima esta area para acabar con el caos que actualmente reina en nuestra acción. Por falta de esta pastoral de conjunto hemos llegado a cosas tan escandalosas como la enorme diferencia económica entre parroquias y parroquias. Es natural que haya parroquias más acomodadas que otras, por la diferencia económica de sus feligreses. Pero es intolerable que los sacerdotes de las primeras puedan abrir cuentas de ahorro personales en bancos, y los de las segundas no tengan ni lo necesario para vivir decentemente. Si a esto hemos llegado, que tan manifiestamente pugna con los principios más elementales del Evangelio, ¡a qué no habremos llegado en otras cosas más difíciles de ver y de remediar que pertenecen al reino del espíritu! Sin pastoral de conjunto, la acción muchas veces se multiplicará en un sector, atendiendo únicamente el punto de vista egoísta de algunos, mientras que otros sectores sociales o espirituales estarán completamente abandonados. Rige en esto el mismo principio del liberalismo económico de la oferta y la demanda, practicado en toda su crudeza, que a la larga es tan injusto y causa de tan terribles males: Sencillamente porque los pobres no tienen voz para demandar, e interesadamente se interpreta su silencio como falta de necesidad o de interés. Se atiende—o se fabrica—únicamente aquello que la gente pide. Pero ¿qué gente? La gente que sabe y puede pedir. Los pobres ni saben ni pueden hacerse oír. Y por eso hemos visto—y los obispos también lo han visto y tolerado—cómo por años de años se edificaban colegios y más colegios católicos, superatendiendo con creces las necesidades educacionales de las familias pudientes católicas, mientras se tenía completamente abandonada a la

niñez pobre. ¡Qué grave error y qué vergonzoso el ver que «la Iglesia» únicamente se preocupa en la práctica por la educación de aquellos niños cuyos padres pueden pagar! Para los niños de familias pobres, en muchísimas parroquias (entre nosotros casi en todas), «la Iglesia» no tiene para ellos más que una catequesis dominical vergonzante y algunos juguetes por las Navidades. El grueso del personal y de las energías de la parroquia, se dedican a los que tienen dinero para pagar. Esta es la verdad cruda e hiriente, y ahí están las estadísticas para probarla. ¿Cómo es posible que los que se llaman pastores hayan podido permitir, por años de años, semejante atentado contra la filosofía de aquel Buen Pastor que los invistió a ellos de su representación oficial?

La Iglesia norteamericana, hasta hace muy poco, dedicaba cerca del 90 por 100 de sus monjas a la enseñanza en estos colegios; mientras por años la JOC latina de Nueva York, por poner un ejemplo, ha suplicado a la jerarquía que le conceda algún sacerdote a tiempo completo para que asesore a decenas de miles de jóvenes trabajadores, de los cuales la mayoría no había pasado nunca por un colegio católico. Y digamos también que la jerarquía neoyorkina—y lo mismo se podría decir de muchas otras diócesis—nunca creyó necesario dedicar un sacerdote, a tiempo completo, para atender a todos estos millares de jóvenes trabajadores llegados de todas las naciones latinoamericanas, y que en Nueva York vagan espiritualmente como ovejas sin pastor. ¿Desprecio de los pobres? ¿Desinterés por ellos? No. Ninguna de estas cosas. Sencillamente miopía. Falta de visión pastoral.

Sé que hay escuelas, colegios y universidades que tienen un buen número de becas para aquellos alumnos que no pueden pagarse los estudios. Algunas de estas instituciones hacen notables esfuerzos, muchas veces anónimos, muy loables; pero la gran verdad es que la mayoría no hacen ningún gran esfuerzo y se contentan con admitir a unos pocos becados perdidos entre la gran masa de los que pagan puntualmente. El argumento de las becas, de todas maneras tiene muy poca fuerza, pues deja intacto el principio de que la escuela es fundamental-

mente para aquellos que pueden pagar, pues de lo contrario no se podría sostener, ya que está montada sobre una base económica. Los becados, es decir, los pobres, son excepción. A un párroco que en cierta ocasión, ante unas consideraciones mías semejantes a estas, me preguntaba un poco violento cómo iba yo a sostener el colegio si no lo ponía sobre una sólida base económica, le contesté: «Lo sostendría lo mismo que sostiene usted la escuela de la barriada X de su parroquia.» (Una barriada pobre en la que no tenía escuela ninguna.)

Y si alguien me dice que es mejor hacer algo que nada, le diré que es mejor hacer algo bien hecho que algo mal hecho. Porque si lo algo que se hace, se hace siempre mal hecho, indefectiblemente la suma total será mucho mal hecho, lo cual se convierte en un gran error. Y ese es precisamente el caso presente: que por haber cometido cada parroquia ese «pequeño error», hoy se puede decir, de una manera bastante general, que la Iglesia americana, por lo menos la de ciertos países, comete el «gran error» de educar casi exclusivamente a los que tienen dinero.

Hemos visto cómo se han multiplicado, año tras año, las misas y los templos, porque se pensaba que eran necesarios, pero por otro lado, la jerarquía sigue sin caer en la cuenta de que tan importante como construír templos es la tarea, por ejemplo, de atender a la juventud que está próxima a casarse y que ya no frecuenta ninguna de las instituciones católicas. Si ellos no vienen a nosotros, tenemos nosotros que ir a su encuentro. Eso hace el buen pastor.

Pero todavía hay un agravante que nos dice mejor la falta de visión de muchos pastores. Dejando a un lado lo económico, ¿no tenemos otra riqueza de más valor que el dinero y sin embargo no la ponemos tampoco al servicio de los humildes? Me refiero a toda esa multitud de abnegadas y generosas mujeres que han ofrecido su vida toda al servicio de la causa de Dios. ¿No es eso una riqueza auténtica de la Iglesia—que con una temible responsabilidad, los sacerdotes, y sobre todo, los obispos, manejan a su voluntad—, y que vale mucho más que los

millones encerrados en los bancos? ¿Y qué hace la jerarquía con toda esa inmensa riqueza? ¿La pone al servicio de los pobres? Ya hemos visto que la mayoría se dedica al servicio de los que pueden pagar. Pero ¿por qué no se separa una parte de ellas en cada parroquia para que trabajen con los más necesitados de la sociedad, y no precisamente en una labor instructiva o académica? ¿No hay una grave injusticia contra la clase social de donde salieron la mayoría de ellas, al no devolverlas a esa misma clase y al ponerlas al servicio de las clases pudientes para que les eduquen sus hijos? ¿No hay una más grave injusticia contra esas mismas mujeres al forzarles su vocación, que a lo mejor no es para la enseñanza, y en muchas ocasiones al derrochar su generosidad poniéndolas a enseñar geografía o matemáticas, cuando a esa misma hora hay miles de hombres en la ciudad que viven y mueren sin saber si hay Dios y sin haber caído en la cuenta en toda su vida de que el Hijo de ese Dios quiso hacerse hermano suyo? ¿No es todo esto un desorden monumental? ¿No es esto un despilfarro de fuerzas que en estos tiempos es ya intolerable?

Me imagino el gesto de algún obispo al leer esto, como si él no fuese responsable de nada de lo que aquí decimos, ya que todas esas cosas él las encontró ya así, además de que están por completo en manos de cada una de las comunidades religiosas, sin que a él le sea posible intervenir demasiado. El que tal piense, me está dando la razón en lo que antes dije del feudalismo en que viven las diversas instituciones de la Iglesia. Por falta de comunicación entre ellas, y por falta de un auténtico pastor que coordine la acción de todos, se corre el peligro de que con la mejor voluntad, empujando todos de un mismo lado, llevemos el carro de la Gloria de Dios a la cuneta. Toda esta coordinación de esfuerzos dentro de la Iglesia compete específicamente al obispo. Es una responsabilidad inherente a su oficio de pastor. Y por no haberlo hecho en el pasado, están las cosas como están en muchos sitios.

Las diócesis tienen abandonadas las obras de caridad y misericordia que tan alabadas y practicadas vemos en la primitiva Iglesia. Ante tanta miseria material e intelectual como hay

en el mundo, ¿qué hace la Iglesia institucional? Es cierto que para eso hay gobiernos e instituciones en la sociedad, y que esa no es competencia directa de la jerarquía. Pero también es cierto que a pesar de eso, siguie habiendo miserables y desamparados de todo tipo, que de hecho llegan a nosotros cada día pidiendo ayuda. Drogadictos, alcohólicos, huérfanos, ancianos, anormales, analfabetos, madres solteras, emigrantes, enfermos sin hospital, presos, mendigos, hambrientos... ¿qué hace «la Iglesia» por todo ese ejército de hermanos sufrientes que necesitan de ella mucho más que los niños ricos de las parroquias, o que las jovencitas elegantes portadoras de la última moda, para las que «la Iglesia» tiene abiertas instituciones universitarias de largos millones de dólares? ¿En qué se han quedado aquellas misericordiosas palabras del Maestro: «Tengo compasión de esta multitud que me sigue sin comer hace varios días... Mándenlos sentar...»? [24] ¿Qué se hace con tantas colectas y sobrecitos? ¿No se puede decir de nuestra caridad, que es para ayudarnos a nosotros mismos, cuando, por ejemplo, damos para la construcción del colegio en que van a educarse nuestros hijos? ¿Por qué las curias episcopales, las parroquias y los conventos religiosos son tan escasos en sus fondos para ayudar a los necesitados? ¿No seremos de los «pastores que se apacientan a sí mismos»? Recordemos que para ellos hay una maldición.

UNA AUTORIDAD TRIUNFAL

A lo dicho anteriormente acerca de ciertos falsos elementos que constituyen el concepto que muchos jerarcas se hacen de la Iglesia, tendríamos que añadir uno que a nuestro juicio es el causante de deformaciones y abusos al aplicar el principio de autoridad. Se ve la Iglesia como algo sagrado, pero algo diferente del mundo. Algo que exige nuestra entrega y nuestro esfuerzo, pero que está fuera de nosotros. Como muy bien explica Congar, se llega a ver la Iglesia misma como la primera cosa a la que hay que servir, y no se cae en la cuenta sufi-

[24] *Mc* 6, 34.

cientemente, que la Iglesia recibe de Dios sin cesar, todo lo que es preciso para servir a los hombres. Muchos eclesiásticos tienen, con la mejor buena fe, profundamente arraigado dentro de sí, que ante todo hay que luchar por servir a la «iglesia»; a su prestigio, a su grandeza, a su influencia. Sin caer del todo en la cuenta que la Iglesia no es un sistema, sino hombres atraídos por Jesucristo y resueltos a un encuentro personal con Dios mediante la práctica del Evangelio. Con esta manera de pensar, muchos jerarcas y sacerdotes están, inconscientemente, continuando la errónea idea de que la esencia de la Iglesia son las leyes, es el templo, y es toda la estructura jerárquica. La idea de una Iglesia sriviente, humilde, materna, en una perpetua gestación, alimentación e iluminación de sus hijos, parece ocupar un lugar secundario en sus mentes. De ahí provienen más tarde esos gestos autoritarios, esa exigencia de sumisión y obediencia a una Iglesia fuerte y grande, de la cual ellos son los representantes.

Los jerarcas tienen la tendencia de identificarse más con esta Iglesia estructural, aparte, a la que hay que servir, que con el Pueblo de Dios. De ahí que al hablar, exigen, al expresar una opinión lo hacen «en nombre de la Iglesia», «en nombre de Dios», y sus consejos son o se convierten automáticamente en órdenes. En esto están muy lejos de imitar a San Pablo, que sabiendo que era apóstol, y que tenía autoridad para mandar recibida directamente de Cristo, sin embargo se abstiene muchas veces de hacerlo, hablando en cambio, únicamente, como «hombre espiritual». El podría recurrir a su autoridad, lo sabe, lo dice, y a veces, efectivamente ordena y prescribe [25]. Pcro lo más frecuente, dentro de las mismas materias, es que recurra a su experiencia, a su Gracia [26]. Prefiere recurrir a los dones que ha recibido más que a su autoridad, y esto desde su primera epístola: «Y aún pudiendo hacer pesar sobre vosotros nuestra autoridad como apóstoles de Cristo...» [27]; y en Filemón: «Aunque tendría plena libertad en Cristo para ordenarte lo que es justo, prefiero apelar a tu caridad. Siendo el que soy, Pablo, embajador y ahora prisionero de Cristo Jesús...» [28] ¿Hablamos con frecuencia así los sacerdotes? ¿Hablan con frecuencia así los obispos? ¿No vemos a menudo el caso de pastorales y decretos, en los boletines diocesanos, en los que los obispos bajan a la arena de las cuestiones discutibles y determinan, tajantemente, sin lugar a apelación el que los sacerdotes deben vestir así, poniendo en esto un énfasis como si se tratase de algo de Derecho divino; que no pueden asistir a tales espectáculos, etc? De esto se sigue en las mentes de sus súbditos, además de una rebeldía natural, ante tamañas pequeñeces revestidas de estola, una confusión mental que en algunos será más bien el principio de un proceso lógico en virtud del cual acabarán, a lo largo de los años, por no obedecer ninguna de las órdenes del obispo. El holocausto que se le exige a uno de ciertas libertades profundas, inherentes a la dignidad de la persona y que únicamente podrían ser rendidas por amor, hace que uno, a la larga, se rebele contra todo. Ojalá muchos laicos y sacerdotes descubran que ese «todo» contra lo que se están rebelando, no es la auténtica Iglesia de Jesucristo, sino ese andamiaje de preceptos, prestigios y autoridades levantando a lo largo de los siglos, y las más de las veces inconscientemente, por la ambición y la pequeñez de alma de muchos hombres. Esa «Iglesia» que exige servicio, que se entromete, so capa de autoridad, en las intimidades de los hombres, negándole atrevidamente a la persona ciertos derechos íntimos que Dios le ha concedido, no es la Iglesia auténtica; es un eco imitador y caricaturesco de «la Palabra del Señor», que se manifiesta a través de los auténticos profetas y pastores.

Si esta «Iglesia», falsamente concebida, exige servicio por ser algo glorioso y triunfante, exigirá, lógicamente, los medios para mostrar esta fuerza, para dominar y hasta, como hemos visto en muchas páginas de la Historia, para imponer su mensaje. Antiguamente llegó a transmitirse el Evangelio por la fuerza de las armas—crasa aberración [29]—. Hoy ya no hay obispos

[25] *1 Cor* 7, 10-17.
[26] *Ibid.*, 25, 40.
[27] *1 Tes* 2, 7-12.

[28] *Fil* 8, 10.
[29] Es esta una lacra real que afea la historia de la Iglesia. Hechos como

Caballeros de la Cruz, que quieran imponer la doctrina por la fuerza, pero sí hay obispos que se gozan mucho de tener sus propios medios para hacerse oír, y de los cuales han tenido, hasta ahora, un control despótico. De estos medios suele decirse que son «propiedad de la Iglesia», aunque en realidad son, exclusivamente, propiedad de la curia episcopal, cuyo principal o único accionista es el obispo. Indudablemente hay en esto un sentido realista y un buen deseo de independencia de los poderes públicos y económicos, y no deja de ser loable el que la Iglesia tenga su propia voz, cosa en estos tiempos cada vez más necesaria por ser mucha la confusión de voces reinantes, y porque a duras penas podría ser oída si únicamente hablase cuando otros se lo permitiesen. Sin embargo, hay en esto un error que proviene, una vez más, del falso concepto de Iglesia. Cierto día asistí a una reunión en que un obispo había citado a un grupo selecto de laicos para consultarles sobre la conveniencia de que la diócesis comprase o no comprase una estación de radio. Lo curioso era que, entre las personas asistentes, había dueños de buenas emisoras de radio y televisión, y todos ellos estaban muy bien relacionados en este campo y tenían gran influencia en él. Lo lógico hubiese sido que el obispo les hubiese dicho que cayesen en la cuenta de la gran responsabilidad

---

las Cruzadas y ciertas «Conversiones en masa» tan del agrado de muchos «conquistadores», aunque pueden ser comprendidos, no pueden ser negados. Un poco más difícil es comprender la posición doctrinal de un Gregorio XVI que en la encíclica «Mirari vos» condena la libertad de conciencia, calificándola de «teoría absurda y errónea y una verdadera locura», o algunas de Pío IX y Pío X en el Syllabus. Sin embargo, justo es también aducir los testimonios de Orígenes (contra Celso VII, 26), San Cipriano (Ep. 4 Pomp.), y Lactancio (Instit. V, 19), que se oponían a todos los medios violentos contra los cismáticos y paganos diciendo que no estaban de acuerdo con la caridad de Cristo. San Ambrosio, el año 385, reprendió duramente al emperador Máximo cuando éste hizo ajusticiar por hereje al gallego Prisciliano. San Juan Crisóstomo (Hom. 47 in Math. c XIII), califica de «crimen imperdonable» el ejecutar a un hereje a causa de sus convicciones religiosas. En igual sentido se pronunciaron el Papa Nicolás I (858-867), quien reprobó el empleo de la fuerza para la conversión de los pecadores y el gran San Bernardo, abad de Claraval († 1153), quien anunció el principio «Fides suadenda est, non Imponenda»: La fe debe ser persuadida, no impuesta.

que ellos tenían en sus manos; que deberían procurar siempre, que la verdad y la justicia brillasen en sus emisoras, y que éstas deberían estar dedicadas, a través de todas sus normales actividades, a la difusión del amor y del buen entendimento entre los hombres. Y sólo en alguna ocasión extraordinaria, deberían ponerla a disposición de la jerarquía para difundir algún mensaje cristano especialmente necesario. Con unas cuantas emisoras así, cuyos dueños sean cristianos de verdad, conocedores de su responsabilidad y de las obligaciones inherentes a su bautismo, ¿qué necesidad tiene el obispo de ponerse a comprar emisoras para competir, como un financiero más, con las ya existentes? Además, por qué hemos de decir que esa emisora «es de la Iglesia» si el propietario de ella es la curia episcopal o el obispo, y en cambio «no es de la Iglesia» si el propietario de ella es un cristiano sincero, fiel a su Iglesia, unido en todo con su obispo? ¿No está aquí plasmado claramente el error subconsciente de que únicamente la jerarquía o el clero son Iglesia «per se» y en cambio el laico es Iglesia, pero sólo secundariamente? Es indudable que tendría sus ventajas el que la Iglesia tuviese sus propios medios de comunicación social. Pero entonces habría que entender el término Iglesia rectamente, como el conjunto de todos los fieles con el obispo como cabeza. Sería mucho más eficaz una emisora, y lo mismo podríamos decir de un periódico, una televisora, una revista, poseída por todo el Pueblo de Dios, y dirigida por aquellos que, entre ese mismo Pueblo de Dios, más entiendan de este arte y de este negocio. Esa sería una emisora más genuinamente de la Iglesia, y, por otro lado, más eficaz, pues de sobra sabemos la melifluidad y beatería soporífera en que suelen caer las emisoras llamadas «de la Iglesia». Con una tal emisora, dirigida por laicos competentes, el obispo no tendría que romperse la cabeza para solucionar los crónicos problemas económicos con que las emisoras «de la Iglesia» suelen vivir. Y en cambio tendría, en las ocasiones oportunas, un vehículo aptísimo para pastorear su rebaño y para hacer oír el mensaje del Evangelio entre los fieles y los infieles. Pero desgraciadamente, este no es el criterio de muchos obispos. Prefieren, aun basados en pronunciamientos de la Santa Sede, poseer y dominar ellos sus propios medios de

comunicación social; lo cual, como dijimos, no dejaría de ser un desideratum, si no conllevase tantos inconvenientes.

En el extremo diametralmente opuesto están las diócesis que ni poseen ni tienen acceso a ningún medio masivo de comunicación social. Uno se pregunta cómo, a la larga, podrá hoy día un obispo hacerse oír de todo su pueblo si no tiene acceso a ningún medio de comunicación. Como dijimos antes, las prédicas dominicales, lo mismo que los boletines diocesanos y hojas parroquiales, son exactamente eso: hojas... que lleva el viento. La gran masa de bautizados, ni se entera de que tal cosa existe. Ojalá que el puritanismo de muchos obispos y su aislamiento no haya sido un obstáculo para sus buenas relaciones con los jefes de redacción y programación de los periódicos, emisoras y televisoras que ordinariamente oye la gente. Y ojalá que los cristianos que poseen y trabajan en tales empresas hayan caído en la cuenta que su grave obligación al mismo tiempo que su apostolado específico es el hacer que esos medios de comunicación de los hombres, sin dejar de ser lo que son, sean al mismo tiempo un vehículo para la transmisión del mensaje humano y divino que Cristo nos dejó en su Evangelio.

HIERATISMO Y RIGIDEZ

Si el proceso de deshumanización a que son sometidos los sacerdotes en su carrera y más tarde en su régimen de vida da a la larga frutos no buenos, los da peores aún en los obispos, pues su régimen de vida es aún más deshumanizante que en los sacerdotes. En muchos obispos el hombre parece estar sepultado debajo de tantas vestiduras moradas, roquetes de puntilla, esclavinas y anchas fajas. Parece que una de las cualidades inherentes al cargo de obispo es el no dejar aparecer al hombre. Es ya tradicional cierto hieratismo, cierta solemnidad en el hablar, en el caminar y en el actuar. Y esta falta de autenticidad en lo físico, mantenida por años de años con un férreo control de la voluntad, en bastantes obispos degenera también en una falta de autenticidad psíquica. Nota uno con harta frecuencia, cierta falta de sinceridad en las palabras que dista mucho de aquel «sí sí», «no no» [30], que Cristo nos enseñó en el Evangelio. Por ser obispo, tendrá muchas veces que defender criterios en los cuales él no cree totalmente. Tendrá que defender tradiciones, aunque vea que ya pasaron de moda. Tendrá que tener, y demostrar, una fidelidad a la Santa Sede, o a lo que se supone que es la Santa Sede, que muchas veces pugnará con el sentir de la Iglesia local, en la cual también mora el Espíritu Santo. Recuerdo el caso de un obispo con el que yo discutía acerca de unos criterios que él había vertido en una Carta Pastoral. En más de cinco ocasiones me dijo que él estaba de acuerdo conmigo, pero que por guardar la unidad, por no dar escándalo, por el respeto a ciertas gentes... etc., él había escrito aquello así, a pesar de que, según me decía, no estaba totalmente de acuerdo con lo escrito. Esto en cualquier idioma se llama falta de sinceridad, y por practicarla, en virtud de motivos de dudosa validez, siguen perpetuándose los errores, y la Iglesia va apareciendo cada vez más, como algo pasado de moda.

Hay obispos empeñados en que las cosas sigan como habían sido hasta ahora. No han caído en la cuenta de que el mundo ha dado un viraje, de que estamos en una violenta curva de la Historia. Las cosas fueron «así» por varios siglos y repentinamente han comenzado a cambiar de una manera vertiginosa. Y en una curva, el que quiere seguir derecho, tal como venía, se sale de la carretera. Parecen añorar los tiempos pasados, que ellos aún conocieron, en los que el obispo timoneaba su barca sin mayores problemas. Pero el mar se ha agitado repentinamente, y hoy, estar al timón no es nada cómodo y tiene muy poco de acto triunfal. Hoy día, llevar el timón de la Iglesia, de cada una de las Iglesias locales, es una dura tarea que conlleva muchas renuncias, mucha constancia, mucha paciencia, y una buena dosis de juventud; si no de años, por lo menos de espíritu.

Es difícil que un hombre que actualmente pase de los sesenta años, pueda comprender a fondo toda la problemática de

[30] *Mt* 5, 37.

la juventud. Y da pena ver cómo muchos obispos, que hace muchos años que han pasado de esa edad, se aferran a sus cargos, a pesar de que el Concilio Vaticano II los animó a que ayudasen a rejuvenecer la Iglesia. Pero no es extraño que no sean demasiado fieles a este buen consejo del Concilio, cuando ven que otros en posiciones más altas, y con una, carga de años más abundante, tampoco son demasiado obedientes.

¡Qué pobre impresión nos hizo a los que visitábamos en cierta ocasión la sede de una de las congregaciones romanas, el oír pronunciar un discurso al cardenal prefecto de aquella sagrada congregación, un excelente y ex-eficiente servidor de la Iglesia, que a duras penas podía leer el papel que tenía entre las manos y que, por supuesto, había sido totalmente preparado por otro monseñor medio siglo más joven. Sus ochenta largos años se echaban de ver a todas luces, y uno le pedía al Espíritu Santo que lo iluminase para que cayese en la cuenta de que el favor más grande que entonces podría hacerle a aquella su sagrada congregación, por él tan amada, era retirarse y dejar su puesto libre para que pudiese ser ocupado por una mente más joven que haría que las cosas funcionasen mejor. ¡Qué lástima que el ejemplo del cardenal Leger no haya tenido más imitadores! Pero muy pronto veremos el día en que los obispos, como cosa normal, se retiren a tiempo de sus cargos, sin esperar a que la arterioesclerosis clame por un coadjutor.

Como hemos dicho repetidas veces, la vida ya no se desenvuelve alrededor del templo. Los términos Iglesia y sociedad, son cada vez menos convertibles, por eso hay una necesidad absoluta de estudiar bien cuáles son los elementos básicos de esa sociedad, cuáles son sus pautas, hacia dónde va ella. Sólo así podremos hacer penetrar nuestro mensaje. Sólo así los cristianos sentirán que su Iglesia estructural no se queda fuera de este andamiaje de la sociedad. Y dicho de una manera más práctica, únicamente así los cristianos no se sentirán extrañados en su mundo. Por falta de esta racionalización de nuestro apostolado; por haber tenido excluidos de nuestra planificación, si es que ha habido alguna, a los laicos que son los que pueden aportar una visión más realista para esta planificación, todo el

apostolado, frecuentemente en un completo desorden, sigue pautas viejas, ataca enemigos que ya desaparecieron, arranca hierbas inócuas creyendo que son malas, y no ve, en cambio, las nuevas especies de cardos y plantas venenosas que están saliendo en el campo. En otras palabras, nuestro apostolado es muchas veces, de remiendos; tapar boquetes que aparecen en la vieja pared del dogma o la moral, en vez de hacer un trabajo de avance, descubridor, explorador de los nuevos caminos de la humanidad hacia Dios, y traductor de las nuevas manifestaciones de Dios entre los hombres. Insistimos en nuestro moralismo haciendo del sexo un antisacramento, dejamos que las asociaciones y aun los particulares se hagan un «Guerra Santa» en la competencia por llevar gente al templo, por afiliarlos a organizaciones y movimientos, o por hacer de ellos, desde su infancia, paganos bautizados.

¿Dónde está esa planificación de que hablábamos antes? Seguimos pensando con una infantil vanidad, que somos otros cristóforos, que llevamos a Cristo, que trasladamos a Dios de nuestro corazón al corazón de los otros, sin caer en la cuenta de que Dios se nos ha adelantado en este trabajo; sin caer en la cuenta de que Dios está ya en el alma de esa gente esperándonos a nosotros, no para que lo llevemos a El, porque ya está allí, sino para que se lo descubramos a aquel hombre; para que le quitemos las envolturas que aquel pagano bautizado le ha echado encima a Dios, sepultándolo en el fondo de su corazón. Llenos de la mejor buena fe, pugnamos por meterle a Cristo desde fuera, cuando Cristo está ya trabajando desde dentro, como alguien que está sepultado bajo los escombros; son escombros de pasiones; escombros de prejuicios; escombros de vicios con que los hombres queremos sepultar al Dios que mora en nosotros, y que no se resigna a morir en nuestro corazón. Nosotros, con nuestra falsa concepción del apostolado y de la religión, queremos que, de buenas a primeras, acepte unos preceptos y unos ritos confusos y poco atrayentes, en vez de ayudar a ese mismo hombre a que, a través de su vida diaria, reflexionando profundamente sobre sus acciones, descubra a ese Cristo que él inconscientemente lleva en gestación en lo más hondo

de su ser, que no se le manifiesta totalmente porque falta el genuino apóstol, con más de hermano y de amigo que de predicador, que se lo haga descubrir en cada una de las acciones de su vida; no por imposición, sino por amor; falta el genuino apóstol que le traduzca los secretos anhelos de su corazón y los aldabonazos que alguien, misteriosamente, le da en su conciencia, cuando no ha obrado con rectitud.

Todo esto en el plan personal. En el plan comunitario, en una auténtica pastoral de conjunto, habría que comenzar por descubrir a Dios viviendo en medio de todos los hombres en la sociedad. Descubrir a Dios en el amor de los padres a sus hijos; descubrir a Dios en la lucha de los pueblos por librarse del analfabetismo y de la miseria; descubrir a Dios en la lucha sindical por una justicia más humana en las condiciones de trabajo y en el repartimiento de los beneficios; descubrir a Dios en las protestas de la juventud contra el fariseísmo de las viejas estructuras y de los viejos líderes o en las protestas de los pueblos de color por sacudir el injusto yugo de los blancos; descubrir el auténtico espíritu cristiano que hay en el cooperativismo, en los Alcohólicos Anónimos, en la Cruz Roja, etc. Los cristianos tenemos que descubrir esas pequeñas brasitas que Dios nunca deja apagar en el seno de las sociedades, y tenemos que soplarlas para que se aviven, para que se enciendan más, para que lleguen a convertirse en llama. Cuántas veces nosotros, frente a esa brasa humilde que está ahí, prendida y sostenida por Dios, aunque constantemente amenazada por las pasiones de los hombres, queremos, con un atrevimiento ingenuo prender nuestra otra brasa «religiosa», queremos comenzar nuestra institución «católica», sin darnos cuenta de que la otra, sin ser tan católica, es más cristiana que la nuestra. Un auténtico apostolado planificado, tiene que tener por meta el descubrir el plan de Dios en el mundo, en toda la sociedad. Descubrir lo mucho bueno que hay en las instituciones humanas y en el alma de cada uno de los hombres, aunque esta bondad esté muchas veces opacada por los pecados y las debilidades humanas.

Sin este paso previo que consiste en que los hombres se encuentren a sí mismos haciendo lo que Dios quiere de ellos, y

sin el paso previo de reconocer nosotros sinceramente todos los valores humanos y divinos que sus acciones encierran, todo nuestro sacramentlismo caerá como la semilla en tierra dura. Primero hay que preparar la tierra humana, hay que reconocer que ella es capaz de recibir la semilla; que ella tiene un poder germinal, dado por el mismo Dios. Sólo así, cuando nosotros reconozcamos los valores del mundo y de la sociedad, y estemos completamente libres de prejuicios «religiosos», estará la sociedad dispuesta a recibir los valores que nosotros le llevamos. Sólo cuado la sociedad vea que nosotros nos interesamos sincera y desinteresadamente en ella y estamos dispuestos a ayudarla en las cosas en que ella es más débil, entonces, y sólo entonces, la sociedad estará dispuesta a admitirnos y a oírnos. Pero la Iglesia que tal haba, será una Iglesia completamente diferente a la nuestra. Será entonces, cuando los cristianos de la nueva Iglesia tendrán que estudiar cuáles son esos sectores de la sociedad que necesitan ser impregnados de nuestro mensaje y que no tienen ya nada que ver con nuestras parroquias y por eso no son alcanzados por los viejos métodos. Han nacido espontáneamente en el seno de la sociedad a medida que ésta se iba construyendo completamente al margen de la Iglesia.

CAMPOS DE APOSTOLADO

Es hora de que los obispos caigan en la cuenta de que hay un ingente sector laboral constituido por miles y miles de trabajadores. Para ellos no tienen sentido las palabras eclesiásticas, y sí tienen en cambio sentido, las palabras sindicato, convenio colectivo, salario, máquina, huelga, patrono, participación de beneficios, plan médico, seguro social, desempleo, etc. Si el mensaje que la Iglesia tiene que presentarles no tiene nada que ver con estas palabras, no lo comprenderán; si no se lo presentamos mezclado con estas palabras, que son las que constituyen su vida, no les interesará, porque no será una respuesta a sus necesidades [31]. Y hay que reconocer que los métodos tradiciona-

[31] Paul Tillich es el creador de la teología de la «respuesta», porque intenta contestar las preguntas que están implícitas en toda la vida del

les de «apostolado» están bastante lejos de tener en cuenta esta realidad. Los obispos son los responsables de corregir estos grandes fallos de la pastoral.

Es hora de que muchos obispos se sienten a reflexionar junto con algunos de sus sacerdotes y laicos, acerca del mundo de la intelectualidad. Aquí sí que la Iglesia tradicional se ha quedado atrás. En el campo intelectual, la Iglesia huele a rancio. En las universidades naufraga cada año la fe—una triste y débil fe—de miles y miles de jóvenes. Los científicos, los investigadores, los artistas, los profesionales, los literatos, son en un sentido, la crema de la humanidad y es hora de que la jerarquía vaya cayendo en la cuenta de que es absolutamente necesario tener apóstoles específicamente preparados para este medio. Apóstoles a lo Teilhard de Chardin, que les enseñen a los paleontólogos y a los científicos de este mundo a descubrir al Dios escondido en las áridas capas geológicas, y a ver el telúrico, inconsciente y multimilenario retorno de todas las criaturas a su Creador. Sólo hablándoles en su propio lenguaje admitirán los científicos, los artistas y los intelectuales el mensaje de la Iglesia. Lo triste es que los propios científicos católicos están adormecidos por la morfina religiosa que se les ha inyectado desde niños y no logran sacudir la modorra. Y peor aún si sus nuevas proyecciones son acalladas por «peligrosas» sin ser bien comprendidas por la autoridad.

Es hora de que la jerarquía caiga en la cuenta de que es una ingenuidad creer que ya se ha hecho todo, cuando a un jovencito se le da el diploma de graduado en un colegio católico, y después de eso se deja completamente abandonado a su suerte en la universidad.

hombre. Dice que si el mensaje cristiano quiere llegar a penetrar en la conciencia autónoma del hombre y de la civilización moderna, tiene primero que conocerla bien y luego interpretar cuáles son las preguntas que, inconscientemente, el hombre de hoy se hace a sí mismo y a la vida. Por tanto, el mensaje no puede hacerse prescindiendo de la realidad concreta de aquellos a los que va dirigido; aunque sea verdadero en sí. Si prescinde de esa realidad, corre el peligro de no ser captado por ellos. Tillich no admite que un mensaje sea auténticamente tal si carece de esta relación ya que «un mensaje que no se relaciona con nada no es un mensaje». PAUL TILLICH: *Sistematic theology*. Introduction. Londres, 1953.

Es hora de que la jerarquía caiga en la cuenta de que la sociedad ya no se rige por Cartas Pastorales, ni se cambia su curso con encíclicas, y mucho menos con novenas, sino que la sociedad se rige a sí misma por leyes; leyes que hacen los políticos; políticos que no son ángeles bajados del cielo, sino que son hombres como los demás, capaces de cometer errores como los demás, pero también, igual que los demás, penetrables al mensaje humano y divino que la Iglesia tiene para todos los hombres. ¿Se hace planificadamente algo en este sentido? [32]

Es hora de que la jerarquía caiga en la cuenta de que la vida básica de la sociedad y del individuo se desarrolla en los ambientes naturales; de que no tenemos que esperar a que la gente venga a nosotros, sino que nosotros tenemos que ir a esos ambientes en donde está la gente; de que la formación de las conciencias de los cristianos tiene que ser hecha en pequeños grupos homogéneos de gentes no unidas artificialmente por ningún lazo parroquial, sino unidos por la vida misma, por el trabajo, por las necesidades y los intereses comunes. Esa formación no corre el peligro de desaparecer o de aminorarse al cabo del tiempo, como otras hechas en grupos y ambientes pasajeros y artificiales. Si su formación ha sido partiendo de su misma vida, contando con esa vida y haciéndoles descubrir su camino hacia Dios a través de esa vida, no habrá que temer luego los fracasos que vemos en esas formaciones artificiales dadas a nuestra niñez y juventud, y, sobre todo, hechas fuera de su ambiente y a base de preceptos e instrucciones que no tienen nada que ver con sus vidas reales. Y peor todavía si es hecha a base de «impactos» puramente sentimentales que durarán lo que dure la «impresión» o el estado neurótico causado por esos funestos métodos más que nada psiquiátricos de avivamiento de las conciencias.

[32] No olvidemos, como muy bien escribe Roger Duclos, que la santidad del hombre es «política» en el sentido de que se realiza en la ciudad (polis) de Dios a contracorriente del pecado «político» de la ciudad del mal.

Y, por último, es también hora de que la jerarquía caiga en la cuenta de esa ingente masa de pobres y de marginados que tanto ha abundado siempre y sigue abundando sobre la faz de la tierra. En todas las naciones, por más ricas que sean, hay siempre gente marginada, hay grupos humanos que viven bajo presión. Hay que hacer con ellos un trabajo específico, hay que ayudarlos. Habrá muchas veces que gritar por ellos y mejor con ellos, como dijimos antes, aunque ello nos cueste la amistad de los que gobiernan. Es cierto que la Iglesia siempre ha florecido en obras de misericordia, pero es tal la pobreza en el mundo, que distamos muchísimo de haber afrontado este problema con toda la decisión, el sacrificio y la valentía que hacen falta. No consiste la cosa en que alguna asociación piadosa, movida de su genuino espíritu cristiano, lleve medicinas, ropas o alimentos a alguna barriada pobre. Una auténtica Pastoral de conjunto sería movilizar a todo el Pueblo de Dios, no sólo a una, dos o tres asociaciones, sino al Pueblo de Dios en masa, para que se acabase el escándalo, sobre todo, en naciones ricas, de los pobres viviendo al lado de la opulencia. No está la solución final en dar limosna más generosamente. La solución está en lograr que no haya pobres, o por lo menos, que no los haya en la aterradora abundancia en que hoy existen. No hace mucho decía un militar, jefe de gobierno de una nación sudamericana: «Queremos que en este país los ricos sean aún más ricos para que puedan ayudar mejor a los pobres.» Esto es una auténtica herejía en labios de un cristiano. Un verdadero gobernante cristiano debería decir: «Gobernaremos de tal manera que, en este país, nadie tendrá que recibir limosna de nadie, porque se acabarán los pobres.» ¿Ha pensado el lector seriamente que en este «orden» que disfrutamos, la mayoría de la humanidad es realmente pobre?

Una auténtica, y por otro lado absolutamente necesaria pastoral de conjunto, tendría en cuenta esas seis áreas naturales en nuestra sociedad moderna, que hemos descrito en los párrafos anteriores; las estudiará a fondo, vería cuáles son las que tienen más urgencia, allegaría todos los recursos posibles, organizaría los hombres y los lanzaría, sin más dilación, a la acción.

Un hombre solo no es capaz de abarcar todos estos campos, y posiblemente, tampoco tendría energía suficiente para organizar, desde la nada, las muchísimas cosas que habría que organizar. Por eso es absolutamente necesario aprovechar las ideas, la buena voluntad, las energías, los medios económicos de todo el Pueblo de Dios. Un grupo auténticamente representativo de éste, debería trabajar en muy estrecha colaboración con el obispo.

Hay que formar urgentemente hombres para estas tareas, y, sobre todos, laicos. Muchos de ellos, por su preparación profesional específica, necesitan únicamente darle una mayor profundidad cristiana a lo que ya practican en sus vidas diarias. No habrá que decirle al político cómo hacer política, sino enseñarle a que aprenda a darle a su política una dimensión cristiana, para que él sea el que le de el rumbo y el sentido divino a las leyes humanas que haya de presentar. No habrá que decirle a un líder obrero cómo tiene que manejar un sindicato; enterremos de una vez el clericalismo. Pero sí los apóstoles de este campo, sacerdotes o no, tendrán que enseñarle a ese líder obrero, cómo concretar en un contrato colectivo o en las arduas negociaciones que le preceden, el amor que Cristo predicó entre todos los hombres, mientras se defiende con toda energía la justicia social.

¿Han caído los obispos en la cuenta de todas estas realidades que les competen a ellos tan directamente? Muchos dirán que sí. Pero yo les pregunto: «¿Y cómo es posible que, mientras año tras año se dedican sacerdotes para cubrir las vacantes en las parroquias (para hacer no se sabe qué apostolado durante los días de la semana), vemos por otra parte cómo, año tras año, los movimientos especializados—todo el mundo obrero, los universitarios, las luchas de las gentes de color, los miles de estudiantes de escuela secundaria pública y todos los sectores que hemos mencionado—suplican por sacerdotes que los asesoren en su difícil puesto en la sociedad, y no los consiguen en la mayoría de los casos, o con mucha parsimonia y sólo después de un gran forcejeo con la jerarquía? ¿Por qué movimientos como la Juventud Obrera Cristiana—miles y miles de jóve-

nes que han prácticamente abandonado la Iglesia, y para los que las parroquias constituidas no significan absolutamente nada—no obtienen de la inmensa mayoría de los obispos de América, uno o dos sacerdotes para orientarlos en la vida? ¿Por qué hay tan poquitos sacerdotes en las diócesis interesados en toda la problemática del mundo obrero adulto, y de la clase obrera mayoritaria en el mundo? ¿Por qué hay tan pocos sacerdotes realmente preparados para trabajar eficientemente entre profesionales, y por qué, con toda la autoridad que derrochan en otras ocasiones los obispos, no han impuesto a muchos laicos intelectualmente bien preparados, de la grave responsabilidad que tienen de prepararse para ser líderes de la sociedad en el campo que ellos conocen? ¿Por qué vemos en cambio cómo las parroquias en todas partes, se tragan hombres y más hombres, para desarrollar un dudoso apostolado alrededor de un gran salón religioso que ya no les dice nada a la mayoría de los hombres de hoy? ¿No será porque en realidad todavía la mayoría del episcopado no ha despertado a esta urgente necesidad de la pastoral de conjunto y, más grave aún, no han descubierto a fondo lo que significa ser obispo en la segunda mitad del siglo xx?

CAPÍTULO VII

SANTA SEDE

NO DESTRUYAMOS A ROMA

«No destruyamos a Roma». Cuando no hace mucho leí esta frase en una revista, escrita por un teólogo nada conservador, y a propósito de las muchas críticas a que la Santa Sede tiene que enfrentarse actualmente, recuerdo que sentí como una invitación a reflexionar si efectivamente hay el peligro de que un super-criticismo mengüe el buen nombre de la sede romana y aun le haga un daño considerable. No es este, de ninguna manera, el fin de este capítulo, sino más bien, todo lo contrario. Ayudar a que la Santa Sede caiga en la cuenta de cuál es el pensamiento sincero acerca de ella, de muchos que nos sentimos hondamente católicos, pero que vivimos a muchos miles de kilómetros de Roma. Los eclesiásticos que viven en Roma, son incapaces de hacer una autocrítica, porque la resistencia a la romanización, dura muy poco tiempo. Enseguida uno se hace «romano», y comienza inconscientemente a defender todo lo de la eterna ciudad, virtudes y defectos. Y hemos conocido casos de sacerdotes que cuando enseñaban en el seminario local eran furibundos críticos de Roma, pero que después de haber sido llamados a enseñar en una universidad romana, al cabo de un

tiempo defendían todas aquellas cosas que antes tan acerbamente criticaban. Indudablemente, Roma, la Roma cabeza de la Iglesia, tiene un magnetismo misterioso e innegable.

Los que vivimos lejos y no percibimios ese magnetismo, sino que únicamente juzgamos de Roma por sus obras «ad extra», si bien es cierto que no vemos a veces la motivación de ellas y corremos el pilgro de juzgarlas un poco superficialmente, es innegable que estamos más capacitados para decir cuál es el efecto de esas obras, sean definiciones, órdenes, encíclicas o mensajes. Podemos decir mejor cómo es la encarnación del pensamiento y de las obras de Roma, en el mundo. Y si de los diversos rincones del mundo llegan a Roma repetidas críticas, aunque puedan parecer allí superficiales y hasta irresponsables, Roma haría honor a su sabiduría de siglos, si comenzase a reflexionar seriamente acerca de esas voces que llegan de fuera. Porque la entelequia romana del tiempo de los césares, ya pasó. Roma está al servicio de la Iglesia, no la Iglesia al servicio de Roma.

Si las voces que llegan de fuera son de franca crítica y repetidas, Roma haría muy bien en pensar que algo anda mal y demostraría su sabiduría si en vez de enfrascarse en una autodefensa, o lo que es peor, en una condenación de sus críticos, comenzase con toda decisión (no con esa famosa política vaticana de «promoveatur ut removeatur» [1], la dificilísima tarea de reestructurar una curia y una manera de pensar que por el paso de los siglos se ha esclerotizado.

No se puede de ninguna manera destruír a Roma, pero Roma tiene que tener cuidado de no destruír esa Iglesia que, con tanto celo y tanto tesón, ha promovido y guardado a lo largo de los siglos. Y si no destruírla, por lo menos hacerle un grave daño, cosa nada difícil si Roma no reevalúa muchas de sus posiciones, de sus actividades y de sus criterios y continúa obrando como si no hubiese habido un Concilio Vaticano II, despertador de conciencias, y como si el psiquismo del

[1] «Promuévase a un cargo superior para sacarlo (sin escándalo) del cargo que ahora ocupa.»

hombre del siglo XX fuese lo mismo que el del hombre de mil ochocientos o de mil seiscientos. Si Roma quiere no hacerle daño a la cristiandad, tendrá que hacer, en lo interno, un serísimo examen de conciencia para llegar a fundamentales decisiones. Y en lo externo, tendrá que hacer una nada epidérmica remodelación de la estructura. Roma—los hombres romanos—tendrá que reconocer sinceramente, y sin palabras ambiguas, sus fallas históricas. Sólo así, cierto gran sector de la cristiandad, estará dispuesto a admitir su buena voluntad y su buen deseo de no perpetuar, de una manera disfrazada, posturas que, si en otro tiempo molestaron a los de fuera, hoy ya son intolerables aun para los de dentro.

Hoy sabemos que si en tiempos de aquel fraile terco y áspero que decía grandes disparates mezclados con grandes verdades, llamado Lutero, hubiese habido en Roma un espíritu menos palaciego, menos señorial, menos aburguesado y sí en cambio, más austero y más al servicio de los hombres, no hubiese habido el trágico desgarramiento que hubo en la cristiandad.

VALORES POSITIVOS

Los valores positivos de Roma son innegables. A medida que han ido pasando los años, la institución romana, cabeza de la cristiandad, y el Sumo Pontífice de turno, han ido agrandándose a los ojos de la humanidad cristiana y no cristiana. A medida que los problemas sociales, las revoluciones, las guerras sin fin, la corrupción en muchas mal llamadas democracias iban ensombreciendo el panorama del mundo, la imagen de ese diminuto estado llamado El Vaticano iba ganando solidez y respeto por parte de todos los poderes del mundo. Como decía un político, jefe de gobierno, no cristiano: «El Vaticano es una de las pocas cosas serias en el campo político, que quedan en el mundo. De la mayoría de las otras, apenas si se puede uno fiar.» A nuestros hermanos protestantes les admira, aunque no lo confiesen, esta cohesión, esta unidad que por siglos hemos mantenido los católicos por encima de nuestras muchas discrepancias.

(Es cierto que esto puede ser supervalorado y si se lleva a un extremo exagerado, puede ser hasta dañino para la Iglesia.) Pero por otro lado, los innegables bienes inherentes a esta cohesión y unidad de la Iglesia católica hay que atribuírselos en gran medida a Roma, que a lo largo de los siglos no ha escatimado sacrificios en mantener esta unidad. Unidad que no es principalmente de tipo social-político, sino teológica. Un signo encarnado, hecho realidad, de ser la auténtica Iglesia de Cristo, o dicho con otras palabras menos tajantes, de pertenecer a lo auténtico de la Iglesia de Cristo. (Lejos de mí entablar polémicas con nuestros hermanos protestantes con los cuales constituímos gustosamente, el Cuerpo de Cristo.)

La ingente labor desarrollada por toda la Iglesia en la propagación de la fe cristiana ha sido coordinada eficientemente por Roma. Ella distribuye las ayudas, aun de tipo económico, para las avanzadas de la cristiandad, ella lleva las relaciones públicas de la Iglesia católica con otras confesiones religiosas, ella ha supervisado la acción de los miles de obispos diseminados por la faz de la tierra. Y no se puede negar que, en incontables ocasiones ha sido la que ha solucionado conflictos y puesto término a situaciones difíciles, en virtud de un eficaz control de todas las diócesis a través de los obispos y de sus mensajeros o representantes ordinarios y extraordinarios. No se puede negar, que en la tarea de coordinar y de organizar, la Iglesia romana ha heredado aquella eminente capacidad organizadora de los romanos del Imperio.

Ninguna institución, a lo largo de la historia de la humanidad, ha hecho tanto por la unión de los pueblos, como la Iglesia romana, no sólo por el hecho de haberles dado una fe común, que bien vivida los hace uno aun en el más íntimo sentido de la palabra, sino por haber sido el vehículo por el cual las diversas culturas del mundo se comunicaron de unos pueblos a otros, ayudando esto a acercarlos en sus maneras de pensar, en sus manifestaciones artísticas y ayudándoles a deponer actitudes apriorísticas hostiles, que se desvanecieron al conocerse mejor los unos a los otros a través del cristianismo.

Como muy bien afirma Schürer «el secreto de la nueva cultura occidental se basa en el equilibrio de las distintas energías: de la universal concentradora y de la nacional descentralizadora, de la feudal y de la soberana; mas también se debe al equilibrio que supieron guardar entre sí el Imperio y el papado y unas naciones con otras. Así se produjo una fuerza tensa y vigorosa que fue renovándose de continuo, facilitó al Occidente su preponderancia respecto al Islam y el Imperio oriental y le valió, finalmente, la supremacía de la cultura mundial [2].

Es cierto que en la Edad Media no fueron muy edificantes las luchas entre el Imperio y el papado. Sin embargo, eso, a la larga, fue mucho más beneficioso que la paz sepulcral de Bizancio en donde los dos poderes estaban en manos de un solo hombre y en donde, por consiguiente, no había lucha por las ideas sino únicamente por la consecución del trono con el que se aseguraba el doble poder supremo. Naturalmente este estado de cosas traía como consecuencia un entumecimiento de las fuerzas espirituales. Aunque hoy nos sonriamos un poco, sin embargo en aquella época era realidad una verdadera familia de naciones cuyo padre era el Papa. La fuerza y la relativa rectitud del papado eran, para aquellas incipientes naciones y pequeños Estados, una garantía. Carlomagno, inspirado y fortalecido por la corona que sobre sus sienes puso un Papa (León III, año 800), trató de hacer realidad, consiguiéndolo en parte, la genial concepción de San Agustín en «La Ciudad de Dios». Hechos tan trascendentes como este para la historia del mundo, conseguidos únicamente por la fuerza de la diplomacia y del espíritu en una época en que todo se realizaba por la fuerza de la espada, dicen mucho de esa institución ejemplo de pervivencia a través de los siglos.

No se puede negar que son muchos los valores positivos de Roma, y que es mucho lo que el mundo entero le debe. Pero el sol romano está entrando en el crepúsculo. Las sombras se están alargando rápidamente. Y en la futura Iglesia, en la completamente distinta Iglesia que se va poco a poco per-

[2] H. SCHÜRER: *Iglesia y cultura en la Edad Media.* I, 333.

filando para los siglos por venir, si las estructuras romanas no se agachan y prefieren seguir enhiestas, con la gallardía y tiesura que han ostentado en los siglos pasados, las sombras se harán tan largas que no dejarán ver el sol. Las estructuras romanas tendrán que hacerse más transparentes, más pegadas a la tierra, y hasta tendrán que apartarse un poco para dejar pasar la luz.

SOMBRAS ROMANAS

En cierta ocasión, en un teatro de Lima, Perú, escuchaba el entonces monseñor Cardijn al nuncio de Su Santidad en aquella República. Se dirigía a los miembros de la JOC allí congregados para la clausura de un congreso, y les decía estas palabras: «Id a vuestros centros de trabajo, la Iglesia os bendice, la Iglesia os manda, la Iglesia os ama.» En aquel momento, monseñor Cardijn, sentado inmediatamente delante de mí, se inclinó hacia su izquierda y dijo al oído del presidente internacional de la JOC: «¡Tiens! Il pense qu'ils sont l'Eglise!» [3]

Es este un pecado muy romano. Dice Congar, refiriéndose a la Edad Media: «Puede casi decirse, que la autoridad de Dios, estaba física y automáticamente presente en la autoridad de la Iglesia; la norma absoluta de la autoridad divina, parecía haberse identificado con las normas humanas de la autoridad eclesiástica y haber investido a ésta» [4].

Lo mismo que era cierto en la Edad Media, sigue siendo cierto hoy en la mente de la Santa Sede, aunque no sea tan absolutamente cierto en la mente de los cristianos. Roma es un poco reacia a admitir que el Espíritu Santo trabaja también directamente en la base y se manifiesta con mucho gusto y con mucha frecuencia, a través de las gentes sencillas, a pesar de que han tenido buenos ejemplos de ello a lo largo de la Historia cuando eminentes Sumos Pontífices mandaban humildemente sus

[3] «¡Mira qué cosa! El piensa que ellos son la Iglesia.»
[4] YVES CONGAR: *Poder y pobreza de la Iglesia.* Barcelona, 1964.

mensajeros a ver qué decían pobres mujeres como Catalina de Sena y Ana María Taigi. Da la impresión de que la Santa Sede siente celos de que el Espíritu Santo se manifieste por medio de toda la Iglesia. Roma, de igual manera que tiene siempre la última palabra, quisiera tener siempre la primera. El Espíritu ilumina, empuja, descubre nuevas orientaciones, nuevos puntos de vista, pero el miedo a Roma acalla la voz del Espíritu. Es frecuente, y es triste, que grandes pasos de avance en la Iglesia, han sido hechos por «herejes» a los cuales hubo que desheretizar más tarde. El miedo a la herejía es una especie de complejo romano. Y no caen en la cuenta de que coartar de esa manera la libertad, es una auténtica herejía. Hasta hoy, ha sido visto como pecado discutir cualquier disposición emanada de Roma. Da la impresión de que Roma tienen una «hot line» con el Espíritu Santo. Y sin embargo, «el Papa no se halla en una cúspide al ejercer el gobierno de la Iglesia». Así lo ha formulado expresamente el Concilio Vaticano II, antes bien, dirige la Iglesia como cabeza del colegio de obispos. En otras palabras, la Iglesia está gobernada por el colegio de obispos del cual el Papa es cabeza exponente y resumen. Podemos expresarlo diciendo que el Papa dirige la Iglesia, pero no con independencia de los obispos, y que los obispos dirigen la Iglesia, pero no fuera del Papa. Debe producirse una continua interferencia, o mejor, debería producirse, pues tal realidad no ha recibido, por el momento, una estructura propia, y de hecho, sigue siendo teórica [5].

Afortunadamente estamos asistiendo a los primeros estertores de la curia romana clásica que hoy se levanta en las mentes de muchos sacerdotes y laicos como la enemiga de la universalidad de la Iglesia y el obstáculo para un espíritu mucho más abierto. Sin embargo habrá que tener un poco de paciencia todavía [6].

[5] H. BORGERD: *Op. cit.*, pág. 118.
[6] Afirmaciones como «la autoridad suprema sobre la Iglesia universal reside toda entera en el Soberano Pontífice solo... No hay más autoridad en el Colegio Episcopal unido a su jefe que en su jefe solo... La enseñanza de la encíclica, en sus conclusiones principalmente perse-

PAPOLATRIA

Antes de seguir adelante, quiero dejar bien claro aquí que creo en la autoridad del Sumo Pontífice, que lo reverencio como jefe de la Iglesia, que veo en él al más alto representante oficial de Cristo—cada cristiano es un auténtico representante de Cristo, aunque muchas veces, con sus obras, lo malrepresente—y que pido por él todos los días para que el Señor le dé tino y fuerzas para regir su Iglesia; pero ciertamente no soy un papólatra. No rindo culto ni de dulía al Sumo Pontífice y menos a la curia romana. Me choca cierto tipo clásico de cristiano que se extasía hablando del Santo Padre, y que sería capaz de darle todo lo que él le pidiese, creyendo que el mismo Cristo se lo pedía, y, por otra parte, no ha descubierto todavía esa presencia de Cristo en sus hermanos, y es con ellos duro, intolerante y despreciador, lo mismo que podría ser cualquier pagano. Su actitud egoísta ante sus hermanos convierte en un acto de fanatismo aquella adoración extática del Sumo Pontífice.

La papolatría es una deducción lógica de una falsa concepción de la Iglesia: una Iglesia triunfal, pomposa, que se levanta frente al mundo como una gran institución autónoma a la que

guidas, es portadora de certeza», hechos por el cardenal Journet en defensa de la «Humanae vitae», nos parecen demasiado tajantes y además no encuentran mucho eco en la historia de la Iglesia. Nunca tenemos que olvidarnos que tan Iglesia y tan Papas eran aquellos a los que vemos cometiendo errores en los siglos pasados, a los que vemos depuestos canónicamente por Sínodos y Concilios contra su voluntad, y a los que hoy juzgamos con toda tranquilidad de conciencia, como son los actuales a los que por estar actualmente revestidos delante de nosotros de toda su autoridad, no nos atrevemos a juzgar con la misma libertad de espíritu, como si estos tuviesen mayor asistencia del Espíritu Santo que aquellos. Puede ser que nuestros juicios sobre el Magisterio actual sean equivocados; pero en cambio, el juicio que con una vista panorámica, los teólogos e historiadores de hoy dan de los errores pasados del Magisterio, estamos seguros que son correctos. Muy bien dice Teilhard de Chardin que «la historia particular limitada a un pueblo o a un lapso de tiempo demasiado corto es totalmente incomprensible. La historia sólo tiene sentido (y por tanto sólo es comprensible y juzgable) si es universal».

hay que servir; una Iglesia jerárquica, infalible, que tiene comunicación directa con Dios, una Iglesia legal, poseedora de toda la verdad y guardiana de un dogma y de una moralidad inmutables, necesariamente tiene que engendrar alguna especie de culto para quien sea cabeza de semejante institución que tiene ya más de divina que de humana. Un Sumo Pontífice caminando en mangas de camisa, sería algo capaz de desmayar de horror a miles de almas piadosas que, por otro lado, tienen muchísimas auténticas virtudes cristianas. Y sin embargo, no nos imaginamos a San Pedro caminando por las calles de la Roma imperial con ninguna clase de vestidura diferente a la ordinaria. Ni un solo botón colorado que lo diferenciase de los demás mortales. Cuando el Papa, en Semana Santa, lava los pies en la basílica romana a los doce pobres, más que recordar la acción de Jesús en la Ultima Cena, hace un acto de pública penitencia, reconociendo lo lejos que está en este particular de la vestimenta y de la pompa, de lo que debería de ser. Aunque en este punto tenemos que reconocer que en lo que se refiere a vestimentas, costumbres, protocolo y rituales, los Sumos Pontífices son más prisioneros, dignos de compasión, que hombres libres. ¿Pero no ha llegado ya el tiempo de que, usando su autoridad con toda energía, se liberen de esas ataduras tradicionales y representen, en lo externo, más genuinamente a Cristo? [7].

[7] A título de curiosidad, y para que se vea hasta qué grado increíble de sofisticamiento e irrealidad después de siglos, se ha llegado en este particular de la «pompa litúrgica» en el Vaticano—que podría ser el índice de otras deformaciones insospechadas para aquellos que no están envueltos en el «aire romano»— copiamos a continuación las vestiduras que el Papa usa para la celebración de la Misa en la Basílica de San Pedro: «El Soberano Pontífice, cuando celebra en San Pedro, lleva, bajo la sotana con cola, la *falda*, especie de inmensa falda de seda crema, ajustada al talle por agujas de plata, y que cuatro dignatarios sostienen a su alrededor. Si celebra él mismo—e invariablemente en el altar del Bernino—viste, sobre la casulla, el *fanon*, que es como una muceta de seda blanca, adornada con hilos rojos y dorados. Este ornamento no tiene ninguna relación con los manípulos bordados con los que termina la mitra. La *falda* y el *fanon* son insignias exclusivamente reservadas al Papa. Sobre el *fanon* lleva el *pallium*, delgada banda de lana adornada con cruces negras de seda, y que se fija por medio de tres alfileres de oro, en los cuales hay engastadas piedras preciosas. El más rico de estos al-

Vuelvo a invitar con insistencia a la lectura de la Historia de la Iglesia, y en particular a la lectura de la Historia del papado; a la vista de tantos errores tan graves, mezclados con tantas grandes cosas y tantos logros, uno se hace una idea mucho más real y humana de lo que es esta institución maravillosa, en la cual Cristo depositó su confianza y a la cual prometió una ayuda especial, sin convertir por eso, a sus líderes en superhombres, incapaces de cometer errores o libres de las pasiones comunes que carcomen a todos los mortales. Y eso es parte del misterio y del milagro de la Iglesia: que está constituida por reales y auténticos hombres, con una congénita debilidad igual que todos los demás. Quererlos divinizar es ir contra la mente del mismo Fundador, es hacerles daño a ellos mismos, pues pocas tentaciones hay tan insidiosas, para la débil naturaleza humana, como la adulación—aunque sea hecha de buena fe—y la alabanza. Si esta adulación se institucionaliza—triples incensaciones, triples genuflexiones, profundas reverencias—no hay poder humano que se resista. Y aunque el interior de la persona, sometida a ese sub-culto oficial, permanezca humilde, el cargo, el título, se irán hinchando a lo largo de los años y acabarán por hacer que aquel hombre humilde haga, como algo natural, cosas que repugnan a su natural humildad. Dará la impresión de ser un muñeco de guiñol manejado por hilos misteriosos, cuyos extremos se pierden en la penumbra de la historia.

fileres se lleva sobre el pecho, el menos rico en el dorso, y el tercero sobre el hombro izquierdo. El *pallium* es el ornato más alto de la dignidad archiepiscopal; solamente algunos obispos privilegiados tienen derecho a usarlo. La mayor parte del tiempo se conserva en un cofrecillo de madera preciosa, envuelto en telas de seda. Cuando su poseedor haya de ceñirlo en la misa pontifical, debe ser un subdiácono con túnica quien se lo presente, protegido por el velo humeral. Los *pallium* son tejidos con la lana de los corderitos, esquilados el día de Santa Inés; a continuación son bendecidos por el Papa, en San Pedro, sobre la tumba del cual reposan toda una noche. El *fanon* y el *pallium* no se usan más que en la misa pontifical, y nunca de réquiem. *Además de estos atributos particulares el Papa reviste para celebrar los hábitos sagrados comunes a todos los obispos.»* Como acaba diciendo a otro respecto el autor del que hemos tomado estos datos, el Papa con tales vestiduras «más parace un personaje de ópera». JEAN JACQUES THIERRY: *Vaticano Secreto*. Edit. Bruguera. Barcelona, 1963.

Lo que en Roma puede parecer natural, por consuetudinario, no luce de la misma manera, a miles de kilómetros, y parece positivamente mal en países cuyo principal ciudadano se llama MISERIA, y no hay que olvidar que el Sumo Pontífice es también el Padre de todos esos miserables.

En los últimos viajes del Sumo Pontífice, a muchos buenos cristianos dotados de un profundo respeto y amor al Papa, entre los que me cuento, nos causaba profundo desagrado el leer en los periódicos y revistas, con lujo de detalles, los preparativos especiales y arreglos que se hacían en el avión que iba a transportar a Su Santidad. Se habló incluso, no sé si con segunda intención de la agencia de noticias o del periodista, de la instalación de un pequeño trono. Recuerdo que me conmoví y salté de mi asiento para comprobar si era verdad lo que me leían. Los papólatras lo verán hasta con devoción y consuelo de sus almas. Pero para un espíritu crítico del siglo XX, tales cosas están fuera de orden y desdoran la reputación de un hombre; de un hombre eminentemente recto, sacrificado y austero. ¿Por qué envolver el espíritu bueno con envoltura tan mala y tan repelente como es el lujo ostentoso e inútil? ¿Se degradaría nadie por viajar en un confortable asiento de primera clase?

POMPA Y CONSERVADURISMO

Estamos muy lejos de pedir que las grandes ceremonias del Vaticano se conviertan en algo ramplón, pero sí estamos pidiendo, y creo que lo pide también la cristiandad, que se acabe la parte de espectáculo que tienen ciertas ceremonias. El haber acortado la cauda magna de los cardenales no es suficiente. Hay que encoger y desinflar muchas otras caudas que están tan exageradas como el famoso apéndice rojo cardenalicio que, increiblemente, estuvo vigente por tantos años. Todos los vestigios mundanos y aún escandalosos de pompa, poder y lujo, que todas las edades han ido dejando en muchas ceremonias vatica-

nas, sean de la era constantiniana, medieval o renacentista, tienen que desaparecer para acomodarse a un estilo más auténtico de nuestro tiempo. La misma basílica romana se encuentra como impregnada del nada eclesiástico espíritu de los Ferrara, los Orsini, los Colonna y los Hipólitos de Este.

Es indudable, que la Guardia Suiza, con sus vistosos uniformes diseñados por el propio Miguel Angel y otras cosas por el estilo, añaden colorido y tipismo al Vaticano. No se puede negar que, desde el punto de vista estético, son algo bueno y deseable. Pero nunca hay que perder de vista que el Vaticano entero es la cabeza y el símbolo de una institución fundada para perpetuar y propagar las enseñanzas de un hombre que nació en un pesebre y que murió desnudo en una cruz. No hay que olvidar que el Vaticano es, o debe ser, el exponente de un espíritu de servicio, de humildad y de pobreza, predicadas y vividas por su Fundador. Hoy ya se hace muy difícil compaginar al símbolo con el simbolizado. Por añadidura dentro de poco se hará muy difícil sostener económicamente esos símbolos.

Dijimos anteriormente que el Papa era más bien un prisionero de las tradiciones que un hombre libre. Lo mismo se puede decir del Vaticano en pleno. El Vaticano es un prisionero de sí mismo, y uno de sus mayores pecados, consecuencia directa de ésto, es el conservadurismo. La historia lo aplasta, pero se abraza desesperadamente a la historia. Da la impresión de que le ha cogido miedo al futuro. Este conservadurismo se manifiesta, no sólo en un desordenado amor a la tradición, que vemos plásticamente conservada en las ceremonias y vestidos, sino en los estatutos que rigen las mismas estructuras romanas y en las actitudes para solucionar los problemas que se presentan. El fenómeno, ya reseñado antes, de tantos ancianos ocupando todavía puestos claves en las curias romanas, es, o ha sido hasta ahora, una manifestación clara de ese conservadurismo. Otra lo es la actitud bastante común de dar siempre la razón al más fuerte—¡qué pocos casos han ganado los sacerdotes contra sus obispos!—. El principio de autoridad ha derrotado, en muchísimas ocasiones, a la desnuda justicia. La actitud constantemente recelosa hacia lo nuevo. ¡Qué pocas ideas nuevas, que tuvieran

el aire de ser algo revolucionarias, se han abierto paso fácilmente a través de las oficinas vaticanas! La mayoría de las ideas revolucionarias han obtenido el sí de Roma después de haber sido temerariamente propagadas por algún rebelde inspirado por Dios o por el sentido común. Es triste que muchos hombres hayan tenido que saltar la valla de las prohibiciones vaticanas para extender sus constructivas ideas, y cuando diez o veinte años más tarde éstas se habían hecho comunes, la Santa Sede les envió el título de monseñor como premio a su labor profética. «Vuestros padres mataron a los profetas y vosotros les levantáis monumentos» [8].

Hay en esto una seria falta de fe en el Espíritu que anima a la Iglesia. Da la impresión de que hay demasiada confianza en la *organización*, en la *experiencia*, en lo humano de la institución, cuando debería ser todo lo contrario. Una institución como la actual Iglesia católica, si únicamente estuviese sostenida por fuerzas humanas, no duraría más de uno o dos decenios. En la complejidad del mundo de hoy se desarrollarían, como de hecho se desarrollan, tales fuerzas disruptoras y disolventes, que la reducirían a mil pedazos. Su historia lo demuestra claramente, cuando, de no ser por la asistencia misteriosa pero eficaz de Cristo, los hombres que la dirigían hubiesen, por sus errores y sus ambiciones personales, acabado con ella en unas cuantas ocasiones. Al hacer hicapié en la efectividad de la organización humana, se desconfía de las voces no romanas que proceden del Cuerpo de la Iglesia, y se sospecha que provienen también de esa estructura humana que compone el Cuerpo de la Iglesia, en vez de pensar que pueden provenir muy bien, del Espíritu que anida y anima a ese Cuerpo.

Este conservadurismo negativo y timorato ha tenido frenada la vitalidad de la Iglesia durante los siglos XVIII y XIX, y, únicamente, ya bien entrado el siglo XX, comenzó el pneuma a hacer sentir su brisa fresca en el seno de la Iglesia, valiéndose, no de las autoridades romanas, sino de hijos de humildes campesinos que en su papel de anónimos sacerdotes y de laicos, co-

[8] *Mt* 23, 31.

menzaron a darse cuenta y a decir que las relaciones del hombre con Dios y de Dios con el hombre estaban haciéndose confusas y difíciles.

No es el conservadurismo el único mal que aqueja a la institución vaticana. Su extrema complejidad, por lo menos hasta el presente, lo ha convertido en un verdadero laberinto. Un simple laico que quisiese tramitar algo por las vías normales en la curia romana, se vería abocado, casi inexorablemente, al fracaso, o por lo menos, tendría que esperar fácilmente años. Comprendemos además perfectamente que la curia vaticana no puede vivir del aire, pero no comprendemos tan fácilmente por qué muchos casos que han sido empujados con dinero, han ido bastante más aprisa que otros que iban por las vías normales. Sea como sea, la curia romana es aún, hoy por hoy, prácticamente impenetrable para el simple fiel o sacerdote que no tenga padrinos, o que no haya aprendido el difícil arte de ciertos «pasadizos secretos». Hoy día, cuando alguien tiene que acudir a Roma con algún caso que se sale un poco de lo normal, cosa bastante frecuente dada la complejidad de la vida, es tal el enredo que los años han ido poniendo en todo el mecanismo vaticano, que uno no sabe a dónde tiene que dirigirse. Al mismo tiempo habría que darle una inyección de vitalidad a todo ese enjambre de históricas oficinas, pues si el refrán dice que «las cosas de palacio van despacio», debería haber otro refrán que dijese que las causas de los palacios romanos a duras penas se mueven. Sobre todo aquellas que son hechas normalmente y sin palancas. Se aduce la razón de que la cantidad de casos de toda índole que a Roma llegan, es ingente, y que por eso es imposible ir más aprisa. Pero la razón no vale. Si Roma se ha echado sobre sus hombros esa carga y se ha reservado la autoridad de discernir entre el bien y el mal en la Iglesia, tiene que buscar la manera de hacerlo prontamente. *Porque administrar justicia con lentitud es una injusticia.* Y en ese pecado hace tiempo que es eminente, la Sede romana.

Se ha venido oyendo últimamente la frase «internacionalizar la curia». Buena idea, y ya era hora. Italia es una nación maravillosa; los italianos son uno de los pueblos más maduros del

orbe: brillantes, artistas, inteligentes, emprendedores, hospitalarios, fieles a la Iglesia. Pero tienen el defecto de que no son internacionales: son, únicamente, italianos. Y la Iglesia es internacional. Los protestantes nos llaman, un poco maliciosamente «romanos». Y tenemos que confesar que a nosotros, cada vez nos gusta menos que nos llamen romanos. Porque la Iglesia no es romana, es universal, es internacional. Por eso, el monopolio italiano sobre las estructuras claves de la Iglesia-institución, está ya de más, positivamente molesta. Las naciones del mundo han llegado a una madurez cristiana que no toleran ya el ser paternalizadas, en cuanto a cristianismo, por ninguna otra nación. Conocemos todos los argumentos que se suelen poner en pro de la conveniencia de que Italia siga siendo como la médula humana de esta estructura jerárquica, para evitar ciertas rivalidades patrióticas y aun políticas que podrían surgir. Pero cada día tienen menos fuerza esos argumentos. Si la Iglesia es internacional, sus organismos claves tienen que ser también internacionales. Por muchas buenas cualidades que tenga el pueblo italiano, hay, sin embargo, algunas de ellas que no encajan bien con la psicología de otros países. Y no es difícil ver cómo, a lo largo de los años, algunas de estas cualidades, muy italianas, han ido penetrando en la manera oficial de actuar la curia vaticana, y diríamos que se han institucionalizado. Pongamos por ejemplo, esa semi-sinceridad, muy diplomática, por otra parte, pero en ocasiones de pésimo sabor, con que la Sede romana trata, a veces, asuntos de la Iglesia. No es éste el único ejemplo de italianidad que se podría poner, que ha logrado penetrar la manera de proceder la Santa Sede, y que por otro lado no es agradable para la psicología de otros pueblos no tan maduros como el italiano, pero, por más jóvenes, más impetuosos y más amigos del «sí sí, no no» evangélico. Según confidencia del nuncio Roberti, en tiempos de Racine, «nos hace falta un barniz de teología, pero sobre un fondo de política».

NUNCIOS Y NUNCIATURAS

Al hablar del papado, no podemos dejar de lado toda esa estructura que depende directamente de él, y que ha ido, a lo

largo de los años y de los siglos, consolidándose más y más. Es inútil buscarla no sólo en los primeros años de la Iglesia, sino durante la mayor parte de su historia, por lo menos en la sólida forma actual, estática, bien implantada y superimpuesta a las naturales divisiones de la Iglesia institucional. Nos referimos a esa red de obispos, arzobispos y monseñores que la Santa Sede tiene desparramados por el mundo católico y estratégicamente colocados en los puntos neurálgicos de la cristiandad y que son conocidos por el nombre de nuncios.

La finalidad de los nuncios es varia: representar a la Santa Sede ante los diversos gobiernos nacionales, representar a la Santa Sede ante las diversas provincias eclesiásticas, representar al Santo Padre ante el Pueblo de Dios, ser, en muchos casos, vehículo entre la Santa Sede y los diversos obispos y viceversa, velar porque las decisiones romanas se cumplan fielmente, intervenir en la creación de nuevos obispos... A esta tarea normal podrán añadir muchas otras de tipo extraordinario.

Si bien es cierto que los nuncios han cumplido, por años, una misión muy útil a la Santa Sede, sin embargo hay que admitir, que su mera existencia, cada día que pasa, va constituyendo un mayor problema.

En primer lugar, esta superimposición de obispos venidos de fuera sobre obispos nativos en el ejercicio de sus funciones, es, hoy día, una cosa bastante extraña y que con frecuencia, de no ser los nuncios muy prudentes, pone en situaciones embarazosas a los obispos residenciales.

Si se parte del principio de que el nuncio es un normal representante de un Estado—el Vaticano—ante otro Estado, y que por tanto los obispos locales no tienen por qué sentirse incómodos ante la presencia de un nuevo obispo en su diócesis, cabría hacer tres consideraciones. Primeramente, de ser el nuncio un mero embajador de Estado a Estado, no vemos por qué tiene que estar investido de órdenes sagradas; la predicación del Evangelio sería un trabajo más propio, y más urgente, para un hombre que ha entregado su vida a Dios. En segundo lugar, de ser el nuncio un mero embajador de Estado a Estado, no nos

explicamos esas tan frecuentes intromisiones en la vida normal de las diócesis que no muy raramente han degenerado, con escándalo de la cristiandad, en abiertos conflictos con los pastores locales. No están lejos los años en que en una nación centroamericana, en los periódicos, se daba, día a día, el parte de cómo iba la batalla públicamente declararada, entre el señor nuncio de Su Santidad y el señor arzobispo de la capital. En tercer lugar, tampoco vemos por qué la cabeza de la Iglesia, *que bastante desgracia tiene ya con haber asumido la forma de un Estado más entre todos los Estados del mundo,* haya de proceder, en sus relaciones con los demás Estados, con el mismo estilo opulento y mundano, que los Estados más ricos del mundo.

Si, por el contrario, partimos del principio de que el nuncio es un mero representante de Amor por parte de Su Santidad, hacia cada uno de los pueblos del mundo, entonces cabría preguntar por qué ese papel no pueden desempeñarlo los que naturalmente están llamados a ello, es decir: los obispos residenciales. Si en el ámbito extraeclesial, la función de los nuncios como embajadores de un Estado a otro Estado es vulnerable, en el ámbito interno, la función de los nuncios como mensajeros permanentes del Sumo Pontífice de Roma, es más vulnerable todavía. Lógicamente, los obispos acabarán sintiéndose supervisados, y en todo caso, es una falta de confianza por parte de la Santa Sede, hacia la integridad o la capacidad de los obispos ordinarios. Ellos son los representantes natos de su pueblo ante el Sumo Pontífice, y ellos tienen que ser el lazo natural entre la Santa Sede y el pueblo.

Dicho sea de paso, la formación ordinaria de los nuncios, no los habilita excepcionalmente para este difícil cargo que tienen que desempeñar. Si bien es cierto que ha habido y hay, entre ellos, hombres extraordinarios—ejemplo de ello son León XIII, Rampolla, Ceretti y los tres últimos Pontífices—también es muy cierto que, con una mayor frecuencia, hay nuncios que desempeñan su cargo muy deficientemente. Lejos de mí el bajar a tristes ejemplos que he conocido muy de cerca. Y no es de extrañar que esto suceda, ya que la muy híbrida y difícil misión en que se ven envueltos desde muy pronto en su

carrera, con facilidad va, paulatinamente, deformando sus criterios, alejándolos de la realidad de la vida y convirtiéndolos en meros funcionarios de una institución a la que le conviene que estén perennemente «en pose». Este alejajmiento de la realidad es ya casi una cosa típica de los nuncios. Son numerosos los casos que conocemos, de señores nuncios que, viviendo en países en donde hay gravísimas crisis sociales, económicas y religiosas, dan la impresión de estar viviendo en un mundo aparte. Se diría que están encerrados en una campana de cristal que los aísla y los inmuniza de las angustias y de los problemas de la gente que los circunda.

Recuerdo la mala impresión que me llevé cierto día en que, con gran sacrificio de parte mía, acudí al nuncio de Su Santidad, residente en una capital distante, para exponerle con lujo de detalles y con documentos ciertos graves problemas que afectaban a toda una diócesis. Su excelencia me recibió entre mármoles, y, para estar a tono, con una frialdad marmórea me permitió exponer todos mis argumentos. Me despidió de la misma manera y nunca volví a oír de él ni una sola palabra acerca de si se había tomado o no alguna medida. Pero donde más visiblemente demuestran los nuncios su alejamiento de la realidad circundante es en su manera de vivir. Aparentemente tienen la idea de que si no imitan, en tono menor, la pompa vaticana, no pueden representar eficientemente a la Santa Sede. Los representantes del «siervo de los siervos de Dios» (y ya va siendo hora de que, o hacemos verdaderos muchos de estos motes que usamos en la Iglesia, o los borramos para siempre de nuestros libros), tienen un automóvil tan bueno como el de cualquier embajador, se visten más llamativamente que cualquier embajador, viven en un palacio mejor que el de la mayoría de los embajadores, y son huéspedes distinguidos en cuanto cocktail, inauguración, fiesta patria o aniversario de alguna importancia, se celebre. Sus apariciones entre la gente humilde son mucho más parcas, ya que los pobres, y aun la clase media, no suelen estar envueltos en grandes protocolos de Estado, y no suelen celebrar aniversarios, cono no sean los de sus incoloras vidas o los de sus difuntos.

La circunstancia adversa, no sólo en nuestra América, sino en el mundo entero, de que la mayoría de los pueblos están lejísimos de llevar una vida confortable, hace que este género de vida del representante del Sumo Pontífice, adquiera unas características de vergonzosa ostentosidad, de falta de sentido común, de insulto a la conciencia cristiana. No se puede tapar el sol con un dedo: El estilo externo de vida de muchos nuncios es una negación total del espíritu del Evangelio. Y si a eso añadimos los defectos fundamentales que provienen de la misma estructura diplomática en que están enmarcados, y el no menor del enorme dispendio que supone para la Santa Sede—para la Iglesia—el mantenimiento de toda esta red de embajadores, hay que llegar a la conclusión de que los nuncios y las nunciaturas, o deben desaparecer o tienen que ser sometidas a una drástica transformación. Hablando crudamente, hoy por hoy, la vida de muchos nuncios, haciendo inconscientemente el papel de grandes señores, lejos de representar la imagen del Jesús de Nazaret que se ganaba el pan con el sudor de su frente, es un escándalo para el pueblo cristiano, y es un descrédito para la misma Iglesia. La conciencia nueva, revolucionaria, hasta violenta si se quiere, pero sincera y auténtica del nuevo cristiano sudamericano, no tolera ya semejante caricatura que adquiere el carácter de farsa y aun de positivo insulto a sus conciencias, al querer presentársela como oro de ley. El daño que hacen algunos nuncios en la conciencia de este nuevo tipo de cristiano es enorme. Hemos visto algunas discusiones violentas entre estos neocristianos y algún nuncio que tuvo la osadía, mezclada con ingenuidad y buen deseo, de ponerse a discutir con ellos, cara a cara, públicamente. En la discusión se pudo ver toda la repulsa que ellos, y todas las personas presentes, sentían por la vida ostentosa que, inconscientemente, llevaba el representante de Su Santidad. Y recuerdo en concreto que cuando le preguntaron por qué él tenía que usar una cruz pectoral de oro, con una gran amatista, contestó, casi escandalizado de que ellos no pudiesen comprenderlo, pero demostrando al mismo tiempo ese alejamiento de que hablábamos antes: «Cómo voy a quitarme yo esto, si esta cruz, con esta amatista, es un regalo personal que me hizo Juan XXIII.» La contestación del nuncio es una de-

mostración más de lo aprisionados que estamos en la Iglesia —no sólo en nuestras costumbres y ritos, sino en nuestros criterios y maneras de pensar—por las tradiciones y usos viejos, diferentes a la manera de pensar del pueblo. La idea dominante en el señor nuncio era que el Papa se la había regalado; la idea dominante en los que discutían con él, era que era de oro y tenía engarzada una gran amatista, lo cual pugnaba ciertamente con el espíritu que oficialmente representaba el nuncio y con la pobreza real de ellos.

Una última consideración acerca de una característica no rara entre los nuncios es su inclinación hacia el politiqueo, sea éste eclesiástico o civil. Cierto tipo de pequeña, y a veces, no tan pequeña intriga, parece ser una tentación especial para los nuncios romanos. Cuando esta intriga es hacia dentro, entre los mismos miembros de la Iglesia, suele causar grandes divisiones en el seno del pueblo cristiano, no siendo raro el caso en que, gracias a las imprudentes maniobras del señor nuncio, obispos se han disgustado con obispos, o con su clero. La posición privilegiada, y al mismo tiempo mixta en que se hallan los nuncios, y junto a ésto el no infrecuente gusto por el comadreo diplomático, ha acarreado muchas veces, dificultades para las buenas relaciones en el seno de las diócesis.

Peor es todavía cuando, so capa de ayudar por estar en una posición neutra, se han inmiscuido en problemas de política partidista en la que, por estar tan envueltas las pasiones, y ser materias tan opinables, es muy fácil que la Iglesia se vea haciendo un triste papel.

Acabemos este largo inciso sobre los nuncios y las nunciaturas, aconsejando humildemente a la Santa Sede que prescinda de ellos.

Con esta medida, la Santa Sede lograría muchas cosas buenas de golpe. El ahorro de una cantidad considerable de dinero que cada año tiene que desembolsar para el mantenimiento de tantas personas; la descentralización del mando en la Iglesia, cosa por la que cada día se aboga más; y para que la misma

colegialidad de los obispos, sancionada en el Concilio Vaticano, no se quede en un mero buen deseo, ya que hasta ahora dicha colegialidad dista mucho de ser lo que se pretendió que fuera: una auténtica cabeza de la Iglesia, que con el Papa al frente, es el sujeto real de la autoridad en la Iglesia y no un mero cuerpo consultivo. Por último, con la supresión de los nuncios, se quitaría cierta mala imagen que la Santa Sede tiene, de desconfiar de las jerarquías locales, habiendo institucionalizado el espionaje, con el agravante de que parece querer disimularse este hecho con títulos y funciones eclesiásticos.

UNAS HUMILDES SUGERENCIAS

Terminaremos este capítulo sobre el papado haciendo unas humildes sugerencias a la Santa Sede.

Los que amamos sinceramente a la Iglesia y hemos dedicado nuestras vidas a extender su Mensaje, sufrimos al ver los graves defectos de su cabeza. Defectos que por seculares, profundos y por estar rodeados de un manto sagrado, son ya admitidos como una cosa normal. Y lo que es peor, a los ojos de muchos cristianos, se han convertido en un signo de la grandeza y aun de la divinidad de la Iglesia.

Quisiéramos ver a la Santa Sede despojada de ese feo aire de dominadora de conciencias que se manifiesta de tan variadas maneras, desde la imposición de criterios sobre cosas totalmente secundarias y que de ninguna manera tienen que ver con la esencia de nuestra fe, hasta normas litúrgicas y disciplinarias a las que se añade la etiqueta de obligatorias, y peor todavía si, por no cumplirlas, se ata el alma con la cadena del pecado. Nos duele en gran manera que la Santa Sede tenga todavía esos criterios y juegue tan fácilmente con el pecado, con la bondad de Dios y, consecuentemente, con la propia autoridad de la Santa Sede. Al intentar dominar así, se hace un grave daño a sí misma. La humanidad entera tiene hoy ya que sufrir demasiadas imposiciones y angustias para que venga encima, nuestra Madre la Iglesia, a imponernos más obligaciones. *Quítese la Santa Sede*

esa imagen amedrentadora, tan dispuesta siempre a ser portadora de la ira de Dios. Dios no tiene ira, porque la ira es una pasión desordenada. Dios tiene una infinita paciencia de Padre.

No quisiéramos que la Santa Sede abdicara de su papel de guardiana de la fe. Pero esta «guardia» tiene que tener un carácter mucho más positivo y despojarse de todo el aire fiscalizador que hoy posee. Debería ser un lanzar ideas, un ir delante para animar y encaminar a los que quieran profundizar en el misterio, más que ir a la zaga de los que investigan para estar pronta a anatematizarlos en cuando dan—o parece que dan—un paso en falso. El día que Gregorio IX en el 1231, instituyó el fatídico tribunal de la Inquisición, fue un día de luto en la Iglesia. Aquella anticristiana «caza de brujas doctrinales» que se organizó entonces y que culminó veintiún años más tarde Inocencio IV con la admisión de la tortura, todavía empaña hoy el buen nombre de esta *Fraternidad Universal fundada por un divino perdonador de adúlteras y perjuros.*

Quisiéramos que la Santa Sede fuese la primera en llevar hasta sus últimas consecuencias los profundos pensamientos plasmados en el documento sobre la libertad religiosa. Nos parece que algunas disposiciones de la Santa Sede, y bien cerca tenemos el triste ejemplo de la encíclica «Humanae vitae», no están de acuerdo con la idea fundamental del documento sobre la libertad religiosa.

Hay que tener un grandísimo respeto a la conciencia privada. Esta, por escandaloso que pueda parecer, es en definitiva el último juez. Si no la respetamos, estamos minando en sus cimientos, no sólo la dignidad del hombre, sino su misma esencia humana. Por muy de Dios que sea una orden, ¿quién es el que en definitiva me dice a mí que tal orden es de Dios, sino mi mente? Por tanto, la Santa Sede podrá decir que algo es verdad y aun podrá pedir el asentimiento; pero no deberá pasar de ahí a investigar cuál es la palabra final de la conciencia y mucho menos a imponer castigo de ninguna clase. *Obligar con castigo a que un hombre crea lo que no cree (lo que su mente no admite), es destruírlo como hombre; es ir contra la esencia de la racionalidad tal como la creó Dios.* ¿Cuál será entonces el papel del Magisterio? Será seguir enseñando siempre la verdad tal como él lo crea y tener paciencia hasta que los hombres vayan, poco a poco, descubriendo lo que no ven. Donde sí tiene la Iglesia que mostrarse alerta e intransigente es en descubrir y anatematizar todas las herejías que van contra el amor, las cuales se presentan más que como fórmulas dogmáticas como teorías económicas, sociales o políticas. Esas, practicadas por los cristianos, sí son capaces de destruír la Iglesia al ir contra la esencia de ella. Mientras en el siglo pasado se condenaba reiteradamente a los modernistas (cuyas doctrinas hoy, o son totalmente desconocidas o son ya en parte admitidas en la Iglesia) se dejaba pasar, sin embargo, impune, la gran «herejía» del liberalismo económico de tan trágicas consecuencias para la humanidad. Las herejías que van contra la idea que tenemos de Dios son en cierto sentido menos perjudiciales que aquellas que van contra los hombres. Porque a Dios no le podemos hacer daño ninguno con nuestras herejías, mientras que al hombre sí. La Iglesia arremetió hace un siglo contra los que traían teorías nuevas sobre la interpretación de las Escrituras (como si en esto no hubiésemos cambiado nada a lo largo de los siglos), y en cambio dejó pasar las terribles herejías de los que abusaban del derecho de propiedad y de la libre contratación, perjudicando a millones de personas. Estas sí son herejías contra la imagen de Dios, que es el hombre y en particular contra los Cristos vivos, que son los pobres. La jerarquía no anatematizó a los que vivían estas herejías... y los sigue bendiciendo en muchos países.

Mucho ganaría la Santa Sede si, cuanto antes, dejase de tener a los ojos del mundo, ese aire de gran señora, o en otras palabras, ese estilo de gran corte imperial en donde un grupo de príncipes de la Iglesia, con maneras y estilo principescos, gobiernan su vasto imperio de súbditos espirituales. Si hasta hoy esto ha sido visto más o menos con tolerancia, a medida que pasen los años se verá sometido a más y más críticas, y será objeto de confusión para todos los pueblos del mundo, acerca de cuál es el verdadero papel, en la tierra, de esa institución cuya cabeza tiene una tan extraña manera de proceder.

Debería también la Santa Sede, con toda diligencia, tratar de borrar la imagen que hasta ahora ha proyectado, de ser un freno para la evolución de la humanidad, y en defintiva, para la ascensión de todo el género humano hacia Dios. El espíritu de Teilhard de Chardin, debe penetrar en el Vaticano para quitar ciertas ataduras mentales y ciertos atavismos de sabor medieval que tienen presas todavía las inteligencias de algunos de los más influyentes jerarcas. Todavía hay demasiados tabús y miedos a permitir que la humanidad, libremente, busque las nuevas manifestaciones de la vida y del espíritu.

La humanidad no es algo estático. Tal como hoy está es un estadio en su lentísima evolución, querida por el mismo Dios. Impedirle, invocando la voluntad divina, que siga avanzando, que siga buscando aunque sea dando traspiés, es hacerle una falsa imputación a Dios, es usar abusivamente de un poder y es desacreditarse para el futuro. No hay derecho a seguir mezclando la fe en Jesucristo y el único mandamiento fundamental que El nos dio, con los tanteos y pasos vacilantes que esta humanidad, perdida en la noche de los tiempos, da en busca de la luz, impulsada por esa fuerza y ese deseo inconsciente y misterioso que el mismo Dios ha puesto en el corazón de los hombres, de acercarse a El, de ir preparando todas las cosas, sean éstas materiales o espirituales, para que algún día vuelvan, transformadas y glorificadas a la fuente de donde brotaron. Esa es la lentísima labor del hombre sobre la tierra. Querer frenar a la humanidad, en virtud de un moralismo o dogmatismo inventado por hombres particulares, querer parar las investigaciones científicas, por la razón de que se oponen a falsos dogmas, o de que son «contra natura», es ir contra la esencia de esa misma naturaleza a la cual vemos, que en virtud de una fuerza que Dios ha puesto en ella, lucha, inconscientemente, por su superación a través de la innegable evolución supermilenaria [9]. Pensemos

[9] Nos parece ver en San Pablo atisbos de esta maravillosa epifanía cósmica: «El continuo anhelar de las crituras... con la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera ahora gime con dolores de parto...» Ro 8, 19-23.

que hace cinco siglos el negar la manzana de Adán nos hubiera llevado a la hoguera; hace cuatro siglos, el decir que la tierra no era el centro del universo mereció una formal condenación, hace cien años el decir que todo evolucionaba, iba contra un «dogma», y hace sólo sesenta años, los trasplantes de corazón hubiesen sido prohibidos por los moralistas, «por ser contra natura», lo mismo que son, todavía hoy, prohibidas por ciertas sectas cristianas fanáticas, las transfusiones de sangre y toda suerte de cirujía.

Cuando hace unos años el doctor Petrucci inició en Italia el estudio de un embrión humano en un tubo de ensayo, los moralistas vaticanos pusieron el grito en el cielo. Pero esos mismos moralizantes no tendrán inconveniente ninguno en someterse a cualquier operación quirúrgica, sin caer en la cuenta de que tal operación (que a lo mejor les salva la vida), es fruto de unas experiencias sobre cuerpos humanos, que años atrás eran igualmente condenadas por otros moralizantes. Acaso no recuerden que hace ya 800 años, cuando en la Universidad de Bolonia se comenzaron las primeras disecciones de cadáveres y estudios a fondo del cuerpo humano, los moralizantes de aquella época dejaron oír sus condenaciones, afirmando que el cuerpo humano «era sagrado por ser templo de Dios», y que, por tanto, la disección era una profanación no permitida por la moral cristiana [10]. Gracias a Dios triunfó el sentido común y los

[10] En prensa ya este libro se levanta otra polvareda fanático-moral en torno a los experimentos de fecundación humana «in vitro» de los doctores Edwars, Bavister y Steptoe en la Universidad de Cambridge. Los moralizantes de turno han reiterado sus condenaciones. Pero ¿qué sabemos nosotros de si hay alma o no en estos estados embrionarios ni de los misteriosos procesos bioquímicos que allí tienen lugar para afirmar que estamos haciendo algo malo o que estamos atropellando el derecho de nadie? Lo que está envuelto en todo esto no es el problemático derecho de una hipotética persona, sino la evolución progresiva y *necesaria* de toda la humanidad; son los cientos de miles de niños que seguirán naciendo deformes y los millones de mujeres que seguirán infecundas etcétera, si no estudiamos racionalmente estos recónditos procesos genéticos. *La humanidad entera necesita avanzar en su propio conocimiento para, a la larga, poder sobrevivir.* Todo este campo, por ser tan afín al sexo—el gran tabú—, necesita ser también racionalmente desacralizado.

médicos «desobedientes» siguieron estudiando los cadáveres y hoy podemos ayudar a la naturaleza con toda clase de operaciones quirúrgicas, sin creer que por ello dañamos nuestra fe, y mucho menos nos hacemos reos del infierno eterno. ¡Cuántas «brujas» no habrán sido llevadas a la hoguera por hombres fanáticos con capa de religiosos (tanto católicos como protestantes) que, probablemente, lo único que tenían eran unas extraordinarias cualidades telepáticas, o de clarividencia, o sencillamente, hipnóticas, cosas que hoy son admitidas como normales por la psiquiatría y la psicología experimental [11].

En vez de gastar su autoridad prohibiendo cosas que es dudoso que caigan bajo su competencia, la Santa Sede debería hacer un ingente esfuerzo por investigar la esencia del mensaje que Cristo vino a traer a los hombres, despojándolo de todos los pegotes que, a lo largo de los siglos, se le han ido añadiendo, y que lo vuelven confuso y a veces prácticamente inadmisible. El simple mensaje de amor entre todos los hombres y de esperanza ante las promesas de nuestro Padre Dios, debe volver a brillar en el mundo, y debe ser predicado de nuevo para que lo oigan todos los pueblos del orbe. Hay que separar este mensaje del ropaje provinciano, infantil y hasta ridículo, con que los siglos lo han ido vistiendo Y hay que buscar la manera de proclamarlo por todos los medios que la técnica moderna posee. El mundo, o se muere de desilusión, o está a punto de estallar en violencia, precisamente porque se le ha apagado la estrella de la esperanza. La Iglesia tiene esa estrella, y la Iglesia tiene ese espíritu de amor que será el único capaz de reanimar de nuevo los corazones de los hombres. Mientras la Iglesia docente no separe el Mensaje de los añadidos que lo afean; mientras la Iglesia jerárquica siga, a los ojos de la gran mayoría de la humanidad, como aliada de los grandes y de los opresores de este mundo; mientras la Iglesia romana no se desromanice y no se desoccidentalice, no podrá presentar el Mensaje con toda claridad a cada uno de los pueblos del mundo [12]. Antes al contrario, lo seguirá teniendo semiapagado, de modo que no ilumine los caminos de los hombres. Muy bien expresa Lin Yutang este pensamiento, por haberlo experimentado él en sus largos años en busca de Dios: «Las enseñanzas de Jesús, encerradas en dogmas teológicos, me hacían el mismo efecto que un retrato de Rembrandt en un marco de 0.95... El marco ínfimo hace desmerecer la obra de Rembrandt... Lo que impide que los hombres conozcan a Jesús son, precisamente, esos entrometidos doctrinarios; fue su confusión de credos y dogmas lo que me mantuvo alejado del cristianismo durante treinta años; su teología de 0.95 me impidió que viera a Jesús. No soy el único en esto» [13].

En mi opinión son perfectamente lícitas estas experiencias, por lo menos en el nivel en que hoy se llevan a cabo. Me parece estar oyendo a Cristo cuando, preguntado por otros moralizantes imbuidos de falsas ideas: «Señor, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciese ciego?», contestó: «Ni este ni sus padres...» (*Jn* 9, 1-4).

[11] Recordemos el pasmo de Pío XII cuando el clarividente Dunninger, que ni era católico ni sabía latín, colocado de espaldas a él, le iba diciendo en voz alta la antífona del breviario en que el entonces cardenal Pacelli tenía puestos los ojos. Quién sabe si en otro tiempo no hubiesen ido ambos a la hoguera, uno por brujo y el otro por fomentar las hechicerías.

[12] Muy diferente hubiese sido el estado actual del cristianismo en Asia, si los jesuitas Ricci y Nobili en los siglos XVI y XVII, no hubiesen sido tan hostigados por las autoridades eclesiásticas, recelosas de sus métodos de evangelización en los que se respetaban las costumbres y tradiciones milenarias de aquellos pueblos. El desmedido afán de romanizar, si en otros tiempos tuvo alguna razón de ser, hoy es ya una herejía, lo mismo que lo son todos los colonialismos religiosos y todo el occidentalismo del que hemos impregnado a la Iglesia. No nos olvidemos que aunque el Papa esté en Roma, Cristo no fue romano ni occidental.

[13] LIN YUTANG: *De pagano a cristiano*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1960.

Capítulo VIII

UN ANGUSTIOSO PANORAMA

EL PELIGRO INTERNO

He dejado para lo último unas consideraciones que juzgo de gran importancia. A la Iglesia, en concreto a nuestra Iglesia americana, le acechan dos graves peligros. El primer grave peligro es el de la rebelión en masa. Hasta ahora hemos hablado de la jerarquía y del clero en un tono, que aunque a algunos haya podido parecerle demasiado fuerte, sin embargo dista mucho de la manera como en realidad, y con toda justicia, podríamos haber hablado. Pero he dejado para este último capítulo el decir, más en síntesis, y aún si se quiere de una manera más cruda, la triste y peligrosa realidad en que actualmente se halla la Iglesia, y de una manera particular la jerarquía y el clero en casi toda América. Este primer grave peligro se podría decir que es más bien de un orden interno. La amenaza viene de aquellos cristianos que, sintiéndose parte de la Iglesia, se ven defraudados ante las actuaciones de los jefes de ésta. Gran número de sacerdotes han perdido la fe en sus obispos. Los temen y continúan obedeciéndolos externamente. Pero como tantas veces hemos dicho, en la Iglesia, sociedad de amor, no se puede funcionar a base de temor. Y cuando no hay amor, las cosas no

tardan mucho en desintegrarse. Por otro lado, el laicado consciente, y el laicado que no ha acabado todavía de despertar, pero que aún se mueve en el ámbito sociorreligioso de la Iglesia, está, hablando en general, defraudado del clero. Unos no lo dicen abiertamente pero lo sienten muy claro en su corazón. Y otros lo sienten violentamente y lo dicen a los cuatro vientos. La primera rebelión masiva puede ser de los sacerdotes contra sus obispos. Y la segunda, como una ola que no sólo acabe con los vestigios de clericalismo, sino que implante un laicismo tan perjudicial como aquel, será la rebelión de los laicos contra el clero y la jerarquía.

Algunos verán tan irreal esta rebelión como los cardenales renacentistas veían una división de la Iglesia. Y sin embargo la escisión protestante vino explosivamente con todas las consecuencias de sobra conocidas. Las razones para una rebelión hoy, a nuestro parecer, no son menores que a principios del siglo XVI. En realidad la rebelión ya está en acción hace mucho tiempo y en no pequeña parte, consumada. Pero hasta ahora ha sido hecha calladamente, por abandono; creemos que la etapa última de ella será clamorosa y violenta.

Las causas de esta rebelión no son difíciles de ver. Por un lado, una sociedad, y en particular una juventud en ebullición. Por dondequiera se han desatado unas violentísimas presiones sociales. En Latinoamérica tienen, fundamentalmente, una base económica, aunque también influye en gan medida lo ideológico y lo político; millones de seres marginados, mal alimentados, que despiertan de su sueño de siglos, y comienzan, violentamente, a reclamar sus derechos. En Norteamérica, aparte del enorme problema racial, esta presión tiene más bien un sello ideológico: jóvenes bien alimentados, pero que se sienten hastiados de una vida artificial y sin propósito; jóvenes que no quieren ser una anónima pieza de una ingente maquinaria que los provee de todo, pero que no los deja ser hombres libres ni creadores de una nueva sociedad. En el seno de esta ingente masa, sintiendo sus mismas inquietudes se hallan los cristianos. Cuando acosados por la miseria o por las injusticias, o por las inquietudes de conciencia, acuden a su Iglesia para que los ayude, para que les ilumine el duro camino por el que tienen que ir, se encuentran con un clero y una jerarquía que no reaccionan a sus inquietudes. Un clero, y sobre todo una jerarquía, acomodados en sus tradicionales posiciones, apoltronados muchos de ellos en su buen vivir, encendiendo y apagando velas, cuando deberían tener su espíritu encendido ante los magnos problemas de millones de hombres; en una palabra, indiferentes a todo el fragor de las luchas que se desarrollan en el seno de las conciencias y en mitad de las plazas. Los obispos no saben—y ojalá alguno de ellos lo aprenda al leer estas líneas—que en muchas naciones los sacerdotes se están organizando en grupos clandestinos para llevar adelante, junto con el pueblo, las reformas que hacen falta, por radicales que sean, quiéralo el obispo o no, sin importarles sus excomuniones y sus suspensiones «a divinis». Sencillamente han llegado a la conclusión de que, ante el sueño irresponsable de su pastor, ellos tienen que pastorear el rebaño como Cristo querría que se pastorease. Que esta actitud de los sacerdotes es cada vez más común, lo prueban los cientos de casos de sacerdotes que se han declarado en franca rebelión contra sus obispos. Si no es raro el caso del sacerdote suspendido, tampoco es raro el caso del sacerdote que, suspendido, sigue celebrando misa y actuando sin importarle nada la suspensión. De esta rebelión no se le puede echar toda la culpa a los sacerdotes; los jerarcas que, en una situación tan explosiva viven y actúan como si no pasara nada, son, por lo menos, tan responsables como los sacerdotes, y causa de que muchos de ellos lleguen a asumir las posiciones extremas a que se lanzan.

La misma desesperación que sienten muchos sacerdotes ante la insipiencia y la irresponsabilidad de su pastor, sienten muchísimos laicos ante una postura semejante en gran parte del clero. Si los sacerdotes se organizaban en grupos clandestinos, los lacios, con la ayuda de muchos sacerdotes, se organizan más. Los laicos, en ciertos sectores, se puede decir que ya han organizado sus Iglesias aparte, pues han caído en la cuenta de que su Cristo no es el Cristo del clero ni de la jeraraquía. Su Cristo es un Cristo que vive con el salario mínimo, que trabaja doce horas diarias, que vive en un tugurio de casa, que come

carne pocas veces al año, un Cristo huelguista, y, aun en la mente de algunos, un Cristo que coge un fusil... (para acabar, probablemente, muriendo fusilado—otra vez—por los que defienden «el orden y la paz»). Los cristianos más comprometidos y que hacen real en sus vidas el Evangelio, se avergüenzan muchas veces de sus obispos. Los escritos acusatorios de los cristianos de avanzada, cada vez más abundantes, son un testimonio de hasta qué punto ha llegado esta rebeldía contra la Iglesia jerárquica. Acusaciones que hace unos años hubieran causado sensación, hoy se escriben y se leen con la mayor naturalidad. Es ahí, precisamente, donde vemos el peligro: que estas ideas que, por desgracia, son tan fácilmente comprobables, vayan creando un clima tal, que cualquier día se desborde la presa, y la ira o el desprecio de los cristianos defraudados le pase por encima, violentamente, a la autoridad. «La Iglesia, en alianza con los regímenes establecidos, convierte al cristianismo en un justificante de la violencia de «statu quo»... El cristianismo, según nuestra interpretación, está comprometido con los regazados de la tierra, actúa en pro de la humanización de la vida de los hombres, su elemento revolucionario lo encamina en esta dirección. Esto significa que no puede hacerse partiendo de los organismos eclesiásticos cuyos intereses se identifican con los del "statu quo"» [1].

He aquí lo que escribe otro sacerdote: «... un gran peligro: que la jerarquía católica, maniobrada por la publicidad y embrujada por el miedo, empiece a hacer el juego a los que todo lo tienen en contra de los desposeídos. Sería preciso decirle a esos jerarcas, que si no tienen el valor de ser cristianos, por lo menos no empeñen su oficio pastoral en aplastar el hambre y sed de justicia que devoran a aquellos que a todo renunciaron para vivir con ellos. En todo deben ser guiados por el ansia de un mundo nuevo, bastante mejor que ese donde mueren de inanición la mitad de los pequeños, en donde la esperanza de vida

---

[1] *Religión y Revolución*. KARL LENKERDORF. (Profesor de Etica y Filosofía de la Religión, de la UNAM y de la Universidad de las Américas. Ex-rector del Centro Augsburgo.) Pág. 143. Editorial Nuestro Tiempo. México.

de los grandes no alcanza a los treinta años, tal y como lo han denunciado centenares de sacerdotes brasileños.» Y en otra lugar: «Cuando aparece, por excepción, un verdadero apóstol, que tiene el valor de recordar lo que es el verdadero cristianismo, es considerado, según los casos, como un político, un loco, un imprudente, un comunista infiltrado, un subversivo... Y hay que apresarlo, condenarlo, expulsarlo del país, con la benévola complacencia de los jerarcas, que siguen lavándose las manos en agua bendita» [2].

Se podían multiplicar sin fin las citas violentas contra esta jerarquía que no responde, ni a las angustias del clero ni a las angustias del pueblo.

Las consecuencias de esto pueden ser de una enorme gravedad. La Iglesia es una sociedad jerárquica según la mente de su Fundador, y sería una tragedia si todo el sistema jerárquico, precisamente por defecto de los jerarcas, por no desempeñar bien su oficio de pastores, por dormir mientras las ovejas son acosadas por sus enemigos, y por resistirse ciegamente a reformar las muchas cosas que, después de siglos de permanecer incambiadas, tienen que ser urgentemente reformadas, se viese abandonado por sus súbditos.

EL PELIGRO EXTERNO

Un segundo peligro, que proviene no tanto de las filas de los cristianos más allegados a la Iglesia, cuanto de las grandes masas, mayormente urbanas, que están ya bastante alejadas de su influencia, lo constituye la posibilidad de que, de seguir la jerarquía y los cristianos durmiendo, esas mismas masas pierdan la poca fe que les queda no ya en la Iglesia-institución, con la estructura concreta que ellos conocen, sino en el cristianismo como doctrina que predica la redención de los pobres.

Al decir que la jerarquía duerme, no nos referimos a su actitud pasiva hacia la miseria y las estrecheces de todo tipo por

---

La Iglesia y el movimiento revolucionario. FRANCISCO LAGE PESSOA. Página 153. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1968.

las que están pasando las ingentes masas proletarias, sino que nos referimos a ciertos criterios o actitudes y maneras de obrar que enfurecen a esas masas oprimidas: la alianza de los jerarcas con los grandes capitalistas opresores, causantes, en gran parte, de la miseria en que viven los pueblos y el respaldo moral que con su silencio, o su amistad, o su endosamiento, le dan a los regímenes de fuerza, aplastadores de los pueblos indefensos. Estas dos realidades destruyen, en la mayoría de los casos, todos los esfuerzos que la Iglesia pueda hacer para acercarse de nuevo a las masas. Y formulado de otra manera: Es tal la odiosidad que produce entre las masas depauperadas esta actitud de la jerarquía, que la inutiliza para, en el futuro, poder presentarle al pueblo el mensaje cristiano. Al rechazarlos a ellos, rechazarán al mismo tiempo, la doctrina que ellos prediquen.

Ejemplo típico de ésto ha sido la encíclica «el progreso de los pueblos». En ella, Pablo VI hace un esfuerzo por presentar una Iglesia de avanzada, defensora de los derechos de los oprimidos. Prueba de que la encíclica puso el dedo en la llaga haciendo despertar de su modorra a los cristianos ricos que dormían pensando que tenían en la Iglesia una fiel defensora de sus intereses, es el hecho de haber causado una violenta reacción en un amplio sector de gentes conservadoras que hasta entonces habían aplaudido con todo entusiasmo, los pronunciamientos de la Santa Sede. Pues bien, a pesar del extraordinario esfuerzo hecho por Pablo VI, la encíclica ha sido mal recibida por un buen sector del elemento obrero y universitario que lucha desesperadamente en la avanzada por la superación del pueblo latinoamericano. Ven en ella un remiendo, una toma de posición táctica y a tiempo, por parte de la Iglesia, cuando ésta ha visto que toda la estructura empieza a derrumbarse. «Es una manera de arrojar lastre (¿a espaldas de Dios?), para poder seguir de alguna manera el ritmo inexorable de la historia. Mas este fenómeno de las confesiones públicas es muy propio de nuestros días, pues la Iglesia resuelve destapar la caldera sólo cuando todo indica que está a punto de estallar. Esta actitud ambivalente del Vaticano y sus filiales asume, ante el despertar simultáneo de los países del terecer mundo, caracteres aun más

nítidos que parten de su desconcertante dilema: seguir favoreciendo hasta donde se pueda a las estructuras de la opresión, pero al mismo tiempo irse colocando de manera estratégica para quedar en las condiciones más favorables ante el nuevo régimen...» [3].

Los textos en este sentido podrían multiplicarse, ya que cada día es más abundante y más virulenta la literatura que se publica para denunciar este concubinato intolerable entre los que tienen por oficio «evangelizar a los pobres», y entre los que aplastan e impiden la superación de millones de pobres. «La Iglesia católica, por sí misma, con su sede central en el Estado Vaticano, ha venido actuando como una suerte de imperialismo en menor escala dentro de la estructura capitalista occidental, a la que pertenece y sirve con probada lealtad. Comprometida con los intereses opresores, la Iglesia no puede tomar partido en favor de los oprimidos, de ahí que incurre en contradicciones, ambigüedades e imprecisiones. Hoy el Vaticano no tiene necesidad de recurrir a tales procedimientos de fuerza, porque la Iglesia, en la época contemporánea ha podido formar, con el capitalismo, una especie de aleación de la máxima armonía y eficacia» [4]. Naturalmente no nos solidarizamos con estas manifestaciones tan absolutas. Las traemos para que se vea cómo piensan muchos líderes del pueblo que va despertando y del nuevo cristianismo violento que, querámoslo o no se está gestando.

Signo y símbolo de esta falta de sensibilidad para percibir la tensión del momento y de este maridaje con los sistemas y poderes constituidos, son las ingenuas frases del cardenal Spellman sobre un asunto tan controvertible como lo es la guerra en Vietnam, con las que compromete gravemente a la Iglesia al hacerla aparecer como belicista: «Toda solución que no sea la victoria es inconcebible.» (Con esta frase, como dice un autor, bendijo la napalmización del cristianismo.) «Esta guerra la

---

[3] *El Vaticano y el Tercer Mundo.* ELÍAS CONDAL. Página 172. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1968.
[4] *Op. cit.*, pág. 174.

hacemos para defender la civilización.» (¿A qué civilización se referiría el ilustre purpurado: a la de Harlem o a la del Waldorf Astoria?)

No se puede tapar el cielo con un dedo. La jerarquía, al menos en Sudamérica, está demasiado atada a los regímenes de fuerza, opresores de sus pueblos. Caen en la ingenuidad de creer que, porque los generales, o los presidentes de turno, van «oficialmente» a misa los domingos, y aun ocupan sitiales de honor, ya por eso son excelentes gobernantes. Los mismos días en que se celebraba el Congreso Eucarístico de Bogotá, mientras muchos gobernantes acudían, devotos, a hincarse delante del Santo Padre para besar filialmente su anillo de Pastor, leíamos en una revista colombiana que fuerzas del ejército de aquella nación se preparaban para desalojar por la fuerza unas haciendas en Antioquia que habían sido asaltadas por depauperados campesinos, hartos de trabajar como esclavos para un señor que vivía bien en la capital. Mientras los soldados enviados por los gobernantes, para defender los injustos privilegios de ciertos ricos, atropellan a los campesinos, esos mismos gobernantes y ricos—católicos «ejemplares»—se hincan reverentes ante Su Santidad y adoran fervorosos la Sagrada Hostia. Sus besos y sus devotas palabras no son más que un eco milenario de aquellas otras de Judas: «Dios te salve, Maestro.»

TEOLOGIA DE LA VIOLENCIA

Entre los cristianos sudamericanos de la nueva ola, la palabra clave, que repiten hasta la saciedad y al unísono, con la gran masa del pueblo e incluso con los marxistas, es la palabra: Revolución. Si los capitalistas siguen hallando defensores de la propiedad privada indiscriminada y si los gobernantes siguen usando como plataforma política el «law and order» (ley y orden; por ejemplo, Wallace en Estados Unidos), los cristianos comprometidos van elaborando, poco a poco, aunque cada vez más lúcidamente y haciéndola penetrar en las mentes del pueblo, la teología de la violencia. Las premisas de que parten

son innegables, y el pueblo va asumiendo que las conclusiones a que llegan también son ciertas. He aquí cómo las resume un autor cristiano:

«1. Es un hecho que dos terceras partes de los hombres en la actualidad están vegetando en la miseria y el hambre.

2. La historia enseña que esta situación se mantiene por defender los intereses particulares de los pudientes.

3. La divina ley natural da a todo hombre el derecho a satisfacer sus necesidades más vitales. Por consiguiente, dada la dureza de corazón de los pudientes, el cristianismo justifica y exige la revolución violenta a fin de establecer la justicia en cuanto a distribución equitativa de los bienes.»

(No estamos propugnando ideología ninguna. Sencillamente estamos presentando hechos e ideologías tal como hoy se dan en nuestros pueblos. No quererlas oír es seguir durmiendo al borde del volcán.)

«El cristiano que lealmente participa en la liberación de los pobres—escribe el franciscano padre Miguel Blais—no tiene que elegir en pro o en contra de la violencia sino en pro o en contra de la justicia; y una vez ha elegido la justicia en nombre del Evangelio, tiene que comprometerse resueltamente con ella. Si se presenta el caso de tener que usar la violencia, sabe que ésta no es sino un medio extremo y relativo. Al tomar resueltamente partido por el pobre, hasta la entrega de la propia vida, prepara oscura pero certeramente un mundo en el que la justicia y el amor se juntarán.»

Si, por un lado, vemos a sacerdotes y sobre todo a obispos, defendiendo la posición de los privilegiados, por otro lado encontramos a sacerdotes de avanzada elucubrando esta teología hombro con hombro con los laicos más vanguardistas. He aquí cómo el padre R. Domergue, asimismo franciscano, resume su largo trabajo «Reflexiones sobre la violencia»: «Es farisaico condenar la actitud de grupos o de países que recurren a medios violentos de liberación cuando en realidad es nuestra violencia

la que los condena a esta opción... No tenemos derecho a elegirles un camino. No podemos hacer otra cosa que ser sus aliados... Esto significa luchar nosotros de forma concreta contra los desórdenes de nuestra sociedad y que hacen que ella sea violenta... Esto es urgente. Bastante paciencia han tenido ya los pobres. Quedarse en el terreno sereno de los juicios abstractos es una traición. El "derecho" es con demasiada frecuencia un instrumento de violencia... Sólo una verdadera revolución puede permitir que se supere la violencia... Pero el principio según el cual "sólo la revolución armada es realista" puede ser tan nefasto como aquel otro "el orden a cualquier precio y por todos los medios"... Parece que la humanidad busca a tientas la forma de sustituír los medios violentos por los no violentos. Hemos de creer, por tanto, en los medios no violentos... Pero optar por medios no violentos es también arriesgarse a la ineficacia» [5].

No creamos que esta manera de pensar es fruto de «mentes deformadas por el confusionismo de los tiempos» y típica de los «curas comunistas». No hay que investigar demasiado para encontrar en los escritos de los grandes teólogos de la Iglesia apoyo decidido para estas doctrinas.

El español fray Francisco Vitoria, O. P., fundador del Derecho Internacional y, sobre todo, Santo Tomás de Aquino, que a su vez se hacía eco de Aristóteles, pusieron ya muchas cortapisas a la doctrina de la propiedad privada indiscriminada y al abuso de poder por parte de los poderosos. Del primero, en sus comentarios a Santo Tomás, es el siguiente párrafo: «Si fuese conveniente por un motivo razonable, el jefe del Estado, o la mayoría de los responsables de las ciudades, podrían decidir que todos los bienes de los ricos y de cualquier ciudadano, fuesen comunes a todos. Y esto estaría bien hecho, porque esos bienes corresponden, más a la colectvidad que a los particulares» [6].

[5] R. DOMERGUE: *Reflexiones sobre la violencia*, págs. 89-90. Edit. N. Terra, 1968. (Hemos copiado sólo un extracto de su resumen.)

[6] F. DE VITORIA: In II-II, Q. 32, A. 5, N. S.

Pero donde mayor apoyo encuentran los teólogos de la violencia es en los famosos «Salmanticenses» en su Curso de Teología Moral, cumbre de la teología española del siglo XVII. He aquí su opinión: «Los doctores añaden, finalmente, que si en la necesidad extrema, tú quisieras coger lo ajeno y el dueño te lo impidiera y te quisiera arrojar por la violencia, podrías agredirle cual injusto invasor de tu derecho, y si no hay otra salida, matarlo» [7].

Esta doctrina parece exagerada y poco cristiana, y, sin embargo, ha sido reforzada por testimonios posteriores de personajes tan ilustres como el barón Von Ketteler [8], obispo de Maguncia, y últimamente por el Arzobispo de Cambray, monseñor Guerry [9], autor de uno de los más famosos tratados de la doctrina social de la Iglesia. Hoy día son cada vez más numerosos los cristianos que, públicamente, defienden esta tesis de la justificación de la violencia.

A los que comemos bien cada día, y a los que dormimos en blandas camas, toda esta teología nos podrá parecer una deformación monstruosa del cristianismo. Sin embargo, la inmensa masa de los pobres del mundo, ven en ella una deducción lógica de los principios del Evangelio y por el contrario ven en nuestras vidas y en nuestras teorías una deformación monstruosa del cristianismo. Como dice el dominico padre Allaz, «las masas oprimidas no han leído en Tomás de Aquino o Francisco de Vitoria la formulación de sus derechos, pero llevan en sí, en forma intuitiva, los principios naturales, muy sencillos, sobre los que se funda, precisamente, la doctrina de la Iglesia expresada por la gran escolástica, especialmente, el derecho a la vida y el derecho a la dignidad personal». Cuando uno lee en las mismas estadísticas oficiales de la ONU las aterradoras cifras del hambre, de la miseria y de las enfermedades, no tiene más remedio que darle la razón a estos teólogos. Cuando uno cons-

[7] *Salmanticenses*. Tract. XIII, C. 5. Punctum II, 1, N. 32.

[8] W. VON KETTELER: *Die Arbeiterfrage und das Christentum*. Maguncia, 1864, pág. 79.

[9] EMILE GUERRY: *La Doctrina Social de la Iglesia*. Trad. L. D. de los Arcos. Madrid, 1959.

tata que el hambre oculta afecta a cerca de dos mil millones de seres (más de la mitad de la humanidad), cuando uno constata que el 16 por 100 de los hombres (cristianos en su gran màyoría), acaparan el 70 por 100 de las riquezas y el 85 por 100 de los ingresos mundiales; cuando uno se entera por estadísticas serias que la miseria mata treinta mil niños cada día; que de todos los niños que nacen en nuestro planeta sólo uno de cada tres, llegará a la pubertad; que cada año, de treinta a cuarenta millones de hombres mueren a consecuencia de la desnutrición, o sea, en un año cuatro veces más que en todas las hecatombes de la primera guerra mundial, y tantos como en los diversos campos de batalla de 1939 a 1946, si uno tiene un mínimo de sensibilidad, si uno conserva algo de un cristianismo auténtico, no puede menos de pararse a reflexionar, para llegar a la conclusión de que algo anda terriblemente mal en nuestra sociedad. De que, como dijo Juan XXIII, llegará un día en que los miserables tomarán por la violencia, lo que no les hemos querido dar de buena gana. Y no como un regalo, sino porque en realidad les pertenecía tanto como a nosotros. O como dijo el famoso Don Helder, arzobispo de Recife: «Si no damos ahora los anillos que nos sobran puede ser que llegue el día en que nos corten los dedos.»

Y cuando en medio de este cuadro tan pavoroso vemos a la jerarquía de la Iglesia, y al clero, y a tantísimos católicos acomodados, vivir completamente de espaldas a esta terrible realidad de sus hermanos, a pesar de que viven materialmente rodeados por ellos, no nos queda otro remedio que admitir que también algo anda terriblemente mal en nuestra Iglesia. Ante tan enorme problema, nos lavamos las manos y nos queremos lavar la conciencia con unos ritos que hemos inventado y que, por otra parte, por el aire social y folklórico que tienen, son facilísimos de cumplir.

El gravísimo peligro no está en que la Iglesia pierda súbditos o pierda prestigio; el gravísimo peligro está en que el pueblo, desesperado, olvide a su Dios, y reniegue de un Cristo que ha inventado una doctrina tan farisaica y tan ineficaz, que

los oficiales predicadores de ella, los dejan, tranquilamente, morir de hambre.

Los pueblos oprimidos, al renegar del capitalismo que los aplasta, reniegan, al mismo tiempo, de una Iglesia oficial aliada de ese capitalismo, y buscan salida a su desesperación en cualquier otro sistema, que por malo que sea—piensan ellos—no les causará tanta miseria como la que ellos están actualmente padeciendo.

El socialismo, que lógicamente tanto aterra a muchos cristianos bien acomodados, es la gran esperanza, querámoslo o no, de las masas atormentadas, y aun de los cristianos despiertos, que fieles al Evangelio, quieren rebelarse contra este injusto estado de cosas. He aquí cómo el padre Lage Pessoa imagina una convivencia de los cristianos con el socialismo: «Me gustaría abordar un asunto de toda relevancia en las perspectivas de un nuevo socialismo, aceptable para la conciencia cristiana. De la parte cristiana hay tanto que cambiar, que todo nos parece un sueño. Lo más importante en cuestión de mentalidad me parece ser que la Iglesia renuncie a toda institucionalidad que signifique alianza o enfrentamiento "como poder", con el poder del Estado. Es una lucha de purificación de los «detritus» que trae consigo nuestra Iglesia desde los tiempos remotos de Constantino Magno. La Iglesia, conservando todo lo que tiene de esencial en su dirección, autoridad y organización, puede cambiar mucho en su manera de ser, dentro de la historia nueva del mundo socialista. Debe asumir, resueltamente, su papel de defensora del hombre todo, amenazado por todos los regímenes. Al mismo tiempo, debe reconocer al Estado su capacidad de renovación de la sociedad, corrompida por tantos siglos de explotación del hombre por el hombre. El Estado cometerá grandes errores, como es normal, sobre todo, los provenientes de aquello mismo que tanto nos hace sufrir en la Iglesia: el dogmatismo y el fanatismo de hombres y de partidos. Habrá duras tensiones, pero ciertamente no tan graves como las que habría si la Iglesia, dentro del régimen capitalista, asumiera la defensa de los humildes. Cristo no nos prometió una Iglesia triunfante en este mundo, sino por el contrario, una Iglesia

que lucha por el hombre y con el hombre, donde quiera que viva y sufra ese misterioso animal que somos nosotros.»

Una vez más decimos que no estamos propugnando ideología de ningún tipo. Unicamente estamos presentando realidades y puntos de vista que hoy ejercen una gran atracción sobre las masas y que no pueden ser ignoradas por más tiempo por los católicos tradicionales. El socialismo rosado y teórico que nos presenta el padre L. Pessoa, aunque a los cristianos acomodados y conservadores pueda parecerles sospechoso, a los oídos de cientos de miles de marginados por el sistema liberal-capitalista, les suena como una auténtica bienaventuranza. *La dificultad está en que los cristianos acomodados se convenzan de que realmente existen estos millones de marginados y de que la culpa de su miseria no la tienen ellos sino el sistema socioeconómico.*

ERRORES DEL MUNDO CRISTIANO

El mundo cristiano anda mal. Las naciones que se llaman cristianas, o las sociedades cristianas, no andan mejor que las otras no cristianas. En su seno se han desarrollado enormes tensiones: tensiones raciales, tensiones económicas, tensiones ideológicas.

En el seno de las sociedades cristianas, lo mismo que podía haber ocurrido en cualquier sociedad pagana, se han desarrollado las anticristianas castas: una casta militar, una casta de ricos, una casta de políticos profesionales, una casta de eclesiásticos. La casta militar abusa de la casta civil; la casta de los ricos exprime a los pobres; la casta política juega con la casta proletaria; y la casta eclesiástica se hace reverenciar por la casta laica, por los «simples fieles». Fruto de estas castas y de estas tensiones, son todo el cúmulo de males por los que han pasado y pasan las sociedades cristianas, que por ser las más fuertes han contaminado a todos los pueblos del orbe. Un ejemplo, la revolución ideológico-política rusa, que, al mismo tiempo que ha sacudido las conciencias dormidas de los cristianos, ha cambiado el curso de la historia, ha implantado el terror y la tiranía sobre cientos de millones de seres y ha extendido la inseguridad y la angustia a todos los pueblos del mundo.

El fenómeno marxista no es ajeno al cristianismo. Al tener mucho de anticristiano tiene mucho de cristiano. El marxismo es como la sombra larga y fea que proyecta el cristianismo mal comprendido y mal vivido. El cristianismo es la religión que más hace hincapié en la libertad del individuo; los cristianos, educados en esta «libertad de los hijos de Dios» se sienten realmente libres en lo profundo de sus conciencias. Nuestra religión no tiene «parias» y el último cristiano de la sociedad sabe muy bien que delante de Dios todos somos exactamente iguales. No hay cristianos nacidos del vientre de alguna deidad: todos fuimos gestados por el corazón de Cristo. Pero la sociedad «cristiana» que Marx contemplaba, con los terribles abusos de un liberalismo económico en toda su pujanza esclavizadora, era la negación de esta doctrina fundamental del cristianismo. En el capitalismo liberal practicado por los «cristianos» del tiempo de Marx la ley fundamental no era el Amor sino el Egoísmo. La maravillosa doctrina cristiana de la fraternidad universal, al estar oscurecida y opacada en el seno mismo de la sociedad cristiana y no ser transparente para que a través de ella pasase la luz del amor, lanzaba una sombra enorme y triste sobre la humanidad. Esta sombra fue materializada y plasmada en otra doctrina por un no cristiano escandalizado por lo enorme de la contradicción. Las sombras, siendo algo negativo, retratan sin embargo en cierta manera al cuerpo que las produce. La doctrina de Marx, que tan enorme repercusión ha tenido y aun sigue teniendo en el mundo, por prevalecer las mismas circunstancias, contiene en el fondo, aunque presentadas negativamente, las mismas virtudes que Marx veía pisoteadas por los cristianos de su sociedad: el marxismo es una rebelión violenta contra la esclavitud y contra la injusticia, que son dos negaciones del Amor, dos expresiones del Egoísmo.

Pongamos, como ejemplo de lo mal que andan las sociedades «cristianas» y de las enormes tensiones que en ellas se han desarrollado, las revoluciones netamente populares con un cúmulo

de complejas motivaciones que, en defintiva, pueden reducirse a una sola: el hastío que siente el verdadero pueblo, de las clases gobernantes, de un tipo o de otro, que año tras año no han hecho más que aprovecarse de la miseria y de la ignorancia del pueblo para lograr para sí, un nivel de vida confortable: una minoría que le saca el jugo a la mayoría aplastada y exprimida. Otro ejemplo, causa y fruto de estas tensiones que se han desarrollado en el seno de las sociedades cristianas, son las militaradas, enfermedad endémica que América del Sur padece desde su independencia. El «espíritu castrense», verdadera verruga de todas las sociedades, parasitario y despilfarrador de todas las economías, representa hoy en muchos países la quintaesencia del espíritu antievangélico al ser frecuentemente el defensor violento de privilegios y sistemas injustos. ¿Y de dónde provienen las rebeliones estudiantiles, tan profundas y tan masivas, que estamos experimentando en estos días? ¿Se rebelarán acaso los estudiantes porque se sienten felices en una sociedad bien ordenada, que los comprende y les promete un futuro que llena todas sus ansias juveniles? Por supuesto no caemos en la ingenuidad de creer que todos estos levantamientos, sean estudiantiles o populares, son indefectiblemente «promovidos y motivados por los comunistas». Muchos gobiernos y autoridades dictatoriales deberían pagarle a los comunistas una subvención para que no dejasen de existir, pues estos son el espantajo real y feo tras el cual ellos que también son feos, se amparan para seguir viviendo bien. Si el pueblo se alborota, harto de abusos, se le amenaza con el coco del comunismo, que para el nordeste del Brasil, por ejemplo, y para los indios del altiplano de Bolivia, no sería peor de lo que actualmente padecen. Si ya no hubiese comunistas, ¿a quién le echarían entonces la culpa los Gobiernos, de las algaradas, levantamientos y rebeliones? No negamos que los comunistas no se aprovechen de todo este estado de cosas, pero ciertamente ellos no son los causantes del malestar profundo que es la verdadera raíz del mal, y que procede de los abusos de cristianos sobre cristianos, con la tolerancia de los pastores [10]. Añadamos a la lista de ejemplos, los asesinatos políticos recientes, no sólo en naciones que los tienen ya casi como una institución patriótica, sino en los mismos Estados Unidos en donde, hasta ahora, ésto se había visto como «un signo de atraso y de exceso de pasión» de los pueblos latinos. Añadamos, por último, las vergonzosas guerras económicas de todo tipo, aun escondidas bajo el manto de patriotismo, con las que los pueblos cristianos hemos pisoteado el gran mandamiento de Cristo.

EL FUTURO DE LA CRISTIANDAD

Ciertamente el mundo cristiano no anda mejor que los otros. Los cristianos hemos aguado el cristianismo. Le hemos echado agua al vino del Amor universal que era el que tenía que darle un poco de calor humano al mundo pagano. Creo que, a pesar de que nosotros pensamos que estamos ya muy avanzados en muchas cosas y que el cristianismo tiene grandes logros a su favor en la historia de la humanidad, la realidad es que estamos en una primera fase de cristianismo. Nuestro cristianismo es todavía muy superficial, es adolescente, apenas si ha penetrado dentro del corazón de la humanidad, y por eso no ha sido capaz de cambiar las conductas de las naciones, compuestas en su mayoría de cristianos que se han portado exactamente igual que si no lo fuesen; que han abusado, que han dado mal ejemplo, que han conquistado, que han bombardeado, que han escandalizado y hasta que han estafado a los pueblos más pobres y más sencillos. Pero esta primera fase toca a su fin.

Creo firmemente en la pervivencia de la Iglesia hasta el fin del mundo. Pero para que esta pervivencia tenga sentido, la Iglesia tie-

---

[10] «Identificar el movimiento negro de liberación con un complot inspirado por los rojos contra la democracia occidental, es un subterfugio decididamente grotesco que condena a quienes lo utilizan a permanecer absoluta e incurablemente ignorantes de lo que ocurre en la realidad. Naturalmente es un hecho aceptado en todo el sur con profunda satisfacción y convencimiento: En Alabama, en Missisipí, en Georgia, en Luisiana, se cree como dogma de fe que todas esas molestias causadas por los negros han sido causadas por los comunistas.» THOMAS MERTON: *La revolución negra.* Edit. Estela. Barcelona, 1965.

ne que empezar a cambiar ahora mismo, radicalmente, pues de lo contrario, en unos años, no será capaz de atraer a casi nadie.

De no cambiar la Iglesia, radicalmente y con urgencia, se convertirá en una minoría de fieles, con más de fanáticos que de fieles. Porque la Iglesia, tal como está hoy, reducida a templos, a un código y a una jerarquía desvinculada en gran parte de la vida real de los hombres, no tiene fuerza para atraer [12]. A duras penas logra conservar a los que están dentro. Pero para los seguidores del aminismo, para el mundo hindú, para el mundo budista, para el mundo islámico, para el mundo shintoísta y para el mundo confucianista—más de las dos terceras partes del orbe—, la Iglesia no tiene atractivo, porque la Iglesia somos los cristianos y los cristianos somos odiados porque somos los pueblos «grandes» del mundo; estamos empeñados en una feroz batalla entre nosotros mismos, y contra los pueblos que no son cristianos, a los que queremos, todavía, dominar económica e ideológicamente.

Todas estas verdades pueden parecer duras y lo son; pero callarlas, arroparlas con un lenguaje untuoso, sería colaborar a que muchos cristianos continuasen en su sopor. Ellas pueden ayudar a que muchas gentes de buena fe acaben de descubrir que todos estos temas sociales, este «bajar a lo político», como algunos dicen, *pertenece a la esencia misma* de la doctrina de la Iglesia, ya que es la traducción en concreto y en grande del Evangelio; porque *¿de qué otra manera podemos practicar el amor al prójimo si no es en el campo social, económico o político?* Precisamente uno de los funestos errores en la predicación ha sido presentar una religión angélica, desligada de los problemas de este mundo. Y como fruto de esa predicación te-

[12] Corrobora totalmente estas ideas el recientísimo libro «Africa negra para los negros» de Leopoldo Sengor, presidente de la República del Senegal. A pesar de ser él un cristiano, dice: «¿Es el cristianismo actual lazo de unión para los pueblos negros? No. ¿Es una esperanza para ellos? No. De hecho de cada tres negros que abandonan el animismo, dos se hacen musulmanes y el restante se lo reparten entre las diversas sectas cristianas.»

nemos los templos y las asociaciones religiosas llenos de inconscientes fariseos que «ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el propio» [13], y a los que también les podría decir Jesús: «Ay de vosotros que cumplís lo externo de la ley y sin embargo os habéis olvidado de los mandamientos importantes» [14]. ¿Qué se gana con seguir callando o hablando con sordina ante los ingentes males en que están sumidos millones de hermanos nuestros? Ya es hora de que vayamos haciéndole un poco incómoda la religión a aquellos que por años han encontrado en ella la justificación de su buena vida y la vayamos en cambio abriendo y haciendo más humana a la enorme multitud de los pobres.

El cuadro no es nada halagador: ni ante el ingente problema del mundo pagano, en una suprema pobreza material la mayoría de él, agravada con la gran pobreza de desconocer todavía a su Redentor, ni en nuestra «cristiana» América. Creemos sinceramente que las tensiones económico-sociales hace ya tiempo que están generando unas presiones que puedan empezar a estallar violentísimamente en cualquier momento. No nos extraña que los grandes y los poderosos de este mundo no quieran remediar las cosas, o que por su aislamiento no hayan caído en la cuenta de cuán real es el péligro que amenaza toda su comodidad. Lo que sí nos extraña, lo que nos pasma, lo que nos llena de dolor, lo que mina nuestra fe, es el ver que la Iglesia, Pueblo de Dios, la Iglesia consciente y, en particular, la Iglesia jerárquica, estén en el mismo estado de ánimo letárgico, burgués, reaccionario, apoltronado y antievangélico, que los ricos poderosos y gobernantes opresores que inicuamente tienen abandonados a cerca de cien millones de hombres, únicamente por seguir ellos disfrutando de sus privilegios y de su vida acomodada [15]. Los culpables de este lento genocidio que con ciertas

[13] *Mt* 7, 4-5.

[14] *Lc* 11,42.

[15] 50 millones de latinoamericanos están sin trabajo; 40 millones no tienen casa; la mitad de la población es analfabeta; el 20 por 100 de los niños mueren antes de un año (¡increíble!). Y en cuanto a nutrición —según la FAO—en Latinoamérica hay un promedio de 1.200 calorías

clases y razas marginadas todavía se comete en el siglo xx en nuestra América, en la del Sur y en la del Norte, no se extrañen si algún día ven a su alrededor arder el odio que ellos mismos han fomentado con sus injusticias y con su vivir de espaldas a sus hermanos. *Aquel odio no será cristiano, porque el cristianismo no tiene odio. Será, sencillamente, hijo de estas injusticias, que tampoco son cristianas.*

---

diarias «per capita». (La mitad de las necesarias para un desarrollo normal.) Lo cual quiere decir—por ser esta cifra un promedio—que la inmensa mayoría del pueblo sudamericano no come suficientemente.

EPILOGO

En la triste noche del Jueves Santo en Getsemaní, se acercó Jesús a Pedro y, con el corazón deprimido, le dijo: «Simón, ¿duermes?» Hoy, los pobres del mundo, los abandonados, los analfabetos, los descalzos, los hambrientos, los discriminados y los parias que arrastran su miseria por el orbe entero, le hacen la misma pregunta al Pueblo de Dios: Iglesia, ¿duermes? Hoy, los cristianos humildes de América, que ya no aguantan más, le hacen la misma pregunta a su Madre: Iglesia mía, ¿duermes? Hoy, el clero, tan marginado en el Derecho canónico, tan marginado en el Concilio Vaticano II, y tan marginado en el corazón de muchos obispos, por más que digan lo contrario, le hacen la misma pregunta a sus pastores: Iglesia mía jerárquica, ¿duermes? Y hoy, la Iglesia de Dios entera, compuesta de hombres llenos de necesidades, angustiados y carcomidos de dudas, le hacen la misma pregunta al Vaticano: Iglesia romana, principal representante de Cristo, ¿duermes? ¿No ves que el pueblo entero tiene los ojos puestos en ti? ¿No ves que el mundo entero necesita hoy, más que nunca, de ti, que difundas el mensaje de amor de todos los hombres y para todos los hombres, del cual eres la principal depositaria? ¿No ves que hoy, el mundo entero, y en particular el pueblo cristiano, necesita verte humilde, sencilla, hermana y con la mente abierta para la comprensión y el corazón de par en par, para todos las miserias humanas? ¿No ves que los hombres están oprimidos por siste-

mas inhumanos? ¿No ves que las mentes están ofuscadas por tanta confusión que proviene, precisamente, de aquellos que deberían iluminarles el camino? ¿No ves que hay millones y millones de padres de familia que no tienen trabajo para ganarse honradamente el pan de sus hijos? ¿No ves que hay millones de madres que blasfeman el nombre de Dios delante de sus criaturas escuálidas, al pensar que Este las ha abandonado? ¿No ves que la desesperación de los pueblos está a punto de estallar en una hecatombe? ¿No ves el caos que amenaza, no sólo a la sociedad civil, sino a tus mismas estructuras, por tanto tiempo fomentadas, y que hoy son un obstáculo para la predicación del amor? ¿No ves cómo la idea de Dios se va borrando lentamente del corazón de los pobres, porque tú no te bajas a ellos para ayudarles y para decirles, sencillamente, que El es su Padre y que Cristo es su Hermano? ¿No ves que tus hijos ricos abusan de tus hijos pobres? ¿No ves que los hombres que portan armas, siguen, en nombre del orden y de la paz, avasallando a las naciones y siempre dispuestos a comenzar guerras o a aliarse con los que maltratan a la humanidad? ¿No ves que lo que les sobra a tus ceremonias y a tus jerarcas de lujo y pompa, les falta a tus hijos pobres de alimento y vestido? ¿No ves que tus sacerdotes siguen dando vueltas sin sentido alrededor del altar, mientras el pueblo ha perdido el camino del altar?

Iglesia mía, ¿duermes?

¿Seguiremos durmiendo nosotros, los miembros del Pueblo de Dios, que hemos sido puestos en este mundo para ser el ejemplo de todas las naciones que no conocen al Hijo de Dios? ¿Seguiremos dando el escándalo, a todos los pueblos paganos, de ser nosotros los bautizados, los que controlamos casi toda la riqueza mundial, los que implantamos la violencia en el mundo entero, y los que hacemos del lucro el móvil principal de nuestras vidas? ¿Seguirán durmiendo los laicos de mi Iglesia, entretenidos en los templos en un ritual folklórico y tranquilizando sus almas con los Sacramentos, en vez de lanzarse con fe a la vida, para humanizar sus estructuras y para darles el sentido divino que deben tener? ¿Seguirán durmiendo los laicos, recostados en el clero y en las monjas, y sin querer echarse sobre sus hombros la responsabilidad de mantener vivo y hacer penetrar, en medio del mundo, el mensaje de amor que poseen? ¿Seguirán los laicos de mi Iglesia tratando de evitar pecados en vez de vivir el amor? ¿Seguirá el clero en su rutina sacramental, en sus colectas, en sus misas y en sus construcciones, en vez de mezclarse como hermanos, con el pueblo, y en vez de enseñarles con el ejemplo cómo es un auténtico cristiano que pone toda su vida a disposición de los demás? ¿Seguirá la Jerarquía defendiendo las pompas pasadas, codeándose con los grandes, preocupándose, principalmente, de las finanzas, en vez de pastorear en verdad a su rebaño, acompañándolos por montes y desiertos, bajo el viento y la lluvia? ¿Seguirán los pastores pastoreándose a sí mismos? ¿Y seguirá la Santa Sede sintiéndose como la dueña de las conciencias y la única depositaria del tesoro de la fe, imponiendo creencias y leyes sobre los hombros de un pobre pueblo ya bastante aturdido, en vez de presentar el grande y sencillo mensaje cordial de que es depositaria y que es el único que hoy día puede llenar de esperanza el corazón de los hombres?

¿Despertará mi Iglesia antes de que sea demasiado tarde?

INDICE

Pág.